

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2015-2018

Tesis para obtener el título de doctorado en Ciencias Sociales con Especialización Estudios
Andinos

Migrantes colombianos y peruanos en Ibarra y Otavalo: una mirada interseccional y multiescalar
a las desigualdades socio-laborales (2000-2015)

Guadalupe del Rocío Yapud Ibadango

Directora: Gioconda Herrera

Lectores/as: Daniela Célleri, Carmen Gómez, Santiago Ortiz,
María Moreno y Jérémie Voirol

Quito, julio de 2021

Dedicatoria

Este trabajo está dedicado a la memoria de mi padre, Gerardo Yapud Yandún y a la tenacidad y fortaleza de mi madre, Carmen Amelia Ibadango.

Tabla de contenidos

| | |
|---|----|
| Resumen | X |
| Agradecimientos | XI |
| Introducción | 1 |
| Capítulo 1 | 23 |
| Aproximaciones conceptuales: el vínculo entre espacio, redes einterseccionalidad en las migraciones limítrofes | 23 |
| 1. La construcción social del espacio | 23 |
| 1.2 Apropiación, organización y resistencia del espacio..... | 26 |
| 1.3 La multidimensionalidad del espacio | 28 |
| 2.- Espacio social e interseccionalidad..... | 30 |
| 2.1 Perspectiva interseccional: referentes históricos, debate y críticas | 33 |
| 2.2 Interseccionalidad y dimensión histórica de las desigualdades..... | 39 |
| 2.3 Interseccionalidad y mercados de trabajo..... | 42 |
| 3.- Acaparamiento de oportunidades y su relación con las redes migratorias..... | 44 |
| 3.1 Redes migratorias y mercados de trabajo | 45 |
| 3.2 Redes migratorias y enclave étnico: adhesión a sus críticas | 49 |
| Capítulo 2 | 55 |
| El Ecuador en el contexto de las migraciones intrarregionales y la producción espacial de desigualdades: perspectiva histórica..... | 55 |
| 1.- Migraciones intrarregionales y su relación con la producción espacial de desigualdades sociales..... | 55 |
| 2.- Ecuador en el marco del crecimiento de la inmigración intrarregional | 59 |
| 2.1 El papel del Estado ecuatoriano frente a las inmigraciones intrarregionales | 64 |
| 2.2 Las migraciones limítrofes en el Ecuador: el caso de Colombia..... | 66 |
| 2.3 El caso de las inmigraciones peruanas en el Ecuador | 73 |
| 2.4 Múltiples movilidades en Imbabura | 78 |
| Capítulo 3 | 81 |
| Memoria histórica, identidades locales y desigualdades en la construcción de otredad en las ciudades intermedias..... | 81 |

| | |
|--|-----|
| 1.-El concepto de ciudades intermedias y sus potencialidades para explicar el fenómeno migratorio..... | 81 |
| 1.2 Migraciones históricas en espacios de peso intermedio: los casos de colombianos en Ibarra y peruanos en Otavalo..... | 84 |
| 2.- Constitución histórica de identidades locales y relaciones de desigualdad en las ciudades intermedia..... | 88 |
| 2.1 Exclusión histórica, formación de clase y diferencias étnico-raciales | 89 |
| 2.1.1 De la clase terrateniente a la emergencia de los grupos comerciales y burocráticos..... | 94 |
| 3. Reconstruir subjetividades espaciales que remarcan lo local en las dos ciudades..... | 96 |
| 3.1 Memoria histórica de Ibarra “La Ciudad Blanca” | 98 |
| 3.2 Los hitos históricos de Otavalo y su cultura “sarance” | 101 |
| 4.- Prácticas institucionalizadas que reavivan el sentido de lo local en las ciudades intermedia..... | 105 |
| 4.1 Discursos oficiales sobre los “lugares” que legitiman localismos | 107 |
| 4.1.1 Narrativas no oficiales y tradición oral..... | 110 |
| 4.2 La incorporación de migrantes colombianos en Ibarra | 114 |
| 4.3 Hegemonía indígena local y migraciones peruanas en Otavalo | 119 |
| Capítulo 4 | 123 |
| Trayectorias laborales, redes migratorias y espacio: un análisis al entrecruce de la discriminación y la exclusión | 123 |
| 1.-Trayectorias laborales, movilidad espacial y migraciones sur-sur en países andinos | 124 |
| 1.2 Múltiples movilidades e inserción laboral de la población refugiada en Ibarra | 125 |
| 1.2 Rutas migratorias más lineales y migraciones económicas de Colombia | 127 |
| 1.3 Migrantes peruanos en Otavalo | 129 |
| 2.- Acceso desigual y explotación en los mercados de trabajo | 132 |
| 2.1 Obstáculos e intersección de desigualdades socio-espaciales en el mercado de trabajo informal..... | 141 |
| 2.1.1 Nación, nacionalidad y clase social..... | 149 |
| 2.1.2 Indicios étnico-raciales en la inserción laboral de migrantes peruanos..... | 152 |
| 2.1.3 Género, trabajo y migraciones peruanas..... | 156 |

| | |
|---|-----|
| 3.- Acaparamiento de oportunidades, redes migratorias y críticas al enclave étnico..... | 159 |
| 3.1 “Apropiación” de oportunidades en el comercio de artesanías en Otavalo..... | 160 |
| 3.2 Entre vínculos, redes migratorias e inserción socio-laboral | 162 |
| 3.2.1 Redes, <i>modus operandi</i> y exclusión entre migrantes en Ibarra | 166 |
| 3.3 Críticas al “enclave étnico” de Perú en Otavalo..... | 169 |
| 4.- Estrategias para el acceso y permanencia en el mercado laboral | 173 |
| 4.1 Tendencia al ahorro y el emprendimiento para revertir las desigualdades..... | 174 |
| 4.2 Relaciones de negociación y repartición del mercado de artesanías | 176 |
| 4.2.1 Contratación de mano de obra de la localidad..... | 177 |
| 4.3 Alianzas matrimoniales como estrategia de movilidad social..... | 179 |
| Capítulo 5 | 185 |
| Producción social del espacio en el mercado Amazonas y la plaza de Ponchos hacia un acercamiento etnográfico..... | 185 |
| 1.- Distribución desigual del espacio en las dos plazas: perspectiva histórica y migraciones..... | 186 |
| 1.2 La plaza Amazonas: historias del “lugar” y estratificación socio-espacial | 187 |
| 1.3 Plaza de Ponchos un espacio histórico y simbólico | 195 |
| 1.4 Espacios segregados para población refugiada colombiana y migrantes peruanos . | 200 |
| 1.4.1 Segregación espacial y explotación laboral en el mercado Amazonas | 202 |
| 1.4.2 Segregación pactada del espacio en la plaza de Ponchos | 207 |
| 1.5 El espacio como contenedor de viejos conflictos interétnicos y nuevas formas de alteridad en las dos plazas..... | 214 |
| 1.5.1 Migrantes peruanos entre el cierre y la apertura de los espacios..... | 215 |
| 1.5.2 Superposición de desigualdades socio-espaciales en el caso de la poblaciónrefugiada en el mercado Amazona..... | 218 |
| 2. Procesos de acumulación y monopolización del espacio | 222 |
| 2.1 Los espacios se heredan en el mercado Amazonas | 223 |
| 2.2 Apropiación y lógicas de organización del espacio en la plaza de Ponchos | 227 |
| 2.3 Lógicas de acumulación del espacio y migraciones limítrofes en Ibarra y Otavalo | 232 |
| 3.- Género, migraciones e interseccionalidad en los mercados de las localidades..... | 233 |
| 3.1 “El Amazonas”: ¿poder económico de las mujeres? | 234 |

| | |
|--|-----|
| 3.2 Las mujeres indígenas y su posicionamiento en el mercado de Ponchos..... | 238 |
| 3.3 Múltiples opresiones y experiencias de comerciantes informales, mujeres migrantes y refugiada..... | 242 |
| 4.- El espacio también es para resistir | 245 |
| Capítulo 6 | 250 |
| Conclusiones..... | 250 |
| Anexos | 257 |
| Anexo 1..... | 257 |
| Anexo 2..... | 258 |
| Lista de referencias | 259 |

Figuras

| | |
|--|-----|
| Figura 1. La ciudad de Ibarra constaba de 15 cuadras a la redonda | 99 |
| Figura 2. Los indígenas otavaleños bajaban desde sus comunidades a la plaza de Ponchos. | 102 |

Ilustraciones

| | |
|--|-----|
| Ilustración 1. Trayecto laboral y ruta migratoria de población refugiada | 126 |
| Ilustración 2. Trayecto laboral y ruta de migrantes económicos | 128 |
| Ilustración 3. Trayecto laboral y ruta migratoria Perú-Otavaló..... | 130 |
| Ilustración 4. Sectorización del Mercado Amazonas: Sector Abierto | 192 |
| Ilustración 5. Sectorización mercado Amazonas: Sector El Triángulo | 194 |
| Ilustración 6. Sectorización Plaza de Ponchos Otavaló..... | 199 |
| Ilustración 7. Población refugiada colombiana en el mercado Amazonas | 201 |
| Ilustración 8. Migrantes peruanos en la periferia de la plaza de Ponchos | 201 |

Tablas

| | |
|---|-----|
| Tabla 1. Cuadro sinóptico de la inserción laboral | 134 |
|---|-----|

Fotografías

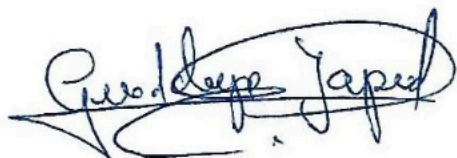
| | |
|---|-----|
| Fotografía 1. Taller con mujeres migrantes y refugiadas en Ibarra..... | 148 |
| Fotografía 2. Las mujeres refugiadas laboran hasta 10 horas diarias en este centro de comercio. | 204 |
| Fotografía 3. La plaza de Ponchos se muestra cada más amplia y diversificada. | 213 |

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Guadalupe del Rocío Yapud Ibadango, autora de la tesis titulada “Migrantes colombianos y peruanos en Ibarra y Otavalo: una mirada interseccional y multiescalar a las desigualdades socio-laborales (2000-2015)”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para el obtener el título de doctorado en Ciencias Sociales con Especialización Estudios Andinos concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, julio de 2021

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Guadalupe Yapud', with a horizontal line drawn through it.

Guadalupe del Rocío Yapud Ibadango

Resumen

Esta tesis analiza la inserción laboral de los migrantes transfronterizos en las ciudades de Ibarra y Otavalo, ubicadas en la zona norte del Ecuador. La investigación aborda el vínculo espacio, interseccionalidad y desigualdades sociales; articuladas a los procesos migratorios. Se parte por identificar una matriz histórica de inequidades socioeconómicas, que se conectan a diferencias étnico-raciales, de género y de nacionalidad existentes en las dos ciudades. Se presentan dos historias de discriminación y exclusión que tienen distintas connotaciones. Por un lado, en Ibarra se evidenciaron formas de discriminación más clásica contra la población refugiada y migrante colombiana, que es segregada principalmente por su nacionalidad y condición migratoria. Por otro lado, en Otavalo se presenta una élite indígena empoderada como resultado de un proceso de revitalización étnica y sobre la base de un pasado colonial que le permite resignificar su identidad local frente al surgimiento del otro migrante.

Para analizar estos aspectos se optó por una estrategia metodológica basada en el vínculo entre espacio e interseccionalidad y perspectivas complementarias como el marco histórico y las redes para analizar la configuración histórica de las ciudades y mirar cómo se construye la categoría del “otro” y el “nosotros”. En segundo lugar, se examinan las narrativas de los sujetos migrantes para captar sus subjetividades y la agencia que les permite confrontar espacios conflictivos. Por último, se hace uso de la descripción densa de las relaciones que entablan los migrantes y no migrantes. Precisamente el estudio profundiza en las experiencias de los inmigrantes de Colombia y Perú en ciudades intermedias como Ibarra y Otavalo; ámbito poco explorado en los estudios de la migración en el Ecuador.

Agradecimientos

La finalización de esta tesis ha sido posible gracias al apoyo y al aliento de varias personas e instituciones que depositaron su confianza en mí. Quiero expresar mi gratitud, en primer lugar, a mi directora y maestra, Gioconda Herrera, quien con su experticia sociológica me encaminó hacia la rigurosidad académica y a la búsqueda de respuestas a las problemáticas sociales. Además de inculcarme su entusiasmo, su generosidad y su dedicación por la docencia y la investigación. En segundo lugar, agradezco a los profesores y las profesoras de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO Ecuador), quienes guiaron mi formación académica durante el programa de doctorado. De manera especial, a Susana Wappenstein, a quien la recordaré por sus enseñanzas y su calidad humana.

Dejo constancia de mi agradecimiento a las hermanas de la Misión Scalabriniana, en la provincia de Imbabura, quienes me abrieron las puertas de la organización y permitieron mi participación en los talleres de autoayuda y autoahorro. Expreso mi reconocimiento a las mujeres refugiadas del mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra y a las comerciantes de la plaza de Ponchos de la ciudad de Otavalo, quienes cada día salen a trabajar y pese a sus múltiples actividades, dedicaron un tiempo a este trabajo.

Agradezco, además, a la fundación Margaret McNamara por otorgarme una beca educativa, la misma que me permitió finalizar el trabajo de campo y dedicarme a la escritura de la tesis.

Doy gracias a mi familia, que en todo momento estuvo para apoyarme. A mi madre, por su cuidado amoroso hacia mis hijos: Israel y Adán. A mis hermanas y hermano, quienes oportunamente me han brindado su ayuda. A Edizon, por su paciencia, espera y acompañamiento en este largo y fructífero trayecto.

Introducción

La presencia histórica de migrantes de origen colombiano y peruano en la provincia de Imbabura, al norte del Ecuador, ha sido parte fundamental en la constitución de ciudades intermedias como Ibarra y Otavalo. Las dos localidades registran importantes movimientos migratorios de países vecinos, a partir de la década de 1950. Por un lado, Ibarra estableció vínculos transfronterizos con Colombia, a través del intercambio de productos de consumo que llegaban de ese país para ser vendidos en ferias y mercados. Por otro lado, la historia de la ciudad de Otavalo está marcada por el posicionamiento internacional que fue adquiriendo la plaza de Ponchos como atractivo para el turismo y para la comercialización de artesanías procedentes de países andinos como Perú.

Estos lazos históricos y su estrecha relación con las migraciones de Colombia y Perú son el punto de partida de esta tesis, en la cual examino cómo los flujos migratorios de estos países son parte constitutiva de la trama de desigualdades sociales que se reproducen en los espacios de las dos ciudades. Intento mirar cómo las experiencias de movilidad se entretajan con otras formas de desigualdad que refieren a la clase, género, etnia, origen, nacionalidad. Para ello, centro el análisis en el mercado laboral y las interacciones de la población migrante con los habitantes de las localidades. Tanto Ibarra como Otavalo presentan historias locales que reflejan tramas de desigualdad entrecruzadas con la movilidad interna e internacional.

Así, Ibarra tradicionalmente conocida como la “Ciudad Blanca” se convertía en un punto de confluencia para migrantes colombianos, quienes abastecían de artículos de consumo a las primeras familias de mercaderes de la ciudad de Ibarra (Morales et. al 2009). Este grupo de comerciantes de la localidad había adquirido reconocimiento social, acaparaba el comercio y mantenía relaciones de parentesco con los sectores dominantes de la ciudad de Quito. No obstante, Ibarra también empezó a ser considerada como una zona comercial para migrantes internos que provenían de las provincias de Esmeraldas, Carchi y Pichincha a comercializar productos agrícolas y ganaderos de la zona. La mayoría de estos habitantes que en sus inicios eran flotantes, se establecieron de forma paulatina en la urbe. El

escenario se complementó con desplazamientos campo-ciudad de sectores indígenas de Otavalo y de las comunidades negras del Valle del Chota que se aglutinaban con ventas en el centro de Ibarra.

De hecho, a mediados del siglo XX en esta ciudad se consolidó una élite mestiza heredera de una clase terrateniente con poder político y económico, que coexistía con grupos de indígenas y negros, quienes empezaron a ser contruidos como los “otros”, basándose en imaginarios sobre “lo propio”, “lo ajeno” en la localidad. Es decir, se desarrolló un sentido específico del “ser y sentir ibarreño” (Yépez 2015). Esta ideología fue posicionándose a través de discursos institucionales y de prácticas racistas que fueron legitimando la exclusión del ser diferente (Salgado y Carrillo 2000). En estas lógicas predominantes y segregacionistas de lo local se inserta un prototipo de migrante de Colombia distinto, sin redes y en muchos casos, en condiciones de vulnerabilidad. Es decir, los “otros” y “otras” migrantes son vistos como “una amenaza” a las identidades locales y sobre todo a la reducción de empleo para los “propios”.

En contraste, en Otavalo encontramos el caso de inserción socio-laboral de migrantes de Perú, quienes llegaron a la ciudad atraídos por el dinamismo económico de la plaza de Ponchos. En un inicio, los productores peruanos tuvieron acogida por sus artesanías, pero posteriormente empezaron a generar malestar entre los comerciantes indígenas otavaleños, quienes mostraron indicios de xenofobia y rechazo a la población inmigrante; prácticas que tienen lugar en un contexto, donde históricamente se han manifestado disputas interétnicas entre indígenas y mestizos; procesos de revitalización étnica, a través del exaltamiento a las habilidades artesanales de los kichwa-otavalos, el carácter cultural del “mindalae”¹ en el pasado y las migraciones internacionales de los indígenas Otavalos por el mundo.

Es decir, las migraciones peruanas se articulan a este proceso de empoderamiento de la élite otavaleña, que empezó a fraguarse con esporádicos movimientos internos de indígenas que

¹ La figura del liderazgo indígena de Rosa Lema, fue designada como la representante cultural del “mindalae” en el extranjero, durante el gobierno del presidente Galo Plaza, en el año de 1948.

salían del campo a la ciudad; estos desplazamientos fueron el resultado de las reformas agrarias que modificaron el sistema de hacienda. Es así que en las décadas de 1940-1950, una mayoría de indígenas salieron a los centros urbanos de Otavalo e Ibarra; más tarde en el año de 1960 migraron hacia ciudades más grandes como Quito, Guayaquil, Cuenca y Tulcán (Sarabino 2007). De igual manera, se registró la urbanización del sujeto indígena en la década de 1970 (Conejo 1997) y la apropiación cultural/simbólica de la plaza de Ponchos o mercado Centenario (Maldonado 2016), lugar que históricamente se constituyó como un referente de la cultura indígena y donde hoy se concentra la producción artesanal de las comunidades indígenas de las zonas rurales y el comercio.

Como se puede apreciar, las dinámicas migratorias internas e internacionales están conectadas a conflictos y formas de desigualdad social que son constitutivas de la historia tanto de Ibarra como de Otavalo. Es decir, ambas ciudades se levantaron sobre la base histórica de procesos de -diferenciación social de los “otros” considerados no mestizos, no propios. Estas movilidades son heterogéneas y ponen de manifiesto lógicas segregacionistas pasadas y presentes que tienen que ver con la clase, pero que se van articulando a las desigualdades étnico-raciales, de género, condición migratoria y nacionalidad vigentes en las localidades.

El interés de esta tesis se centra en demostrar cómo se articula la migración a la producción de desigualdades sociales en los mercados laborales de Ibarra y Otavalo desde el análisis de la espacialidad y la perspectiva interseccional. En ese sentido, las preguntas que orientaron este estudio son ¿cómo se profundizan las desigualdades sociales/espaciales en los mercados de trabajo, en los que se encuentran migrantes y no migrantes? ¿Cómo se ha construido históricamente la categoría de “otros” en este entramado complejo de desigualdades sociales? ¿Cómo se trazan trayectorias laborales y rutas migratorias y cómo estas interactúan con la dimensión espacial? ¿Cuáles son las formas de resistencia y cómo confrontan los grupos subordinados en estos espacios construidos históricamente como “exclusivos” “propios” por las jerarquías locales?

A fin de buscar respuestas, nos enfocamos teóricamente en la producción/reproducción de desigualdades sociales en el espacio desde el posicionamiento de la geografía crítica y los entrecruces de clase, género, etnia, nacionalidad, a partir del lente de la interseccionalidad.

La dimensión espacial permite identificar procesos de segregación arraigados en procesos de acumulación y diferencias socio-espaciales entre grupos históricamente excluidos que conviven en estas ciudades -indígenas, negros, migrantes- y las élites quienes han ostentado acumulación y poder en las localidades. Asumo el espacio como socialmente producido mediante prácticas cotidianas desplegadas por las personas tanto en el plano individual como en lo colectivo ((Lefebvre 1991). Esto implica que el espacio no es estático ni fijo, sino que produce relaciones sociales y estas a su vez crean espacios (Geografía Crítica 2018).

De esta manera, el espacio se convierte en productor y contenedor de desigualdades sociales, no solamente en términos económicos, sino también en aspectos socioculturales y simbólicos. Al mismo tiempo muestra la forma cómo los grupos subordinados resisten estos espacios de desigualdad. Cabe resaltar que las prácticas y acciones de quienes participan en esta producción social del espacio están mediadas por relaciones de poder (Haesbaert 2011), las mismas que se manifiestan en los mercados laborales, donde se marcan los límites del cómo y de quienes participan en la producción del espacio. El abordaje de las desigualdades sociales desde el espacio devela una urdimbre de estructuras de poder que hacen referencia a cuestiones de género, étnicas, de clase, nacionalidad que se intersectan en los mercados de trabajo, entendidos estos como lugares múltiples y heterogéneos donde confluyen tanto la materialidad física del espacio como las significaciones culturales y simbólicas.

En ese sentido, la perspectiva teórico-metodológica de la interseccionalidad permite repensar las inequidades, a través de estos cruces entre distintas dimensiones sociales como la clase, el género, la etnia, que a la vez se constituyen en el espacio o con los espacios (Zaragocín 2016). Mediante la dimensión espacial, se reconoce que el espacio es heterogéneo y que el poder circula en espacios particulares para reproducir

sistemáticamente las inequidades sociales (Valentine, 2007; Rodó-de-Zárate 2014). Esto implica que existe una imbricación de múltiples identidades que asumen los sujetos, a través de sus posicionamientos de clase, género, etnia, estatus migratorio y las variadas formas que van adquiriendo las diferencias sociales en el espacio (Ramírez Arcos 2016).

De hecho, el espacio se presenta como un todo interconectado, en el que existen mutuas interdependencias entre los sujetos y sus entornos (Nightingale 2011). Además, la interseccionalidad permite argumentar que la sociedad es heterogénea y esta a su vez se “coproduce” con la espacialidad heterogénea (Radcliffe 2015). Con ello enfatizo en la formación de los sujetos con base a los lugares específicos que ocupan al interior de los mercados de trabajo. No obstante, este enfoque también permite repensar los espacios como lugares de resistencia, donde se generan condiciones de posibilidad para evadir las múltiples opresiones como la violencia, discriminación y acoso sexual en los sitios de trabajo. Tomando la idea de que el espacio nos hace *ser lo que somos* y que las luchas se hacen con el espacio (Geografía crítica 2018), identifiqué tácticas y estrategias que despliegan los migrantes en el espacio cotidiano, para construir, reproducir y cuestionar las relaciones de dominación (Lefebvre 1973). A partir de este marco, se comprende la manera cómo la población migrante confronta ambientes de hostilidad, explotación, discriminación y xenofobia en los mercados laborales. A la vez que se establecen mecanismos de negociación y tácticas contra los micropoderes.

En consecuencia, esta investigación pretende ser una contribución a los estudios migratorios, enfatizando en la producción de desigualdades socio-espaciales identificadas en los procesos de intercambio; interacciones socio-económicas, culturales y simbólicas, transacciones que establecen los inmigrantes con la población receptora. Si bien existen escasas investigaciones que centran su análisis en las relaciones interétnicas entre indígenas, mestizos y comunidades negras en constantes tensiones tanto en la ciudad de Ibarra como en la ciudad de Otavalo, no se visibiliza el rol de la dinámica inmigrante en estos espacios, entendiéndolos como puntos de convergencia donde se fraguan las inequidades pasadas y presentes y en los que cobran un papel preponderante los inmigrantes que vienen a convertirse en los “otros de los otros”.

El argumento que sostendré en las siguientes páginas se refiere a la presencia histórica de grupos migrantes colombianos y peruanos en las ciudades intermedias y su inserción laboral en distintas actividades de la economía local; pero que a partir de su llegada y permanencia en estas ciudades, hay una especie de prolongación de la discriminación, exclusión y xenofobia hacia los sujetos considerados como “no propios del lugar” y que se suman a los grupos sociales históricamente marginados por las pequeñas élites de las localidades.

Otra contribución de la tesis es la profundización en el conocimiento acerca de la presencia histórica de población colombiana y peruana en el norte del Ecuador, pues existen estudios en los que predominan las miradas de los inmigrantes concentrados en las principales ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca, pero no se da centralidad a las movilidades de población inmigrante de Colombia y de Perú que optan por residir en las ciudades intermedias como Ibarra y Otavalo, luego de que algún tiempo únicamente eran vistas como sitios de tránsito. De esta manera, se visibiliza que se va configurando un patrón migratorio caracterizado por una constante evolución de movilidades intrarregionales y que adquieren diversos matices dentro de los flujos migratorios hacia el Ecuador.

De igual forma, pienso que esta investigación aportará a la comprensión del fenómeno de la inmigración venezolana en estas localidades. A pesar que por falta de tiempo no se abordó en este estudio, hay constancia de la manera como Otavalo e Ibarra encaran las migraciones intrarregionales, la misma que acude a sobredimensionar sentidos de pertenencia sobre el territorio. Además, hay la tendencia a despertar sentimientos negativos como la xenofobia contra personas de otras nacionalidades. El problema se visualizó en el caso de la comunidad de Peguche, Otavalo, donde un grupo de venezolanos fue sometido al ajusticiamiento indígena con claras muestras de violencia y rechazo hacia este colectivo. En el mismo sentido, el feminicidio registrado en la ciudad de Ibarra, donde se desató la xenofobia contenida de ciertos grupos privilegiados de la urbe, que incentivaban al rechazo y protesta con la consigna de “afuera” a familias migrantes venezolanas. Con ello atentando al derecho humano de la libre movilidad de mujeres y niños de origen venezolano en condiciones de vulnerabilidad.

Estrategia metodológica

La investigación sobre desigualdades sociales en la inserción socio-laboral de los migrantes colombianos y peruanos en las ciudades de Ibarra y Otavalo es un estudio cualitativo, que se construyó a partir de dos marcos teórico- metodológicos: espacio e interseccionalidad. El primero posibilita pensar la producción/reproducción de desigualdades sociales en distintos niveles o escalas. Es decir, se trata de un análisis multiescalar que permite examinar el espacio como constitutivo a la *multiplicidad*, entendida esta como simultaneidad donde ocurre la vida que conecta relaciones sociales y de poder a la vez (Massey 2007). La segunda mirada es la interseccionalidad, la misma que atraviesa este estudio y complejiza la formación heterogénea de subjetividades en el espacio y sus distintas interconexiones de género, clase, etnia, nacionalidad. Desde la dimensión espacial, inferimos que estas conexiones se sitúan en distintos lugares que son experimentados de diferentes maneras por parte de los sujetos, es decir sobre el espacio existen sistemas de dominación que producen momentos de exclusión o privilegios para ciertos grupos sociales” (Valentine 2007). A continuación, se profundizará en cada uno de estos aspectos metodológicos.

Dentro del primer encuadre metodológico, identificamos el análisis multiescalar, en el cual se tomó en cuenta tres niveles: lo macro, lo meso y lo micro. En cada una de estas escalas, se aplicaron perspectivas para interpretar la información obtenida durante la etapa de trabajo de campo. Así en el nivel macro, se examinó el proceso de migraciones colombianas y peruanas en Ibarra y Otavalo desde la mirada de “ciudades intermedias” para destacar el papel que cumplen estas localidades frente al hecho migratorio y cómo los y las migrantes se insertan laboralmente en estos nodos que “articulan espacios de integración interna al país y se convierten en una especie de bisagra para la conexión con redes externas de la economía globalizada” (Carrión 2004). Entonces, nos interesa mostrar cómo las poblaciones migrantes en estas urbes intermedias presentan formas particulares de ocupación laboral, modos de supervivencia en el lugar de destino y estrategias de resistencia en el espacio que ocupan.

El concepto de ciudades intermedias se utilizó para comprender un contexto general de conexiones migratorias y no migratorias, donde existen relaciones de poder, se gestan

desigualdades socio-espaciales y persisten asimetrías socio-económicas, las mismas que han perdurado en el Ecuador y que van entretejiéndose con los fenómenos migratorios. El tomar como punto de partida este enfoque nos posibilita superar la visión centralista que se ha otorgado a las ciudades grandes en función de los procesos de urbanización, modernización y desarrollo territorial. Sobre la base del “derecho a la ciudad” de David Harvey (2012), asumimos a la ciudad no solamente como escenario donde se inscriben los hechos sociales, sino también apuntamos a que las ciudades son lugares donde la dimensión espacial es constitutiva a lo social e impregna la vida cotidiana, las representaciones y las prácticas que sostienen los actores para pensarse a sí mismo y a los otros. A su vez esto contribuye de diferentes maneras a la producción de la ciudad, en tanto espacio concebido, percibido y vivido de forma desigual por quienes la habitan (Lefebvre 1991).

En ese sentido, creemos necesaria la vinculación entre migraciones transfronterizas²/espacios intermedios para repensar las ciudades más allá de grandes o pequeñas cantidades de población contenidas en un territorio y estudiarlas como nodos de interconexión donde se entremezclan dinámicas económicas, socio-culturales, movimientos migratorios. Además, en estos lugares se manifiestan acciones de los poderes locales y reacciones por parte de la población local frente al fenómeno migratorio. Entonces, este trabajo antepone esta categoría para destacar que tanto Ibarra como Otavalo se han constituido históricamente como dos puntos estratégicos para las migraciones colombianas y peruanas y que cada vez adquieren mayor relevancia en el circuito general de las migraciones limítrofes hacia el Ecuador.

Como se mencionó anteriormente, la literatura sobre migración en el Ecuador toma en cuenta a estas ciudades intermedias como zonas de tránsito de migrantes que van hacia Quito y Guayaquil y dentro de la academia se ha privilegiado el análisis de los flujos migratorios en contextos centrales, periféricos, fronterizos. Sin embargo, en la última década más familias migrantes de los países vecinos optan por asentarse en estas

² El término transfronterizo es utilizado en esta investigación para fines de descripción sobre los grupos de migrantes de países vecinos que limitan con el Ecuador.

localidades de peso intermedio; lo cual deviene en procesos más complejos de exclusión, discriminación, xenofobia. Es decir, se sitúan formas específicas de segregación y se convierten en lugares donde afloran los sentidos de lo local, tensiones y pugnas por el espacio.

A fin de evidenciar estos procesos, en este nivel macro se optó por la siguiente estrategia de recolección de información: una indagación documental histórica que posibilitó captar el tipo de inserción de estos migrantes en el mercado laboral y cómo a través de su presencia se construye el lazo con el espacio global desde estas ciudades intermedias. Este proceso metodológico se llevó a cabo en enero de 2017 hasta marzo de 2018. Partimos de la revisión inicial de fuentes de información como: documentos, actas constitutivas y archivos históricos de los municipios de Ibarra y Otavalo que dan cuenta sobre la presencia significativa de migraciones colombianas y peruanas en estas localidades, a través del intercambio comercial, durante la década de 1950.

Enseguida, acudimos al Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) de la ciudad de Otavalo, donde reposan archivos históricos sobre las épocas y las transiciones de los migrantes de Perú en Otavalo. Se examinaron planes de desarrollo territorial con el fin de interpretar la posición que han tenido estas ciudades dentro de los procesos de urbanización y planificación territorial a escala nacional y para establecer el espacio donde se desarrolló este estudio. La visión histórica que adoptamos fue pertinente en esta fase del trabajo de campo, porque de esta manera, se reconstruyeron relaciones de desigualdad, las mismas que han persistido históricamente en las dos ciudades y que han adquirido nuevas modalidades en contextos migratorios. De esta manera, aterrizamos en el concepto de interseccionalidad, que posibilitó examinar la trama de desigualdades entrelazadas en el tejido social y que toman forma en las ciudades intermedias. A través de este ángulo, encaramos la manera cómo se entrecruzan las distintas categorías sociales como la clase, el género, la etnia, la nacionalidad y a su vez, cómo la interseccionalidad se constituye en su relación con el espacio (Valentine 2007).

En nuestros casos empíricos, la perspectiva interseccional permitió determinar cómo los migrantes acumulan experiencias en las denominadas ciudades intermedias; procesos arraigados desde tiempos coloniales, en los cuales los grupos étnicos -indígenas y negros- han sido históricamente excluidos de este espacio; pero a raíz de la llegada de los migrantes esto se proyecta en esta población y adquiere otras modalidades mucho más encubiertas que pretenden pasarse por alto.

Enfatizamos que no solamente el género es importante para nuestro análisis, sino que esta es una variable de la investigación que se articula a otros marcadores sociales como la clase, la etnia, nacionalidad, condición migratoria, no como un elemento adicional, sino como constitutivo a todo ello. Precisamente, el desafío de este estudio es desentrañar cómo se dan estos entrecruces en las ciudades intermedias, cómo se fraguan estas inequidades históricas, por qué en lo local se reviven y reavivan sentidos de pertenencia, y apropiación del espacio. Cómo a partir de los condicionantes de género, clase, etnia, nacionalidad se moldean las desigualdades sociales en el mercado laboral. Cuánto peso se le otorga o no al hecho de ser mujeres de clase media y media-baja, indígena, negra o en su lugar, migrante colombiana o peruano para acceder y permanecer en los mercados laborales.

En ese sentido, nos apoyamos en la bibliografía de ciudades intermedias, en la que se destaca el protagonismo que van adquiriendo estos lugares en el escenario nacional. Además, reflexionamos sobre estudios realizados sobre de racismo en Ibarra y discriminación étnico-racial en Otavalo, lo cual nos llevó a identificar esta matriz histórica de inequidades que se reproducen en el espacio. Para complementar esta información de base realizamos 15 entrevistas a comerciantes y personajes de la ciudad de Ibarra que conocían la historia de la localidad y 10 entrevistas a comerciantes y artesanos de la ciudad de Otavalo, para mostrar cómo a partir de los discursos y las percepciones se construye la otredad. Considero que esta fase resultó útil, puesto que buscamos reconstruir las subjetividades de los actores, en este caso población migrante, cuyas individualidades interactúan con representaciones de lo local, condiciones histórico- estructurales y lógicas de funcionamiento de los espacios intermedios.

En la medida que buscamos profundizar las desigualdades socio- espaciales en el proceso de inserción socio-laboral de los migrantes en Ibarra y Otavalo, en el nivel meso planteamos el enfoque trayectorias laborales/espacio. Para eso, conceptualizamos a la trayectoria laboral como aquellas orientaciones que toman las vidas de las personas en contextos específicos como el familiar, social, económico, personal y migratorio, los mismos que están animados por representaciones y significaciones que el sujeto atribuye o tiene de sí, de su medio en momentos distintos de estos recorridos, de tal manera que las trayectorias laborales son al mismo tiempo cristalizaciones y significaciones subjetivas (Mauro et al., 1999). También alude a una línea de vida o carrera, que puede variar y cambiar en dirección, grado y proporción y puede abarcar una variedad de ámbitos o dominios (trabajo, escolaridad, vida reproductiva, migración, etc.) que son interdependientes (Blanco 2011).

En esta escala meso, la mirada espacial sobre las trayectorias laborales implicó que nos focalicemos en las experiencias de los sujetos en distintos lugares (Ibarra y Otavalo) y en un plazo definido (periodo 2000-2015). Se tomó en cuenta este periodo, porque precisamente es en este tiempo cuando empieza a tomar forma un patrón migratorio caracterizado por la intensificación de flujos migratorios entre países vecinos de la región Andina. Entre ellos el Ecuador, donde se observa múltiples movilidades intrarregionales, antes poco visibilizadas.

Para eso, realizamos la reconstrucción de 28 trayectorias laborales de personas provenientes de Colombia (15 mujeres y 13 hombres). Las edades de los sujetos van entre 23 y 65 años.

La mayoría proviene de lugares como del Valle del Cauca, Imbiola, Cali y Bogotá. En Ibarra, se desempeñaban en ventas ambulantes, jornaleros/as en el mercado Amazonas, empleo en locales de comercio y restaurantes, atención en peluquerías y venta de cosméticos en el centro de la urbe. Los niveles de instrucción son: la mayoría, terminaron la educación secundaria, educación técnica en oficios como la gastronomía, la estética, carpintería y panadería; otro grupo contaba con educación superior sin terminar y una minoría había alcanzado sus estudios de tercer nivel en las carreras de administración de

empresas y docencia. En cuanto a la condición migratoria, de los 28 entrevistados 9 contaban con el estatus de refugio, 11 se encontraba por regularizar su situación y 8 se autodefinían como migrantes económicos y contaban con la visa Mercosur.

En el caso de Perú, se hicieron 22 trayectorias laborales (10 mujeres y 12 hombres en edades que van desde los 22 hasta los 57 años). La mayoría de ellos son artesanos quienes trabajaban en su país de origen y envían los artículos al Ecuador y a otros países. Cuentan con talleres donde fabrican sacos de alpaca, bisutería en plata y otras artesanías. Su formación artesanal viene heredada de sus padres, hermanos y familiares. También se encuentran comerciantes que se dedican a la venta al por mayor y menor de productos artesanales provenientes de su país. Los lugares de procedencia son: Lima, El Cuzco, Puno, Tumbes. Las entrevistadas tienen negocios propios y se encuentran posicionadas en la zona donde viven, pues son reconocidas por sus clientes, pero confrontan situaciones de discriminación por el hecho de ser mujeres y por su nacionalidad. Mientras los migrantes (varones) han optado por extender sus negocios y almacenes en casi todo el centro de Otavalo por la acogida que ha tenido su producto. El nivel de instrucción tanto de hombres y mujeres es educación secundaria/técnica y superior sin concluir.

Para el desarrollo de estas trayectorias laborales, nos basamos en el enfoque relacional del relato biográfico, el mismo que se basa en un ejercicio de retrospectiva, en el cual los actores acudiendo a su memoria, narraron hechos que han experimentado en el curso de su vida laboral durante un determinado tiempo, sea este a mediano o largo plazo. Este lente posibilitó captar transiciones, rupturas o estancamientos que ha tenido una persona en el campo del trabajo, además de proyectar si se dieron o no casos de movilidad social y económica (Blanco 2011).

Con el fin de entrelazar aspectos laborales y elementos migratorios, nos centramos en dos aspectos de las trayectorias; por un lado, señalamos las continuidades/discontinuidades; en cuanto a obstáculos y oportunidades presentadas en el acceso y permanencia en los mercados de trabajo (Muñiz 2012); por otro lado, enfatizamos en los múltiples desplazamientos que realizaron los migrantes al salir de sus países de origen y más tarde

cómo estas movilidades se van transformando al incorporarse a los mercados de trabajo en el Ecuador. En estos, se configuran itinerarios caracterizados por situaciones intermitentes de ingreso y salida al mercado laboral, fuerte rotación de empleos, la subocupación y la informalidad (Cachón 2013). Particularidades que se manifiestan en las trayectorias laborales de los sujetos de este estudio.

La aplicación de esta metodología posibilitó comprender que la incorporación laboral de los migrantes transfronterizos en contextos intermedios está atravesada por la precariedad e informalidad laboral de los mercados de trabajo; dos características que son compartidas con la población local. A diferencia de lo que ocurre en los procesos migratorios hacia Europa o Norte América y en grandes ciudades, donde se han asignado nichos económicos específicos para migrantes que los nacionales no aceptan. Sobre este tema, existe una amplia literatura, apoyada en la teoría de la segmentación de mercados, en la que prima una visión hegemónica que tiende a construir las trayectorias como iguales y uniformes.

Es decir, las trayectorias laborales en los flujos migratorios sur-sur son heterogéneas y están salpicadas por múltiples movilidades territoriales, dada la alta precariedad que confrontan en los mercados laborales de localidad. Para evidenciar esto en el análisis, articulamos aspectos generales como condiciones de trabajo y cuestiones más específicas como son las relaciones de trabajo (valoración social del trabajo) con los otros/otras y en sus relaciones con el espacio; al tiempo de explorar el entrelazamiento de procesos de exclusión/integración, segregación espacial/ ocupacional y marginalidad laboral (Roberti 2012).

El abordaje de las subjetividades de los migrantes, a través de las trayectorias laborales también permitió profundizar sobre el vínculo interseccionalidad/espacio para entender la formación de identidades a partir de los lugares que ocupa, sean estos espacios de privilegio para unos o de opresión para otros. Además, nos apoyamos en las premisas sobre la multiplicidad de identidades argumentadas por Doreen Massey (2007), las mismas que se co- constituyen en el espacio. Esto significa que las personas experimentan distintas

situaciones, que manifiestan relaciones de poder y desigualdad, según el lugar donde se encuentren.

Además, se pudo identificar cómo los sistemas dominantes que han prevalecido en las localidades van reproduciendo las diferencias, mediante prácticas cotidianas que encierran acciones implícitas o explícitas de discriminación expresadas en la contratación de mano de obra barata migrante, la relegación de puestos de trabajo y la constante tensión que se vive por el uso y ocupación del espacio en tanto físico como simbólico. No obstante, los espacios también son pensados para la resistencia donde se despliegan estrategias para confrontar la hostilidad, la explotación laboral y los estigmas imaginados a partir de la clase, el género, la etnia, la nacionalidad, la condición migratoria.

En esta etapa, la recolección de datos se hizo a través del trabajo etnográfico desarrollado en las dos ciudades, mediante mi participación en distintos eventos relacionados con la vida social y laboral de estos dos grupos migrantes. En abril de 2017, participé en tres reuniones que mantenían los migrantes con las autoridades municipales, con el fin de organizar ferias de emprendimiento entre población colombiana y productores de Ibarra. De igual forma, asistí a dos encuentros entre funcionarios municipales, comerciantes otavaleños y los productores de Perú en Otavalo. Este primer acercamiento a las trayectorias laborales me encaminó a seleccionar de forma no aleatoria a los y las informantes que serían claves en la investigación. Este grupo de personas estaba vinculado a organizaciones de derechos por los migrantes, eran portavoces de la población recién llegada a la provincia de Imbabura y fueron quienes me contactaron con otras personas en situación de movilidad humana.

En mayo de 2017, tuve la oportunidad de asistir a una reunión en el Patronato Provincial de Imbabura, donde se reunía un grupo de mujeres colombianas para elaborar artesanías que serían comercializadas en las ferias de emprendimiento. Aquí presenté el proyecto de investigación que tuvo acogida, luego de llegar a un acuerdo en el que me comprometía a difundir sus artículos elaborados a mano y a respetar la confidencialidad de la fuente. Los diálogos se desarrollaron por tres ocasiones y en medio de tertulias las mujeres narraban sus historias que finalizaban con el tradicional café colombiano.

Simultáneamente apliqué la técnica de entrevista semiestructurada al grupo de peruanos en Otavalo, a través de la información recabada en el Municipio, donde me facilitaron datos sobre los lugares de concentración y comercio de los migrantes. Los productores peruanos alquilan casas de dos o tres pisos por los alrededores de la plaza de Ponchos, con el fin de ocupar el primero para instalar almacenes de venta de artesanías y el segundo y tercero para residir. Hice un recorrido por la zona donde residen y conversé con dos familias quienes me contactaron con otro grupo de comerciantes, quienes habían planteado la idea de conformar una asociación de peruanos residentes en Otavalo, pero no se concretó. Uno de los primeros obstáculos en el trabajo de campo fue la poca apertura que percibí entre los comerciantes para las entrevistas; pero fue superada con la persistencia y la puntualidad a las citas concertadas.

En relación a esta técnica, se elaboraron dos tipos de entrevistas: para la población migrante los ejes temáticos giraron en torno a la formación, experiencia migratoria, empleo, trayectoria laboral. En el caso de la población local, los bloques temáticos abarcaron: memoria histórica de Ibarra y Otavalo, percepciones sobre la población migrante. Esta combinación se puso a prueba para comprender cómo las vivencias de los migrantes en su proceso de inserción laboral están íntimamente relacionadas con los sentidos, significados que construyen los locales sobre la ciudad/ espacio y sobre la otredad.

En junio y julio de 2017, inicié la observación participante en los grupos de Autoahorro y de Autoayuda de la Misión Scalabriniana en Ibarra, los mismos que eran coordinados por el área de Medios de Vida de esta organización. Los grupos estaban conformados por 19 mujeres entre colombianas, venezolanas y ecuatorianas. En este espacio, los relatos biográficos daban cuenta de los múltiples recorridos que hicieron las mujeres para encontrar la forma como conseguir el sustento; también pude observar cómo las mujeres están condicionadas en el espacio que les tocó ocupar, dentro y fuera de los mercados.

Además, las presiones, el acoso y las tensiones que ocurren en la cotidianidad de la ciudad. Con el fin de recopilar la información de forma grupal, apliqué la dinámica denominada “el gráfico de mi vida”, que es utilizada en procesos de integración y participación ciudadana.

De este ejercicio, se obtuvo información con respecto a las experiencias durante trayectoria laboral, la misma que está mutuamente ligada a su ruta migratoria. Al interior del grupo de Autoahorro, la mayoría de mujeres trabajaban en ventas ambulantes. Aquí ingresé como una socia más, pues mi interés se centraba en conocer de cerca los protocolos de funcionamiento, cuáles son los mecanismos que permiten o impiden el trabajo en red, las tensiones entre migrantes. El papel que juega la líder en el círculo es fundamental, en la medida que es la persona que se encarga de facilitar la búsqueda de empleo, de gestionar un posible capital semilla para el inicio de un pequeño negocio o para la entrega del fondo de solidaridad que es recaudado entre las socias de la caja.

Esta experiencia posibilitó comprender en la práctica cuáles y qué tipo de estrategias implementan las mujeres migrantes para sobrellevar la precariedad laboral, cómo confrontan la discriminación. El hecho de ser integrante de la agrupación y presentarme como la autora de esta investigación desde un inicio, me permitió entablar una relación más cercana con las entrevistadas, sin embargo, en algunos casos se observó cierto bloqueo y aprensión por parte de algunas integrantes del grupo; lo cual se fue resolviendo con la asistencia permanente a las reuniones, la organización de actividades de integración en conjunto y la celebración de fechas especiales de cada una de las integrantes. Reconozco que esta actividad fue más allá de la etapa de trabajo de campo en intensidad y tiempo, pues pertenecí al grupo hasta junio de 2019.

En el nivel micro del estudio, me concentré en los mercados Amazonas en Ibarra y de Ponchos en Otavalo para determinar cómo se construye el espacio denominado mercado, de qué manera se gestan las desigualdades socio económicas y espaciales en estos lugares; cómo se han fijado históricamente los límites para los otros; para quiénes existe acceso o no, qué tipo de oficios están en el “adentro” y cuáles en el “fuera” y cómo se construye la resistencia frente a la segregación espacial. Estas son algunas de las preocupaciones que guiaron el trabajo etnográfico que se llevó a cabo en las plazas. La etnografía generó condiciones para adentrarnos en las vidas sociales y laborales de los migrantes, sus interacciones con los otros, así como su relación con el espacio. Como bien lo señala Rosana Guber (2004) el método etnográfico permite el *estar ahí*, es un enfoque que

posibilita el formar parte del mundo de los sujetos, reconocer las particularidades de aquellas personas que son observadas y con quienes se establece un diálogo de saberes, en el marco del respeto y la confidencialidad.

Asumimos al mercado como ese espacio donde se construyen las relaciones sociales en la cotidianidad; no solamente como escenario donde existen intercambios sociales, económicos y culturales, sino además es el sitio donde se crean imaginarios sociales sobre los otros. Esto invita a repensar el espacio desde los mercados de las ciudades; poner el acento en el espacio público y todo lo que significa: interacciones, formas de apropiación y adaptación objetiva y subjetiva de quienes participan en él. Además de reflexionar en torno a las representaciones sobre accesibilidad, uso compartido sin distinción o limitación de condición social, cultural o étnica (Campos y Brenna 2015). No obstante, la interpelación es poner en debate que en la práctica existe complejidad en la ocupación de los espacios, pues existe una línea demarcada entre “nosotros” y los “otros”, en la se expresan maneras de exclusión, discriminación y segregación espacial.

Además, las dos plazas objeto de este estudio constituyen espacios que encierran historia, identidad y la cultura de las localidades. Son lugares de concentración de personas que se conectan con una heterogeneidad de grupos que van y vienen por el intercambio material y simbólico. Al tiempo que son lugares donde se localizan tensiones por la ocupación y uso del suelo; pero también se despliegan prácticas para confrontar las inequidades. En ese sentido, el vínculo espacio/ mercados en esta investigación es central, porque comprendemos como en estos lugares se materializan y reproducen las desigualdades socio-espaciales de forma sistemática.

En este nivel micro, utilizamos la etnografía y la observación participante como técnicas de recolección de información. Estas actividades iniciaron en agosto de 2017 y culminaron en enero de 2018. Estos dos lugares no me resultan ajenos, pues forman parte de mi niñez y adolescencia; he vivido de cerca sus transformaciones y he apreciado cómo las personas han ido construyendo sentidos de pertenencia e identidad; pero a la vez de conflictividad y disputa. A través de la memoria, se aprecia que estos lugares públicos se convierten en

puntos de convergencia intercultural, de transacciones socio-económicas y es ahí donde se dinamiza la economía local, se reactivan y se marcan las diferencias en las ciudades.

Considero que mi experiencia como periodista durante siete años y el hecho de entrenarme en la cobertura del fenómeno migratorio hacia el Ecuador me motivaron a emprender en este estudio. Además, el haber nacido en Imbabura me ha permitido conocer de cerca el escenario donde se llevó a cabo esta investigación. A través del tiempo, he observado las problemáticas, que afectan a las localidades con respecto a inequidades, formas de organización, fenómenos migratorios; y en algún momento de mi trayectoria laboral he experimentado discriminación y exclusión. Es decir, reconozco que este estudio era una deuda pendiente que había adquirido durante mi desempeño profesional como periodista.

Estas vivencias personales tienen sus ventajas y desventajas. Las primeras hacen referencia a que se conoce medianamente a las personas que trabajan por años en el mercado Amazonas de Ibarra; este grupo de informantes me condujeron a quienes en sus negocios contrataron mano de obra migrante empleadores/empleadoras. En un inicio, las personas accedieron en medio de presiones, sin embargo, a medida que se mantuvieron los diálogos se generó un clima de confianza. Precisamente este ambiente inicial de tensión constituye una desventaja, porque podría perderse la fluidez de los relatos; pero fue resuelto con el apoyo de una de las integrantes de la caja de Autoahorro de la Misión Scalabriniana, quien labora en uno de los puestos del centro de comercio y fue importante su papel en esta actividad: mediante su intervención se negociaron los términos sobre los cuales se haría la recopilación de la información. Los trabajadores y trabajadoras en este sitio pidieron que se reserve publicar sus nombres completos en el informe final de este estudio.

En la plaza de Ponchos la situación fue distinta. Pese a que por años he transitado por este lugar, era la primera vez que me acercaba para analizarla como objeto de estudio. En este punto se concentra gran cantidad de personas que llegan de varios países del mundo. Es un paisaje de la interculturalidad globalizada. Los espacios están distribuidos de acuerdo a la división social del espacio organizada por el Municipio de Otavalo y las organizaciones de comerciantes indígenas y una minoría de mestizos. El centro de la plaza constituye un lugar

privilegiado y por ello es de uso exclusivo para los comerciantes indígenas de Otavalo. Aquí no se encuentran los migrantes peruanos; ellos están ubicados en los alrededores de la plaza, en las calles y sectores aledaños.

Para adentrarme a este grupo, la familia de origen peruano y otavaleño Cosco- Guaña fue importante. Tuve la oportunidad de acompañar a esta pareja compuesta por un migrante peruano con una mujer indígena otavaleña a la celebración de la Pachamanca³, que es tradicional del Perú, pero que ahora se celebra en Otavalo. Esto me permitió conocer de cerca las interacciones interétnicas y los sentidos que se otorga a esta costumbre milenaria.

Este acompañamiento posibilitó el acceso al resto de informantes, a quienes expuse la idea de investigación y pese a que en un inicio hubo resistencia, en las siguientes semanas se mostraron más abiertos al diálogo. Considero que estas reacciones se basan en que las entrevistas son ejercicios de intromisión en las subjetividades de los entrevistados/as (Bourdieu 1993); por ende, requiere un trabajo minucioso, cauteloso apegado a la ética en la recolección de información. Es decir, el trabajo de campo no es únicamente levantamiento de información, sino más bien constituye el reconocimiento, entendimiento y reflexión sobre lo empírico. En esto radica su importancia dentro de la investigación.

Además, en esta escala micro acudimos a la literatura sobre persistencia de desigualdades, específicamente los mecanismos que la originan: la explotación y el aprovechamiento de oportunidades planteadas por Charles Tilly (2000). Sobre esta base evidenciamos el papel que cumplen las redes tanto en el acceso o restricción a un puesto de trabajo en Ibarra y Otavalo, no solamente en las plazas Amazonas y de Ponchos, sino en las ciudades como tal.

Es decir, cuán importante o no es contar con redes tanto en sus países de origen como de destino, pues también dependerá de los vínculos que se han formado, sean fuertes o débiles, para insertarse laboralmente (Granovetter 1983). Adicionalmente, se puso a prueba el

³ Es una actividad gastronómica de origen peruano, que consiste en la preparación de alimentos al calor de las piedras que se colocan debajo de la tierra.

concepto de enclave étnico con sus respectivos matices, puesto que existe una línea difusa entre el relativo el éxito económico de los migrantes y las profundas desigualdades sociales que se encuentran enquistadas en los enclaves étnicos y que pueden ser asumidas como relaciones de reciprocidad.

Por último, consultamos fuentes secundarias como: las bases de datos de las organizaciones de migrantes, los diagnósticos sobre Movilidad Humana en el Gobierno Provincial de Imbabura, las monografías de la ciudad de Ibarra, los artículos de opinión de personajes de las localidades y las noticias de los medios impresos regionales que publicaban la temática migratoria en la zona norte del Ecuador.

Estructura de la tesis

En busca de encontrar respuestas a la pregunta de cómo se profundizan las desigualdades socio-espaciales en el contexto de las migraciones colombianas y peruanas en las ciudades de Ibarra y Otavalo (Ecuador) nos planteamos organizar la información en seis capítulos que intentan conectarse unos a otros. Para ello, en el primer capítulo se analizará teóricamente la relación que existe entre espacio e interseccionalidad y a manera de complemento se discutirá el acaparamiento de oportunidades y el papel que cumplen las redes en el proceso de inserción socio-laboral de la población migrante.

En el segundo capítulo, se examinarán estudios teórico-empíricos sobre las migraciones intrarregionales en articulación con la producción espacial de desigualdades sociales en la región sudamericana. Al existir escasos trabajos sobre las migraciones entre los países andinos (Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia), hemos recopilado brevemente los principales trabajos sobre investigaciones de migraciones andinas hacia el Cono Sur (Argentina, Chile y Paraguay). No obstante, en la segunda parte vincularemos el papel que va tomando el Ecuador en el escenario de las migraciones intrarregionales y cómo de ser un país emisor de emigrantes, se configura como un lugar para las múltiples movilidades e inmigraciones de países limítrofes.

En el tercer capítulo, ubicándonos en la escala macro intentamos reconstruir las relaciones de desigualdad que han persistido en Ibarra y Otavalo. A partir de esta revisión histórica, se analizan cómo las inequidades socio-históricas de origen colonial que recaen sobre grupos históricamente excluidos (indígenas y afroecuatorianos) se desplazan hacia la población migrante, en el momento de su inserción laboral en las dos ciudades. Es decir, lo que buscamos es profundizar cómo la población local ha construido históricamente la otredad en su relación con grupos históricamente excluidos y, ahora, con la población migrante colombiana y de Perú. Es decir, presentamos el marco general en el que se desarrolla esta investigación.

En el capítulo cuatro, para conectar lo macro con lo meso, continuamos con el objetivo de sustentar este proceso de traslación de desigualdades socio-históricas desde los grupos marginados de la localidad hacia los colectivos migrantes; para ello, reconstruimos las trayectorias laborales de los y las migrantes, a partir de la dimensión espacial y con el propósito de mostrar la manera cómo la ruta migratoria está determinada por su trayecto de vida laboral antes y después de llegar a las ciudades de destino. Además de exponer las modalidades de inserción laboral de la población migrante, se muestra la forma como se conectan con las localidades, donde persisten históricamente la explotación laboral y la discriminación hacia los sujetos considerados como “diferentes. En los dos casos, se aprecian tensiones por el espacio y disputas por los mercados de trabajo. Las diferencias se expresan en el acceso al empleo, en espacios permitidos, espacios restringidos que son experimentados por la población migrante. Para complementar el análisis, nos apoyamos en los mecanismos de cierre social como son *la explotación y el acaparamiento de oportunidades* profundizados por Charles Tilly (2000) y el papel que cumplen las redes en la inserción socio-laboral de los migrantes. A su vez, cuestionamos las relaciones asimétricas de explotación laboral y exclusión que se establecen en los mercados de trabajo y que son experimentadas por los grupos históricamente excluidos y por la población migrante.

El capítulo cinco y en el nivel micro, nos dedicamos a explorar la relación entre espacio, exclusiones y resistencias. Se presenta a la plaza Amazonas de la ciudad de Ibarra y a la

plaza de Ponchos de Otavalo como lugares complejos donde se articulan la materialidad física del uso del suelo representada en procesos de acumulación y monopolización del espacio y los sentidos que los sujetos migrantes y no migrantes le otorgan a cada uno de los espacios en los que se encuentran. Además, se pretende establecer cómo se sitúan los entrecruces de género, clase, etnia, origen, condición migratoria en estas dos plazas desde la mirada interseccional; a su vez la manera en que las mujeres en sus diversidades experimentan sistemas de opresión y violencia estructural por parte de grupos de poder afianzados en estos dos mercados.

Finalmente, el capítulo seis consiste en presentar las conclusiones a las cuales llego, luego de haber realizado esta investigación y conocer hasta qué punto encontré respuestas a la articulación de las migraciones de Colombia y Perú a la producción de desigualdades sociales en los mercados laborales de Ibarra y Otavalo. Expongo las principales aportaciones al campo de estudios de las migraciones intrarregionales, las limitaciones que se presentaron y los temas pendientes que podrían ser nuevas investigaciones a ser desarrolladas desde diferentes campos de estudio.

Capítulo 1

Aproximaciones conceptuales: el vínculo entre espacio, redes e interseccionalidad en las migraciones limítrofes

Introducción

El presente capítulo constituye el marco teórico sobre el cual argumentaré la manera como se profundizan las desigualdades socio-espaciales y cómo estas se encuentran articuladas a las migraciones de Colombia y Perú en la Sierra Norte del Ecuador. Es así que este marco conceptual está orientado a comprender esta relación, a través de la categoría de espacio como construcción social y la interseccionalidad como una perspectiva teórico-metodológica que posibilita visibilizar los entrecruces de clase, género, etnia, nacionalidad entretejidos en la inserción socio-laboral de migrantes de origen colombiano y peruano en los mercados de trabajo de las ciudades intermedias de Ibarra y Otavalo, en la provincia de Imbabura. Para ello, se toma en consideración tres nodos de debate que están interconectados: la construcción social del espacio; espacio social e interseccionalidad; y el acaparamiento de oportunidades en la inserción socio-laboral de la población migrante.

La dimensión espacial marca las diferencias o desigualdades sociales que experimentan los sujetos migrantes de acuerdo al lugar en el que se encuentran. Su indagación teórica nos revela los modos en que la población migrante es excluida, marginalizada y segregada de espacios privilegiados para los locales; así como nos explica formas de resistencia de los grupos subalternos en la espacialidad. Sin embargo, no solamente el espacio produce inequidades sociales, discriminación, sino que estas pueden estar ligadas a otras cuestiones como la clase, el género, la etnia, la nacionalidad, el estatus migratorio. De ahí que nuestro segundo eje de reflexión teórica será la interseccionalidad en los mercados laborales. En la parte final, nos apoyaremos en el acaparamiento de oportunidades para complementar el abordaje teórico de las desigualdades sociales.

1. La construcción social del espacio

Para comprender cómo se acentúan las desigualdades sociales en la inserción socio-laboral en el caso de los migrantes colombianos y peruanos, nos adentramos en el debate teórico

que enmarca esta investigación. Para ello, es necesario explorar los aportes sobre el espacio desde la economía política con Henri Lefebvre (1974) y la geografía crítica con David Harvey (2007). Lefebvre afirmó que el espacio es una relación social inherente a las relaciones de propiedad (suelo, tierra) y que está ligado a las fuerzas productivas que se encuentran en estos recursos. El autor defendió la integralidad de la multidimensionalidad del espacio; esto significa que el espacio no es únicamente contenedor de objetos diversos – tanto naturales como sociales- incluyendo redes y ramificaciones que posibilitan el intercambio de artículos e información, sino que a partir de la dinámica espacial se comprende una imbricación de relaciones de producción y reproducción, en las que se evidencian formas organizativas familiares y de trabajo basadas en funciones sociales y jerarquías; pero especialmente se establecen relaciones de “propiedad”.

El autor utilizó el término “producción” para identificar la multiplicidad de espacios que existen, semejantes a los productos que se obtienen dentro de un proceso productivo, en el que se establecen relaciones de producción entre quienes tienen el control de los medios de producción y quienes venden su fuerza de trabajo. Esto significa que el espacio producido socialmente se convierte tanto en instrumento del pensamiento como de acción y al mismo tiempo constituye un medio de producción, un medio de control y en consecuencia de dominación y poder (Lefebvre 1991). Es así, que en primera instancia entendemos el espacio como algo creado, reinventado y re-significado en el sentido en que se materializa en los lugares físicos, pero son los actores quienes le otorgan sentidos a sus experiencias cotidianas y en espacios concretos, esto significa que el espacio actúa sobre la sociedad (Soja 1980). No es algo fijo ni absoluto, sino que es producido socialmente a través de prácticas socio-espaciales realizadas por los sujetos de forma individual o colectiva en la cotidianidad.

En el espacio se entrecruzan elementos objetivos y subjetivos que mantienen contacto con el entorno. Lefebvre (1991) argumentó la tríada analítica: espacio concebido/mental como aquellas representaciones del espacio que tienen que ver con la planificación y delimitación espacial; espacio percibido/físico que se refleja en las prácticas espaciales de la cotidianidad y espacio vivido/simbólico que se manifiesta con los espacios de

representación vinculados a las subjetividades de los actores con el entorno. Estas tres dimensiones se encuentran interconectadas en la producción social del espacio.

No obstante, David Harvey (2007) contrapuso la amplitud que Lefebvre le había otorgado a la definición de producción social del espacio, para particularizarla como una de las condiciones de la historia del capitalismo. Harvey retomó algunas ideas de Lefebvre sobre la producción y reproducción del capital en el espacio; pero su análisis fue más allá y determinó que esta producción/reproducción capitalista genera sobreacumulación de excedentes (capital y trabajo) de manera sistemática; es decir el sistema se encarga de hacer adecuaciones o “ajustes espacio-temporales” (Harvey 2004), a través de la expansión geográfica y la reorganización espacial para generar inequidades que se encarnan en la espacialidad (Castells 2003).

La expansión geográfica y la reorganización espacial son elementos que se complementan para generar, por un lado, un orden económico que gira en torno a la competencia desmedida de mercados, territorio, trabajo y, por ende, a un proceso de acumulación que implica “la construcción o destrucción espacial”. Por otro lado, la producción capitalista del espacio también afecta las relaciones de trabajo, en el sentido que tiene lugar una constante disputa entre clases sociales, en la que pueden resultar privilegiados o perjudicados por estos “ajustes espacio-temporales”. Harvey prosiguió en su estudio para enfatizar que las disparidades del capital provocan nuevas formas de “acumulación por desposesión”, que tienen que ver con la depredación de pequeños capitales y destrucción de fuerzas sociales, a través de prácticas canibalísticas y fraudulentas (Molano 2016).

Así entonces, Harvey plantea que si bien el espacio es donde se construyen prácticas espaciales que tienden a marcar las diferencias sociales, también puede ser propicio para re-crear y repensar un espacio anticapitalista, que erradique la pobreza y la desigualdad social. Su propuesta se focaliza en el desarrollo y la articulación de prácticas políticas insurgentes, que se analizan en diversas escalas espacio-temporales, que van desde el espacio personal comunitario, colectivo e institucional. También plantea una “*distribución justa justamente lograda*”, que consiste en alcanzar la justicia social territorial, donde haya una

redistribución de ingresos que cubra las necesidades de los sectores menos favorecidos. Pese a que su propuesta intelectual se basa en el “deber ser” y es uno de los representantes de la geografía radical crítica deja muchos interrogantes sobre cuáles serían los mecanismos para alcanzar la justicia social en el espacio.

No obstante, reconocemos que su teorización ha tenido incidencia en los estudios sobre el espacio urbano y sus distintas conflictividades que las plasma en su obra “el derecho a la ciudad”; pero dentro de su análisis teórico, nos interesa la discusión sobre la acumulación del espacio por parte de grupos privilegiados frente a otros menos favorecidos. Estas categorías conceptuales permiten cuestionar la exclusión social que experimenta la población migrante frente a grupos de poder de la localidad que tienen control sobre el espacio público. Hay que señalar que estos presupuestos son el punto de partida de esta investigación, pues queremos ir más allá y pensar la espacialidad conectada a otros marcadores de diferenciación social como la condición migratoria, la clase, el género, la etnia, la nacionalidad, los mismos que se expresan en los mercados de trabajo a los accede la población migrante.

1.2 Apropiación, organización y resistencia del espacio

Retomando los aportes de la geografía crítica (Lefebvre y Harvey) planteamos que el espacio es una construcción social colectiva que tiende a la conflictividad, dadas sus condiciones de aprovechamiento, acumulación, mercantilización y privatización del suelo (Carlos 2014). Estas disputas por el espacio tienen su origen y son producto de las confrontaciones por la significación, representación y materialización del espacio. Es decir, existen antagonismos entre distintos grupos sociales, que por un lado buscan generar ganancia, a través de la circulación de bienes, acumulación de tierras y control del trabajo.

Por otro lado, otro sector busca la supervivencia, la redistribución y el reconocimiento en el espacio. Esta idea rompe con el discurso hegemónico sobre el espacio público como un “bien común”, que podría pensarse como abierto, inclusivo y accesible para toda la comunidad (Bonilla & Gómez 2015), pero que en realidad existen limitadas posibilidades de acceso, restricciones y apropiaciones materiales o simbólicas por parte de grupos de

poder, que tienen el control y manejo del espacio, de manera particular en las ciudades. Así también pueden generarse mecanismos que obstaculicen o faciliten las relaciones de dominación entre los distintos actores del espacio (Vergara 2009).

De hecho, existen procesos de segregación espacial y exclusión fundados en las lógicas de organización del espacio predominantes desde la estructura institucional y las prácticas individuales o colectivas de los sujetos, que tienden a hegemonizar el espacio en función de su materialidad e inmaterialidad (Berroeta & Vidal 2012). Hay que tomar en cuenta que ocurre un proceso de apropiación del espacio, cuando los sujetos le asignan sentidos de pertenencia socio-económica o simbólica. Es decir, los actores sociales cualifican el espacio desde la acción y la experiencia para otorgarle funcionalidad.

Este proceso de apropiación del espacio tiene sus bases teóricas en las premisas sobre el “derecho a la ciudad” (Lefebvre 1991; Harvey 2007; Soja 1980), que es la asignación que le corresponde a un individuo, en tanto sujeto que interactúa dentro del espacio y que va reafirmando su presencia activa en él. No obstante, este derecho a la ciudad implicaría la exclusión espacial de quienes carecen o no participan de los privilegios y a partir de ello se legitimaría la apropiación y usufructo del uso del espacio/suelo. De esta manera, el espacio genera disputas y conflictos entre quienes tienen acceso y predominio sobre él y aquellos a quienes se les ha negado su acceso y aprovechamiento. Así, la conflictividad se convierte en una característica ontológica del espacio.

Himanshu Burte (2003) argumentó que el espacio ha sido ante todo un objeto de conflicto, en el sentido que se ha vuelto el foco de reclamos sobre el control y los derechos de ocupación. El autor enfatizó sobre las tensiones que giran en torno a qué usos y actividades son aceptables o inaceptables; quienes tienen derecho de ocupación, quienes deben controlar o tomar decisiones sobre el destino y el acceso. Sin embargo, el espacio también es donde se busca revertir una situación de opresión o de desigualdad. Para autores como Di Masso (2009) existe una relación dialéctica entre dominación/contestación; poder/resistencia; orden/transgresión. Esto significa que en medio de esta paradoja que pone a unos sujetos en ventaja frente a otros, existe un proceso de agenciamiento que se

expresa en los subalternos, quienes son entes activos del espacio. Comprendemos la agencia de los sujetos como esa capacidad para generar espacios críticos no hegemónicos de enunciación, en y desde lo colectivo, para confrontar lógicas de control impuestas.

Más allá de pensar a los usuarios del espacio como consumidores, la propuesta teórica de Michel de Certeau (1999) es analizarlos como ejecutores de un acto creativo de rememoración y significación del espacio desde el posicionamiento y las formas de resistencia. Este análisis lleva a este autor a estudiar en profundidad las estrategias y tácticas que implementan los oprimidos en situaciones de asimetría espacial. Con estas ideas, nos advierte que no toda estrategia de dominación está acabada y que si bien existen movimientos que se desplazan para reafirmar la desigualdad, hay aquellos que desafían la magnitud de las asimetrías (Abal 2007).

Un elemento atractivo en el análisis de Michel de Certeau (1999) es que se centra en las estrategias y tácticas contra-hegemónicas que se desarrollan en la cotidianidad. Se trata de repensar el ejercicio del poder desde la productividad de las micro-resistencias que van desde la evasiva, dispersa, silenciosa, fragmentaria manera de circular, habitar, leer, caminar, cocinar, dialogar frente al dominio u opresión. (Certeau 1999). Esto implica que en ocasiones la dominación u opresión coexiste con los micro-poderes que despliegan los sujetos desde el espacio en el que se encuentren. Si proyectamos estas ideas en los y las migrantes podemos interpretar las distintas tácticas que se utilizan en los mercados laborales para encarar la explotación, discriminación y xenofobia.

1.3 La multidimensionalidad del espacio

La presencia histórica de las migraciones colombianas y peruanas en las ciudades del Ecuador nos permite abordar la relación entre espacio, desigualdad y migraciones. La idea de que el espacio es socialmente construido y en ese proceso de creación, da lugar a una multiplicidad de experiencias socio-espaciales. Estas ideas dejan apreciar que el espacio es multidimensional, heterogéneo, cambiante y contingente. A su vez, se relaciona este espacio con las desigualdades sociales que se acentúan de manera simultánea (Soja 2008) y no solamente en el ámbito económico, sino extra económico (clase, género, etnia,

nacionalidad). Estas desigualdades se materializan en el limitado acceso a la ciudad, en tanto espacio público, lugar de residencia, sitio de trabajo entre otras (Segura 2014).

De acuerdo con este planteamiento, asumimos las desigualdades socio-espaciales desde una perspectiva multidimensional que la proyectamos en el caso de los migrantes colombianos y peruanos, quienes experimentan situaciones precarias, estigmatización espacial, a través de mecanismos de diferenciación y prácticas socio-espaciales que confrontan a diario en el contexto de recepción y en distintas escalas que se mueven entre lo individual/colectivo.

El componente espacial permite identificar la trama de desigualdades sociales que tienen raíces coloniales en las ciudades de Ibarra y Otavalo y que se presentan en formas de exclusión, discriminación y xenofobia hacia el otro migrante. También nos hace pensar que en la construcción social del espacio los sujetos y sujetas experimentan sitios o lugares más o menos aventajados que otros. A su vez, este hecho se conecta con los procesos migratorios a través de la segregación y la división social del espacio. Entendemos la segregación como la desigual distribución espacial en la ciudad de distintos grupos sociales adscritos a determinada clase social, pertenencia étnica, características raciales (Duhau 2013) y que establecen relaciones de proximidad o aglomeración espacial bajo estos condicionantes (clase, vínculos étnico-raciales, nacionalidad).

En relación a la división social del espacio, los grupos sociales le otorgan sentido y resignifican sus interacciones. Este proceso implica grados de aceptación de la vecindad o proximidad espacial, niveles de conflicto o tensión entre distintos grupos y la diferencia en posibilidades de acceso a empleo o vivienda (Rodríguez y Arraigada 2004). En atención a esto, se vuelve necesario un análisis multiescalar, que nos permita comprender que las desigualdades sociales se viven en distintos niveles y de diferentes formas. A su vez que estas son cambiantes y depende del espacio en que se encuentra el sujeto; este puede ser en un sitio privilegiado o un espacio de opresión.

A partir de estas ideas interpretamos la segregación espacial que experimentan los y las migrantes en los mercados de trabajo, donde atraviesan situaciones de marginación laboral,

pues han sido relegadas a ocupar empleos que les significa el estar “afuera” de su puesto de trabajo o múltiples desplazamientos por la actividad económica que desempeñan en las localidades. También evidenciamos los grados de aceptación o rechazo por parte de la población local y los niveles de tensión que se expresan en el uso del suelo y apropiación del espacio.

Si bien Lefebvre y Harvey, desde los postulados marxistas, analizaron el espacio como producción social atravesada por jerarquías sociales y por el ejercicio del poder, se limitaron únicamente a las relaciones de clase y en el contexto de un emergente capitalismo donde el espacio fue adquiriendo realidad propia de similares magnitudes y en el mismo proceso de globalización que la mercancía, el dinero y el capital (Lefebvre 2013). Sin embargo, estos análisis omiten una mirada desde las relaciones de género y sus reflexiones se inscriben en el sistema del patriarcado heteronormativo que obvia las tensiones en la construcción social de la espacialidad de hombres y mujeres, hecho que a su vez invisibiliza las desigualdades de género (Nightingale 2011) y categorías étnico-raciales. De esta manera, en la siguiente sección nos interesa abordar la relación entre espacio e interseccionalidad para comprender la espacialidad articulada a otras conexiones que son mecanismos de exclusión (género, etnia, nacionalidad).

2.- Espacio social e interseccionalidad

Las diferencias de género en las relaciones socio-espaciales particulares son abordadas por la geógrafa crítica feminista Doreen Massey (1994) quien problematiza la división espacial del trabajo y plantea que los “espacios y lugares” se estructuran sobre la base de género, así como los sentidos que se otorgan a estos espacios y lugares y a algunos factores que determinan el grado de movilidad de las personas. Esta estructuración genérica del espacio y el lugar ocurre de mil maneras, se modifica de cultura a cultura y a lo largo del tiempo. De modo que este proceso “simultáneamente refleja cómo el género se construye y entiende el funcionamiento de las sociedades y los efectos sobre ellas” (Massey 1994, 40).

La autora estudia el proceso de industrialización en Gran Bretaña, el mismo que se convirtió en un caso paradigmático (Massey 1998) para comprender la perspectiva de

género y empleo. Aquí se presenta una explicación más detallada con respecto a las variaciones geográficas de la industria basadas en las relaciones de género, que apuntan al hecho que los hombres, sean quienes se trasladen a los polos de desarrollo, dejando vacantes que iban a ocupar las mujeres con menores salarios, jornadas de medio tiempo y sin espacio para la organización sindical (Massey 1998). A la luz de estos postulados comprendemos elementos clave en el caso de las mujeres refugiadas colombianas en la ciudad de Ibarra, donde se emplean por un precario jornal, trabajan por horas de fines de semana y no presentan ningún tipo de organización.

Pero más allá de estas inequidades genéricas que se situaron en las relaciones de producción capitalista, Massey enfatiza en los grados de movilidad y el control que tienen unas personas sobre otras “No se trata de una mera cuestión de distribución desigual entre hombres y mujeres y de que algunas personas se muevan más que otras. Se trata de que la movilidad y el control de algunos grupos pueden debilitar activamente la movilidad de otra gente” (Massey 2002). Esto implica que las relaciones socio-espaciales están atravesadas por el poder que pone el acento en las diferencias sociales porque pueden existir distintos grados de movilidad, pero también formas de control y de habituación.

De este modo, aquellas personas con poder y mayores recursos estarían condicionando la movilidad de los demás, quienes se encuentran en situaciones de opresión o subordinación. En nuestro caso de estudio de los mercados laborales, son las mujeres quienes estarían con menor movilidad, debido a la falta de fuentes de empleo o porque son explotadas en sus lugares de trabajo.

Estos niveles de movilidad están determinados por el espacio y el tiempo experimentado por las personas que frecuentemente producen o reproducen diferencias sociales en la cotidianidad. Así, estamos frente a una comprensión espacio-temporal” diferenciada y compleja, que se refiere al movimiento y la comunicación a través del espacio, a la extensión geográfica de las relaciones sociales y a la experiencia de todo aquello (Massey 2005). Es decir, cuando se habla de espacio también hay que incluir el tiempo, no como un

opuesto sino como complementario para entender la producción social de las diferencias en el espacio.

La comprensión espacio-temporal de la que habla Massey varía entre quienes ostentan mayor capacidad de movimiento frente a otros que no lo tienen o que se encuentran en una posición de subordinación. El caso de las mujeres que experimentan diversas formas de movilidad o inmovilidad por el hecho de ser mujeres y más aún por estar en condición de migrantes es un ejemplo de esta relación. Ellas viven y entienden esta dualidad espacio-tiempo físicamente porque se movilizan de un lugar a otro, pero no tiene el control sobre esta movilidad.

Esto significa que la fórmula espacio-temporal rompe la comprensión del “lugar” como una zona contenida dentro de unos límites y que proporciona refugio, tranquilidad, enraizamiento y redefine los lugares sin fronteras que pueden ser imaginados como momentos articulados en redes de relaciones e interpretaciones sociales, las mismas que se construyen y se expanden en distintos niveles o escalas que van desde el hogar, la calle, la región o el continente. Relaciones sociales que son negociadas a través del tiempo y que muestran la existencia simultánea de historias con características distintas, que pueden o no estar conectadas en el tiempo (Massey 2007).

Esta multiplicidad espacial hay que interpretarla como “una mezcla distinta de relaciones sociales más amplias y más locales y esta misma mixtura aglutinada en un mismo lugar” (Massey 2005, 67). Todo ello implica tener una conciencia de tales vínculos e interconexiones para repensar las identidades como móviles y conceptualizar los lugares como procesos en relación a la formación de los sujetos en movimiento que producen diferencia social (Nightingale 2011). Más aún, los lugares no tienen identidades únicas y específicas están llenas de conflictos internos, se hacen y deshacen dependiendo del lugar que ocupen (McDowel 1992). Es decir, actuamos de forma diferenciada y nos comportamos dependiendo del lugar en el que estemos y con las personas con quien interactuamos. Nos movilizamos de un sitio a otro; pero también nos volvemos inmóviles.

A partir de estas miradas, podemos inferir que todas las personas, en algún lugar del mundo estamos atravesadas por estructuras de poder (género, clase, etnia, raza), sea en condición de privilegios y dominación o sea en una situación de opresión; pero en contextos espaciales que se presentan como un todo interconectado, en el que existen mutuas dependencias entre personas y sus entornos (Ramírez Arcos 2016). Además, el carácter de múltiple del espacio nos revela cómo se imbrican las múltiples identidades que asumen los sujetos, mediante sus posicionamientos de género, clase, etnia, lugar de origen (Valentine 2007) y las variadas formas que van adquiriendo las diferencias sociales en el espacio.

Si bien el espacio está determinado por las relaciones sociales, también este se define por su materialidad: área física, los objetos, la infraestructura que configuran una circunscripción de las diferencias sociales (Nightingale 2011). Pero estos espacios también son producto de estas relaciones sociales establecidas en ellos, que al mismo tiempo las condicionan y “nos hacen ser lo que los somos” (Zaragocín 2018, 4). Esto nos lleva a repensar los espacios como creados/recreados y con la tendencia a limitar o potenciar el ejercicio de las relaciones más o menos desiguales entre los actores sociales.

Una mirada desde la geografía crítica posibilita comprender que existen lugares hegemónicos y heteronormativos que excluyen por el hecho de ser mujeres y/o migrantes o “ajenas” a una sociedad receptora. Desde este enfoque, cuestionamos la neutralidad del espacio y la universalidad geográfica, pues al ser un contenedor de procesos sociales puede generar injusticia espacial con tendencias racistas y xenofóbicas. Además, el espacio como productor crea relaciones de género y las relaciones de género crean espacios.

2.1 Perspectiva interseccional: referentes históricos, debate y críticas

Ahora bien, cabe una pregunta ¿de dónde nace la perspectiva interseccional? ¿Cómo podemos pensar las desigualdades desde este enfoque? La génesis del concepto surgió en los Estados Unidos como una corriente de pensamiento arraigada en el feminismo negro para protestar contra toda forma de violencia y racismo, la cual se vivía en ese país durante la década de 1990. Grupos de activistas lideraron estas luchas sociales por la múltiple

dominación y exclusión a las que habían sido sometidas las mujeres afroamericanas (Bell Hooks 1981).

En la historia del “feminismo negro” se rememora a Sojourner Truth⁴ la primera mujer que mencionó sobre la opresión sexista vinculada o entrelazada a otros tipos de regímenes de dominación como el colonialismo, la esclavitud, el racismo y el estatus social. Pero el término interseccionalidad fue acuñado por Kimberlé Crenshaw (1989 y 2011), quien lo utilizó para la defensa de un grupo de trabajadoras afroamericanas de una de las empresas automotrices más reconocidas de Estados Unidos y que habían sido víctimas de diferentes formas de discriminación y explotación en estos espacios laborales.

Patricia Hill Collins (1990) es una de las representantes de la teoría del feminismo negro (*Black Feminist Thought*), quien planteó la rearticulación de las categorías analíticas de clase, raza y género, para expresar el cómo se piensa, se siente y se viven múltiples opresiones, simultáneamente interconectadas a los sistemas de opresión. Ello implicó desprenderse de modelos de opresión arraigados en el pensamiento dicotómico: blanco-negro, indígena-mestizo, hombre-mujer, clase media-alta. De manera que no se otorgue mayor o menor peso a una u otra categoría.

El análisis teórico-metodológico de Collins se basa en la “matriz de dominación”, en la que se encuentran entrelazados tres niveles: el primero se encuentra el yo individual que puede expresarse en el ámbito privado, donde predominan los sentimientos de maternidad, lazos humanos que pueden representar opresión, situaciones de violencia doméstica y abuso que están aceptadas e interiorizadas en las mujeres. Sin embargo, también la conciencia individual puede ser un espacio fundamental para el nuevo conocimiento y puede propiciar la transformación, a través de la resistencia, el empoderamiento y la liberación.

⁴ fue una abolicionista y activista por los derechos de la mujer. Truth nació bajo la esclavitud, pero escapó con su hija en 1826. Después de recurrir a los tribunales para recuperar a su hijo, se convirtió en la primera mujer negra en ganar un juicio contra un hombre blanco, en las páginas de la historia.

En el segundo nivel está el grupo o contexto cultural en el que se sitúa la dominación y la resistencia. Es aquí donde se comparte con otros miembros de la comunidad y es donde las personas otorgan sentido a sus vidas individuales. A través de la interacción, las integrantes del grupo o miembros de la comunidad expresan sus raíces culturales y legitiman discursos que representan al grupo. Por eso, se menciona que los grupos dominantes quieren someter al grupo subyugado (Collins 1990). En el tercer nivel se encuentran las instituciones que son las encargadas de reproducir el pensamiento y los intereses de los dominadores. Sin embargo, la resistencia ocurre por vías alternativas que optan los sujetos subyugados.

Por otra parte, Floya Anthias (2005) analizó la perspectiva interseccional como un entramado complejo que va más allá de la visión aditiva de elementos, pues no se trata de la suma de categorías clase, género, raza a los sistemas de opresión y dominación, sino de examinar el género como una categoría con tendencia a ser etnizada, racializada o estratificada; a su vez cuando se menciona clase, raza, condición migratoria o etnia, no podemos dejar de pensar en la perspectiva de género. Se trata de analizar los entrecruzamientos y conexiones que existen entre estos factores.

A decir de Anthias, el análisis interseccional se complementa con una visión matizada de la pertenencia y la identidad, dos constructos sociales que tienen múltiples dimensiones; son contextuales, situacionales y también pueden ocurrir en el campo político e ideológico. Por un lado, la pertenencia se refiere a la experiencia y a las prácticas, a través de las cuales expresamos filiación por tal comunidad (Yuval-Davis 2011), así como nos identificamos con el grupo colectiva y afectivamente. Por otro lado, la identidad no es fija ni estática, sino que se transforma, se sitúa y se posiciona. Una de las críticas frente a esta definición de identidad que hace notar Anthias (2012) es que existen algunas perspectivas sociológicas que tienden a otorgar una “membresía cultural” a una determinada comunidad, mostrándonos ciertos rasgos de fijeza y como algo estático.

En el caso de América Latina, Elizabeth Jelin (2014) rastrea las principales contribuciones al debate sobre interseccionalidad tomando como referencia la realidad que ha vivido la región. La autora revisa los aportes teóricos de Florestan Fernández, quien examina la

vinculación capitalismo y raza, mediante el análisis del proceso de degradación social del negro afrobrasileño y su posterior revalorización y dignificación a la sociedad brasileña, a partir de la emisión de la declaratoria de libertad para los “negros esclavos”. Según Jelin, en esta etapa se visibilizó la situación que experimentaron los negros en Brasil, quienes, pese a que fueron nombrados como ex esclavos, aún persistían estigmas de su situación de inferioridad y rezagos coloniales/esclavistas tanto en los subalternos como en los ex dueños de esclavos. “El aislamiento económico, social y cultural del negro fue producto de su relativa incapacidad de sentir, pensar y actuar como un hombre libre” (Fernández 1965, 67 citado en Jelin 2014).

Otro aporte se aprecia en los estudios de Rodolfo Stavenhagen quien analizó la relación entre desarrollo capitalista y etnicidad. A decir de Jelin, Stavenhagen se centró en la dualidad etnicidad/clase; en la cual las relaciones de clase se encarnan en las relaciones laborales capitalistas que enmarcan a los actores como trabajadores y no como “eticidades”.

La riqueza del análisis de Stavenhagen radica en que no mira a “indios” y “ladinos” como dos clases sociales separadas, sino en el contexto del desarrollo del capitalismo, en el que los primeros pueden adoptar símbolos de status que los ladinos los asumen como propios del consumo. Esto tiende a un proceso de “aculturación” temporal, el mismo que requerirá de un proceso de construcción/deconstrucción social para mantenerse y/o revitalizarse como sujetos con identidad cultural. Esto presupone el sometimiento de los “indios” como fuerza de trabajo y el surgimiento de nuevas formas de proletarización, mediante la asimilación y ladinización individualizada; pero por la expansión del capitalismo y sus formas modernas puede darse una “homogeneidad” de culturas aparentemente sin distinciones de clase.

Jelin cita a las reflexiones de Heileth Saffioti, Isabel Larguía y John Dumoulin, quienes se preocuparon por el nexo entre clase y género. En la época se evidenciaba cierta “ceguera” sobre el lugar que ocupaban las mujeres dentro y fuera de la esfera doméstica. Durante la década de 1960, empezaron los cuestionamientos acerca de la reproducción como

patrimonio exclusivo de las mujeres. Saffioti analizó en profundidad la discriminación y exclusión de las mujeres en los espacios públicos que eran privilegiados para los varones, especialmente en los mercados de trabajo “tradicionalmente” copados por hombres y donde las mujeres son mal pagadas y con pocas oportunidades para acceder a “buenos” empleos.

Podemos apreciar que los estudios dan cuenta sobre los entrecruces de distintas categorías, con los cuales se buscó explicar la interseccionalidad; sin embargo, este enfoque ha recibido críticas que provienen de teóricas como Martha Zapata Galindo (2011) y Marta Lugones (2005), para quienes el concepto ha sido “forzado” para explicar las experiencias sociales teóricas, prácticas, políticas y las distintas formas de opresión. También se menciona que existen algunas teóricas que priorizaron, en sus análisis, la raza y el género; pero omitieron la clase; pese a que la interseccionalidad implica el cruce de categorías.

A decir de Mara Viveros (2016), esta obviedad responde a querer centrarse en que el único factor de diferenciación es la raza y que se “vive en una sociedad sin clases”. Se asume que todos tenemos iguales oportunidades, por consiguiente, las desigualdades devendrían por diferencias individuales y de forma aislada. Los cuestionamientos también apuntan hacia una aparente universalidad que podría asumirse en la articulación de género, clase, raza y sus conexiones (Espinoza 2007; Mendoza 2010; Curiel 2013 citado en Viveros 2016).

Dentro de los feminismos latinoamericanos sobresalen estudios sobre la heterosexualidad obligatoria, en los cuales se evidencia que esta es “una institución social que tiene efectos fundamentales en la dependencia de las mujeres como en la clase social, la identidad y la ciudadanía nacional y en el relato del mestizaje como mito fundador de los relatos nacionales” (Viveros 2016, 9).

Martha Zapata Galindo (2011) aseguró que los sistemas de opresión están entrelazados y requiere de enfoques metodológicos para ser analizados en la realidad concreta. Esta es una de las razones por las cuales no podría considerarse como teoría, pues estas son experiencias que se viven como realidades cotidianas. Según la autora, se necesita de una “cartografía de la interseccionalidad” para ser asumida como conocimiento y, por tanto, hay

que empezar por un proceso de descolonización del occidentalismo metodológico. Esta cartografía debería incluir los debates poscoloniales, así como la consideración de las superposiciones con reflexiones sobre las desigualdades sociales. Zapata Galindo enfatizó que se debe tomar en cuenta las experiencias locales de la región, las mismas que abrirían nuevos horizontes en las discusiones tanto en el campo académico como en el activismo político.

Por su parte, Mara Viveros (2008, 2010 y 2016) plantea que la articulación de las relaciones de clase, género y raza debe ser comprendida en una “mixtura” empírica y en un proceso de imbricación concreto en la producción social de las y los distintos actores sociales (Bereni Chauvin, Jaunait y Revillard 2008 citado en Viveros 2016). La autora destacó las potencialidades del concepto como perspectiva teórica y metodológica. Sostuvo que se convierte en un elemento clave para dar cuenta de la percepción cruzada o imbricada de las relaciones de poder; permite cuestionar la agencia de los actores sociales en términos de ventajas o desventajas. De hecho, argumentó que no basta con preguntarse si es una teoría o un método, sino más bien considera que el reto consiste en la preservación del principio de apertura a comprender las diferencias como una condición y no como un limitante en la mirada interseccional.

Entonces a partir de lo expuesto, podemos afirmar que la interseccionalidad enriqueció el debate en los estudios sobre género en tanto visibilizó las múltiples opresiones (género, clase, etnia, raza) y en algunos casos, se aterrizó en contextos más locales, donde se evidenciaron particularidades que caracterizan a las sociedades latinoamericanas. No obstante, en palabras de Mara Viveros (2010) la interseccionalidad no es un enfoque nuevo, pues como vimos las teóricas feministas ya lo abordaron sin haberle dado un nombre. Si bien tanto en Estados Unidos como en Europa, la perspectiva interseccional ha hegemonizado los estudios de género, en América Latina el camino para posicionarse como concepto aún está por recorrer.

Sin duda este camino teórico-metodológico se encuentra en construcción. Precisamente, esta mirada se convierte en un reto para esta investigación, en la cual intentaremos

visibilizar el carácter multidimensional de las desigualdades sociales y, a su vez, articular categorías como género, raza, clase, la nacionalidad no como jerarquías sociales distintas, sino como varios ejes de diferenciación estrechamente ligados a las estructuras de poder y dominación. No obstante, el carácter multidimensional de las inequidades se presenta con variaciones y especificidades susceptibles de ser identificadas en el contexto de las migraciones vecinas.

2.2 Interseccionalidad y dimensión histórica de las desigualdades

Para comprender el entrecruzamiento de desigualdades sociales en las ciudades intermedias de Ibarra y Otavalo es necesario adoptar una dimensión histórica sobre las desigualdades sociales, su relación con los entrelazamientos globales y sus interconexiones entre distintas categorizaciones; más allá de visiones econométricas centradas en el análisis de la estructura de clase Costa (2011). Con ello, se busca reflexionar sobre las “desigualdades entrelazadas”, que articula, por un lado, interdependencias y categorizaciones de clase, raza, género, etnia y por otro, vínculos entre procesos transnacionales.

Sergio Costa (2012) acuñó el concepto de “regímenes de desigualdad”⁵ para explorar los regímenes de coexistencia, los mismos que están compuestos por un conjunto de registros y referencias que refieren a los discursos de interpretación y posicionamiento de los sujetos en un contexto dado y un marco legal de políticas públicas. Con ello, se asume el régimen como un conjunto de unidades relacionales que tienen la capacidad de incorporar los distintos factores en la constitución de las desigualdades. “ Es una lógica de estratificación definida como estática, dinámica o combinada; discursos políticos, científicos y populares, según los cuales, los individuos o grupos interpretan y construyen sus propias posiciones y las de otros en la sociedad; estructuras legales e institucionales y políticas públicas sobre migraciones... [...] por ejemplo políticas racistas de migración, de integración o compensatorias” (Costa 2012, 8).

⁵ Costa (2006) aclara que el término se utiliza de dos maneras: la primera en el contexto de la transnacionalización de la política y los marcos regulatorios que escapan al Estado-Nación; por ejemplo, las convenciones, tratados y acuerdos en materia de derechos humanos, derechos ambientales. La segunda, es para recuperar la definición de gubernamentalidad de Foucault y lo referente a las tecnologías de gobierno que convierten a las personas en objetos de políticas públicas.

Braig et. al (2014) argumentan que el concepto de “régimen” puede ser leído sobre la base de tres componentes: el primero proviene de las relaciones internacionales y alude a los acuerdos globales y regulaciones legales entre distintos estados y organizaciones privadas y no gubernamentales; el segundo está asociado al concepto de “gubernamentalidad” de Michel Foucault para indicar que se trata de una “urdimbre de discursos, instrumentos y prácticas para normar al sujeto dentro de un conjunto disciplinario; el tercer componente se refiere al aspecto histórico, pues el concepto de régimen proviene del estudio de los regímenes de bienestar social de Europa (Espín-Andersen 1990 citado en Braig et al 2014).

Cabe destacar que el argumento de estos autores nos conduce a repensar las desigualdades sociales desde su interdependencia, no solamente entre distintas categorizaciones, sino desde diferentes vínculos con las “interdependencias globales”. Es decir, lo que propone el autor es un conjunto dinámico que moldea distintos factores y perspectivas analíticas, que superan las fronteras nacionales. Coincidimos con la idea de que es necesario pasar del análisis relacional teórico a casos prácticos que se encuentran en la realidad.

Es decir, la reflexión teórica sobre “desigualdades entrelazadas” necesita de la conexión con los hechos empíricos, a fin de profundizar las distintas problemáticas sociales. Los regímenes de desigualdad son cambiantes y varían dependiendo de las condiciones en las que ocurren las migraciones. La condición de migrante o refugiada podría ser una ventaja en un régimen de políticas públicas de acción afirmativa; pero podría convertirse en una desventaja en un régimen de desigualdad que implica discursos o “patrones de convivencia”, donde el sujeto migrante está asociado a una posición de subalternidad frente a un grupo blanco-mestizo de una localidad.

Otra entrada analítica sobre las desigualdades históricas y persistentes en América Latina se aprecia en Luis Reygadas (2004), quien se refiere a la constante tensión que se ha dado entre la agencia de los actores sociales frente a las inequidades sociales. Esta relación entre acción y desigualdad es compleja, pues es el resultado a mediano y largo plazo de acciones mediadas por interacciones, sistemas de relaciones, entramados culturales. Cuando el autor

menciona agencia/acción no solamente se refiere a un individuo, a un grupo o a un sistema, sino al “conjunto de prácticas de múltiples agentes durante periodos prolongados” (Reygadas 2004, 92). Este hecho implica la perdurabilidad de las desigualdades sociales en el tiempo y en el espacio.

Reygadas cuestionó el predominio que presentan los estudios sobre desigualdades históricas, en el sentido que se asume casi de forma exclusiva el trinomio clase-etnia-género. Según el autor, la perspectiva tradicional aún tiene influencia en estas investigaciones que muestran enfoques incompletos sobre la persistencia de las desigualdades. Se requiere de un modelo de análisis integral que posibilite entender las inequidades desde su génesis. Hay el criterio generalizado sobre la superposición de la explotación capitalista con la discriminación étnica y la dominación masculina producen casi todas las desigualdades sociales, pero se invisibiliza otras categorizaciones sociales que parecerían centrales en el análisis. Por ejemplificar, la nacionalidad, la condición migratoria que son importantes en este estudio. El autor resalta la participación de los grupos étnicos indígenas y afrodescendientes de América Latina, en la lucha por alcanzar reconocimiento, redistribución y derechos fundamentales; sin embargo, la deuda pendiente con los grupos históricamente excluidos se mantiene. Casos emblemáticos como el Movimiento Negro en Brasil y las organizaciones indígenas en Ecuador, Bolivia, México, Guatemala, Perú son destacables, pues sus gobiernos se reconocieron como estados pluriculturales.

Esta normativa quedó reflejada en políticas de acción afirmativa para grupos históricamente excluidos; pero poco o nada se ha conseguido para reducir las brechas sociales, raciales y sexuales. Los militantes de las organizaciones sociales confrontan estructuras persistentes de relaciones de poder. A esto se suma que existen prejuicios y discriminación fuertemente arraigados en la cultura y costumbres latinoamericanas donde existen rezagos de sociedades colonialistas. Para transformar estas realidades se requiere de un proceso de reeducación que necesitaría un periodo prolongado de relaciones sociales basadas en el respeto y en la revalorización de cada uno de los grupos.

Precisamente, consideramos que un modelo integral de análisis de las desigualdades sociales permitiría comprender cómo estas se encuentran imbricadas en el tejido social. En este caso, pretendemos articularlas a las migraciones intrarregionales y los mercados de trabajo en la sierra norte del Ecuador. Esto nos llevará a repensar las desigualdades no solamente en el campo socioeconómico, sino también conectar categorías como el género, la raza, la etnia y la condición migratoria. Es decir, nos proporciona una mirada multidimensional de las desigualdades sociales en una perspectiva histórica.

En definitiva, estos debates teóricos serán se constituyen en el fundamento para comprender cómo se reproducen patrones histórico-culturales que tienden a excluir o discriminar a los otros. Siguiendo a Costa (2012) señalamos que el concepto de régimen de desigualdad, lo emplearemos en el sentido descriptivo y para demarcar el marco de referencia histórica de las ciudades de Ibarra y Otavalo, donde se registra la coexistencia de grupos históricamente excluidos en determinada época y/o contexto.

2.3 Interseccionalidad y mercados de trabajo

Se analizará la relación entre interseccionalidad, migraciones y mercados de trabajo. Hay que tomar en cuenta que sobre esta conexión hay escasos estudios entre los países andinos. Sin embargo, las investigaciones que abordan el fenómeno migratorio transfronterizo en el Cono Sur son más numerosas. Varios trabajos dan cuenta de las migraciones peruanas y bolivianas hacia Argentina, Chile, Paraguay. Estas serán la base para comprender los flujos sur-sur en el Ecuador. Por ejemplo, las migraciones bolivianas en Argentina (Magliano 2015; Mallimaci 2011; Domenech 2009; Pizarro 2011) implementan la mirada interseccional y se centran en el género y sus conexiones con la etnia, condición migratoria, origen. Otros estudios como las migraciones peruanas en Chile (Stefoni 2016; Tixoux 2019) se focalizan, en su mayoría, en la etnicidad y la articulan hacia el género, la raza, la nacionalidad.

A medida que buscamos reflexionar sobre el cruce de varias categorías sociales en los mercados de trabajo de Ibarra y Otavalo, nos parece pertinente citar a Cinthya Pizarro (2012), quien explica que a través de la etnicidad se han configurado mapas hegemónicos,

donde se perfilan lugares identitarios a los cuales son asignados o se auto-asignan los grupos migrantes en los países de destino; lo cual deviene en un proceso de nacionalización, racialización y etnicización de las diferencias y desigualdades sociales entrecruzadas que segmentan los mercados laborales, a los cuales acceden los y las migrantes. Es decir, la etnicidad como categoría analítica cobra importancia en el hecho que es aquí donde se observan las desigualdades no solamente económicas, sino también las simbólicas y culturales.

Según Pizarro el “otro” es construido a partir de criterios psico-físicos (color de la piel, actitud pasiva) y características culturales, que naturalizan y justifican la segmentación étnico-nacional del mercado laboral y la demarcación de territorios socio-económicos desplazados de lo central y urbano. De ahí que los migrantes se ven constreñidos a ramas específicas de la producción: ventas ambulantes, construcción, agricultura, servicio doméstico) y a zonas habitadas mayormente por inmigrantes.

A partir de prácticas laborales y marcos de referencia (etnia, clase, género, condición migratoria), los migrantes re-significan y resisten la discriminación y la segmentación del mercado laboral, que está naturalizada y justificada bajo criterios psico-físicos y culturales atribuidos a la población migrante. Es decir, la perspectiva económica se complementa con el análisis de las desigualdades étnicas y las construcciones racializadas de los mercados laborales. Cabe resaltar que en el caso de las migraciones entre países vecinos (Ecuador, Bolivia, Colombia y Perú) no existe una segmentación definida de los mercados de trabajo, sino que migrantes y no migrantes comparten nichos económicos de similares características: precariedad, informalidad y explotación. Precisamente, los entornos laborales se tornan más complejos y demandan de un análisis crítico de mayor profundidad.

Es así que en el siguiente apartado presentaremos una perspectiva complementaria, a fin de comprender cómo se acentúan las inequidades en el contexto de las ciudades intermedias.

3.- Acaparamiento de oportunidades y su relación con las redes migratorias

Además del enfoque interseccional, el acaparamiento de oportunidades es un concepto que complementa el análisis de las desigualdades sociales en el contexto de las migraciones intrarregionales en el Ecuador. Se discutirá la articulación entre desigualdades sociales y redes migratorias, de manera particular, el concepto de acaparamiento de oportunidades de Charles Tilly (2000), quien se cuestiona acerca de cómo se producen y reproducen las desigualdades sociales y a la vez qué consecuencias tienen en las posibilidades de vida de los sujetos en el contexto de las transacciones e intercambios socioeconómicos y culturales.

Para Tilly casi todas las relaciones sociales están atravesadas por desigualdades cambiantes, fluctuantes; pero su interés se centra en las desigualdades persistentes, aquellas que perduran toda la vida y pasan de una interacción a la siguiente dentro de las “categorías” o grupos definidos por las personas. Esto significa que las personas se organizan en función de grupos o como dice Tilly en pares categoriales: mujer/varón; ciudadano/extranjero; negro/blanco. Cada una de estas categorías gozan de privilegios y otros se encuentran en desventajas en un contexto determinado. Los sujetos durante sus vidas hacen distinciones categoriales para solucionar sus problemas. Esto es organizan el sistema social sobre la base de procesos de diferenciación. El análisis de Tilly supera las diferencias individuales o atributos que son considerados marcadores ostensiblemente biológicos, pues para él “las categorías dependen de la organización, la creencia y la imposición social extensivas” (Tilly 2000, 21).

Las desigualdades persistentes se establecen entre categorías cuando un grupo de personas tiene acceso al control de los recursos que producen valor; y otras personas que no poseen tales recursos. Como bien señala Tilly, los sujetos inadvertidamente fijan sistemas de cierre social, exclusión y control al interior de las organizaciones, entendiéndose estas como las empresas, los mercados de trabajo, el hogar, la escuela, las asociaciones, las redes sociales, donde los miembros gozan de ciertas ventajas frente a los demás. Esta institucionalidad de la desigualdad categorial se basa en relaciones asimétricas, jerarquías consistentes que se encuentran claramente definidas y reconocidas en el plano social.

El autor menciona ciertos mecanismos que las personas desarrollan para generar desigualdad. Entre ellos están la explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación o imitación de modelos organizacionales tienden a reproducir las desigualdades y la adaptación hace que dentro de las relaciones sociales asimétricas se naturalice la desigualdad categorial. Para fines de esta investigación, se asumirá el “*acaparamiento de oportunidades*”, para comprender que este es un mecanismo de cierre social y que es aprehendido por parte de los miembros de una red categorialmente circunscrita, quienes acceden a un recurso valioso con tendencia a la formación de un monopolio. Dentro de las organizaciones o grupos sociales se desarrollan prácticas que se vuelven habituales en el acaparamiento del recurso y que hacen referencia a procesos de reclutamiento de personal, la vinculación y la designación categorial de empleos, estatus laboral; acceso y cierre a redes que están ya consolidadas en los lugares de destino.

Mientras tanto, Luis Reygadas (2015) se enfoca en las desigualdades como proceso histórico social. Para él, las inequidades no solamente tienen que ver con la repartición inequitativa de los recursos, sino también entran en juego factores socio-culturales, la legitimidad y disputa del sentido, en la que confluyen relaciones simbólicas y de poder. A la luz de estas ideas, planteamos abordar la temática migratoria centrándonos en el individuo en su capacidad de agencia, las interacciones simbólicas y de poder y las redes estructurales de la desigualdad; de tal modo que el análisis debe ser explicado en términos de apropiación y expropiación. En proyección con el caso de las migraciones colombianas y peruanas en Imbabura se aprecia que existen redes estructurales de la desigualdad que están arraigadas en la constitución histórica de las ciudades de Ibarra y Otavalo. En relación a los sujetos, se discute sobre la resistencia que desarrollan los migrantes para encarar la exclusión y discriminación en los espacios laborales.

3.1 Redes migratorias y mercados de trabajo

Así como existen mecanismos de cierre social, Reygadas (2015) menciona sobre mecanismos de resistencia puestos en marcha por los subalternos para confrontar las desigualdades. Se trata de la conformación de redes sociales o la creación de vínculos “fuertes” o “débiles” entre grupos (Granovetter 1973 y 1983). En el caso de las

migraciones, las redes forman parte de los procesos históricos y se han ido formando y se han consolidado a través del tiempo. Esta mirada nos permite conocer los lazos y vínculos interpersonales que establecen los migrantes tanto en origen como en destino.

Sin embargo, las redes antes que constituirse en espacios de resistencia a las desigualdades sociales, tienden a paliar o desviarlas hacia nuevas formas de coexistencia. En algunos casos, las redes se convierten en espacios que utilizan los actores sociales para alcanzar algo de los recursos obtenidos por los propietarios del capital. Por otra parte, las redes sociales, así como pueden ser el vehículo para mitigar las diferencias; pueden generar la clausura parcial o total a nuevos integrantes y de esta manera evitar que ingresen nuevos miembros. Para ello se crean mecanismos que impidan la entrada de los otros y de esta manera se perpetúan las desigualdades en el contexto nacional o local.

Claudia Pedone (2010) menciona una vez constituidas las redes se estructuran, se configuran a través de relaciones verticales que implican acumulación de poder por parte de los pioneros de la red. Por lo general, los primeros migrantes llegan a ganar espacio en los lugares de acogida; con el tiempo, ellos son quienes manejan información y controlan los mercados de trabajo o zonas habitables en el país receptor; además se establecen dentro de la red relaciones horizontales que tienen que ver con lazos de parentesco, reciprocidad, lealtad, solidaridad (Pedone 2010). Esta perspectiva de redes permite recuperar las vivencias experimentadas por los sujetos sociales, quienes desarrollan capacidades para crear y poner en marcha estrategias migratorias para movilizarse a nivel micro y macroestructural en el contexto del capitalismo.

Además, el enfoque nos permite centrarnos en el sujeto y sus narrativas, a través de las cuales conocemos directamente el modo de funcionamiento de las redes y contextualizarlos a la luz de los cambios socioeconómicos y culturales. Se trata de analizar las tensiones cotidianas, la resistencia diaria y las estrategias de respuesta de los migrantes en los mercados de trabajo de la localidad de destino. Pero estas no son espontáneas ni efímeras, se modifican y se van complejizando con el tiempo debido a las relaciones que se establecen con la entrada de otros actores sociales a su estructura (Pedone 2010).

Dentro del proceso migratorio, existen desventajas para los primeros migrantes, pues son quienes sin contar con vínculos y sin documentos se arriesgan a cruzar la frontera; pese a los costos económicos y emocionales que implica. Con el tiempo, ellos se establecen en el lugar destino, se familiarizan con los nichos de mercado y posibilitan que otro grupo de personas de su círculo familiar o amigos busquen migrar. Esto a su vez, minimizaría los costos de la migración e incrementaría las probabilidades de traslado (Massey et al. 1998).

Desde esta perspectiva, la migración se vuelve atractiva y auto-sostenida por la reducción de los riesgos. “Cuando las redes están bien desarrolladas, ponen puestos de trabajo al alcance de la mayoría de miembros de la comunidad y hacen de la migración un recurso confiable y seguro como fuente de ingreso” (Massey et. Al 1998, 27). Lo cual implicaría la expansión del fenómeno migratorio por presentarse atractivo y accesible para los futuros migrantes.

Según los autores, la sostenibilidad de la migración desde la mirada de redes, propicia la “causalidad acumulativa”, expresada en algunos factores: distribución del ingreso mediante el envío de remesas a familiares en el sitio de origen, lo cual generaría desigualdad de ingreso entre familias migrantes y no migrantes en las respectivas comunidades; distribución de la tierra, que es adquirida por los migrantes como una forma de mostrar su estatus social en su país de origen o como una fuente de ingreso para el retiro, antes que para fines productivos; la cultura de la migración que se caracteriza por el cambio de los migrantes en cuanto a gustos de consumo y estilos de vida que la hacen más atractiva a los jóvenes –hombres y mujeres- quienes miran a la migración como un proyecto de vida y un paso hacia la adultez; la distribución regional del capital humano que se presenta en forma desigual debido a que se evidencia acumulación del capital humano capacitado, educado en las sociedades receptoras, mientras que en las comunidades expulsoras se produce un estancamiento y agotamiento del mismo. La etiquetación social evidencia aspectos particulares en cuanto al reclutamiento de migrantes en ocupaciones laborales específicas, lo que provoca la división entre “empleo para migrantes y no migrantes”.

La perspectiva de redes posibilita analizar la inserción laboral de los migrantes que llegan a ocupar nichos de mercado que la población nativa muestra rechazo. Así: empleo doméstico, limpieza, construcción, electricidad etiquetadas a trabajadores migrantes. Frente a esta visión hegemónica del funcionamiento de la red migratoria, emergen los estudios de las migraciones sur-sur, los mismos que dan cuenta sobre las particularidades que se presentan en estos contextos. Cabe señalar que la calidad y cantidad de la información que circula dentro de la red es un elemento fundamental para su sostenibilidad. A esto Granovetter (1973) denomina los lazos fuertes que son los que permiten la asistencia, se encuentran más disponibles y generan redes de confianza y solidaridad.

En contraste, los lazos débiles muestran poca interactividad entre los miembros de la red. Pero estos se vuelven importantes a medida que son necesarios para la constitución de redes menos estructuradas. Además, estas generarían un puente entre sub-grupos transportando información e ideas por fuera del círculo predominante (Ataide 2015). Se infiere que no todas las personas acceden fácilmente a la información, porque los canales por los cuales recorre están estrechamente ligados a relaciones fuertes que prescinden de la distancia y por ello, de la frecuencia de contactos (Ramella 1995). Como bien lo señala la información se vuelve una fuente de poder entre los miembros de la red.

Este marco conceptual proporciona una mirada general de la manera cómo funcionan las redes en el caso de las migraciones de Colombia y Perú en el Ecuador, las mismas que en un inicio controlan la llegada de los migrantes, otorgan facilidades para el asentamiento de las personas y se organizan para la formación de organizaciones con vínculos fuertes; pero también ocurre que empiezan a cerrarse debido a la poca oferta laboral que se presenta en las sociedades receptoras, donde existen precarias condiciones laborales como el empleo informal, el trabajo por horas, oficios temporales, ventas ambulantes que son actividades compartidas con la población local que tiene escasas posibilidades de un trabajo estable. Otro aspecto que es cuestionable acerca de la “causalidad acumulativa” es el envío de remesas, pues en los países de la región andina son escasas y estas no podrían determinar procesos desiguales de acumulación o distribución de tierras.

3.2 Redes migratorias y enclave étnico: adhesión a sus críticas

Dentro del concepto de redes migratorias, el estudio de enclave étnico es relevante para esta investigación, en el sentido que nos adherimos a las críticas que han realizado varios autores sobre su aplicación empírica. Para ello, abordaremos reflexiones teóricas con respecto a su definición y los alcances; en segundo lugar, argumentamos sobre su potencialidad o no en el caso de los migrantes peruanos en la ciudad de Otavalo.

Alejandro Portes (1987) es quien ha reflexionado en torno a la definición y utilidad analítica para explicar el comportamiento económico de los grupos de migrantes pertenecientes a una etnia y aparentemente en situación de pobreza. Se trata de un grupo poblacional que comparte una misma cultura, lengua e identidad, en el que sobresalen dinámicas internas que hacen viables y sustentables económica y socialmente empresas étnicas que han salido adelante y han perdurado a lo largo del tiempo en los países de destino.

De hecho, la existencia del enclave étnico requiere tres condicionantes: la presencia de un número importante de migrantes con experiencia adquirida en los negocios del país de origen y se asientan en una zona delimitada del país receptor; la disponibilidad de fuentes de capital y la apertura de fuentes de trabajo (Wilson y Portes 1980). Por lo general, se denominan empresas o negocios co-étnicos que empiezan con pequeñas unidades familiares para atender exclusivamente a los miembros del mismo grupo étnico. Su sostenibilidad es gracias a lazos de reciprocidad y a la confianza ejecutable (Zhou 1992). Con el tiempo se expanden y pueden ingresar al mercado general, pero depende de la movilización efectiva de recursos de la comunidad étnica.

Portes estableció la relación entre étnico y capital social para una mayor comprensión acerca del funcionamiento interno y la sostenibilidad de las redes migratorias donde se destaca un fuerte sentido de reciprocidad, solidaridad y confianza que trasciende el carácter puramente contractual de las transacciones comerciales. Cuando recién empieza el emprendimiento étnico, todos los miembros aportan con algún recurso material o simbólico para que se consolide la empresa. El capital social implica altos niveles de confianza entre

sus miembros, quienes acceden a la rotación de créditos y a los intercambios informales como mecanismos para ascender social y económicamente (Portes 2013). En este círculo, predominan valores como la honestidad, el amor al aprendizaje y se descarta cualquier intento de deshonestidad.

Bajo relaciones de reciprocidad, se asume que el beneficio es mutuo. El dueño del negocio transfiere sus conocimientos y sus capacidades a los trabajadores co-étnicos, los empleados laboran largas horas sin presentar queja alguna. Inclusive las relaciones entre empleados y empleadores se determinan por un salario menor al que se aporta al interior de la comunidad. El objetivo apunta a que se genere un fondo económico que sea utilizado para créditos entre sus miembros, quienes contarán con capital semilla para iniciar su negocio propio o ayudas económicas emergentes. El enclave se compone por integrantes, que se asientan en una zona delimitada geográficamente en un espacio identificable, por la naturaleza de sus actividades. En sus primeras etapas, esa proximidad responde a tres factores: la necesidad de estar cerca al mercado étnico; cercanía entre sus miembros con el fin de intercambiar información para el acceso al crédito, actividades de apoyo y la oferta de trabajos étnicos.

En relación al capital social, Portes (2013) sostiene que se debe tomar en cuenta la distinción entre fuentes de capital social y estrategias donde los recursos y el buen nombre se adquieran por otras vías. Es decir, no se puede confundir logros colectivos con la presencia de capital social o fracasos colectivos con la ausencia de capital social. Si bien se activa el capital social a nivel de todas las minorías que enfrentan ambientes hostiles en los sitios de recepción, pero no todos pueden denominarse como enclaves étnicos, pues se requiere la combinación del capital social con el capital humano, lo cual lleva a la formación de redes de sociales y de trabajo.

El concepto de enclave étnico ha sido el blanco de críticas que provienen desde los estudios de las migraciones sur-sur, en las que se toma cuenta los límites en su aplicabilidad. Varios autores y autoras (Riesco Sanz 2003; Pizarro 2007, Garcés 2011, Güell, Parella y Valenzuela 2015; Benencia 2013; Pizarro 2016) apuntan a que uno de los tropiezos, es el

individualismo metodológico que construye al sujeto migrante en términos de individuos e individualidades, propiedades como las creencias, deseos, acciones y relaciones entre individuos (Elster 1982, citado en Noguera 2003). El individualismo metodológico analiza al individuo, sin tomar en cuenta las condiciones estructurales que caracterizan a los enclaves étnicos. Esto apunta a que al interior de estas organizaciones se entretujan desigualdades sociales.

Riesco Sanz (2003) argumentó que los enclaves étnicos son analizados desde una visión individual optimista, en la que se resalta la capacidad emprendedora de los sujetos migrantes y muestra que su inserción laboral no se limita a adaptarse a una estructura de oportunidades, sino que crea la suyas. Además, existiría una auténtica alternativa de movilidad social ascendente, pero orientada hacia su costo-beneficio. De ahí, la definición debe ser matizada a la luz de datos empíricos, bajo el supuesto de que las iniciativas emprendedoras de los migrantes se ubican en sectores económicos abandonados por la población autóctona; lo que vendría a configurar una prolongación del mercado de trabajo secundario (Piore 1986). De igual forma, las relaciones de solidaridad se entrecruzan con relaciones de explotación intraétnica o autoexplotación laboral, lo cual relativiza la garantía de movilidad social ascendente proclamada en un inicio.

Según Riesco Sanz (2003), también se visualiza en la teoría de los enclaves étnicos es que algunos autores se preguntan sobre las motivaciones y elecciones racionales e individuales que tienen los migrantes para vincularse con el trabajo autónomo o el autoempleo; sin reconocer que el mercado por sí solo es incapaz de explicar tal inserción laboral de los migrantes en este sector. Más aún, cuando en dicha vinculación intervienen factores políticos, sociales, culturales, religiosos. Es decir, que van más allá del mercado. La explicación debe situarse más allá de lo económico y encontrar una dilucidación en las características de las redes migratorias, en las prácticas culturales, en los recursos étnicos que están en juego dentro del grupo migrante.

Con estos planteamientos coincidió Cinthya Pizarro (2007), quien ha estudiado el mercado de trabajo frutihortícola de la colectividad boliviana, en Argentina. Aquí se evidencia que

las relaciones laborales no solamente están atravesadas por cuestiones económicas, sino por factores socioculturales. Esto significa que los sujetos migrantes construyen sus prácticas sociales (laborales) y sus identidades “entretejiendo diversos marcos de referencia, en relación a los variados clivajes de nacionalidad, de etnia, de raza y de clase tanto de su lugar de procedencia como de la sociedad en la que residen” (Pizarro 2007, 12).

De hecho, la agencia de los migrantes está condicionada por marcos identitarios hegemónicos de su país de origen y por el sitio donde llegan a asentarse (Pizarro, 2007). Esto nos conduce a repensar la categoría de enclave étnico, el mismo que para fines de esta investigación resultaría insuficiente y reduccionista para analizar los procesos migratorios entre países andinos, en los cuales se manifiestan exclusiones y discriminaciones en los sitios de destino y al interior de las redes migratorias constituidas como una forma de resistir y re-significar la segregación de los migrantes por parte de la población nativa.

Otra crítica al enclave étnico es que detrás de un aparente éxito económico de los migrantes en los países de destino, se entretejen desigualdades sociales que condicionan la vinculación de los y las migrantes a los mercados laborales “étnicos”. De hecho, se puede señalar que los migrantes van a ocupar puestos de trabajo, que suelen ubicarse en los escalones más bajos de las jerarquías laborales, configurando mercados de trabajo segmentados étnicamente (Pizarro et al. 2016).

Si bien existen personas que han logrado cierta movilidad socioeconómica, aún siguen siendo colocadas en posiciones etnicizadas y racializadas desde las estructuras de poder y las narrativas acerca del “otro”. Según Pizarro (2012) estas construcciones de la otredad, se han basado en un conjunto de características supuestamente innatas a la nacionalidad de los trabajadores migrantes. De esta manera, se configura una forma particular de segmentación del mercado laboral, donde se asigna a ciertos trabajadores a las posiciones más precarias y vulnerables por el hecho de compartir rasgos fenotípicos o particulares de su lugar de origen. Esto a su vez, legitima la relación desigual de capital y trabajo, mediante la etnización de las relaciones de producción.

Las relaciones de reciprocidad que se desarrollan al interior de las redes migratorias, nos llevan a cuestionarnos acerca del supuesto funcionalista que subyace dentro de la corriente de enclaves étnicos. Soraya Attademo (2015) argumentó que, si bien las redes sociales juegan un papel importante a la hora de encontrar trabajo, existe una postura positivista-funcional, cuando se habla de la fuerza de los vínculos interpersonales. Y se establece que la fuerza de un vínculo es una combinación de tiempo, intensidad emocional y confianza mutua. Es decir que mientras mayor contacto exista, estaremos hablando de lazos “fuertes o lazos débiles” (Granovetter 1973 cit. Pedone 2010). Ello implicaría que los vínculos fuertes de un grupo forman una red densa y los débiles una red menos densa. Esta visión tiende a asumir los lazos como positivos y simétricos, escondiéndose desigualdades sociales y relaciones asimétricas dentro del grupo étnico.

Los migrantes bolivianos en Argentina han articulado redes sociales y organizaciones, a través de la generación de lazos fuertes. Ellos y ellas se proyectan como un grupo homogéneo frente a otro integrado por los nativos; sin embargo, el colectivo de migrantes es heterogéneo (Pizarro 2014). Es decir, las organizaciones no están libres de producir y reproducir formas de explotación, discriminación, abuso de poder en los mercados de trabajo. Más aún, en estas comunidades interactúan agentes sociales de los dos grupos (migrantes/no migrantes). Según Pizarro (2011), en la producción frutihortícola se puede apreciar migrantes que cuentan con diez años de residencia y han logrado imponerse como jerarquía local en este mercado de trabajo. Pero este logro ha tomado tiempo y ha sido el resultado de un ascenso en la escala laboral boliviana que viene de la producción escalonada: –peones, medieros, arrendatarios, comerciantes, transportistas, quienes encabezarían las jerarquías en los mercados de trabajo.

F. Bruno (2008) menciona que el colectivo migrante boliviano también ha re-significado su etnicidad en los lugares de destino y al interior de las redes sociales, para resistir el clivaje nacional. Desde la subalternidad hasta la estrategia de reclutamiento de la fuerza de trabajo, basada en relaciones de parentesco, familiaridad y paisanaje. Es decir, que las redes migratorias actúan como espacios, en los que se visibiliza la división de grupos de trabajo de acuerdo con el tipo de tareas y a la pertenencia étnica.

En sí, podemos destacar el carácter multidimensional de las redes y cadenas migratorias, en las cuales se combinan distintos elementos como las trayectorias, las prácticas y las formas de organización. En algunas ocasiones, pueden servir como puentes hacia la obtención de mejores oportunidades laborales o generar efectos limitantes en el acceso a los mercados de trabajo. En otras, en cambio se prioriza la defensa de los valores culturales de los grupos étnicos, aunque ello implique mínima movilidad social y económica para el colectivo migrante. Esto permite concluir que los enclaves étnicos posibilitan el “éxito económico”, sobre la base de relaciones de reciprocidad, solidaridad y confianza. Estos factores son fundamentales para comprender que no solamente existen transacciones económicas entre los sujetos migrantes objeto de este estudio, sino también implica el desarrollo de capital social que posibilita la conformación de redes sociales y laborales para enfrentar el ambiente de hostilidad que se les presenta durante su trayectoria laboral y migratoria.

A manera de conclusión de este capítulo, diremos que la relación entre espacio, interseccionalidad y redes migratorias tiene potencialidades analíticas para comprender la trama desigualdades sociales en las localidades. Asumimos críticamente el concepto de enclave étnico para señalar que no todas las formas de comportamiento económico de los migrantes pueden encuadrarse en esta categoría, pues existen particularidades que demandan de otro tipo de análisis como lo veremos en los próximos capítulos y a la luz de los datos empíricos. Sin embargo, antes de adentrarnos en materia examinaremos en el siguiente apartado los debates sobre las migraciones intrarregionales, su conexión con la producción espacial de desigualdades. En un punto aparte, revisaremos cómo se perfila el Ecuador como un país de emisor de migrantes hacia un territorio de múltiples movilidades, en el contexto del crecimiento de la inmigración intrarregional.

Capítulo 2

El Ecuador en el contexto de las migraciones intrarregionales y la producción espacial de desigualdades: perspectiva histórica

Introducción

De modo general, diremos que las migraciones intrarregionales han permanecido en un ir y venir a lo largo de la historia de América Latina. Los factores sociales, políticos, económicos en la esfera internacional y regional han incidido en la amplitud y diversificación de los destinos y orígenes de las corrientes migratorias. A partir del año 2007 se reimpulsaron los flujos migratorios en Sudamérica, debido a una creciente crisis estructural del sistema capitalista mundial y a la puesta en marcha de políticas migratorias más restrictivas con acento xenofóbico en los países más desarrollados como Estados Unidos de Norteamérica y Europa (Mora 2009). Sumado a esto posibilidades económicas, la cercanía geográfica y la existencia de redes familiares y de paisanaje han reconfigurado los patrones migratorios en las naciones latinoamericanas.

Así, en el presente capítulo tiene dos finalidades: en primer lugar, examinaremos la manera cómo se han configurado los flujos migratorios en relación a la producción espacial de desigualdades sociales en América Latina; en segundo lugar, se analizarán trabajos empíricos que dan cuenta sobre el crecimiento de los movimientos migratorios intrarregionales en el Ecuador y su conexión con los procesos de inmigración colombiana y peruana en la serranía ecuatoriana. Interesa evidenciar el paso que ha tenido el Ecuador, en los últimos 10 años, de ser un país eminentemente emisor de migrantes, en la actualidad se muestra como un sitio de múltiples movilidades territoriales. Además, se presentará una breve síntesis del papel que ha asumido el Estado frente a las inmigraciones colombianas y peruanas.

1.- Migraciones intrarregionales y su relación con la producción espacial de desigualdades sociales

Si bien no se trata de un análisis a profundidad, haremos un rastreo de los principales estudios que dan cuenta sobre las migraciones intrarregionales en Sudamérica y sus

conexiones con las desigualdades socio-espaciales. Hay que señalar que existen pocos estudios que articulan migraciones, espacio y producción de desigualdades sociales en la región latinoamericana y los que se han desarrollado, se focalizan en el tema de las migraciones en fronteras; de manera especial los flujos migratorios de Perú y Bolivia en países como Chile, Argentina y Paraguay. Si bien no es el objetivo de nuestro estudio, buscamos comprender cómo los migrantes han construido el espacio social y sus experiencias en la producción de desigualdades sociales entre países sudamericanos, donde se han registrado múltiples desplazamientos de personas que cruzan las fronteras entre países de la región y, de manera simultánea, participan en la constitución de estos territorios (Tapia 2010).

Autoras como Judith N. Freidenberg, Gabriela Mera, Brenda Matossian (2016) señalan que los migrantes son actores en la producción social del espacio de dos maneras: la primera consiste en la ocupación de áreas en la ciudad (urbano-rural-marginal); la segunda, en la inserción socio-laboral, donde priman desigualdades de origen, la etnicidad, la clase, género, edad, educación, salud y discapacidad, acceso a la seguridad social y vivienda; todas estas dimensiones que operan transversalmente con el territorio. Según las autoras, la inserción de la población migrante en las ciudades de destino es multidimensional, es decir requiere un enfoque multiescalar para interpretar las diversas dimensiones de la desigualdad, entendiéndose esta como ventajas que tiene un grupo sobre otro, en cuanto a relaciones de poder y control del espacio.

Gabriela Mera (2016) argumentó que el nexo entre migración y producción espacial de inequidades no puede limitarse a las diferenciaciones espaciales (norte-sur; barrios céntricos o periféricos), sino que entran juego prácticas cotidianas, que construyen sentidos sobre lo material y simbólico en la ocupación y uso del espacio público. Mera enfatiza que la espacialidad debe ser abordada desde el entrecruzamiento de movilidades, para develar distancias y proximidades que se construyen en la interacción. “El espacio vivido de los sujetos se encuentra profundamente atravesado por barreras de carácter simbólico, que recortan “mundos” con sentidos y valores diferenciados”, (Mera 2016, 82). Sumado a ello,

se aprecian factores de desigualdad económica, en el sentido de acceso a la vivienda, a un empleo formal y a mejores condiciones de vida.

En palabras de Mera, la mayoría de inmigrantes limítrofes confrontan situaciones de precariedad cuando llegan a las ciudades; pero también estigmatizaciones por el lugar donde reside, el tipo de trabajo que desempeña. Claro está que los asentamientos de la población migrante y su distribución espacial está supeditada a los modos de activarse de las redes sociales que les proveen de recursos, orientaciones, empleo. Esto a su vez provoca que haya una distribución espacial diferenciada entre los propios inmigrantes. No obstante, hay casos en los que más que una dinámica de diferenciación espacial existe una marcada desigualdad, donde los patrones de asentamiento responden a un entramado de vínculos socio-culturales y socioeconómicos que se conjugan para estigmatizar al sujeto migrante.

Entonces, se trata de una combinación espacio/estructuras de desigualdad que se expresan en el caso de confinamiento de los migrantes paraguayos en la rama de la construcción en la ciudad de Buenos Aires, es decir, ocurre una diferenciación espacial/estructural, pues este mercado de trabajo tiene una estructura vertical, que está ocupado por trabajadores de nacionalidad paraguaya, quienes en su mayoría han sido relegados a estos espacios laborales como albañilería, mientras que los propietarios de las empresas constructoras se adscriben a la nacionalidad argentina y tienen el control y dominio del espacio (F. Bruno 2008 y 2009).

En el caso de las migraciones bolivianas en Argentina, se aprecia que tanto migrantes como no migrantes (internos) comparten una misma distribución espacial en el mercado de frutas y verduras. Se trata de los “changarines”, quienes trabajan en la carga y descarga de alimentos desde los camiones hasta los puestos de los vendedores; a la vez los changarines surten la mercadería a los compradores. En este espacio, tanto los migrantes como los nativos realizan igual trabajo y perciben la misma remuneración. Lo que se modifica son las formas de reclutamiento. El gremio de migrantes bolivianos recluta a sus connacionales, mediante sus redes de parentesco y facilita el trabajo a través de recomendaciones previas.

El grupo de trabajadores argentinos tiene que “ganarse” el puesto de trabajo con demostraciones de honestidad y puntualidad (Pizarro 2007).

En la última década, han surgido estudios sobre el vínculo migraciones, espacio y desigualdad social tomando como eje de análisis la movilidad territorial, en los que se evidencian múltiples desplazamientos de los migrantes en función de su actividad económica. De este modo, los recorridos territoriales de los migrantes van marcando su trayecto laboral. La intervención de las redes sociales es fundamental para la ubicación de los migrantes. De hecho, estas redes son identificadas con los lugares de concentración de los “bolivianos”. Entre ellas están las delimitaciones geográficas como los parques, las plazas, los barrios; y las zonas de la actividad económica como ferias, mercados, clubes, asociaciones.

En este sentido, Sergio Caggiano (2014) corrobora que los y las migrantes se ubican en una zona delimitada de Buenos Aires por el funcionamiento de redes de parentesco, paisanaje y vecindad que facilitan el acceso a la vivienda y al trabajo. No obstante, estas áreas suelen estar clasificadas como las “más pobres” de la ciudad y llevan consigo una larga historia de segregación socio-espacial (Grimson 2014). Además, esta concentración territorial puede interpretarse como formas de resistencia ante la discriminación por parte de la población nativa que ha marcado con criterios racistas y excluyentes como sitios para “la bolivianidad”. Aquí se manifiesta la relación migración, espacio y pobreza, a través de la cual se interpreta la estigmatización de los espacios ocupados por los inmigrantes.

Así las migraciones a escala intrarregional son una realidad palpable en América Latina. Si bien dentro del mapa han tenido mayor peso los flujos migratorios hacia Argentina, Chile, Brasil, cada vez se marcan nuevas rutas entre países andinos como el Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia. Según el estudio que hace Martínez Pizarro et al. (2014) desde la segunda mitad del siglo XX se han configurado tres patrones migratorios dominantes en América Latina: la emigración extrarregional, la inmigración histórica de ultramar y los intercambios intrarregionales, siendo estos últimos los que se han intensificado, específicamente los movimientos entre países andinos.

Gioconda Herrera y Nina Nyberg Sorensen (2017) mencionan que los patrones migratorios latinoamericanos han evolucionado, pero las investigaciones han tenido su propio ritmo y atraviesan por un proceso de “aletargamiento”. Enfatizan la necesidad de reflexionar sobre nuevos escenarios en que se desarrollan los flujos migratorios intrarregionales. Entre los factores que se señalan como posibles causales de este aceleramiento van desde la expansión de los procesos globales, que a su vez se agudizan por las crisis económicas y políticas por las que atraviesan algunos estados en la región. “Los cambios en los procesos de acumulación capitalista y la securitización de las fronteras son dos fenómenos que han modificado los movimientos de personas en la región” (Herrera y Nyberg Sorensen 2017, 13).

Hasta aquí hemos presentado los abordajes teórico-empíricos sobre la relación producción espacial de desigualdades sociales y migraciones intrarregionales. Se puede destacar que los movimientos migratorios en la región están marcados por movilidades territoriales múltiples y por estructuras de desigualdad que tienden a profundizarla y a generar diferenciaciones espaciales que tiene que ver con la proximidad y el distanciamiento social, en el que confluyen tanto factores materiales como simbólicos.

En la siguiente sección analizaremos el papel que ha tenido el Ecuador en el panorama de las inmigraciones en la región andina y cómo se ha estudiado la dinámica migratoria en el país.

2.- Ecuador en el marco del crecimiento de la inmigración intrarregional

En los últimos veinte años, los patrones migratorios en el Ecuador han ido transformándose al vaivén de la política, la economía y los cambios estructurales que presenta la región andina. Esa transición se evidencia en el hecho de que el Ecuador, progresivamente, deja de ser un país emisor de población migrante para convertirse en un lugar de destino, tránsito, retorno. El siglo XXI, registra afluencia de población de países transfronterizos, que van configurando un perfil migratorio latinoamericano con múltiples movilidades (Carrión 2019).

Carrión (2019) señal que entre los años 2000-2018, el Ecuador se ha convertido en un lugar estratégico para las dinámicas intracontinentales y extracontinentales de movilidad humana. Esto a su vez, ha producido distintas formas de desigualdad socio-espacial en torno a los migrantes transfronterizos, que llegan desde Colombia, Perú y Venezuela.

Tradicionalmente, Quito y Guayaquil han sido consideradas las ciudades con mayor número de inmigrantes; sin embargo, en los últimos cinco años las provincias fronterizas y ciudades intermedias registran incremento en el número de personas de otras nacionalidades que se asientan de manera temporal o definitiva en el Ecuador.

Los flujos migratorios forman parte de la historia del Ecuador. Ciudadanos de varios países han tomado como destino el territorio ecuatoriano. En algunas ocasiones, se convierte en un lugar de destino; en otras como tránsito y retorno. En los últimos años, se aprecia que cada vez estos flujos son heterogéneos e implican múltiples movilidades geográficas y territoriales. Al hacer una retrospectiva histórica el Ecuador en diferentes épocas ha sido un país de destino para las inmigraciones de varios países del mundo. Entre ellas figuran los comerciantes asiáticos que históricamente han estado presentes en el país, a través del comercio.

A decir de Ana Carrillo (2012) pese a las constantes prohibiciones de entrada al Ecuador en el pasado y mediante decretos ejecutivos los migrantes asiáticos lograron asentarse en la ciudad de Guayaquil a principios del siglo XIX. En un inicio instalaron pequeños almacenes con productos suntuarios de todo tipo y lograron acaparar el mercado rural a través de créditos a los campesinos de la Costa. Para este tiempo, las restricciones de la migración asiática eran mayores en la sierra ecuatoriana debido a que en esta región predominaba el sistema de concertaje, el mismo que se sostenía por la explotación de la mano de obra. La posibilidad del ingreso de pequeños negocios de origen chino presuponía la desestabilización de este sistema, dado que generaba expectativas en la población de la localidad por consumir e ir adquiriendo autonomía financiera. “La llegada de comerciantes chinos a Quito resultaba, a principios de siglo, un hecho extraordinario. Para que estos ciudadanos pudieran llegar hasta estos confines, era necesario un salvoconducto otorgado

por el Ministro del Interior, gestionado a través del cónsul estadounidense” (Carrillo 2012, 214).

Las inmigraciones haitianas hacia el Ecuador han tenido mayor visibilidad en los últimos años. Es a partir del 2010 que los procedentes de ese país ingresan al país, luego de haber sobrevivido al terremoto. Antes de ello, este flujo migratorio era mínimo, pero a raíz de las secuelas del desastre natural, el gobierno ecuatoriano concedió visas humanitarias para lograr su permanencia temporal o definitiva. Históricamente, los migrantes haitianos emigraban hacia Estados Unidos y República Dominicana, sin embargo, en la última década, se evidencian traslados hacia Ecuador y de aquí hacia Brasil. En el año 2013, el gobierno ecuatoriano intentó restringir la llegada de población de Haití, mediante la solicitud de una carta de invitación, lo cual fue visto como atentatorio al derecho de movilidad humana y por ello fue una medida que no fue aprobada (Ceja Cárdenas 2015).

El estudio sobre migraciones haitianas en el Ecuador de Iréri Ceja Cárdenas (2015) señala que no se puede hablar de un solo tipo de migrante de Haití, sino que existe una multiplicidad, pues hay quienes buscan permanecer en el país, otros que están con la idea de seguir hasta Brasil y los otros que al no encontrar empleo deciden continuar su trayectoria migratoria. Según la autora, aquellos que se han quedado en el Ecuador, en las principales ciudades, han creado redes solidarias transnacionales que posibilitan que más haitianos inicien su proyecto migratorio hacia el Ecuador.

Sin embargo, la población haitiana ha sido el blanco de la exclusión, la discriminación y la diferenciación o segregación espacial. La mayoría de estas familias migrantes residen en sectores periurbanos de Quito: el Comité del Pueblo, La Bota y el Condado. Sitios conocidos en la Capital como barrios donde se han asentado migrantes internos afroecuatorianos, quienes son construidos socialmente como “peligrosos” para la convivencia ciudadana y por ende, han sido segregados. Como señala Carrión (2019) existe una superposición espacial de la desigualdad y la marginación que se traslada hacia los migrantes haitianos y haitianas.

Otro flujo de importancia en el Ecuador, son las inmigraciones cubanas que a partir del año 2008 se intensificaron sobre la base de una política migratoria de “apertura de fronteras” por parte del gobierno del ex presidente Rafael Correa, que de alguna manera alentaba las migraciones cubanas al país. El estudio Ahmed Correa (2013) examina las particularidades de este flujo migratorio y su articulación con los mercados de trabajo y la producción de espacios en el sitio de destino, principalmente en dos sectores residenciales de Quito y Guayaquil. Según el autor, los migrantes cubanos y cubanas han sido altamente visibilizados por los medios de comunicación y la opinión pública, los mismos que han construido un imaginario sobre detenciones y restricciones de esta población, dado que este grupo ha sido el blanco de intervenciones en política migratoria por parte del estado ecuatoriano.

Sumado a ello, prácticas de exclusión socio-espacial por parte pobladores locales, quienes reproducen estereotipos que se entretajan en torno a los migrantes y a su nacionalidad. En los últimos años, se observan contradicciones por parte del Estado, por un lado, se posiciona un discurso que enfatizaba el derecho a la libre movilidad humana; pero otra parte se imponía requisitos de visados, cartas de invitación, registro de títulos que eran tendientes a frenar el flujo migratorio de Cuba en el territorio ecuatoriano.

En la última década, se han desarrollado investigaciones sobre la presencia de migraciones españolas en Ecuador, las mismas que ocurren en el contexto de una crisis mundial tanto en Europa como en Estados Unidos durante el 2008, que provocó la salida de profesionales de nacionalidad española hacia países sudamericanos como el Ecuador. Si bien este flujo migratorio no es nuevo, se presenta bajo la modalidad de migraciones cualificadas, que se insertan laboralmente en espacios académicos y con el fin de fortalecer procesos de intercambio de conocimientos, producción científica y entrenamiento profesional para investigadores nacionales (Molina 2014).

Estos procesos migratorios se dan en el marco de las reformas a la educación superior que entre otras cosas exigía la contratación de docentes universitarios con estudios de posgrado (Vega et. al 2016) con el fin de implementar las reformas en la universidad ecuatoriana. Se

trata de una migración cualificada que se insertó en el programa denominado Prometeo⁶ cuyas características eran el intercambio de conocimientos para impulsar el desarrollo de la investigación científica en el país. Es así que el Ecuador, en el periodo 2008-2015 acogió a un nuevo perfil de migrante español, a quien se ofrecía oportunidades de adquirir experiencia en las universidades y de contar con mejoras económicas para volver a su país o re-emigrar.

Con respecto a las inmigraciones intrarregionales varios autores coinciden en señalar que pese a los cambios que experimentan estos flujos migratorios poca atención se le ha prestado al fenómeno. Estas transformaciones tienen que ver con problemas específicos de los estados latinoamericanos y que van desde conflictos armados internos, crisis económicas y políticas de cierre y apertura de fronteras, convenios bilaterales entre países.

En el caso de los inmigrantes en el Ecuador y de acuerdo al Censo de Población y Vivienda (2010) su número ha crecido en los últimos años. Si a inicios de 1990 representaba un 0.8%, en la actualidad se menciona un 2.3%, lo cual significa que la cantidad inmigrantes en el Ecuador se triplicó; siendo la mayoría de los inmigrantes que llegan de los países vecinos como Colombia y Perú, seguidamente por la población venezolana que cada vez más se incrementa en el Ecuador y ha tomado fuerza a partir del año 2000, cuando el país se dolarizó y debido a problemas estructurales por los cuales atraviesa ese país.

Antes del año 2000, el Ecuador no figuraba en la preferencia de los venezolanos para migrar; pero en los últimos cinco años este flujo migratorio se incrementó; según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2016), en el año 2012, 45 701 venezolanos ingresaron al Ecuador y salieron 44 228; esto quiere decir que cerca de 173 se quedaron o

⁶ El Proyecto Prometeo es una iniciativa del gobierno ecuatoriano, que busca fortalecer la investigación, la docencia y la transferencia de conocimientos en temas especializados, a través de la vinculación de investigadores extranjeros y ecuatorianos residentes en el exterior. Está dirigido a universidades, escuelas politécnicas, institutos públicos de investigación y otras instituciones públicas o cofinanciadas que requieran asistencia en el desarrollo de proyectos de investigación en sectores prioritarios. (educacionsuperior.gob.ec)

no registraron su salida. Este fue el inicio de un incremento masivo de inmigrantes, quienes llegaron con la intención de estudiar o iniciar un nuevo proyecto de vida en el Ecuador, puesto que en su país no les prestaba las seguridades (Salazar 2017). Los perfiles de los migrantes venezolanos en el Ecuador son diversos, sin embargo, llegan a compartir empleos precarios y altamente explotados con la población local o con otros grupos de migrantes de países vecinos.

De esta manera se puede inferir que la heterogeneidad de los movimientos de inmigrantes en el Ecuador es notoria, en la medida en que cada vez toman la decisión de migrar hacia el Ecuador por diferentes causas como: traspaso terrestre de fronteras, economía dolarizada. Los flujos intrarregionales han tenido presencia importante en el país que aún resulta atractivo, entre otras causas por la dolarización de la economía y de las posibilidades de una vida con tranquilidad.

2.1 El papel del Estado ecuatoriano frente a las inmigraciones intrarregionales

La Constitución del Ecuador del 2008, garantiza el derecho a la libre Movilidad Humana y se propone, en su Art. 40, no identificar a ningún ser humano como ilegal por su condición migratoria. Este marco normativo constituye el fundamento del Plan Nacional del Buen Vivir 2009-2013, el mismo que se muestra acorde con el ejercicio de derechos y el principio de la ciudadanía universal. De igual manera, se promueven políticas migratorias con miras a la integración social, en el marco de los derechos humanos. Así, se establece que ninguna persona de otro país requiere visa para ingresar al país, si el tiempo de permanencia no supera los 90 días; además, estipula que todas las personas tienen derecho a la igualdad material e inmaterial sin hacer distinciones de nacionalidad o lugar de origen. Así establece el Art. 2 de la Ley de Movilidad Humana:

el reconocimiento jurídico y político del ejercicio de la ciudadanía universal, implica el amparo del Estado a la movilización de cualquier persona, familia o grupo humano, con la intención de circular y permanecer en el lugar de destino de manera temporal o definitiva. Prohibición de criminalización. Ninguna persona será sujeta de sanciones penales por su condición de movilidad humana. Toda falta migratoria tendrá carácter administrativo...

Igualdad ante la ley y no discriminación. Todas las personas en movilidad humana que se encuentren en territorio ecuatoriano gozan de los derechos reconocidos en la Constitución, instrumentos internacionales ratificados por el Ecuador y la ley. Ninguna persona será discriminada por su condición migratoria, origen nacional, sexo, género, orientación sexual u otra condición social, económica o cultural (Asamblea Nacional 2008).

A pesar de los avances que ha tenido la Constitución existen vacíos o deja en la ambigüedad situaciones particulares que experimentan los inmigrantes en relación al acceso al trabajo y a la atención prioritaria que deberían recibir los inmigrantes “sin papeles” y en situación de vulnerabilidad (Ramírez 2018).

En relación al acceso al trabajo para los inmigrantes en el Ecuador, se establece el derecho al trabajo como un principio; el Art. 560 del Código del Trabajo, a través del acuerdo ministerial 126 establece que el sector privado podrá contratar personas extranjeras; lo cual implicó que los trabajadores en condición migratoria ya no necesitan autorización laboral para ejercer su profesión; pero requieren la obtención de una visa y la homologación de su título (Asamblea Nacional 2005). No obstante, en la práctica se han establecido mecanismos que obstaculizan la contratación de personas extranjeras por los altos costos que implica el visado; sumado a ello prácticas segregación y explotación por parte de los empleadores de la localidad.

Entre los requisitos que deben cumplir los migrantes para trabajar consiste en:

contrato de trabajo debidamente firmado entre las partes; aviso de entrada al IESS; y, visa de trabajo. La emisión de este documento para el ingreso al Ecuador e insertarse laboralmente depende de los acuerdos y convenios bilaterales realizados entre el Ecuador y el país de origen de la persona migrante (Asamblea Nacional 2008).

A pesar de la normativa vigente en materia de trabajo y movilidad humana, los alcances en la inserción laboral de los migrantes en el Ecuador son mínimos, puesto que existen causas estructurales en la configuración desigual de los mercados laborales y otros obstáculos como son los altos costos en la emisión de visas de trabajo y los trámites burocráticos que

impiden el acceso laboral. Este hecho provoca que la población migrante opte por trabajar de forma ilegal hasta reunir los montos requeridos y regularizar su situación migratoria en el país. A su vez, esto desencadena en los trabajadores migrantes sean altamente explotados o se inserten en las ventas ambulantes en cada una de las ciudades por donde transitan.

2.2 Las migraciones limítrofes en el Ecuador: el caso de Colombia

En el escenario de los flujos migratorios transfronterizos, las migraciones colombianas hacia el Ecuador son las más constantes y se han configurado a lo largo de la historia de estos dos países; pero han ido adquiriendo otras formas en un contexto de múltiples movilidades. Como se señaló anteriormente y según el Censo de Población y Vivienda de 2010, el colectivo de migrantes colombianos es el más numeroso en el Ecuador y a nivel general, esta población se encuentra en varios países del mundo. Durante la década de 1940 las primeras inmigraciones respondían a la existencia de “múltiples y complejas relaciones que desdibujan las fronteras nacionales y se establecieron los primeros vínculos transfronterizos” (Velásquez 2012, 235).

Pero es a partir de 1948 que inicia un contexto de violencia, a raíz del asesinato de José Eliecer Gaitán, un líder que había surgido de las clases populares y en el que el pueblo colombiano había puesto sus esperanzas (Arias 1998). Este hecho fue el punto de partida para la inmigración de Colombia hacia países cercanos como el Ecuador. A esto se sumó que a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, las autoridades tanto de Colombia como de Ecuador empezaron a regular los movimientos transfronterizos, especialmente para comerciantes, campesinos y viajeros permanentes con intereses de residencia en la frontera.

A la par que se intentaba frenar el contrabando que desde siempre se ha caracterizado por el uso de vías alternas altamente peligrosas. En esta etapa, se evidencia un “aperturismo segmentado”, que consistía en que mientras se intentaba frenar el paso de los campesinos, se incentivaba otro tipo de migración que estaba vinculada al turismo y a las inversiones entre ambos países.

Con el fin de diferenciar a migrantes de turistas e inversionistas, tanto Ecuador como Colombia acordaron un decreto mediante el cual se emitía un permiso de 90 días tanto para ecuatorianos como colombianos, para que transiten libremente por los dos territorios y realicen sus contactos para futuras actividades económicas o turísticas. Este es el inicio de una serie de regulaciones que se implementan para alentar la “migración diferenciada” y que cuente con las potencialidades de invertir en cada uno de estos países. Las relaciones fronterizas entre Colombia y Ecuador se iban consolidando, pese a los controles estatales y a las medidas que se tomaban (Velásquez 2012).

Además, en las dos naciones habían determinado la concesión de permisos especiales para el ingreso de ciudadanos colombianos al Ecuador. Entre los principales constaba: demostrar la identidad, certificado de buena conducta, certificado médico que asegure que no tiene enfermedad infectocontagiosa, certificados de vacunas y documentos que señalen que cuentan con los recursos para los gastos del viaje y la subsistencia durante su permanencia.

Adicionalmente, los migrantes tenían la obligación de presentarse a la policía de la primera ciudad a su llegada y antes de emprender el viaje a su país de origen⁷. Con el tiempo las autoridades tomaron en cuenta las dificultades que significaba la aplicabilidad de la normativa y optaron por cerrar las fronteras colombo-ecuatorianas. Según narra la autora, para ese entonces se identificó una cantidad considerable de migrantes colombianos que buscaban invertir en la compra de tierras para la agricultura y ganadería. Así lo reseña:

Las grandes extensiones de terrenos aptas para tales actividades en Ecuador favorecieron una inmigración de colombianos con tradición de trabajo en la tierra. A través de la modalidad de arrendamiento de haciendas, muchas familias pudieron levantar cuantiosas fortunas, con las cuales posteriormente compraron las propiedades. Aquello se produjo principalmente porque algunos propietarios latifundistas locales no tenían ni el interés ni la capacidad técnica para producir sus tierras. En estos casos, las entregaban en arriendo, para que fueran explotadas por connacionales o extranjeros (Velásquez 2012, 254).

⁷ MRREE B. 8.19 Comunicaciones de legalizaciones a Colombia, Quito 4 de octubre de 1944.

La ilustración deja ver que durante las décadas de 1950 y 1960 fueron importantes para la reactivación de los desplazamientos de población migrante colombiana, que en sus primeras generaciones buscaban instalarse a través de la tenencia de la tierra y las relaciones de intercambio en la frontera.

Freddy Rivera (2007) señala que históricamente se han configurado cuatro tipos de migración colombiana en el Ecuador: la primera es producto de las proximidades étnicas culturales de la frontera. Aquí convergen los modos de vida de las comunidades de la Amazonía ecuatoriana-colombiana y los pueblos afrodescendientes del departamento de Nariño. El segundo tipo de inmigración es la integración interandina-mestiza que se localiza en Nariño y las provincias de Carchi e Imbabura, donde se han desplegado vinculaciones “viejas”, diversos contactos y relaciones de parentesco que han generado fuertes nexos económicos entre poblaciones fronterizas.

La tercera modalidad de inmigración abarca a las personas que han optado por vivir en el Ecuador y cuentan con los requisitos de residentes que les permite trabajar o desarrollar actividades productivas y culturales; dentro de este grupo pueden estar considerados los migrantes económicos. A decir de Rivera se trata de una inmigración proveniente de las grandes y medianas ciudades del interior de Colombia. El cuarto tipo consiste en un número no identificado de población colombiana desplazada que cuenta o no con el estatus de refugiado y que se moviliza entre las provincias como Carchi, Esmeraldas y Sucumbíos que son consideradas como zonas de alta concentración de migraciones colombianas, mientras que Imbabura, Napo y Orellana de concentración media baja (Rivera 2007).

Como bien lo señalan algunos estudios, las migraciones colombianas hacia el Ecuador tienen una riqueza histórica. A partir de finales de la década de 1990 empieza a visibilizarse la intensificación de flujos de personas de nacionalidad colombiana hacia las provincias fronterizas ecuatorianas. En especial se aprecian cambios profundos en los patrones migratorios, debido a la agudización y expansión territorial del conflicto interno colombiano, que desplazo a miles de colombianos hacia países vecinos y de América del Norte (Riaño y Villa, 2008).

De las cuatro modalidades de migraciones de Colombia señaladas anteriormente, se puede expresar que la población refugiada ha sido el centro de las reflexiones dentro de las inmigraciones hacia el Ecuador (ACNUR 2005; García Herrera 2005; Camacho 2005; SJMR 2006; ACNUR 2012; Santacruz 2013). Cada uno de estos trabajos focaliza a la población refugiada en el lugar de destino y las múltiples circunstancias por las cuales atraviesan: inserción laboral, expectativas de vida, cuantificación de la población y acceso a servicios básicos. Inclusive el Ecuador figuró entre los países que más refugio ha otorgado a nivel mundial (Banco Mundial 2011, citado en Álvarez 2012), en su mayoría las personas son procedentes de Colombia. Hasta el año 2016 el Ecuador reconoció a 54.789 refugiados; 12. 454 solicitantes de asilo; 68. 344 personas en situación similar a refugiados (ACNUR 2012).

Riaño y Villa (2008) sustentan que existe una diversificación de la población colombiana en el Ecuador; pero su trabajo se refiere a personas que fueron reconocidas como refugiadas y personas a quienes se les negó este estatus migratorio. A diferencia de lo que ocurría inicialmente con la población refugiada que se asentaba en las provincias fronterizas, cada vez más las solicitudes de refugio se tramitaban para residir en ciudades como Quito, Cuenca e Ibarra. Hecho que responde a la búsqueda de sitios que presenten mejores oportunidades socioeconómicas. No obstante, en el trabajo de Camacho (2005) se aprecia que el lugar de localización puede estar relacionado con la procedencia, es decir quienes llegan de las zonas rurales de Colombia optan por las provincias de Esmeraldas y Sucumbíos. Otro grupo de refugiados que llegaron de los sectores urbanos prefieren a las capitales de provincia como es el caso de Quito, Guayaquil e Ibarra.

En este mismo sentido, Molina (2010) hace una reconstrucción de las trayectorias migratorias y rutas que han trazado los refugiados colombianos y colombianas para llegar hasta las ciudades de Quito y Guayaquil, las mismas que se presentan diversas rutas de arribo. La primera ruta hacia Quito empieza en el puente internacional de Rumichaca, donde se alternan estadías cortas en Tulcán e Ibarra y en menor dimensión en Ambato. En cambio, la segunda ruta es la región Costa con el paso por San Lorenzo, Esmeraldas, Santo Domingo de los Tsáchilas hasta llegar finalmente a Guayaquil.

Según este estudio, los refugiados y refugiadas se desplazaban hasta hace cinco años hacia estas ciudades principales porque aún persistía el temor de ser alcanzados por la violencia que vivieron en su país y porque proyectaban su vida en estas dos ciudades consideradas las más grandes y con mayores posibilidades de desarrollo económico, social y cultural.

Siguiendo con esta perspectiva analítica, Oscar Ospina Et al. (2012) indagan acerca del proceso de inserción sociocultural de la población refugiada en Quito y Guayaquil. Dos ciudades que han sido construidas social y simbólicamente por parte de los refugiados y refugiadas como lugares con características propias y mayores posibilidades económicas.

Mientras Quito es concebida como un espacio más seguro antes que Guayaquil, también es percibida como una ciudad que presenta varias dificultades para encontrar trabajo y “falta de apertura por parte de los quiteños” (Oscar Ospina Et al. 2012). Por su parte Guayaquil es vista como una ciudad insegura y ausencia de políticas locales para atender a la población refugiada. Estos factores han incidido en los procesos de asentamiento del grupo colombiano, que pese a estas circunstancias se deciden a re-iniciar sus proyectos de vida en las grandes ciudades por mayores posibilidades de empleo.

Con respecto a la inserción laboral de los migrantes, en términos generales se encuentran tanto en Quito como en Guayaquil; la población refugiada es contratada en la mayoría de los casos como “empleados” y otro porcentaje se desempeñan como trabajadores independientes (Ortega y Ospina 2012). “Entre las áreas de mayor participación se encuentran las ventas en almacenes y de mostrador, personal de panaderías; vendedores ambulantes; personal de restaurantes (cocineros, meseros y de atención al público); cobradores a domicilio por venta de muebles y textiles; prestamistas informales de dinero; peluqueros; personal doméstico; obreros y operarios en general, y finalmente, obreros del sector de la construcción y terminación de edificios” (Ortega y Ospina 2012, 129).

En un estudio realizado por Fernando Carrión y Juan Pinto (2019) sobre desigualdad urbana en la ciudad de Quito pone énfasis en las reacciones que tiene la población local frente a las inmigraciones de Colombia que se han asentado en la Capital y que han

generado “nuevas” inequidades referentes a regímenes de representación diferenciados que marcan la presencia y representación de los migrantes. Estos regímenes moldean distinciones de jerarquía sobre la base de la dirección del flujo migratorio, el país de procedencia, la nacionalidad, el color de piel, el estatus migratorio, la clase, el género. Estas categorizaciones de poder se expresan en formas de segregación socio-espacial y estigmatización contra la población colombiana.

De hecho, en una encuesta realizada por Corpovisionarios y Banco Interamericano de Desarrollo 2010), se evidenció que el 42% de los habitantes de Quito rechaza la residencia junto a los colombianos y colombianas. Inclusive esta población ha sido clasificada como poco deseable para la convivencia ciudadana. “A pesar de que ha logrado de algún modo integrarse a las dinámicas sociales, culturales y económicas de la sociedad receptora, aún persisten desigualdades que la obligan a recluirse mayoritariamente en el mercado informal, negando así su acceso a una mejor calidad de vida” (Carrión y Pinto 2019, 115).

Además, Martha Cecilia Ruiz (2010) señala que otros factores como la dolarización de la economía ecuatoriana, las constantes crisis económicas y políticas tanto en Colombia como en Perú, durante el año 2000, intensificaron los flujos migratorios transfronterizos hacia el Ecuador. Cabe resaltar que el aprovechamiento de la proximidad geográfica entre países ha ocasionado la migración significativa de trabajadores y trabajadoras colombianas, quienes han cubierto la demanda de fuerza de trabajo en nichos de mercado que fueron abandonados por los nativos ecuatorianos, quienes salían hacia España y Estados Unidos.

Las actividades económicas que realizan los migrantes comprenden desde la rama de la construcción, la venta informal, el trabajo doméstico, el comercio sexual.

Cabe una pregunta ¿qué pasa con las personas a quienes se les negó el refugio en el Ecuador? Según Riaño y Villa (2008) los solicitantes una vez que reciben la notificación de su situación migratoria negada y no son considerados de “interés” para el ACNUR, se quedan en el Ecuador. Esto hace que sean excluidos de todos los programas que entrega el gobierno ecuatoriano, es decir se mantienen al margen del sistema de protección

humanitaria, de la ciudadanía social o de los beneficios de residencia en el Ecuador (Riaño y Villa 2008). Estos autores argumentan que el estatus de refugiado les permite acceder a ciertos beneficios humanitarios y a la posibilidad de reasentarse en otro país, pero no existen garantías que brinden “soluciones duraderas” en la inclusión local en el campo económico, social y protección de derechos.

Inclusive, la visa de refugiado marca aún más la condición de “extranjero” y tiende a la estigmatización de personas de nacionalidad colombiana, en el sentido que son asociados/as al conflicto armado antes que con sus consecuencias (Burneo 2014). En el caso de las personas que no lograron la emisión de la visa de refugio, su situación empeora y permanecen en situación de vulnerabilidad y tiene mínimas posibilidades de insertarse laboralmente.

A partir del año 2005, la población colombiana se organiza en colectivos y asociaciones para trabajar con instituciones locales y en temas de reconocimiento de su situación migratoria y sus derechos para el ejercicio de ciudadanía. En diciembre de ese año, se realizó en Manta el Primer Encuentro Nacional de Emigrantes, Inmigrantes, Desplazados, Refugiados y sus familias (Riaño y Villa 2008). Mientras tanto, en las provincias de Esmeraldas y Sucumbíos las organizaciones se han articulado a grupos locales, organizaciones no gubernamentales y a entidades estatales para emprender en proyectos binacionales que atiendan las necesidades de la población en situación de movilidad humana. De alguna manera estas agrupaciones se han constituido fuentes de poder y de negociación de las principales aspiraciones de la población.

Un hecho relevante fue el Registro Ampliado que se llevó a cabo en marzo de 2009 a marzo de 2010, mecanismo mediante el cual se reconoció a 30.000 personas colombianas con necesidad de protección internacional (Molina 2010). Esta había sido una antigua aspiración de política internacional migratoria que se debatía al interior de instituciones como la Defensoría del Pueblo y el Ministerio de Relaciones Exteriores, sin embargo, es el gobierno del ex presidente Rafael Correa, que se pone en marcha este proceso de aperturismo por parte de Ecuador, pero a la vez de cierta indiferencia por parte del gobierno

colombiano que no había asumido la corresponsabilidad que implicaba la política migratoria.

Si bien este proceso fue reconocido y galardonado a nivel internacional también recibió críticas. Por una parte, su éxito relativo consistió en la concesión de 30.000 visas para las Personas en Necesidad de Protección Internacional (PNPI), aunque la meta había sido 51 mil actores. Por otra parte, se indicó el avance en materia de derechos humanos, pero aún se mantiene la visión de control de fronteras desde el ámbito institucional y por parte de otros sectores que estaban en contra del Registro Ampliado (Molina 2010).

De forma general, se plantea que las migraciones provenientes de Colombia hacia el Ecuador son heterogéneas y dadas las circunstancias se dispersan a lo largo del territorio ecuatoriano. En gran medida la intervención internacional y la participación de la sociedad civil ha sido fundamental para que las negaciones de refugio a las personas desplazadas sean menores y se encamine la política migratoria respetuosa de los derechos humanos, contemplada en la Constitución del 2008 en el Ecuador.

2.3 El caso de las inmigraciones peruanas en el Ecuador

Los flujos migratorios provenientes de Perú hacia el Ecuador se han desarrollado a lo largo de la historia de los dos países. Constituye la segunda migración más alta en el Ecuador, después de la colombiana. Según el Censo de Población y Vivienda de 2010, el número de migrantes peruanos registrados asciende a 16.737. Las principales provincias en las que se encuentran están: El Oro, Loja, Cañar y Azuay, ciudades que son fronterizas y en las que se realizan actividades agrícolas, comercio formal e informal. Es decir, la población peruana se desplaza hacia el Ecuador atraídos por la circulación del dólar y ante la falta de fuentes de trabajo en su país, además a partir del acuerdo de Paz entre Ecuador y Perú se evidenció la intensificación de este flujo migratorio (Valle 2017).

Esta realidad fue registrada por los medios de comunicación que se ilustra de la siguiente manera:

en Macará, según la Unión Cantonal de Campesinos de Macará, en el cantón hay alrededor de 500 peruanos, entre ellos familias enteras que se dedican al trabajo en las plantaciones de arroz. En menor escala se dedican al cuidado de fincas y del ganado. Los peruanos cruzan por el Puente Internacional, a diez minutos de la ciudad. Por un día de trabajo, incluida la comida, el peruano recibe tres dólares. Mientras tanto, un ecuatoriano, por ese mismo jornal, cobra hasta siete dólares. En Espíndola. Se estima que en ese cantón laboran 50 peruanos. En sitios como Amaluza, Jimbira, Jibiruche, El Airo y Las Limas, por ejemplo, son labradores de los cultivos de maíz, caña de azúcar y en la limpieza de pastizales. Por su trabajo reciben, por día, dos dólares que cubre la alimentación en la finca. En Paltas. En esta localidad hay alrededor de 50 peruanos: 20 laboran en los cultivos de maíz y maní. También en la construcción de represas para el riego. Los sectores donde más empleo hay son Casanga, Yamana, Playas y Naranjo. En la localidad, el jornal de cuatro dólares, que recibe un obrero ecuatoriano, es de dos dólares para los peruanos. Mientras tanto, el ecuatoriano exige, además, la alimentación y, en muchos casos, una vivienda en la finca" (El Comercio 2013)⁸.

En este extracto se aprecia los lugares donde se desplazan los migrantes peruanos para desempeñarse como agricultores y los rubros por los cuales son contratados y los mecanismos de explotación laboral por los propietarios de las haciendas. Se puede inferir también que estos trabajos son rechazados por la población local, cuyos trabajadores se muestran más exigentes con respecto a las condiciones laborales que son ofertadas por los empleadores; en el sentido no existe mucha oferta de trabajo para el área de la agricultura y menos en el sistema de hacienda.

En ese sentido, María Patricia Ramos (2010) analiza las migraciones laborales peruanas en la frontera sur del Ecuador durante el periodo 2005- 2008. En este tiempo aún no se aprobaba la política migratoria que buscaba frenar las prácticas discriminatorias contra quienes ingresaban al país a trabajar. Según la autora la Ley Migratoria era una emergencia, pues de acuerdo con las estadísticas las entradas migratorias se habrían elevado de 50. 548 trabajadores y trabajadoras peruanas en el año 2001 a 520.388 en el año 2007. Varios

⁸ Artículo publicado en el diario El Comercio, junio de 2013.

trabajos sobre la temática señalan que la inmigración peruana en el Ecuador tuvo lugar durante la crisis económica y financiera que sufrió el Ecuador y que tuvo como consecuencia el éxodo de nacionales hacia Europa. Esto significó que los migrantes peruanos llegaron a ocupar las plazas de empleo que los ecuatorianos habían dejado (Durán 2007; Larrea 2007; Entretierras 2007; Informe Sombra 2007 citado en Ramos 2010).

Durante el periodo 2000-2010 las provincias con mayor población peruana eran Cañar y Azuay. Solamente en el primer trimestre del 2009, los trabajadores peruanos remitieron a su país 131, 8 millones de dólares de remesas, mediante canales formales (Banco Central 2009 citado en Ramos 2010). A pesar de que los “vecinos del sur” compartían escenarios laborales precarios con la población local, esto provocaba constantes tensiones y conflictos con los trabajadores de la localidad, donde afloró un sentido nacionalista que los discriminaba y los marginaba como “ajenos” o “extraños”.

Hasta el año 2005, la presencia de migrantes peruanos en Imbabura aún no se visualizaba, por diferentes motivos; uno de ellos fue la lejanía con las provincias del Sur del Ecuador. Pero a partir de este periodo, inició una intensificación de flujos peruanos que avanzaban hacia las provincias del centro-norte del país. Los migrantes se plantearon “probar” suerte en otras localidades; siendo Otavalo principalmente atractivo por el comercio de artesanías.

En un inicio estos flujos pasaban desapercibidos por la población local debido a la cautela que tenían los productores peruanos para comercializar las artesanías de alpaca; pero con el pasar del tiempo la plaza de Ponchos empezó a mostrarse cada vez más copada por esta producción, lo que provocó un ambiente de tensión y conflictividad con los artesanos y comerciantes otavaleños.

Ramos (2010) argumentó que la afluencia masiva de trabajadores y trabajadoras peruanas se prestó para encubrir contratación de mano de obra barata y en condiciones de irregularidad. Esto se hacía mediante una aparente contratación de fuerza de trabajo para actividades de comercio informal, pero en realidad se encubría la sobreexplotación en las

bananeras de la provincia de El Oro, las floricultoras del Azuay y los ingenios azucareros de Loja y Cañar.

También se ocultaba el trabajo de mujeres peruanas que se insertaron en labores domésticas o el comercio sexual. Ellas permanecían “encerradas” en sus domicilios o bares con fines de explotación laboral, trata de personas, tráfico de personas y otras violaciones a los derechos humanos (Ruiz 2010). Las mujeres migrantes confrontaron condiciones de vulnerabilidad en el país de destino. Esta situación fue retratada mediante las narrativas de mujeres peruanas que llegaban a la frontera sur del Ecuador sin papeles, sin redes sociales.

Según Ruiz (2010) se insertaban primero en el servicio doméstico donde recibían maltrato y eran mal pagadas. Posteriormente incursionaban en el comercio sexual, pues para ellas es la mejor o la única alternativa económica ventajosa que existe en el Ecuador y genera altos ingresos económicos.

Bajo estas circunstancias y ante la afluencia masiva de migración peruana el Estado ecuatoriano suscribió un convenio el 22 de diciembre del 2006, mediante el cual se regulaba la situación laboral y migratoria de nacionales de Ecuador y de Perú en la región fronteriza ampliada. Con esta normativa que beneficiaba a 5.000 trabajadores y trabajadoras de Perú, además que se regulaban las labores lucrativas en construcción, agricultura y trabajo doméstico, con una proyección hasta el 31 de diciembre de 2007. Posteriormente en febrero de 2008 se firma otro acuerdo ampliatorio que consiste en lo siguiente:

todas las actividades lícitas bajo relación de dependencia”, con vigencia al 31 de diciembre del 2009, y el compromiso de elaborar el nuevo Estatuto Migratorio Permanente Ecuatoriano-Peruano, documento presentado y aprobado en la cita de ministros de RR.EE. de Ecuador y Perú, que tuvo lugar en Machala el 25 de octubre del 2008.³ El texto fue enviado luego a la Corte Constitucional, que a su vez –en el año 2009– realizó observaciones puntuales alrededor del pedido de documentos sobre el pasado judicial (uno de los requisitos para obtener una visa de trabajo), y otros aspectos, como los plazos para solucionar situaciones de transgresión del tiempo de permanencia legal autorizada por el

Estatuto. Esto provocó reuniones de alto nivel entre Ecuador y Perú, en Lima y Quito, a fin de avanzar en esa materia; mientras tanto, resolvieron extender *sine die* la vigencia del Acuerdo Ampliatorio (Ramos 2010, 3).

De esta manera se avanzó en la regulación de las migraciones laborales hasta que el año de 2011 entró en vigencia el Estatuto Migratorio Permanente entre Ecuador y Perú que regulariza la situación de ciudadanos peruanos en condiciones de movilidad humana y a la vez los ecuatorianos y ecuatorianas en el Perú (Valle 2017). A partir del acuerdo binacional en política migratoria entre ambos países se observa que en el año 2012 ingresaron al Ecuador 25. 026 peruanos y salieron del país 26. 866. No se registran deportados en razón de que el decreto de regularización de febrero de 2011 establece que los inmigrantes peruanos que se encuentren radicados hasta esta fecha pueden solicitar su estadía legal en el Ecuador.

Iñiguez y Rivera (2013) hacen un estudio cualitativo y cuantitativo sobre la inserción laboral de trabajadores y trabajadoras peruanas en la ciudad de Cuenca y enfatizan en las condiciones de precariedad laboral de la población, que se evidencia en ventas ambulantes de productos medicinales, artefactos y otros. Las mujeres de origen peruano se emplean en el servicio doméstico en las provincias del sur ecuatoriano. Entre las motivaciones por las que migran está la dolarización, reagrupación familiar y oportunidades laborales. El nivel educativo hay un considerable porcentaje de migrantes que cuentan con títulos de tercer nivel y que desempeñan actividades económicas como profesionales de la salud o en otros casos laboran por cuenta propia en el sector servicios.

De esta manera, se puede visualizar que las migraciones transfronterizas, tanto de Colombia como de Perú han estado presentes en la historia de las migraciones del Ecuador. Los flujos de personas y su inserción laboral han dinamizado las fronteras tanto en la sierra norte como en el sur ecuatoriano. Esto a su vez ha configurado los mercados laborales en ambas zonas geográficas que se caracterizan por su informalidad, flexibilización laboral, extensas jornadas de trabajo, explotación laboral; pero que son compartidos con la población local, donde se establecen relaciones socio-económicas y culturales cada vez más complejas. En

la siguiente sección profundizaremos en la diversidad de flujos migratorios que han tomado como destino a la provincia de Imbabura, lugar donde persisten los mercados laborales con similares características.

2.4 Múltiples movilidades en Imbabura

Dentro del escenario de las movilidades múltiples uno de los destinos para las inmigraciones hacia el Ecuador es la provincia de Imbabura; una zona en la que confluye una diversidad de población migrante interna y transfronteriza. Es una localidad que históricamente ha sido atractiva para el comercio por parte de productores de las provincias del Carchi y una parte de Pichincha. El intercambio de productos agropecuarios desde las zonas templadas y tropicales forma parte de las actividades económicas de esta localidad conocida como “la provincia de los lagos”.

A partir del año 2000, la provincia de Imbabura se vuelve un punto estratégico para el paso y llegada de migrantes transfronterizos de Colombia, Perú y en la actualidad la migración de Venezuela. Los migrantes miran a la provincia como tránsito para llegar a ciudades más grandes como Quito, Guayaquil y Cuenca, las mismas que les ofrecen mejores oportunidades económicas y de mejorar sus condiciones de vida. Existe un porcentaje considerable de población migrante que opta por residir en la zona, vista como un lugar de tranquilidad, por la variedad climática y por la riqueza de sus paisajes, entre otras razones.

Los grupos de migrantes colombianos están insertados mayoritariamente en el sector del comercio informal y el empleo por horas. Según el informe de Diagnóstico de Movilidad Humana de la zona 1 (2013), la población colombiana en Imbabura asciende a 5.678, de esta cifra el 24% de las mujeres se encuentran vinculadas al comercio informal; el 19% se desempeñan como empleadas en manufacturas y en el sector servicios y el 19% en el empleo doméstico. El 34% de la población masculina está dedicada al comercio informal y un 17% a actividades agrícolas. Esto significa que tanto hombres como mujeres migrantes están insertados, mayoritariamente, en el mercado del comercio informal y sin las garantías laborales; enfrentan dificultades laborales como el no pago de los servicios prestados, las bajas remuneraciones, la explotación laboral, el autoempleo y el subempleo.

En Otavalo, se encuentran asentados 1.022 personas de otras nacionalidades. De este total, 490 son migrantes peruanos (Cruz 2011). El 50% de ellos cuentan con negocios de artesanías elaboradas en alpaca y las distribuyen al por mayor y menor. El otro porcentaje en diversas actividades económicas. En sí los dos grupos de migrantes seleccionados para el estudio tienen una presencia relativa en Imbabura, pues al ser una provincia cercana a la frontera norte del Ecuador, la población migrante toma la alternativa de residir en las ciudades más grandes; sin descartar que existan familias migrantes en cantones como Pimampiro, Urcuquí, Antonio Ante, donde se dedican a actividades agrícolas o ganaderas.

En los últimos años, el flujo migratorio de jubilados norteamericanos que llegan al Ecuador y se radican en la provincia de Imbabura cobra importancia dentro del panorama general de las inmigraciones. Estas familias cada vez aumentan más y se radican en el cantón Cotacachi, donde emprenden en negocios y servicios. Es una migración reciente que ha sido abordada desde la antropología y el desarrollo territorial local. Este patrón migratorio ha influido en las formas de vida de la población de Cotacachi, la misma que se ha desplazado hacia el centro urbano para interactuar con los migrantes. Los propietarios de locales se propusieron invertir en bienes e instalar negocios para la prestación de servicios. Este tipo de migración se denomina de diferentes formas: “la migración de estilo de vida”, “migración privilegiada” y “migración residencial” (Hayes 2013).

Según el Catastro Cantonal de Cotacachi (2016), el número de migrantes radicados en el cantón pasó de 300 a 1.000. Esto evidencia un aumento considerable en la adquisición de viviendas por parte de los migrantes norteamericanos y europeos. Los países de procedencia son: Estados Unidos, Canadá, Francia, Alemania. Se trata de trabajadores norteamericanos en retiro y que llegaron a la ciudad con la proyección de una vida de calidad, seguridad social y atención especializada en salud, que en sus países resulta de difícil acceso por los altos costos económicos (Viteri 2015).

En relación a la inmigración venezolana, Imbabura también se ha convertido en un lugar de destino para los migrantes y las migrantes de este país. En algunos casos, la provincia es un paso obligado hacia la frontera norte y para otros casos, las ciudades de Ibarra y Otavalo

son sitios donde se concentran para insertarse en actividades económicas como el empleo por jornal, ventas ambulantes o limpieza de vehículos en las calles.

Imbabura presenta flujos migratorios heterogéneos, que invita a reflexionar sobre el cambio de rutas y destinos que toma la población migrante para establecerse en los países andinos como el Ecuador. Este hecho además nos orienta acerca de los nuevos abordajes que debemos dar al estudio de las migraciones centradas en los múltiples movimientos en la región, donde confluyen aspectos culturales, origen colonial y especificidades de cada grupo humano. Esta investigación quiere dar cuenta de cómo las migraciones transfronterizas pueden convertirse en un punto de partida para comprender a los sujetos migrantes en sus intercambios con sociedades heterogéneas, en sus formas de ocupación del espacio donde entran a competir por mercados de trabajo que les obliga a desplegar estrategias de sobrevivencia y formas de resistir la marginación social y económica.

En resumen, hemos presentado algunos debates sobre cómo se conecta la producción espacial de desigualdades sociales, en las migraciones intrarregionales, de manera particular en el Cono Sur, porque estos flujos son los más estudiados en la región y cuentan con una amplia literatura; además como una forma de comprender las dinámicas migratorias entre países fronterizos y proyectarlas en nuestros casos de estudio. En ese escenario, hemos revisado brevemente cómo el Ecuador se configura, cada vez más, como un país receptor de inmigrantes de varios países, pero de manera particular de migrantes limítrofes entre países andinos como Colombia y Perú. En la parte final, hemos caracterizado a la provincia de Imbabura y sus múltiples movilidades, con el fin de revisar exhaustivamente, en el siguiente capítulo y desde el enfoque multiescalar cómo se han constituido históricamente las ciudades de Ibarra y Otavalo y cuáles son sus conexiones con las migraciones transfronterizas, en términos de desigualdades socio-históricas.

Capítulo 3

Memoria histórica, identidades locales y desigualdades en la construcción de otredad en las ciudades intermedias

Introducción

El presente capítulo tiene como objetivo presentar la manera cómo la población local de Ibarra y Otavalo ha construido históricamente identidades locales y, a partir de ello, establecer relaciones de desigualdad enquistadas en las raíces coloniales. Para ello, creemos necesario explicar, previamente, cómo y por qué se asumen a estas dos localidades como *ciudades intermedias* y dentro del análisis multiescalar, establecer un marco general donde se desarrolla esta investigación. Es decir, nos interesa revisar cómo en el origen de la creación de estas ciudades, se han fraguado diferencias histórico-coloniales que persisten en la actualidad y adquieren nuevas formas que posiblemente recaen sobre otros grupos sociales como es el caso de los inmigrantes. A partir del recorrido histórico del pasado pretendemos interpretar lo que ocurre en el presente.

En primer lugar, planteamos reflexionar sobre el concepto de ciudades intermedias y las potencialidades de esta categoría para comprender que en estos territorios se va configurando un patrón migratorio con características propias de las localidades. En segundo lugar, revisaremos a profundidad los antecedentes de las dos localidades y cómo desde las nociones de “lugar” y pertenencia se han construido históricamente identidades nacionales/locales en estas ciudades intermedias. Sobre el fundamento de estas lógicas históricas se manifiestan indicios de discriminación y exclusión. Para ello, examinaremos discursos que se legitiman desde la institucionalidad y prácticas cotidianas que marcan el distanciamiento entre el “nosotros” y los “otros”.

1.-El concepto de ciudades intermedias y sus potencialidades para explicar el fenómeno migratorio

El pensar a Ibarra y Otavalo como ciudades intermedias implica un desafío para la presente investigación. En ese propósito, buscamos posicionar estas localidades, poco visibilizadas, dentro de los estudios migratorios en el Ecuador. La elección de las ciudades para

investigar las migraciones transfronterizas, nace frente a la necesidad de buscar escalas intermedias en el abordaje de las migraciones intrarregionales, las mismas que al momento oscilan entre los estudios nacionales y los estudios de frontera; dejando a un lado las dinámicas propias de zonas denominadas “periféricas” en términos cuantitativos del número de inmigrantes.

Buscamos superar la visión de jerarquías urbanas que estratifica a las ciudades en grandes y pequeñas, para dar paso a la definición que hace referencia a sitios semejantes a nodos de interconexión que articulan espacios de integración interna y a la vez se conectan con redes globales. Esto significa que las ciudades intermedias se convierten en ejes vertebradores de jurisdicciones provinciales y de redes internacionales estrechamente conectadas (Carrión 2014).

Estas ciudades intermedias cada vez juegan un rol importante frente a las migraciones, en el sentido que son centros de producción de bienes y servicios que añaden valor e identidad a la producción local, la misma que llega a la población urbana, atrae insumos de las grandes urbes para el intercambio, empleo y dinamización de las economías locales (Montenegro 2019). Sirven de puentes entre una diversidad de poblaciones migratorias rural-urbana; migrante interno-migrante internacional; a la vez que se proyectan como generadoras de oportunidades de empleo para los grupos migrantes.

En el caso del Ecuador, los territorios intermedios se caracterizan como espacios donde se materializa el poder local. Si nos remitimos a la historia en la época colonial, el municipio fue el punto de partida para que los propietarios de tierras con título que convivían en la ciudad logren dominar y consolidar la producción agrícola-ganadera-minera, en la fase de consolidación de lo urbano, “el municipio se convirtió en un instrumento de los terratenientes para remozarse y fortalecerse como fracción urbana” (Carrión 1986, 78). Este hecho nos muestra cómo el poder local adquiere sentido y se particulariza de acuerdo al proceso histórico.

Otro factor relevante dentro de la historia ecuatoriana consistió en que las ciudades intermedias, mediante el poder local se urbanizaron y tomaron la posta de este proceso de la mano de la clase terrateniente que concibió lo urbano desde sus intereses. Es decir, las ciudades circunscribieron su poder local a una porción del territorio del cantón, mediante políticas urbanas de constitución y habilitación del suelo (Carrión 1994; Kingman 2009).

Una característica que sobresale de esta visión es que la pugna de poderes que se desata en lo urbano desde las ciudades intermedias es similar a las tensiones que surgen entre el poder central y poder local, en el escenario nacional. Con ello podemos señalar que las ciudades coloniales son los principales referentes o son un reflejo de lo que ocurre a nivel nacional, tanto en niveles de conflictividad, estructura de clase, desigualdades sociales, urbanización y políticas públicas.

Sin embargo, Carrión (2014) advierte que estas ciudades intermedias, si bien deben ser analizadas desde la concentración del poder local, pues éste se construye en cada etapa del proceso histórico y en relación con otros actores sociales, también hay que comprender las contradicciones socio-económicas y simbólicas expuestas en formas más encubiertas como el consenso y en la implementación de canales de una supuesta integración interna y resignificación de las identidades locales. Sobre este aspecto, Stefano Micheletti (2016) señala que efectivamente, las ciudades intermedias se han ido conformando como polos locales de desarrollo, en su variedad productiva y económica; pero además por su conexión constante con pueblos y localidades rurales, es decir los movimientos campo-ciudad y esta a su vez con redes globales, lo que influye en la configuración de identidades locales.

El fortalecimiento de estas identidades locales se justifica bajo el imaginario que se ha formado en cuanto a que son ciudades a mitad de camino entre lo urbano y lo rural; entre la tradición y la modernidad; lo cual parecería que las diferencias de género y étnico-raciales están marcadas y “naturalizadas” por el devenir de su historia. Durante mucho tiempo, estas urbes fueron calificadas como territorios en el margen pues al no contener los elementos de una metrópoli fue calificada como no plenamente urbana, donde persisten formas

tradicionales de habitar, el aletargamiento, la monotonía, largos espacios de conversación y ocio (Greene 2014).

Las particularidades que presentan las ciudades intermedias posibilitan pensar las actitudes que asume la población local frente a las inmigraciones de países vecinos. La idea que defenderemos en este estudio consiste en establecer que detrás de procesos de exclusión, subyace el traspaso de inequidades socio-históricas de grupos marginados históricamente hacia la población migrantes. Empezaremos por describir brevemente la presencia histórica de migrantes colombianos y peruanos tanto en Ibarra como Otavalo, con el fin de establecer que estas ciudades no han permanecido ajenas a la temática migratoria, sino que han sido poco visibilizadas. De esta manera, se revisaron documentos del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) y ante la escasa literatura, se consultó a historiadores de las localidades.

Durante el trabajo de campo, se evidenció que los relatos de los entrevistados aludían a su permanencia tanto en Ibarra como en Otavalo de más de 15 años. La mayoría estableció relaciones históricas en las dos ciudades.

1.2 Migraciones históricas en espacios de peso intermedio: los casos de colombianos en Ibarra y peruanos en Otavalo

Para ubicar la presencia de población colombiana en Ibarra, tomamos como punto de partida que las relaciones entre Ecuador y Colombia inician en 1824, con la adscripción de la Real Audiencia de Quito al Departamento del Cauca y, a partir de ahí, los intercambios sociales, culturales y comerciales se han desarrollado con mayor dinamismo en las zonas de frontera. A lo largo del tiempo, el cordón fronterizo colombo-ecuatoriano se ha convertido en el escenario de integración de zonas económicamente complementarias e intercambios interculturales entre la población negra de la provincia de Esmeraldas en Ecuador y los habitantes del Departamento de Nariño de Colombia (Larreategui 2007). Esto a su vez motivó la creación de redes familiares y relaciones de parentesco entre colombianos y ecuatorianos.

Durante las primeras décadas del siglo XX, se registran procesos de inserción laboral de población colombiana en actividades relacionadas a la explotación del caucho y madera en los bosques tropicales en las provincias de Esmeraldas y Napo. De igual manera, en la década de 1960 y 1970, bajo la implementación de la reforma agraria y colonización, se diversificó el uso del suelo con actividades agropecuarias en provincias como Santo Domingo de los Tsáchilas, donde varias familias de origen colombiano se asentaron en este territorio para incorporarse a actividades del campo (Rivera 2007).

En el caso de la provincia de Imbabura, el historiador ibarreño Roberto Morales (2001) escribe que las primeras familias de origen colombiano que llegaron a Ibarra se asentaron en el centro de la urbe y fueron quienes iniciaron con el comercio de mercadería que traían de su natal Colombia. Estos movimientos de ida y vuelta eran con cierta frecuencia con el fin de surtir de productos de su país de origen a las tiendas de la ciudad. La Ibarra colonial estuvo marcada por la conexión comercial entre Quito y Bogotá. Es decir, la urbe ha sido un punto intermedio entre la “capitalidad” y el comercio con el sur de Colombia. Formó parte del principal anillo de influencia económica⁹ de la región centro-norte que corresponde a la geografía de los principales ejes productivos que tienen que ver con la producción lechera, las flores, el turismo y los negocios de los grupos económicos quiteños (Torres 2018). Esta vinculación económica entre ibarreños y habitantes de los departamentos del sur colombiano ha dado lugar a la formación de una cantidad considerable de familias binacionales y el establecimiento de negocios.

Según Rivera (2007), el patrón histórico de la migración colombiana hacia el Ecuador da un giro a partir del año 2000, cuando se evidencia la presencia masiva de flujos migratorios, como consecuencia del conflicto armado en Colombia, evento que obligó al desplazamiento forzado de miles de colombianos hacia la zona fronteriza ecuatoriana. En este contexto, Ibarra se convirtió en un lugar estratégico para las personas solicitantes de refugio y que demandaban de apoyo y ayuda humanitaria. En algunos casos, esta ciudad fue

⁹ El Plan de Ordenamiento Territorial del Distrito Metropolitano 2008 establece que Quito se levanta regionalmente sobre tres anillos o radios de influencia económica que van más allá de las divisiones administrativas, más bien se refieren a cuestiones culturales y simbólicas (Torres 2018).

tomada en cuenta como tránsito para los migrantes que buscaban llegar hasta las urbes más grandes, pero en otros casos, la población colombiana optó por quedarse a residir ahí.

Hernando Ortega (2007) agrega que antes que un punto de paso, Ibarra se presentaba como una ciudad de tamaño mediano que contaba una mayor capacidad institucional para atender las necesidades de las familias de inmigrantes, en comparación con otras urbes. Sin embargo, esto no significó la solución a los problemas por los cuales atravesaban los refugiados y refugiadas; sino que en Ibarra existía una cobertura de atención más amplia, en comparación con las ciudades más grandes como Quito y Guayaquil. Sin embargo, frente a esta situación, los habitantes de la ciudad empezaron a expresar los primeros síntomas de xenofobia frente a la población colombiana, a través de grafitis en las paredes y restricciones al empleo y la vivienda (La Hora 2010)¹⁰.

En relación a la migración peruana en Otavalo, el año de 1980 aparece como el inicio de los primeros contactos de comerciantes peruanos que llegaron a la plaza de Ponchos, atraídos por su dinamización económica y con el fin de comercializar sus artesanías en este sitio.

Durante este tiempo se tejieron redes y crearon vínculos permanentes entre esta ciudad y lugares como El Cuzco, Puno, Tumbes de Perú (IOA 1998). En el año 2011, entró en vigencia el Estatuto Migratorio Permanente que permitía regularizar la situación de los ciudadanos peruanos en el Ecuador y viceversa (Valle 2010). Este hecho motivó que más migrantes le apuesten al proyecto migratorio en Otavalo y se fortalezcan las redes entre Perú y Otavalo. Sin embargo, este hecho es poco explorado y no se toma en cuenta dentro del mapa migratorio nacional.

La presencia histórica de migrantes peruanos en Otavalo, puede ser interpretado como un circuito migratorio entre Cuzco- Huaquillas- Guayaquil- Otavalo. Para su constitución, se toma en cuenta tres momentos. El primero comprende el periodo 2000-2005, tiempo en el que los migrantes llegaban a las principales ciudades fronterizas como Huaquillas y más

¹⁰ Información recopilada de un artículo publicado en el diario La Hora de la zona norte, agosto 2010

tarde a Guayaquil en busca de empleos temporales en el área de la construcción y el comercio informal (Ramos 2010).

El segundo momento comprende el periodo 2005-2010. En este tiempo, los migrantes de Perú arriban a Otavalo y abren almacenes para la distribución de la mercadería al por mayor y menor entre los comerciantes de la plaza de Ponchos. En este tiempo, los artesanos peruanos empezaron a buscar sitios donde residir de forma temporal y contar con un espacio para almacenar los artículos, sin dejar el contacto con su país de origen (Flores 2019). Sin embargo, algunos migrantes se acogieron a los convenios entre países andinos para la emisión de su residencia permanente en el Ecuador.

En el tercer momento 2010- 2015, se intensifica el flujo migratorio por los constantes desplazamientos de los artesanos entre Otavalo- Perú; pero con el fin de establecer conexiones globales. Los artesanos peruanos empiezan a llevar mercadería de Otavalo hacia el Cuzco y en su viaje de regreso traen su producción local al Ecuador. Para evitar el pago de aranceles, se optó por hacer contactos virtuales con los comerciantes indígenas de Otavalo, a fin de que las artesanías no ingresen al Ecuador, sino que salgan desde el Perú hacia los mercados globales, a los cuales acceden los migrantes kichwas-otavalo (IOA 1998).

Entonces, el fenómeno migratorio forma parte de la historia de las ciudades intermedias, donde se han tejido relaciones socioeconómicas y culturales. La vecindad y el intercambio fronterizo ha incidido para que tanto Ibarra como Otavalo, consideradas ciudades de tamaño intermedio registren población inmigrante y cada vez sean sitios de asentamiento de colombianos y peruanos. A su vez, se interpreta que a medida que cambian y se diversifican los flujos migratorios hacia el Ecuador se va configurando un patrón migratorio caracterizado por múltiples movilidades territoriales, por la estructuración de mecanismos de cierre social y la exaltación a las identidades locales.

En la siguiente sección profundizaremos la constitución de identidades locales para identificar relaciones de desigualdad y como estas se legitiman, a través de discursos institucionales y prácticas cotidianas.

2.- Constitución histórica de identidades locales y relaciones de desigualdad en las ciudades intermedias

Para hablar de formación de identidades locales en ciudades intermedias y cómo en este proceso se han entretendido las desigualdades sociales, articuladas a flujos migratorios, tenemos que remitirnos a la historia del Ecuador como Estado- Nación. Tomamos como punto de partida dos momentos importantes en el escenario nacional: el primero, es la urbanización¹¹ en la cual se aprecia la constitución de los principales centros urbanos del país: Quito, Guayaquil y Cuenca donde se evidencia la concentración de los ejes de desarrollo como construcción de infraestructura, carreteras, implementación de servicios básicos, equipamiento de las ciudades grandes y medios para facilitar la comercialización (Carrión 1986). El segundo momento es la modernización capitalista, en la que se aprecia una fuerte intromisión del capital en el campo, hecho que marca la ruptura en las relaciones campo-ciudad, puesto que se empieza a proyectar formas subordinación del campo frente a las urbes (Carrión 1994).

Para finales del siglo XIX la región centro-norte estaba compuesta por las provincias de Imbabura, Pichincha y Chimborazo, que posteriormente terminaron desmembrándose como provincias autónomas dentro de las continuas divisiones político-administrativas que constitucionalmente atravesó el Ecuador en ese entonces. A su vez, dadas las coyunturas económicas y políticas le siguieron a la capital, en el proceso de autonomización las ciudades de Guayaquil y Cuenca que cada vez se configuraban como centros de dominio en la región Costa y en la región sur, respectivamente.

¹¹ Se entiende a la urbanización como a los fenómenos capitalistas de distribución territorial de la población. (dispersión, concentración, como relación y no como tributo y de organización territorial íntimamente articulados y deducidos de sus determinaciones principales tales como las transformaciones en las relaciones de producción, en la agricultura y la industria, en las relaciones de intercambio, distribución y consumo, en la estructura de clases, en el Estado, en la ciudad, en el campo de manera interrelacionada.

De esta manera se integraron las dos regiones Costa y Sierra con sus respectivos centros urbanos Quito y Guayaquil, que cada vez concentraban procesos de acumulación económica y política. Se iban convirtiendo en el eje de la urbanización nacional, en detrimento de las ciudades de medianas y pequeñas extensiones. En palabras de Carrión (1986), las dos ciudades más grandes asumen funciones permanentes como centros urbanos nacionales, es decir las particularidades locales se van desvaneciendo en lo nacional.

En ese escenario, mientras las principales ciudades se convertían en ejes de la organización territorial a nivel nacional y el centro de la economía, la política y la cultura, las ciudades intermedias se configuraban desde las nociones de “lo local” (Larrea 1986; Carrión 1985; Román y Torres 2004). Se entiende lo local en referencia a tres espacios territoriales: las capitales provinciales, cabeceras cantonales y las parroquias. Estas territorialidades locales podían actuar de manera separada, porque cada una tenía sus propias características, pero a la vez se aliaban como integrantes de espacios más agregados. Por ejemplo, un municipio podía representar a todas sus parroquias o una provincia a todos sus municipios” (Román y Torres 2004).

2.1 Exclusión histórica, formación de clase y diferencias étnico-raciales

Como ya hemos mencionado la construcción del Estado-Nación se fundó sobre la base de mitos de la nación única hispano-mestiza y sobre el ideal del “blanqueamiento” como una estrategia de continuidad histórica del Reino de Quito del Ecuador y de la utopía republicana (Ramón y Torres 2004). Estos ideales de la clase dominante fueron replicados en las principales ciudades y centros poblados, donde una mayoría de la sociedad blanca-mestiza logró imponerse y excluir a los sectores indígenas y negros que hasta ese momento eran totalmente invisibilizados.

Estos procesos de exclusión se sitúan en un contexto regional, en el que se evidencia una acelerada intromisión del capital en el campo y la implementación del modelo “desarrollista” que propugnaba la industrialización sustitutiva de importaciones a inicios del siglo XX marcó el inicio del segundo momento histórico del Ecuador (Carrión 1986; Panchano 1988; Guerrero 1986; Larrea 1988; Manguashca 1994). A criterio de Carrión

(1986) ocurre la transformación de formas de acumulación semi-coloniales o primario-exportadoras a nuevas modalidades de sustento industrial territorial. En la Sierra Norte sucede la ruptura entre el hacendado y el campesinado; lo cual implicó el deterioro de las relaciones productivas que estaban salpicadas por una alta conflictividad social, puesto que el sector indígena reclamaba derechos que les habían sido negados históricamente.

El sistema de hacienda fue el primer espacio de exclusión y donde se establecieron relaciones de desigualdad entre los grupos sociales. En el caso de Otavalo e Ibarra, estos sitios contaban con haciendas ganaderas y agrícolas de considerables extensiones en el norte del país. Eran parte de lo que se había denominado “el granero del Ecuador” y desde donde se distribuían los alimentos y el azúcar que se cultivaba en el Valle del Chota, la sal desde la hacienda de Salinas de Ibarra, la de Pesillo en Otavalo (Guerrero 1991). Para la época las haciendas con mayor renombre y gran poderío eran y algunas lo siguen siendo: Zuleta, Pimán, Chorlaví, La Magdalena, Panquindra, Pinsaquí. Otras en cambio pasaron a formar parte de las zonas residenciales de la ciudad, por ejemplo: Yacucalle, Pilanquí, La Merced, Salinas donde en la actualidad se asienta la parroquia que lleva su mismo nombre (Cazorla 2010).

La mayoría de estas propiedades pertenecían a algunas familias de la élite de Quito, quienes se habían asentado parcialmente en Ibarra y Otavalo; pero habían distribuido parte de su poderío en esta zona, aunque una vez que alcanzaban su autonomía financiera, se radicaban en la capital (Saint Geours 1994). En esta primera etapa de formación del Estado, las dos ciudades como parte de la región centro-norte se caracterizaban por un sistema de producción de mercancías simples, en el que estaban involucrados pequeños y medianos artesanos, entre ellos indígenas que tenían habilidades para los tejidos y que pugnaban con un sistema de hacienda hasta cierto punto consolidado y legitimado por la normativa estatal.

Al interior de las haciendas se habían establecido relaciones asimétricas de reciprocidad. Los patronos entregaban las tierras, los recursos como el agua, la leña, el pasto y los indígenas debía pagar las rentas y servicios personales como el cuidado y limpieza. Según

Eduardo Kingman (2003) este sistema no solamente garantizaba mano de obra para la producción, sino además el mantenimiento de las vías, la circulación de productos, cuidado del ganado y los cultivos y la atención de la casa hacienda. Estas relaciones de intercambio desigual también se comprenden dentro de tácticas que los indígenas utilizaban frente al poder. En particular cuando tenían que organizar actividades colectivas, como la minga en la que manifestaban sentimiento de solidaridad y de unión entre todos los miembros de la comuna.

No obstante, las relaciones de poder eran claras y dentro de la formación del Estado-Nación también implicaba la intervención económica en el espacio rural, es decir subordinar al campesinado a un nuevo orden económico impuesto por la clase terrateniente y que el campo se convierta en un mercado para el consumo de productos manufacturados, al tiempo que haya una reserva de fuerza de trabajo libre y disponible (Balibar 1991 citado en Coronel 2009).

Bajo esta naturalización de las jerarquías, la clase aristocrática estaba vinculada directamente al sistema de hacienda; pero a la vez demarcaba su territorio frente a pequeños propietarios de tierras, que eran campesinos libres que cultivaban sus pequeñas parcelas.

Estas tierras permanecían junto a las haciendas y se calculan que eran cerca de 1.500 propiedades ubicadas en Ibarra, Cotacachi, Otavalo y Antonio Ante. Además, las élites hacendatarias tuvieron que convivir con un grupo de artesanos que se encontraban en toda la provincia de Imbabura y que tenían ciertas ventajas como el acceso al dinero y a la exención del diezmo (Guerrero 1991).

Esta clase privilegiada desde los inicios de la república se identificaba con legados del estado colonial y había proyectado al país en dos repúblicas: en el mundo hispano y el mundo indígena (Phelán 1967 citado en Manguashca 1994). Estas ideas se manifestaron en la Independencia cuando emerge la utopía del “Estado Nacional”, inspirado en las revoluciones europeas y que “postuló un imaginario político, legal y social, basado en los principios de libertad y de igualdad. La función de este imaginario fue el de impulsar y

guiar la construcción de un nuevo orden social que con el tiempo reemplazaría al orden jerárquico de la colonia” (Maignashca 1994, 265).

Esta visión sobre el proyecto nacional unificador articulado al crecimiento demográfico, el fortalecimiento del sistema de hacienda y el desarrollo de la industria textil hizo que estos territorios intermedios conserven durante mucho tiempo su poder y se conviertan en el centro del Ecuador. Como lo asegura Saint-Geours (1994) en esta parte norte del Ecuador confluían dinámicas económicas fuertes desplegadas por la clase terrateniente que aglutinaba a un grupo dominante con cierta conciencia de clase de tipo aristocrático, que considera a la sociedad como un conjunto jerárquico relacionado con el orden natural (Maignashca 1994).

Otro aspecto que destaca Kingman es la relación hacienda-comunidad, la misma que no solamente implicaba “formas coercitivas de dominación”, sino de negociaciones, equilibrios, desequilibrios que eran mediados por la figura del cura, el terrateniente, el teniente político o el gamonal¹². Es decir que las comunidades indígenas mantenían tratos con las haciendas, pero también con las ciudades y las parroquias con población mestiza. Como lo expresa el autor:

Los indios de comunidad estaban sujetos a sistemas de mitas urbanas -limpieza de calles y de acequias, construcción de caminos y edificaciones públicas, acarreo de hierba y leña-, que en la República tomaron la forma de “trabajo subsidiario”, mientras que los indios de hacienda acudían al servicio de las casas urbanas de los dueños de los fundos. Los propios indígenas estaban interesados en mantener una relación con el mundo urbano y participaban de su economía como comerciantes al por menor o como trabajadores a jornal (Kingman 2003, 68).

En este contexto se sitúan las relaciones intra y extra-comunitarias que se desarrollaron en esta época y dieron forma a la configuración de las ciudades. Dentro de la composición

¹² El gamonal es un mediano propietario que ejercía su poder en términos reales independiente de que disponga o no de un cargo público. El gamonalismo es una forma despótica de ejercicio del poder y una de las manifestaciones de la dominación étnica (Ibarra, 2003).

social, cada vez aumentaba el número de artesanos y con el pasar del tiempo se convirtieron en los principales proveedores del mercado regional y de las exportaciones hacia afuera. Otro grupo que se iba consolidando extra hacienda fue el de los comerciantes y arrieros, que eran los principales compradores de los productores. Así las ciudades y sus pueblos aledaños empezaron a diferenciarse por sus capacidades de producción desarrolladas en torno a la hacienda, por la presencia de indígenas libres y población mestiza dedicada a las artesanías y al comercio.

De entre estos grupos sociales que emergían en las nacientes ciudades intermedias, se situaban demandas por parte de los indígenas, quienes protagonizaron constantes sublevaciones contra el poder estatal burocrático que se abría camino en las provincias, a través de planes de desarrollo que no tomaba en cuenta las aspiraciones de las localidades, pero que apuntaban hacia el proyecto de modernización del Estado que empezó a configurarse durante las primeras décadas del siglo XX (Coronel 2011 citado en Eguiguren 2015). En este periodo, se aprecia la adopción de nuevas posturas sobre las jerarquías y diferencias raciales marcadas a partir de las fronteras étnicas, en las que se imponían visiones blanco-mestizas para delimitar a la población mestiza hacia las zonas urbanas, mientras que los sectores indígenas quedaron relegados a las zonas rurales (Ramón y Torres 2004).

A criterio de María Mercedes Eguiguren (2015), el proyecto de modernización del Ecuador significó el despliegue de formas de control que evidenciaba la intencionalidad de establecer límites claros entre el campo y la ciudad; así como también determinar las diferencias interétnicas entre indígenas y mestizos con el fin de posicionar el Estado Nacional desde el mestizaje, que no incluía al indígena. A partir de ideas segregacionistas se consolida el poder terrateniente en las ciudades de peso intermedio, donde se tiende a replicar las jerarquías locales.

Entonces, Ibarra y Otavalo consolidaron su hegemonía local como ciudades privilegiadas donde se había conformado una clase terrateniente que se puso al frente de los procesos de modernización – innovación, mejoramiento de las vías de comunicación y transporte; pero

de forma general como provincia de Imbabura, no se logró revitalizar una élite provincial moderna que haya puesto en marcha un proyecto de desarrollo de largo alcance (Ortiz 2009). Más aún cuando estas dos ciudades se caracterizan por su “diversidad económica, social, étnica y ecológica que hace evidente la falta de conexión entre los territorios, lo cual condiciona la existencia de fuertes élites locales y la disputa de la hegemonía provincial” (Ortiz 2009, 99).

Así las sociedades de Otavalo e Ibarra durante los primeros días de vida republicana habían consolidado del sistema de hacienda predominante en ese entonces. En términos de Román y Torres (2004) este tipo de ciudades de tipo colonial desarrollaron ciertas prácticas sociales, económicas, productivas en las que actuaban varios actores sociales definidos por una mezcla de factores étnicos, económicos, actores institucionales estatales y del ámbito local. El ambiente citadino de aquella época estaba compuesto por una pequeña élite “pueblerina” blanco-mestiza, por indígenas del pueblo y de las haciendas, aunque su participación era mediada por los terratenientes. Los hacendados se movilizaban entre ciudades regionales y las haciendas del norte y centro del país.

De ahí que tanto Ibarra como Otavalo contaban con una cantidad considerable de haciendas en todo el Ecuador. Pese a que se pensó que con la Reforma Agraria durante las décadas de 1960 y 1970, se lograría redistribuir la tierra en estas localidades, esto no se consiguió; más el Estado intervino 15 haciendas las mismas que fueron parcializadas y modernizadas, pero sin conseguir equilibrar la tenencia de la tierra en pocas manos (Ortiz 2009).

2.1.1 De la clase terrateniente a la emergencia de los grupos comerciales y burocráticos

Las ciudades hay que explicarlas desde la geografía física como tal, pero también desde sus relaciones sociales de producción, la conformación de las clases sociales, las características propias del comercio y el funcionamiento de los aparatos productivos como es la industria y la agricultura. Hasta avanzado el siglo XX, la provincia tuvo una clase terrateniente que poseía el poder local, a través del sistema de hacienda que había consolidado el “concertaje

de los indios¹³”, mediante la normativa jurídica e institucional del Estado (Guerrero 1991). Este sistema dio lugar a procesos de explotación por parte de la clase blanco-mestiza sobre los indígenas, pero también remarcaba las diferencias del concierto huasipunguero entre pertenecer a la hacienda grande, a la finca o a la quinta. Las desigualdades sociales eran evidentes en la extensión y tenencia de propiedades agrarias serranas (Guerrero 1994), pues la clase terrateniente acumuló tierras desde la época colonial y consolidó su poder durante la revolución independentista

Sin embargo, durante el año de 1960 se aprecia el fin de la clase terrateniente y una naciente burguesía comercial y bancaria empezó a tomar el control político, económico del país. Paralelamente, los sectores medios empiezan a reclamar espacios en la esfera pública. En el caso de Imbabura, emerge un empresariado con fuertes vínculos en los agro-negocios y una buena cantidad de emprendedores de los sectores medios que iban vinculando a los sectores comerciales y a las cámaras de profesionales de la ciudad de Ibarra (Ortiz 2009).

Durante la década de 1970 la Junta de Planificación del gobierno militar había planteado sobre sí la zona norte es región y qué provincias la conformarían, propuesta que se desvaneció con la desaparecida entidad estatal. La década de 1990 fue crucial para Imbabura, pues se reavivaron estos debates y se replantearon dos alternativas: por un lado, se propuso la articulación vertical de la sierra centro-norte y por otro lado se pugnaba por el eje horizontal sierra-costa que adhería a Esmeraldas, Carchi, Imbabura y Pichincha (Ortiz 2009).

Sin embargo, en los años 1990-2001 surge el tema de frontera como coyuntura intrarregional que pone en el centro la situación de la “región norte” y el Estado invirtió 350 millones de dólares en la implementación del Plan Ecuador (Ramón y Torres 2004),

¹³ El concertaje es el reflejo de la normativa jurídica estatal [...] mediante el cual los indígenas se comprometen a trabajar; reciben un anticipo en dinero o productos y el amo les abre una cuenta en el libro de rayas; por último, para solventar una serie de gastos domésticos y rituales solicitan y el amo les entrega el dinero o productos que son adicionados a su cuenta (Guerrero 1994, 85).

además de recibir fondos de la Cooperación Técnica de Bélgica. Con ello se enfatizó el enfoque de “seguridad” de la frontera norte, que posteriormente devino en la creación de la Unidad de Desarrollo del Norte (UDENOR), que buscaba mayor presencia del Estado en esta zona, a través de la generación de proyectos productivos alternativos (Carrión 2011).

En conclusión, Ibarra y Otavalo marcaban diferencias en cuanto a la implementación de estrategias productivas, pero de manera simultánea presentaban elementos comunes en cuanto a sus relaciones con la hacienda, la comunidad y la urbe. Esto conlleva resaltar tres puntos: en primer lugar, tanto Ibarra y Otavalo defendían su identidad blanco-mestiza y para eso remarcaban la frontera étnica que ponía distancia entre los indios de las haciendas que fueron asignados al espacio rural, mientras que ellos se auto-designaron a las partes urbanas. En segundo lugar, las “elites pueblerinas” estaban interesadas en la construcción de su ciudad, sus “patrias chicas” desde la comunidad imaginada. Para ello utilizaron el aparato municipal y lo expresaban en acciones materializadas como son las fechas cívicas y actividades tradicionales. En tercer lugar, durante mucho tiempo se disputaron el poder con las élites regionales en cuanto al control de la fuerza de trabajo indígena, las tierras y los rendimientos monetarios del trabajo subsidiario (Román y Torres 2004).

En ese contexto, se asume que las inequidades socioeconómicas y étnico-raciales tienen orígenes coloniales y se fundan en la formación de un Estado-Nación que tiene sus réplicas en las “patrias chicas”, donde se configuran élites locales, que son quienes lideran procesos de refundar la ciudad y en los que no están tomados en cuenta los indígenas y negros. Estas raíces coloniales se han modificado en la actualidad, pues estas formas de exclusión y discriminación son más encubiertas y se presentan en comportamientos, actitudes y representaciones que expresan el sentido de superioridad étnico-racial de un grupo blanco-mestizo (Carrillo y Salgado 2002).

3. Reconstruir subjetividades espaciales que remarcan lo local en las dos ciudades

Para comprender la imbricación de desigualdades sociales, volverá la mirada a la dimensión espacial, con el objetivo de reconstruir subjetividades e identidades que están

relacionadas con los lugares, a los cuales se les va resignificando como una forma de reafirmar la pertenencia a determinado territorio y excluyendo a quienes resultan “extraños o ajenos”. En relación a este hecho, Juan Manguashca (1994) señala que hay dos tipos: el de membresía territorial y el de membresía espacial. En el primer caso es el espacio el que provee una identidad a quienes lo utilizan y que se articula con otras identidades de clase y de etnia y en el segundo caso, son los ocupantes quienes otorgan identidad al espacio.

En ese sentido recobra importancia, el concepto de localismo, que hace alusión a un espacio particular donde se despliega un juego de relaciones sociales estrechas, estructuradas en torno a lazos de parentesco y duración de la residencia (Featherstone 1995). Es decir, los sujetos manifiestan cierto deseo de permanencia en una localidad circunscrita, en la que aflora un sentimiento de pertenencia, afiliación y comunidad. Todos esos elementos hacen presuponer la existencia “de una fuerza integradora globalizante” que configura una identidad cultural homogénea, estable e integrada en una sola cultura que se caracteriza por su fijeza y duración en el tiempo y el espacio (Featherstone (1995).

Esta perspectiva tiene una estrecha relación con nacionalismo/localismos que afloran en momento de crisis o ausencias expresadas en un profundo sentimiento de comunidad, lealtad a un lugar o su acento local, como una muestra de resistencia a “perder sus raíces”.

Los localismos se pueden manifestar en el nacionalismo oficial sobre el cual se funda la identidad nacional. Para evidenciar Radcliffe y West Wood (1999) mencionan que se debe considerar las prácticas y los discursos sobre los cuales se reconstruyen las identidades locales y se entretejen las diferencias múltiples.

En el caso de las dos ciudades, este imaginario de identidad cultural homogénea se basaba en las nociones de la “nación única” que se fueron reproduciéndose en ideales de una herencia colonial, donde un grupo blanco-mestizo de la población serían los mentores de unificar e integrar a la nación. En el caso de Ibarra, una ciudad colonial fue fundada bajo el proyecto de “blanqueamiento” y se empezó a identificarla como “república de blancos” (Saint Geours 1994, 145). En el caso de Otavalo desde el inicio de su constitución había

sido destinada a un “lugar para indígenas” y la jerarquía social de la hacienda era más marcada. Las relaciones patronos- huasipungueros eran de sometimiento, castigos y mecanismos de control. Dentro de la estructura social se encontraba el mayordomo, quien cumplía el papel de mediador dentro de un margen de negociación entre el patrón y la comunidad (Guerrero 1991).

Ahora bien, en la siguiente sección presentamos la manera cómo los habitantes de la localidad acuden a la construcción de identidades locales, a través de la recuperación de la memoria colectiva y la legitimización de discursos y prácticas que se relacionan con el espacio y los lugares.

3.1 Memoria histórica de Ibarra “La Ciudad Blanca”

Una forma de reafirmar identidades locales consiste en acudir a la recuperación de la memoria histórica de los lugares. Al revisar los documentos sobre la ciudad de Ibarra, pudimos establecer tres eventos particulares que marcaron su historia. El primer momento se puede señalar como el nacimiento de la ciudad, tiempo en el que los conquistadores y colonizadores españoles bautizaron a Ibarra con el nombre de Villa San Miguel de Ibarra, el 28 de septiembre de 1606. Así consta en el acta de fundación:

reconocido como juez, Cristóbal de Troya recorrió una vez más el valle y *“halló que el sitio era cual convenía para asiento de la villa: llano el del mejor temple”* y señaló sus linderos formando un cuadrilátero de nueve cuadras por banda, a partir del río grande de Carangue. Luego se dirigió al centro de la villa en trance de nacimiento, seguido por lúcida cabalgata, al solar señalado para plaza mayor, donde se hincó un grueso madero a guisa de rollo, que serviría de horca y cuchillo, símbolo de justicia y regimiento. Cristóbal de Troya vestía de capitán, armado de punta de blanco, con morrión emplumado, cota de acero, espada al cinto, a su lado un alférez enarbolaba en estandarte real; ocupaba un sitio de honor don Diego Zuñiga, corregidor del partido de Otavalo, a quien acompañaban unos treinta hidalgos, representantes de los 160 nuevos vecinos. Por la iglesia asistieron los monjes agustinos Fray Gabriel de Saona y Pedro de San Agustín; los dominicos Pedro Bedón y Juan de Arcaya. Entonces el escribano público, Pedro Carvallo leyó el acta de fundación (Archivo Municipal 2010).

Con esta ilustración podemos apreciar la escena que muestra el nacimiento de la villa San Miguel de Ibarra, cuya acta de fundación es resguardada en el museo cultural de la ciudad y que ha sido impresa en un cuadro de pintura como una forma de perennizarla en la memoria de los ibarreños. Se interpreta además un sentido cívico que fue implantado por los “criollos” y apoyado por la iglesia católica. La ciudad lleva el nombre de un hidalgo español que dejó su huella en la infraestructura urbana y sitios relevantes de la urbe.

Dentro de las formas de recuperar la memoria es la exaltación a fechas de fundación de las ciudades o de luchas y batalla que enfrentaron los primeros pobladores. Es el caso de la Batalla de Ibarra del 17 de julio de 1823, constituye el evento histórico con el que se inician las luchas independentistas en todo el territorio de la Gran Colombia. Este acto fue liderado por el libertador Simón Bolívar, quien llegó a Ibarra y se enfrentó a orillas del río Tahuando con las tropas del coronel Agustín Agualongo. Un caudillo que representaba a la caballería de los españoles asentados en Colombia, defendía el régimen colonial del cual querían seguir siendo parte. Luego de una sangrienta lucha, esta fue ganada por Simón Bolívar y dejó como saldo 1.200 soldados muertos (Archivo Municipal 2017).

Figura 1. La ciudad de Ibarra constaba de 15 cuadras a la redonda



Fuente: Archivo Municipal de Ibarra 1999.

“La Batalla de Ibarra lo que hace es romper un cerco, porque la Independencia estaba totalmente echa, las únicas fuerzas por derrotar eran las filas realistas que lo impedían” (Cazorla 2010). Este acontecimiento marcó el paso del periodo colonial hacia el republicano, hecho que quedó marcado en la Ley de División Territorial de la Gran Colombia expedida el 24 de junio de 1824. En este acuerdo se fundó la ciudad, pero desintegraba a sitios como Pasto, Buenaventura, Buga, Cali y Popayán. Este acontecimiento a decir de algunos personajes ibarreños constituyó una “depredación territorial”, que cercenó al Ecuador.

El segundo evento histórico de Ibarra es el “28 de abril” de 1872, fecha en la que miles de ibarreños retornaron a la ciudad, luego de cuatros años de permanencia en los linderos de la parroquia La Esperanza junto al cerro Imbabura, donde se asentaron para recuperarse del terremoto del 16 de agosto de 1868, en el que murieron 20.000 personas y la ciudad quedó en ruinas (Morales 2009).

El Retorno para los habitantes de la localidad significa la segunda fundación de la ciudad, cuya reconstrucción estuvo en manos del ex presidente de la república Gabriel García Moreno. Se contó con la asistencia técnica de Arturo N. Rodgers, quien trazó el plano urbano, en el mismo lugar donde se hizo la primera fundación de la urbe. Se tomó como un hito de partida para la trama urbana, la “esquina del coco”, planta de palma que quedó intacta luego de la tragedia (Morales 2006).

Tras el retorno de los habitantes a la ciudad la situación era compleja, puesto que durante varios años Ibarra permaneció en el aislamiento, debido a la falta de carreteras y medios de transporte. Únicamente las familias que tenían posibilidades económicas emprendían los viajes hacia Quito o Guayaquil con la ayuda de los peones de las haciendas. Sin embargo, cada año los habitantes rememoran esta fecha, a través de muestras cívicas y actividades culturales para resaltar que la ciudad se levantó, en medio de las ruinas.

El tercer momento histórico para Ibarra lo constituye la ansiada “salida al mar” y la conexión con la Costa, hecho que se concretó con la inauguración de la carretera Ibarra-

San Lorenzo en el año 2002. Más aún, las aspiraciones de los habitantes de las tres provincias Imbabura, Carchi y Esmeraldas apuntan a una conexión hacia la región amazónica por medio de una vía fluvial a Manaos. Sin embargo, ha pasado más de una década y el sueño sigue ahí. Como lo señala Jorge Madera Castillo:

“Los resultados de un sueño truncado ha quedado en un ferrocarril que no funciona; en una carretera que llegó a ser construida pero que su franja de influencia nunca evolucionó desde que entraron los colonos; en la ausencia del puerto; en la pobreza y abandono de San Lorenzo; y en la desconexión vial con la región oriental. Pero tan grave como todo esto, es que los ciudadanos nos diluimos y hemos dejado de soñar en esas dimensiones. Sin embargo, la oportunidad sigue allí, dormida...esperando” (La Hora 2018)¹⁴.

A pesar, que estas ideas tuvieron fuerza durante el año 2005 y se avanzaron en proyectos viales como la reconstrucción del ferrocarril, cuyo tramo Ibarra- Salinas fue inaugurado en el año 2012, la aspiración no se concretó debido a la falta de acuerdos y de voluntades políticas. Más aún, los habitantes recuerdan con vehemencia la inaugurada carretera Ibarra-San Lorenzo, que logró conectar a la Costa y la Sierra desde la parte norte del Ecuador, punto geográfico que acorta las distancias entre una región y otra.

3.2 Los hitos históricos de Otavalo y su cultura “sarance”

En contraste con lo que ocurría en Ibarra, Otavalo se constituyó históricamente como un centro habitacional de las tribus sarances. Según relata San Félix (1988) su condición de “tambo” indígena y de población de tránsito obligado por el territorio norte de la Audiencia de Quito. Desde tiempos coloniales, se notaba la presencia de artesanos con habilidades, quienes desarrollaron una incipiente manufactura textil, que con el pasar de los años fue mejorando. Esto incidió en que Otavalo se convierta en el eje sobre el cual se activa la economía regional y donde confluyen geografías de la producción y consumo; elementos que le han permitido desarrollar cierta autonomía económica, en relación con su área de influencia (San Félix 1988).

¹⁴ Tomado del editorial publicado en diario La Hora y de autoría de Fernando Madera, mayo 2018.

Figura 2. Los indígenas otavaleños bajaban desde sus comunidades a la plaza de Ponchos.



Fuente: Archivo del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) 1988.

Según Segundo Moreno (1989) los españoles llegaron en busca de oro, pero en las provincias del norte del Ecuador encontraron muy poco. Se quedaron a fundar ciudades y adueñarse de las tierras en nombre de la corona. Los “indios” fueron sometidos para trabajar la tierra en grandes haciendas; primero mediante mecanismos coercitivos, pero tiempo más tarde a través del sistema de concertaje de indios, por el cual los indígenas tenían que pagar tributos y diezmos. Con la independencia de España y el comienzo de la república no cambiaron las cosas para el sector indígena, pues siguió la economía de hacienda y a decir de Moreno, las leyes que se han escrito para la protección de los indios no han sido efectivas. “Para inicios del siglo XX “el indio” seguía encadenado a la hacienda por la deuda de sus padres o abuelos” (Moreno 1989,49).

En la década de 1950, se impulsó los primeros talleres de textiles artesanales conformados por los indígenas libres, quienes junto a todos los miembros de su núcleo familiar realizaban los tejidos en los telares manuales, en los que participaban todos: hombres, mujeres, ancianos, niños cumplían con las tareas determinadas por la costumbre. En 1951,

el ex presidente Galo Plaza construyó el Centro Textil de Otavalo, con el fin de mejorar la calidad de los casimires indígenas para la exportación y no solamente para el autoconsumo.

En 1960, hay un giro en las relaciones laborales al interior de las unidades domésticas, pues se introdujo el orlón y se deja de utilizar la lana para la elaboración de los tejidos. Esto implicó que tanto mujeres, ancianos y niños que se dedicaban a procesar la lana se queden en la desocupación y sean relegados a otras tareas. Además, se implementaron telares mecánicos en la producción artesanal, lo que dio paso a la conformación de pequeñas y medianas industrias, dejando a un lado formas de trabajo tradicionales (Jaramillo 2009).

Este era el panorama que vivió el indígena otavaleño; además hay que señalar que también se dieron cambios importantes en la configuración de Otavalo como ciudad. La década de 1970 marca el proceso de urbanización del indígena que deja los telares para ingresar a la ciudad. Antes su presencia había pasado desapercibida y había sido marginalizada (Conejo 1997) pero a raíz del impulso a las actividades comerciales se percibe la participación activa del kichwa-otavalo, en particular en la plaza de Ponchos, punto geográfico donde inicia el comercio local e internacional.

Con esto podemos interpretar lo que señala Frank Salomón (2011), quien argumenta que para esta época se evidencia una estructura estratificada de la propiedad de la tierra en Otavalo. Los indígenas habían creado alternativas productivas a la agricultura: agricultura y comercio orientados hacia un mercado externo. Al parecer la acumulación de capital en la rama textil permitió que algunos indígenas compraran tierras de las haciendas a precio de mercado. De este modo, se conformaron núcleos étnicos en forma de minifundios, de los cuales los indígenas eran sus propietarios y empezaron a proyectarse como “buenos capitalistas” reinvertieron sus utilidades logradas por la actividad textil en la adquisición de tierras (Leifsen 1980).

Este autor agrega que además del despunte de la producción textil, fue el turismo y el acceso al trabajo asalariado de los indígenas otavaleños lo que dio lugar al crecimiento de la economía indígena en el Valle del Amanecer y sus alrededores, la misma que desde un

inicio se concentró en la plaza de Ponchos y se convirtió en un punto geográfico de confluencia masiva de consumidores y turistas.

En los años 1970 y 1980, inició la migración masiva de los indígenas otavaleños, quienes fueron considerados desde la colonia como comerciantes, mercaderes que se desplazan con el fin de comercializar sus tejidos. Primero empezaron con movimientos transfronterizos entre países vecinos como Colombia, Perú y Venezuela; posteriormente hacia Europa, Estados Unidos, Asia, consolidando fuertes vínculos comerciales que persisten hasta la actualidad.

Las migraciones indígenas de Otavalo forman parte de sus proyectos de vida y para algunas familias de las comunidades la base de su éxito económico y el acceso a mejores condiciones de vida como la salud, la educación superior. A partir de que los primeros migrantes kichwas salieron hacia otros países han creado redes que les permite que las nuevas generaciones le apuesten al proyecto migratorio. Esto a su vez se complementa con el hecho sucedido a finales de la década de 1990, cuando los indígenas otavaleños tuvieron mayor presencia en el plano nacional, puesto que a través de movilizaciones reclamaron sus derechos de reconocimiento como pueblos ancestrales y que estos consten en las constituciones de 1998 y en el año 2008, cuando se declaró al Ecuador como un Estado pluricultural (Ibarra 2003).

La descripción sucinta nos permite evidenciar momentos relevantes que forman parte de la memoria histórica tanto de Ibarra como de Otavalo. Una historia marcada por un pasado colonial, por un sistema de hacienda y por un proyecto de nación blanco-mestiza que ha intentado homogenizar las diferencias étnicas en una “nación única” (Kingman 2009). Por un lado, Ibarra que se identifica con tres momentos claves en su constitución como ciudad: su nacimiento como villa, una batalla en la cual estuvo presente el libertador Simón Bolívar y un desastre natural que le permitió levantarse sobre las ruinas y retornar a la urbe. Por otra parte, Otavalo como ciudad mayoritariamente poblada por el sector indígena, que ha alcanzado un sitio importante en la provincia debido al arduo trabajo textil y artesanal de

sus habitantes desde la colonia, la puesta en marcha de estrategias emprendidas por los indígenas otavaleños y las migraciones internacionales.

Estos pasajes históricos en las dos ciudades han sido abonados por parte de los discursos institucionales (autoridades locales, contenidos en las escuelas y colegios) para reafirmar las identidades de la localidad, las mismas que se inscriben en un proyecto nacional, en el que desde sus inicios estaba pensado para la población blanco- mestiza; de tal modo que se dejó al margen al grupo indígena y afroecuatoriano de la naciente república. Esto se evidencia en prácticas que se fueron institucionalizando y reforzándose entre los pobladores locales.

4.- Prácticas institucionalizadas que reavivan el sentido de lo local en las ciudades intermedias

En Ibarra y Otavalo promueven prácticas institucionales que apelan al sentido cívico de los ciudadanos, a fin de preservar hechos pasados y actos heroicos de los primeros habitantes. Para ello, las instituciones se “inventaron” fechas especiales que marcaron la historia de las dos ciudades. La Batalla de Ibarra fue un acontecimiento suscitado el 17 de Julio de 1823, en el que participaron miles de ibarreños para contribuir a la Independencia del Ecuador.

Cada año las autoridades, estudiantes y la población en general participan en el desfile cívico y actividades culturales. Esta es una forma de localismo que ha tenido auge y que tiene como objetivo reavivar el sentido nacionalista de la localidad. La iglesia y la escuela son espacios donde se recrea cada evento histórico que perdure en la memoria de los lugareños. Para eso se organizan concursos de oratoria o pintura sobre el evento histórico. En Otavalo se realiza el “minuto cívico” con los estudiantes para recordar que 1 de octubre Otavalo dejó de ser villa para elevarse a ciudad. El municipio de Otavalo es el ente responsable de la organización del acto conmemorativo.

Otra práctica común por parte de las instituciones consiste en el tributo que se rinde a los lugares, en tanto edificios “ayudan a establecer la conciencia nacional/local”. Radcliffe y West Wood (1999). Es común observar que en ciudades, parroquias y pueblos existe un

monumento que encierra la historia de ese lugar en el que se encuentra ubicado la figura de personajes que nacieron ahí o tuvieron un papel importante para la historia de tal lugar. En Ibarra, tenemos una cantidad considerable de monumentos a personajes, pero también existen edificios considerados patrimoniales como la Casa de la Cultura de Imbabura, las iglesias, los museos del centro y del sector de Caranqui.

En el parque central de Otavalo consta la figura de Rumiñahui, un héroe inca de gran relevancia para la historia nacional. Otro ejemplo es el museo viviente Otavalongo que fue creado por 20 familias kichwas-otavalos, quienes se consideran herederos de los primeros dueños indígenas de la fábrica textil San Pedro. En este espacio, se guardan celosamente artefactos, imágenes y maquinaria de lo que fueron los primeros telares en Otavalo.

El Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) también constituye un lugar que encierra la historia y la cultura de Otavalo. Este lugar fue construido en 1966 y perdura hasta la actualidad. Para Otavalo, constituye un símbolo de su identidad y encierra su historia, a través de recopilaciones históricas sobre la vida de los otavaleños. En este sitio se encuentra la memoria social sobre las raíces históricas de los pueblos de las Américas. Desde un inicio se identificó con temas como la revolución y el “parricidio cultural”. Posteriormente el grupo de fundadores se incentivó por los estudios culturales, lo que dio como resultado importantes publicaciones y eventos académicos como la Primera Convención Nacional de Quichuistas, que se realizó en septiembre de 1967, la misma que dejó impreso el siguiente extracto:

durante los años setenta, la principal preocupación fue la elaboración de un esquema teórico referencial y la consolidación de un equipo de trabajo interdisciplinario, que permitiera profundizar, en procesos sincrónicos y diacrónicos, los estudios sobre la dinamicidad y la complejidad cultural de la que denominamos zona geocultural de la Sierra Norte” (IOA 1967, 56).

Los edificios y monumentos públicos pueden trazar un territorio, similar a lo que hacen los mapas en los cuales se determinan relaciones geográficas e históricas que delimitan la

configuración territorial de la ciudad; pero además constituyen puntos que hacen referencia a los sentimientos de pertenencia, identidad y continuidad (A. Smith 1986 y 1991; Anderson 1991; Daniels 1993 citado en Radcliffe y West Wood 1999). La historia de los edificios o monumentos implícita o explícitamente denotan las ideas de progreso y continuidad “estable” de la nación o la localidad.

4.1 Discursos oficiales sobre los “lugares” que legitiman localismos

El pensar en los lugares como mecanismos para legitimación de localismos en las ciudades, nos conduce a retomar las dimensiones de espacio y lugar planteadas por Doreen Massey (2004), quien conceptualiza como producto de las relaciones, como una complejidad de redes, vínculos, prácticas, intercambios a nivel íntimo como el hogar o a nivel global; el lugar es un nodo abierto de relaciones, una articulación, un entramado de flujos, influencias, intercambios, que va más allá de ser algo simple, cerrado y coherente.

Es decir, la particularidad de cada lugar nos confronta con una mezcla distinta de todas las relaciones, prácticas e intercambios. Es lo que Massey (2005) denomina “sentido global de lugar” o el sentido global de lo local”; lo cual implica que la identidad de un lugar no solamente está afincada dentro del lugar, sino que también entra en contacto con la exterioridad. No hay lugares que existan con identidades predeterminadas, que luego tienen interacciones, sino que los lugares adquieren sus identidades en muy buena parte del proceso de las relaciones con los otros y con el mundo exterior. Estas ideas rompen con la delimitación de las fronteras entre los territorios e impone el criterio de que las identidades son móviles, siempre se encuentran en proceso de cambio.

A la luz de los presupuestos de Massey, podemos cuestionar ciertos localismos que encontramos en la historia de las ciudades y que reseñamos aquí. Los discursos oficiales son otras modalidades de fomentar el sentido patriótico de los lugareños y se materializan en el territorio sobre la localidad. Además, se reproducen a través de la escritura literaria, los medios de comunicación o los mecanismos de difusión que emplean las autoridades locales. Un caso particular es Ibarra “*ciudad blanca a la que siempre se vuelve*”, una frase que formó parte de una campaña para atraer el turismo a la urbe. Este tipo de leyendas

fueron impresas en letreros visibles y colocados en las afueras de Ibarra. Según el escritor Juan Carlos Morales (2017) el slogan fue creado por Abelardo Morán Muñoz, radiodifusor y ex rector del colegio Teodoro Gómez de la Torre, durante la feria exposición de 1966-1967, con el fin de promocionar los paisajes de la ciudad.

Además, la idea de “Ciudad Blanca” se apoya en documentos históricos y refiere a que Ibarra se creó como una ciudad destinada para “blancos” y desde este imaginario se ha posicionado en el ámbito nacional; aunque en la actualidad existe otra versión que señala que su denominación se debe a que durante la primera mitad del siglo XX la ciudad fue abatida por la epidemia del paludismo y como una solución higiénica se planteó el pintar las casas con cal (Morales 2017). No obstante, alrededor de esta idea se han tejido varias historias y son recreadas de forma oral o escrita.

La agrupación “Sociedad Cultural Amigos de Ibarra” recopila archivos, testimonios documentales para plasmarlos en impresos:

con un alto sentido de responsabilidad, se procura otorgar toda la valía a la documentación en torno a los acontecimientos trascendentales en el desarrollo del quehacer colectivo, eliminando lo meramente legendario, que poco o nada contribuye a realizar la genuina **entelequia de la ibarreñidad**, (negrilla del autor) que es la finalidad que se anhela aprehender, captar y exponer con despercudidos perfiles a lo largo de esta labor, que aunque no cabal ni perfecta, es el tributo que profesamos a la admirable magnificencia de la **ciudad blanca**, corazón y cerebro del norte ecuatoriano, a través del periodo colonial y en el primer siglo de la etapa republicana (Morales 2009)¹⁵.

En el caso de Otavalo, la institucionalidad promueve los sentidos localistas, mediante la implementación de campañas que realzan particularidades de la ciudad y sus componentes interculturales. Hace cinco años, el Municipio inició la campaña “*Otavalo al mundo*” que buscaba promocionar las fiestas del Yamor y reavivar a la ciudad como un lugar propio de

¹⁵ Extracto publicado en la Monografía de Ibarra y autoría de Roberto Morales, uno de los integrantes del Club Amigos por Ibarra.

los otavaleños, pero que se abre al mundo como una marca de posicionamiento de las especificidades de la ciudad. Desde estas narrativas se da realce a lo local como algo que se delimita y que parecería como el “hogar” el “terruño” (Shinji 2012). Sin embargo, esta fiesta particularmente fue una muestra clara de discriminación de la población mestiza contra el sector indígena, en el sentido que fue “inventada” por un grupo de estudiantes de un barrio elitista de Otavalo, quienes fueron posicionando la idea de que se trata de una festividad para “no indígenas” (Narváez 2006).

Por su parte, el sector indígena también incentiva festividades que provienen de grupos de poder. La principal de ellas es el Inti Raymi, en la que cada comunidad tiene sus propias formas de escenificación y representación sobre la base de distintos rituales:

en la Sierra Norte, los kichwas-otavalos organizan el Inti Raymi en torno a dos grupos: el uno de músicos y el otro de danzantes; pero todos armonizan la coreografía al son de los instrumentos andinos. El Diablo Huma lleva una máscara y un traje que le diferencia del resto de danzantes. Este personaje es quien tiene la tarea espiritual de ahuyentar a los demonios que atentan contra la Pachamama. Está embestido de poder y es quien controla la fiesta y la ritualidad andina (Moncada 2015, 25).

Los localismos se muestran a toda escala desde lo nacional, local y micro-local, donde los actores sociales van configurando “lugares de poder” que imponen formas y estilos de vida. Frente a ello, reivindicamos la teoría de Massey y asumimos que la identidad de un lugar siempre está en proceso de cambio, de formación, de modificación. De hecho, esta premisa nos lleva a entender la manera como se imbrican los lugares entre lo local y lo global; dos categorías que se constituyen mutuamente y a la vez se muestran como una ruptura a los límites territoriales y simbólicos.

Destacamos que los lugares se convierten en puntos de encuentro negociaciones constantes, de complejidades internas con múltiples convergencias y diversidades étnicas, puntos donde se desatan disputas por el territorio, tensiones por el espacio. En ese sentido, las festividades locales dan cuenta de estas disputas por el espacio, en el que los conflictos implícitos o explícitos se manifiestan y reavivan viejas tensiones entre grupos de indígenas

y mestizos. Así, podemos señalar que las dos ciudades se han construido como lugares ampliamente conectados con lo global o lo intrarregional, a través de la presencia de inmigrantes colombianos y peruanos. De igual forma, tanto Otavalo como Ibarra han sido sitios conectados globalmente con el comercio, las artesanías y el turismo.

4.1.1 Narrativas no oficiales y tradición oral

Con respecto a las prácticas y discursos no oficiales Radcliffe y West Wood (1999) señalan que desde los discursos no oficiales lo nacional/local tiende a construirse con ligeros matices o son réplicas de las identidades nacionales en las “patrias chicas”. Las autoras complejizan las relaciones que tienen los ciudadanos con abigarrados lugares nacionales/locales: el barrio, la ciudad, la zona desde la interrelación que existe entre esferas locales y nacionales en la práctica social y expresiones creativas. En esta oportunidad examinamos las tradiciones orales, dichos, discursos populares que expresan la estética de lo local o como diría Said (1993) la “topografía cultural distintiva”.

Dentro de esta topografía cultural distintiva se encuentra la tradición oral de la ciudad de Ibarra, la misma que hace referencia y resalta pasajes y paisajes históricos que son reproducidos en las escuelas y en lugares como la Casa de la Cultura de la urbe. Entre los cuentos populares están las leyendas narradas mediante lenguaje de señas dentro del aula: “La Luterana”, “La Destrucción del Puente”, “La Esperanza” y “Tres piedras del río Tahuand”. De igual manera existe la colección denominada “Monografía de Ibarra” que fue publicada por la Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”, en la que relata el devenir histórico de la ciudad y la vida de personajes que se convirtieron en iconos. Enseguida un extracto:

así en ese vaivén de desorganización administrativa a nivel nacional, Ibarra progresa en el afán de desarrollo urbanístico, promovido por familias de añeja solera, de genuina oriundez, de acelerado culto a las virtudes tradiciones, de hondo sentimiento por exultar sus valores de raigambre terrígena. Entonces, si es bien traída y digna de consideración la nómina de **Señores y Señoras** (negrillas del autor), elaborada por el lúcido investigador de muchas facetas del devenir de la ibarreñidad, Coronel Teodoro Gómez de la Torre (como escribe, simplemente) consta en el manuscrito que inicia con dos palabras muy significativas **Registro Noticioso**... Esa enumeración de quienes integran familias de añeja cepa o de

personas que se establecieron en Ibarra, un tiempo, desempeñando alguna función, permite elucidar algunos aspectos de la estructura económica social del ambiente ciudadano, provincial y hasta internacional. Muchos apellidos citados han perdurado hasta ahora, pero también hay algunos que han desaparecido, pues sufrieron la ineludible forzosa migración hacia otros horizontes del país (fenómeno de las ciudades colombianas de Ipiales, Túqueréz, Pasto y Popayán); y gente de raigambre ibarreña, aparece fácilmente, como pueden constatar los especialistas en Genealogía, ya prestigiada con amplios y sapientes estudios (Yépez 2015, 36).

Los relatos sobre los primeros años de creación de Ibarra forman parte de esta topografía cultural, que tienden a acentuar el sentido de lo local en la conciencia comunitaria y ciudadana. Dentro del extracto, se aprecia un lenguaje característico de la época y refiere a las conexiones que empieza a distinguir a la ciudad. Sobre el fundamento de estas narrativas, se moldean las representaciones sociales del “nosotros” y los “otros”, que para este tiempo no aparecen en escena.

En Otavalo, también se han construido narrativas que expresan estos localismos mediante la tradición oral que ha sido llevada a la industria del cine y el audiovisual. Se cuenta con películas cortas, documentales y spots que reavivan el sentimiento de la Otavaleñidad. Ejemplos de ello están los filmes “Guagua”; “Mindalae”. Algunas narrativas hacen referencia a la vestimenta del indígena otavalo como una forma de reafirmación de la identidad vinculada desde las prácticas cotidianas o de las geografías imaginarias no oficiales. A continuación, un extracto:

en toda la región de Otavalo usan generalmente los mismos vestidos. Sin embargo, hay muchos detalles del vestido que distinguen a los indios de una comunidad de los de otra. Por ejemplo, en las comunidades alejadas de los pueblos, las mujeres cosen todos los vestidos de la familia, mientras que en las comunidades cercanas a los pueblos estas prendas son hechas por costureras. [...] el hombre indígena usa camisa y calzones de una gruesa y blanca tela de algodón tejida en telar español... los indios que viven en estrecho contacto con el pueblo, generalmente visten camisas con puños y cuellos de una tela blanca más fina. Las mujeres usan una camisa de muselina blanca tejida en la casa o hecha en la

fábrica, que llega hasta los tobillos. Casi siempre las mujeres bordan esta prenda alrededor del cuello y de las cortas mangas o hacen que se les borde alguna india o mestiza que hace de ello un negocio (Buitrón y Collier 2015, 123).

Los relatos encontrados en la bibliografía sobre Otavalo acuden a formas fijas e inamovibles de la identidad cultural del pueblo Otavalo. Incluso se limitan a un marco referencial de “lo indígena” como si fuera un proceso de congelamiento que permite la continuidad de la especie (Maldonado 2001). Es decir, las narrativas están marcadas por ciertos esencialismos que pusieron al indígena como objeto de análisis de lo primitivo y arcaico que proyectaba un indígena campesino, artesano caminante; pero esto dista de lo que hoy experimentan los jóvenes indígenas, quienes no llevan sobre hombros el peso de un legado “etnoarqueológico” de preservación de su identidad cultural.

En la actualidad, los indígenas otavaleños se asumen como viajeros y ciudadanos por el mundo, lo cual simboliza al antiguo “mindale”, que se mueve de un lugar a otro, expandiendo su cultura. Así, se aprecia en el siguiente diálogo:

JL: Por la situación difícil que vivimos en nuestro país y a veces porque no hay trabajo, los jóvenes empezamos a migrar. Soy otavaleño y nosotros tenemos en la sangre el hecho de aventurarse por el mundo. Soy un ejemplo de los migrantes que salieron afuera en busca del éxito.

GY: ¿Qué conoce usted de los primeros migrantes indígenas?

JL: en los tiempos de los abuelos ellos viajaban a pie... los otavaleños eran artesanos y migrantes cuando empezaron a migrar aún no existían los carros negociaban de palabra, viajaban a Quito, Guayaquil y después a Colombia. De ellos heredamos la sangre de aventurarse en el viaje. Ahora todos los otavaleños cruzamos varios continentes... el viajar es algo tan común entre nosotros, lo novedoso es cuando no viaja.

GY ¿Qué caracteriza a un migrante kichwa-otavalo?

JL: nosotros tenemos dos fortalezas: somos músicos... desde los ocho años los pequeños y jóvenes ya hacen música y el segundo fuerte de los otavaleños es el comercio que viene de

nuestros mindales. Ahora con la mundialización, el mundo se hizo pequeño para nosotros y llevamos cosas de un lado a otro (Lema 2017)¹⁶.

Este simbolismo descansa en la reputación histórica que han tenido los indígenas otavaleños, quienes desde tiempos preincaicos y coloniales sobresalieron en la elaboración de telares y vestidos con colores que aludían a sentimientos de alegría o nostalgia. Los colores estaban asociados al arco iris y a la Pachamama; son los que predominan en la vestimenta indígena, la misma que tiene cargas simbólicas para los otavalos. (Mendoza y Moncayo 2012). Cabe señalar, que la identidad cultural otavaleña ha ido cambiando; se ha transformado para adquirir nuevos significados y sentidos que las nuevas generaciones le otorgan tanto a las artesanías como a su vestimenta, su música y danza.

Entre estas nuevas generaciones de indígenas otavaleños se conservan algunos elementos simbólicos que reafirman su identidad; de manera particular la vestimenta es importante porque refleja estatus y jerarquía entre sus comunidades; además, se utiliza para eventos especiales y depende de la ocasión para cada uno de los implementos. Históricamente las mujeres indígenas utilizan el anaco de color negro como una forma de recordar la muerte del inca Atahualpa; en la actualidad simboliza el luto por los personajes que han luchado en contra de la explotación indígena y por el respeto a los pueblos otavalos (Morales 2017). En los hombres, el utilizar la camisa, pantalón y alpargatas de color blanco simboliza fuerza y audacia; el poncho azul marino o negro fabricado de lana tiene un alto precio y representa jerarquía. Mientras tanto el sombrero negro o azul hecho de lana trenzada significa una cadena de fuerza.

Hasta aquí hemos reflexionado sobre prácticas y discursos en la construcción de lugares e identidades locales; lo cual nos permite interpretar la creación de jerarquías sociales y locales que están asociadas a la memoria histórica de los lugares, a la estética cultural de sitios que encierran la identidad de los pueblos y a ciertas formas discursivas dentro del lenguaje que permiten evidenciar filiaciones espaciales y sentimientos de pertenencia a un

¹⁶ José Lema, migrante indígena otavaleño radicado en Francia, entrevistado por Guadalupe Yapud, 15 de junio 2017.

determinado sitio. En el siguiente apartado nos interesa proporcionar pistas sobre el argumento de este estudio que hace referencia a la mutación de desigualdades históricas de grupos que han estado al margen del proyecto nacional/local hacia los grupos migrantes, en el contexto de la reconstrucción histórica de las ciudades intermedias.

4.2 La incorporación de migrantes colombianos en Ibarra

En esta sección desplazaremos nuestra mirada a los grupos migrantes de Colombia y Perú, en el sentido que buscamos argumentar cómo las inequidades socio-históricas se prolongan hacia los migrantes. Planteamos que la población local de Ibarra y Otavalo presentan maneras particulares de encarar las migraciones de países vecinos. Es decir, si desde tiempos antiquísimos los sectores indígenas y afroecuatorianos quedaron al margen del proyecto de ciudad, ahora son los migrantes, quienes se encuentran en los márgenes y sobre ellos recaen sentimientos de rechazo por el hecho de ser “ajenos”, “extraños”. Esto implica la complejidad de las relaciones sociales y pone en evidencia que los lugares no son espacios neutros, pues están conformados por una serie de relaciones, intercambios, transacciones atravesadas por relaciones de poder.

Las migraciones colombianas en Ibarra posibilitan pensar en lo que Doreen Massey (1999) identifica como la complejidad de un territorio/espacio, que no puede ser definido por sus límites o circunscrito únicamente por su contenido, puesto que los lugares tienen geografías de vínculos, contactos, con extensiones posiblemente una de ellas podría ser globales. Esta idea establece una clara ruptura del pensamiento circunscrito al Estado-Nación.

Precisamente la globalización es el contexto en el que los procesos migratorios se manifiestan con mayor fuerza, porque desde este discurso se pretende enfatizar la defensa de lo local y mostrar ciertos espacios delimitados como producto de la globalización o como “víctimas de la globalización” (Massey 2012) que son atacados por fuerzas externas o por personas ajenas a ese lugar.

Bajo esta idea, se entreteje un constructo social sobre los migrantes y refugiados/as colombianos como “amenaza” o “peligro” en Ibarra. Esto a partir del año 2000, cuando la población migrante de Colombia llegó de forma masiva a Ibarra, huyendo de la violencia

que se vivía en su país. Antes de ello, los colombianos y colombianas formaban parte de las dinámicas locales, establecieron redes familiares y de parentesco, a través del comercio (ver descripción histórica). Sin embargo, desde el año 2000 los habitantes de la localidad empiezan a relacionar a la población colombiana con el conflicto armado. Así se evidencia en la siguiente exposición:

Ibarra ha sido una ciudad donde ha venido gran cantidad de colombianos. Lastimosamente los colombianos no han dado realce a nuestra ciudad, porque se les relaciona con el narcotráfico y la delincuencia. El hecho de estar tan cerca de las fronteras con Colombia, entonces por eso hay cientos de colombianos que han conseguido trabajo y eso hace que Ibarra sea lugar para familias provenientes de este país. Antes la ciudad eran 15 manzanas a la redonda. Éramos una sola familia donde todos nos conocíamos todos compartíamos con mucha familiaridad. Las familias ibarreñas ya no hay. La mayoría se han formado con personas de otras provincias u otros países. Los que nacimos aquí ya no conocemos a las presentes generaciones, son otros que han venido de otras partes o de otro país. Las familias más conocidas eran Gómez Jurado, los Rosales, Durán, Larrea. Ibarra era lleno de haciendas que eran de las familias más prominentes y de la Curia. Ahora ya no existen tales haciendas. Estas han sido ya ocupadas, creo que hay una separación de la ciudad, si hay diferentes ciudadelas como los ceibos, que era una hacienda, porque hay mucha población que trabaja las 24 horas al día por eso ha crecido mucho ese sector. Ibarra siempre se ha caracterizado por su tranquilidad y creo que eso les atrae a los colombianos que viven solamente en guerras y son violentos (Yépez 2017)¹⁷.

A decir de Massey, los lugares no son puramente ni productos ni víctimas de la globalización. Los lugares son una mezcla distinta, un entretejido de relaciones sociales dentro de las cuales un lugar puede tener una posición dominante; mientras que en otras relaciones puede estar este mismo lugar en una posición de subordinación. A eso se denominan “lugares de poder”, que puede apreciar tanto desde las instituciones como las prácticas cotidianas. De hecho, Ibarra es una ciudad donde las relaciones de desigualdad han estado marcadas por la clase y por el poder que ejercen grupos mestizos sobre los

¹⁷ Fausto Yépez, ex integrante del Club Amigos por Ibarra, entrevistado por Guadalupe Yapud, 20 de febrero 2017.

espacios y donde muestran resistencia a que los migrantes ocupen espacios centrales en cuanto a empleo y vivienda.

De igual manera, consideramos pertinente la definición de “imaginación geográfica hegemónica” de Doreen Massey (2005), para comprender prácticas cotidianas de los pobladores locales que refieren a “primero lo nuestro” o acciones que nos hacen ocuparnos primero por el hogar, luego por la localidad y en lo posterior por el país. Esto significa que nuestras acciones van estar direccionadas por solucionar prioritariamente lo que esté más cerca a nuestros lugares; antes que lo que sentimos como lejano y extraño y que en este caso está representado por migrantes colombianos y colombianas en Ibarra.

Entonces, los sujetos asignan sentidos a estos lugares a través de su posicionamiento dentro de un lugar (opresión- privilegio). Sin embargo, coincidimos con la autora cuando señala que, en ocasiones, se corre el riesgo de “romantizar” lo local (Massey 2012), porque se tiende a remarcar las distancias con aquello que representa diferente con su matriz social o cultural. Así desde estas concepciones hegemónicas de lo local se percibe a los grupos históricamente excluidos y a aquellos nuevos actores que emergen en las ciudades intermedias y que tienen que ver con la migración y/o refugio.

Este “romanticismo” de lo local también suele estar asociado a sentimientos de nostalgia que evocan las características “propias” de Ibarra. Los anhelos de un lugar de poder que se ha ido transformando con el pasar del tiempo, donde los migrantes se convierten en una irrupción” en la ciudad, los espacios urbanos y las relaciones sociales, económicas y culturales. Estas ideas localistas son las que predominan en la constitución de las jerarquías locales y que se proyectan sobre la vida de los migrantes, quienes se encuentran en una posición de subordinación.

Otro aspecto que parece importante en relación a los sentidos que los locales otorgan a los lugares consiste en lo que Said (1994) denomina “filiaciones espaciales” complejas y multifacéticas, las mismas que encubren estructuras de sentimiento y actitud con lugares dentro y más allá de lo local. Pese a que estos sentimientos y actitudes sean controvertidos,

se produzcan socialmente y se negocien a cada momento; son las principales fronteras que se trazan entre “ellos” y el “nosotros”.

En ese marco, se visualiza una “separación” que experimenta la ciudad en los últimos 20 años. Entre las causas está el crecimiento urbanístico y las políticas de intervención en el uso y aprovechamiento del suelo por parte de las instituciones, las mismas que han acentuado las divisiones entre el centro y la periferia. Asimismo, los habitantes asumen sentimientos y actitudes que van delineando las fronteras entre los “propios” y “ajenos o extranjeros”. Desde estas concepciones socioculturales, se trazan las líneas permitidas y restringidas. Por ejemplo, el centro de la urbe, considerado como un patrimonio histórico desde la oficialidad aún es un sitio asignado para familias de élite ibarreña. Otros edificios han sido ocupados por algunas entidades del sector público; mientras que las partes periféricas como: Alpachaca, Azaya, La Florida son lugares estigmatizados como sitios para “pobres” “peligrosos”, “violentos” y se han convertido en sitios residenciales para la población negra proveniente del Valle del Chota, Esmeraldas y, en la actualidad son ocupados por migrantes.

A esto se suma, la segregación urbana articulada a la exclusión social de la que son objeto los migrantes. Frente a esto, intentan sobrevivir en un ambiente, en cual se va determinando características culturales e identidades locales, que buscan imponerse frente al resto. En el caso de los migrantes colombianos en Ibarra son segregados a espacios periféricos por su nacionalidad. Esta segregación está relacionada con la distancia espacial y social (Scheingart 2001) que asumen los grupos dominantes para evitar el contacto con los sectores populares, quienes se auto-segregan a sitios “marginales” frente al rechazo por parte de las élites locales.

Esta segregación o restricción de los espacios para la población migrante en lo local también puede ser leída desde la relación espacio/ciudadanía (Said 1994), en la que se establece quienes son los que tienen acceso o no al territorio y, en relación a ello, señalar que la categoría de ciudadanía permite a los sujetos mayor movilidad dentro y fuera del territorio nacional/local casi de forma “natural”; pero cuando están fuera de él se convierten

en desplazados temporales; sean refugiados o trabajadores migrantes. Una vez más, se pone en discusión las identidades móviles, pues dependiendo del lugar en el que se encuentren los sujetos se convierten en ciudadanos, no ciudadanos, migrantes o no migrantes.

Es decir, la categoría ciudadanía/espacio nos interpela sobre los diferentes mecanismos que implementan los estados para delimitar fronteras; permitir y restringir el paso y la libre movilidad a las personas que migran hacia otros países. De tal modo que la normativa impone restricciones para el acceso o no al territorio. Sobre estos presupuestos, también las personas actúan cotidianamente y establecen linderos para los otros, mediante obstáculos sociales, barreras económicas, culturales o simbólicas que evocan sentidos de ser “propios”. Bajo esta visión se planifica y organiza políticas de control y seguridad por parte de los estados y con el fin de blindar las fronteras entre los países.

Proyectando estas ideas, podemos argumentar que Ibarra se muestra como un “lugar de poder” frente a las migraciones colombianas cuando hay muestras de discriminación y xenofobia al sujeto migrante. Específicamente cuando sobresalen los sentimientos localistas en el afán de resaltar lo “propio” y desvalorizar lo “extraño” o “ajeno”. Desde la asunción del imaginario de “Ciudad Blanca” existe un proceso de degradación de grupos étnicos (indígenas y afroimbabureños) históricamente excluidos, a los cuales ahora se adhiere a la población migrante, quienes en el inicio de su trayecto migratorio perciben en mayor medida discriminación y exclusión. De manera especial cuando buscan insertarse en los mercados de trabajo o un sitio para la vivienda.

De hecho, en la actualidad y en el contexto de la globalización, las sociedades tienen la responsabilidad de generar iniciativas de apertura frente a las migraciones, el racismo y la desigualdad social. Como señala Massey, el mundo se muestra cada vez más cambiante; por ende, tiene el desafío de adoptar posturas más abiertas sobre las innumerables interacciones que tienen lugar en las ciudades, donde cada día confrontan flujos migratorios y refugio. De ahí es posible pensar en políticas que traten estos problemas y que sean las instituciones las que lideren su implementación y pongan en las agendas de desarrollo de

las ciudades estas temáticas actuales; si bien pueden estar diseñadas con cierta rigurosidad para que sean efectivas, hace falta sensibilidad frente a estos procesos.

4.3 Hegemonía indígena local y migraciones peruanas en Otavalo

Las migraciones de Perú en Otavalo presentan particularidades semejantes a las de Colombia en Ibarra; pero también aspectos que las convierten en casi inéditas en esta localidad. Así, partimos de la idea que los productores peruanos se insertan en un contexto de viejas y nuevas confrontaciones entre indígenas y mestizos. Cada uno de estos grupos étnicos han pugnado, desde el inicio de la construcción de la plaza de Ponchos, por la ocupación del espacio y por un posicionamiento en la localidad.

Existen varios estudios (Buitrón 1986; Leifsen 1980, Lamas 1985; Jaramillo 2006) que sostienen que la ciudad de Otavalo fue un territorio pre-incásico donde existieron caciques y curacas con grandes extensiones de tierra y poder político-económico en sus comarcas. Según documentos recopilados y analizados, a inicios de la colonia los indígenas gozaban de una posición social privilegiada, al igual que algunos españoles terratenientes; pero posteriormente el estado colonial y nacional homogeneizaron a los indígenas como sujetos de tributación, es decir por su estatus étnico estaban obligados a pagar impuestos.

Esta idea de revitalización étnica basada en el pasado precolombino y colonial por parte de los kichwa-otavalos, suscitó tensiones con el grupo mestizo, quienes han negado estas afirmaciones acerca de la identidad e historia de los indígenas otavaleños. Las relaciones entre indígenas y mestizos han estado atravesadas por la estigmatización sobre “lo indio” como un insulto para recalcar la posición de inferioridad del indígena; además de marcar diferencias desde la negación de similitudes con este sector predominante en la ciudad.

Frente a ello, en las dos últimas décadas el kichwa-otavalo ha reafirmado su identidad cultural y pertenencia étnica desde la re-significación de la palabra “indio”, a la que le han dado un sentido de orgullo (Maldonado, 2010) y más bien empezaron a otorgarle connotaciones negativas al hecho de ser “mestizo” o como lo dicen en su lengua “mishu”, lo cual tiene implicaciones negativas en el contexto de Otavalo.

Otro discurso promovido por población mestiza que ha sido revertido por parte de los indígenas otavalos es el de “indio capitalista”. Existen estudios que recogen estas disputas interétnicas, en las que se devela que el grupo mestizo desde su posición jerárquica ha sostenido que quienes viajan fuera del país no son los indígenas pobres, sino una “burguesía nativa” que ha desplegado una serie de estrategias económicas utilizando símbolos étnicos, para ingresar a los mercados globales. No obstante, los indios desarrollan una forma de producción capitalista porque actúan individualmente tratando de obtener el mayor provecho posible, para lo cual rompen con las prácticas colectivas y generan una diferenciación social y económica (Leifsen 2006). De esta manera, la población mestiza tiene prenociones sobre los kichwa-otavalos, quienes eran vistos como inferiores, pero a la vez como “aprovechados”.

En medio de estas pugnas entre los dos grupos sociales, los migrantes peruanos ingresaron a Otavalo con la idea de ganar mercado para sus artesanías en la plaza de Ponchos. No se trata de un enclave étnico, puesto que son contadas las familias peruanas que se incorporaron a la ciudad; pero su participación laboral en el mercado de las artesanías removió sentimientos xenofóbicos arraigados por parte de comerciantes indígenas otavaleños, para quienes los peruanos constituyen una “amenaza” y un perjuicio a las artesanías producidas en la localidad.

De igual manera, los productores peruanos confrontan un proceso histórico de apropiación de la plaza de Ponchos, un lugar sobre la cual gira su historia y la urbanización del indígena de la localidad. A partir de este espacio se trazan distancias espaciales y sociales con respecto a los otros. Ejemplos claros de ello, son los lugares que ocupan los migrantes peruanos, quienes han optado por auto-segregarse a un área específica del mercado, como una estrategia de mantenimiento en el comercio de las artesanías. Desde este lugar, los artesanos y productores peruanos han tejido redes internas pactadas en secreto con comerciantes otavaleños, cuyos arreglos son el resultado de conveniencias económicas en la comercialización de los productos de origen peruano. Además, han establecido vínculos, conexiones con clientes que vienen de las provincias centro y norte del Ecuador.

Sin duda, la contienda entre indígenas kichwa-otavalo y migrantes de Perú ha ido difuminándose por este tipo de acuerdos en la venta de productos a precios cómodos; sin embargo, se aprecia una división entre quienes rechazan el comercio peruano en la plaza de Ponchos y quienes se asumen así mismos como “indígenas capitalistas” y están de acuerdo que los migrantes se incorporen a este mercado laboral, pues aseguran que se debe diversificar el mercado de las artesanías en la plaza de Ponchos con artículos de Perú o de otros países. La finalidad es brindar una variedad a los turistas. Para ello sí tiene que ir en busca de otros mercados se arriesgan y lo hacen. De tal modo, hay quienes no le temen a competir con la mercadería que llega desde el Perú, pues se autodefinen como tejedores comerciales exitosos y se ven a sí mismos como innovadores, capaces de adaptarse a nuevos modelos, al uso de las tecnologías de la información y la comunicación cuando se trata de darle cierta utilidad y mejorar sus ventas. Ansían tener su independencia económica y quieren trabajar para ellos mismos (Jaramillo 2009).

Con ello, los y las migrantes de Perú entran a interactuar con un grupo de indígenas otavaleños que han tenido un proceso de revitalización étnica, acompañada por un espíritu de emprendimiento desarrollado históricamente y posteriormente expandido hacia los mercados internacionales, mediante las migraciones internas, intrarregionales e internacionales. Se advierte en este escenario, que existen lugares de poder dominados por los kichwa-otavalos, quienes han construido su jerarquía local; sin embargo, siguiendo a Leifsen (2006) sostendremos que estas categorías étnicas son cambiantes y pueden pasar de simbolizar relaciones de poder, hacia mecanismos para cuestionar una relación de dominación y visibilizar desigualdades sociales.

A su vez, crear las condiciones de posibilidad para revertir la dominación, a través de la puesta en marcha de estrategias étnicas que se expresan en la incorporación de los migrantes peruanos en Otavalo en el mercado de Ponchos. Como se ha mencionado anteriormente, las migraciones peruanas en Otavalo no son recientes, sino que tienen más de tres décadas y surgen en un contexto en el que predominan conflictos interétnicos entre indígenas y mestizos que también tienen raíces coloniales y han mantenido en constantes tensiones a los dos grupos que coexisten en esta localidad.

Entonces, podemos retomar lo que enfatizan Radcliffe y Westwood (1999) acerca de que al hablar de filiaciones regionales o locales se hace referencia a las geografías de la identidad imaginadas no oficiales, que tienden a matizar las versiones oficiales de lo nacional. Es decir que desde los “nacionales andinos” se revela una relación contingente y más compleja entre lugares locales y la nación. “Al contrario de representar el espacio nacional en un sentido literal, estas filiaciones locales o regionales crean una relación discursiva de ligeros matices con lo nacional, mediante la cual se pueden expresar ideas naturalizadas de ser nacional y local” (Radcliffe y Westwood 1999, 167). De tal manera que las personas desde las culturas populares tienen ideas claras de cómo su nación o ciudad está organizada social y espacialmente y a partir de ello suelen crearse lugares abigarrados nacionales que pueden ser las plazas, el vecindario, la ciudad, tal como hemos visto a lo largo de esta sección.

En definitiva, hemos presentado desde una perspectiva histórica cómo se han constituido las identidades locales y cómo se han construido a los otros; los mismos que resultan diferentes al proyecto de “patrias chicas” en estas ciudades intermedias. Ha sido necesario, visibilizar prácticas y discursos desde la institucionalidad sobre lo local, para comprender cómo se imbricaron las desigualdades sociales. Inclusive, hemos analizado como se ponen en marcha mecanismos que abonan a visiones sobre localismos/nacionalismos; al tiempo que hemos dado pistas para concretar, en el próximo capítulo, cómo las diferencias histórico-coloniales del pasado, se manifiestan en el presente como formas de discriminación, exclusión, xenofobia. En lo que sigue, sostendremos cómo estas desigualdades se desplazan hacia los migrantes colombianos y peruanos, enfatizando en su nacionalidad y su condición migratoria. Es decir, este marco histórico nos permitirá comprender la manera cómo se da esa rotación en su proceso de inserción socio-laboral.

Capítulo 4

Trayectorias laborales, redes migratorias y espacio: un análisis al entrecruce de la discriminación y la exclusión

Introducción

Bajo la idea que el espacio es aprehendido en diferentes escalas y que este estudio articula lo macro (ciudades intermedias) con lo meso (trayectorias/ mercados de trabajo) y lo micro (relaciones/redes), este capítulo tiene como objetivo presentar las trayectorias laborales y las rutas migrantes de población colombiana y peruana en Ibarra y Otavalo desde la escala meso. Con ello, profundizar cómo los tentáculos de inequidades socio-históricas alcanzan a los sujetos migrantes. Para eso creemos fundamental retomar el vínculo entre espacio e interseccionalidad, planteado en el marco teórico y destacar que las interconexiones de clase, género, etnia, nacionalidad tienen un componente espacial que incide en la formación de subjetividades. A través de la espacialidad, se particularizan y se coproducen las inequidades materiales y simbólicas en el contexto de la hegemonía histórica colonial (Nightingale 2011).

El capítulo se divide en cuatro secciones: en la primera, se hará una caracterización de las trayectorias laborales y rutas migratorias de la población colombiana y peruana en las ciudades intermedias de Ibarra y Otavalo, para determinar la linealidad o no linealidad territorial, la configuración de trayectos laborales desde el momento que inician las rutas migratorias en el Ecuador y posteriormente cuando los migrantes llegan a Imbabura. En la segunda sección, se describirá el mercado de trabajo para examinar de qué manera se intersectan las desigualdades sociales y cómo se articulan con la clase, el género, la etnia, la nacionalidad. Esta trama se evidenciará a través de obstáculos o barreras que se presentan en el acceso o no al mercado laboral. En la tercera parte, discutiremos sobre el papel que cumplen las redes migratorias y el acaparamiento de oportunidades en el proceso de inserción socio-laboral de los migrantes. En la cuarta parte, indagaremos las estrategias que ponen en marcha los sujetos migrantes para sostenerse en estos espacios laborales y el papel que cumplen las redes en esta consecución.

1.- Trayectorias laborales, movilidad espacial y migraciones sur-sur en países andinos

El análisis de las trayectorias laborales de migrantes colombianos y peruanos en los mercados de trabajo de Ibarra y Otavalo, resulta valioso en el propósito de comprender las lógicas y los procesos que acompañan a esta movilidad espacial y el significado que adquiere para los y las migrantes. Más aún, cuando este estudio se centra en las migraciones sur-sur, un flujo considerado como no hegemónico y en perspectiva de ciudades intermedias, asumidas como el marco general donde ocurre el fenómeno migratorio.

Hay que tomar en cuenta que el mercado de trabajo que enfrentan los migrantes limítrofes, en estas localidades, es igualmente precario e informal para la población nativa; esto provoca que la inserción laboral de los inmigrantes tenga sus particularidades y se encuentre atravesada por constantes tensiones socio-espaciales y múltiples movilidades territoriales debido a la ausencia de una fuente de trabajo estable.

Así, la trayectoria laboral puede ser definida como una secuencia perceptible de las orientaciones que toma una persona en el ámbito del trabajo (Muñiz 2012) o sucesos que van marcando la vida ocupacional de los actores. En respuesta a este concepto, en esta sección analizaremos, en el nivel meso, la relación entre rutas migratorias y la inserción laboral de los migrantes en las ciudades de destino. Para ello, destacaremos las continuidades o discontinuidades en la vida laboral de los migrantes y cómo influye la estructuración de los mercados de trabajo de las localidades en su inserción laboral. Para el efecto, fijamos el periodo 2000-2015, en razón de que durante este tiempo los movimientos migratorios intrarregionales han tenido auge y presentan innovaciones en sus recorridos. De manera especial, el Ecuador empieza a proyectarse como un destino para inmigrantes transfronterizos.

Para este fin, se determinó una muestra de 28 personas de origen colombiano de entre 23 y 65 años de edad, de los cuales 8 se encontraban en proceso de regularizar su situación en la

ciudad de Ibarra, 9 habían alcanzado el estatus de refugio y el resto se autodenominaban migrantes económicos con visa Mercosur y residencia permanente en la ciudad.

Por otra parte, se tomó una muestra de 22 migrantes de Perú de entre 22 y 57 años de edad; la mayoría de ellos con residencia en el Ecuador y localizados en la ciudad de Otavalo. Nos centramos en productores/comerciantes peruanos dedicados a la fabricación y venta de artesanías con una trayectoria de más de 15 años en esta actividad económica. A través de relatos biográficos, se apreció que cada grupo objeto de este estudio presentan particularidades en lo que tiene que ver al tipo de trabajo que desempeñaban en sus lugares de origen y el empleo que consiguen en las localidades de recepción. De igual manera, podemos señalar que una vez iniciada la ruta migratoria y registrado su arribo al Ecuador, existen desplazamientos espaciales internos, más o menos dispersos dada su incorporación laboral en las dos ciudades. En la siguiente sección examinaremos los tipos de movilidad espacial marcados por la trayectoria laboral de la población migrante.

1.2 Múltiples movilidades e inserción laboral de la población refugiada en Ibarra

En el caso de la población refugiada colombiana en Ibarra, hay que tomar en cuenta el año 2000, cuando se registraron desplazamientos masivos de colombianos y colombianas que huían de la violencia interna en su país. Este hecho provocó que miles de migrantes tomen como destino el Ecuador y confronten situaciones de vulnerabilidad (Camacho 2005; Benavides 2015). Este antecedente es el punto de partida de la ruta migratoria de la población refugiada, la misma que va determinándose por la inserción laboral de este colectivo y se presenta salpicada por múltiples movilidades territoriales, dada la precariedad laboral, en la que se sumergen los y las refugiadas. De la información obtenida en la etapa de trabajo de campo, se aprecia que la población llega primero a las ciudades de San Lorenzo y Tulcán. Luego se desplazan hacia el centro del país y llegan a la ciudad de Ambato, donde permanecen por un tiempo. Tras dos o tres meses de estar aquí, se regresan hacia la sierra norte y llegan a la ciudad de Ibarra. Aquí optan por desplegar actividades económicas que les permita subsistir como ventas ambulantes, servicios estéticos a domicilio, trabajos por jornal, atención en restaurantes y peluquerías.

Ilustración 1. Trayecto laboral y ruta migratoria de población refugiada



Fuente: Gobierno Provincial de Imbabura, 2019.

Estos múltiples desplazamientos espaciales que registra la población refugiada en el Ecuador y en Imbabura están determinados por la trayectoria laboral y se reproducen a nivel local en diversos traslados entre cantones y zonas periféricas de Ibarra. La población refugiada va en busca de empleo. Sin embargo, estos recorridos tienden a reducirse cuando la población refugiada encuentra un trabajo estable y se decide a residir en la localidad. Sin embargo, tienen que pasar algunos años para ello y atravesar por varias dificultades a partir de su intempestiva salida de su país y durante su trayecto en los lugares de destino. En lo que sigue, nos centraremos en los relatos de los sujetos y sujetas de este estudio. Para fines de esta investigación y por acuerdos de confidencialidad, algunas entrevistadas han solicitado que no se ponga sus nombres y apellidos completos.

Carolina expresó lo siguiente:

he tenido que cruzar la frontera por la violencia que viví en mi país. La primera ciudad donde llegué fue Tulcán; aquí la gente es más razonable con los colombianos y no me siento tan extraña. Pero lo malo es que no hay trabajo y por eso tuve que irme hasta Ambato, aquí trabajé lavando mariscos y atendiendo en un restaurante, pero me fue mal; y por eso me devolví a Tulcán; pero mi suerte no cambió, entonces me arriesgué a quedarme en Ibarra. Aquí me ha tocado duro..., porque sí, la ciudad es tranquila, pero aquí cuenta mucho como te ven y tu apellido (Carolina 2017)¹⁸.

La relación que existe entre la movilidad espacial experimentada y el trabajo que llegan a desempeñar las personas refugiadas en los sitios donde quieren “probar suerte” tiene connotaciones explícitas e implícitas, que muestran la no linealidad de la ruta migratoria, pues se desplazan constantemente en busca de actividades de sobrevivencia. Aquí, se observa cómo los sujetos construyen sentidos de ciudad o de lugar, a partir de sus experiencias laborales y de la forma de relacionarse con los otros nativos de las localidades. Estas relaciones se caracterizan por alta explotación laboral y desvalorización social del trabajo que cumplen los migrantes en las sociedades receptoras.

Existen casos excepcionales, en los cuales su trayectoria de vida laboral muestra cierta movilidad social ascendente en relación a un mejor posicionamiento económico y social, que está vinculado al trabajo organizativo y de militancia dentro de las asociaciones de refugiados y refugiadas en Ibarra. Sin embargo, este no es el factor común en este grupo objeto de estudio.

1.2 Rutas migratorias más lineales y migraciones económicas de Colombia

Este grupo se autodenominan como migrantes económicos. Ellos llegaron a Ibarra, mediante redes de amigos y familiares con quienes intercambio información sobre la ciudad y las ventajas de residir aquí. Son conocidos o paisanos que les hablaron bien de la ciudad y les ofrecieron trabajos temporales y complementarios (panadería, ayudante de carpintería, atención en almacenes) durante los primeros meses. Esta es una de las razones por las que

¹⁸ Carolina, observación participante en el taller de artesanías de mujeres migrantes y refugiadas de la Prefectura de Imbabura. Entrevistada por Guadalupe Yapud Ibarra 7 julio de 2017.

su recorrido migratorio es más lineal y presenta ciertas ventajas frente a la población refugiada o solicitante de refugio. Es decir, tejieron redes antes de llegar al Ecuador o ya tenían un familiar residiendo en Ibarra; sin embargo, a partir de que finalizan los acuerdos tácitos laborales con sus coterráneos, se ven obligados a vincularse al comercio informal; lo cual implica desplazamientos dentro de la provincia y ciudad.

Ilustración 2. Trayecto laboral y ruta de migrantes económicos



Fuente: Patronato Provincial de Imbabura, 2018

Los lugares de origen de los migrantes económicos son: Bogotá, Nariño, Calí y el Valle del Cauca. En algunos casos cuentan con la residencia definitiva y en otros casos con la visa Mercosur. Llegaron hace más de 15 años a la ciudad y optaron por asentarse en la ciudad y desde aquí fortalecer los vínculos y redes en otras ciudades del Ecuador. A pesar que su movilidad espacial se presenta más homogénea y han logrado insertarse laboralmente, sus experiencias en relación con la espacialidad resultan conflictivas y están matizadas por el difícil acceso a la vivienda. Así lo expresó:

al llegar a Ibarra me ayudaron unos amigos hasta empezar, me prestaron un cuarto para vivir; pero después ya me tocó salir a buscar y a uno no le arriendan porque es colombiano. Los anuncios están ahí y uno pregunta; pero cuando le escuchan el acento, pues le dicen que no... que ya está arrendado o le aumentan el costo del arriendo, para que no insistamos. Por eso tuve que irme a vivir lejos en las lomas de Azaya... ahí estuve como cinco años. Hasta que encontré una casa pequeña aquí por los Ceibos (Osorio 2007)¹⁹.

Salvo algunas excepciones, la mayoría de migrantes económicos pasaron por esta situación y tuvieron que salir hacia los sectores más periféricos de la ciudad o trasladarse hacia otros cantones de la provincia, para desde ahí desplazarse hacia sus lugares de trabajo. Pero en este grupo se evidencia mayor movilidad social ascendente, pues fueron escalando paso a paso los peldaños del mercado laboral. En un inicio empezaron como ayudantes de panadería o de auxiliares en alguna peluquería de la ciudad; pero luego de algunos años lograron instalar su propio negocio. Este constituye una aspiración de la mayoría de familias colombianas en Ibarra, que le apuestan a un emprendimiento y a su independencia económica.

1.3 Migrantes peruanos en Otavalo

El tercer grupo de trayectorias laborales es la de los de migrantes de Perú. De los relatos obtenidos podemos mencionar que sus experiencias laborales van en encadenamientos en cuanto al tipo de trabajo que han venido desempeñando tanto en el lugar de origen como de destino. En algunos casos se autodefinen como productores, artesanos o comerciantes con una amplia trayectoria heredada de sus progenitores. Desde la adolescencia y juventud aprenden el oficio artesanal y se preparan para negociar entre pares.

Las rutas marcadas por los desplazamientos, intercambios, pueden ser interpretados como la conformación de un “circuito migratorio” intrarregional o transfronterizo con diferentes trayectos, intersecciones y quiebres temporales y espaciales (Rivera- Sánchez 2007). Este circuito migratorio toma en cuenta factores socio-históricos y económicos, así como

¹⁹ Segundo Osorio se autodefine como migrante económico, entrevistado por Guadalupe Yapud. Ibarra, 11 mayo 2017

también trayectos internos e intrarregionales y estos a su vez con conexiones globales, que se hacen evidentes con la exportación de productos peruanos hacia otros continentes. Estas conexiones globales tienen su trasfondo en estrategias que implementaron los peruanos en distintos países; pero de manera particular en Otavalo, donde se encontraron con los comerciantes indígenas otavaleños, quienes cuentan con una larga trayectoria migratoria.

Ilustración 3. Trayecto laboral y ruta migratoria Perú-Otavalo



Fuente: Municipio de Otavalo, 2019

Si hay algo que caracteriza al colectivo de migrantes peruanos es que su movilidad espacial es un poco más homogénea, debido a que su inserción laboral está más definida y se circunscribe a la comercialización de artesanías. La ruta migratoria inicia en el Cuzco, Lima o Puno (Perú) y llegan a Huaquillas, Guayaquil y Otavalo, que en el caso de la mayoría de entrevistados fue su destino final. Son microempresarios que autodenominan a sus negocios como familiares, en el que están involucrados padres, hijos, hermanos, tíos. Es decir, un miembro de la familia es quien administra el almacén sea en Perú o en Otavalo.

Para ello preparan a sus hijos desde muy pequeños en el oficio y en las habilidades que deben adquirir para el comercio. Así lo expresa Juan Carlos en el siguiente diálogo:

GY: ¿Cómo empezó su recorrido en el mercado de exportación de artesanías?

J.C: Desde que tuve 16 años ayudaba en la fabricación de las artesanías a mis padres allá en el Cuzco. Luego no me gustó y me fui de controlador de un bus en mi país. Así estuve por cinco años, hasta que descubrí que me gusta viajar y conocer otras culturas, pero para eso tenía que aprender a comercializar las artesanías que se producen en Perú. Entonces como mi familia ya residía en Otavalo, les pedí apoyo para emprender en mi propia microempresa. Al inicio traíamos gran cantidad de mercadería y acabábamos en pocos días. Esto hizo que viaje cada 15 días al Perú, no solamente a traer nuestra producción, sino también llevaba artesanías de los otavaleños a Cuzco porque allá también tenemos una feria, aunque más pequeña. Conocí otros sitios donde también elaboran este tipo de producto y más barato porque en Perú nuestra materia prima se consigue a menor costo y la mano de obra también tiene un valor menor que aquí en Otavalo.

GY: ¿Qué parte es la más complicada en el proceso de exportar las artesanías?

J.C: Al principio todo es difícil y había mucha desinformación; pero en el camino vas aprendiendo. A veces por desconocimiento se cometen muchos errores, por ejemplo, el de traer más mercadería de la permitida. Nos sabías que era el D. A.S y tuvimos que irnos instruyendo cómo funcionaba: primero lo del registro y del etiquetado de las prendas, luego para que servía tal documento. Y así nos fuimos aclimatando hasta que ahora ya se nos hace más sencillo (Cosco 2017)²⁰.

En este caso, también apreciamos que la ruta migratoria es más lineal, no presenta múltiples movilidades territoriales, sino que lo laboral trazó su trayecto desde el Cuzco hacia Otavalo. Un aspecto a destacar son las interrupciones laborales antes de iniciar su proyecto migratorio; si desde la adolescencia él estuvo involucrado en las artesanías, optó por dejar este oficio e insertarse como ayudante en un medio de transporte; sin embargo, retomó la comercialización de las artesanías y de esta forma llegó a Otavalo, donde se estableció de forma temporal y luego definitivamente.

²⁰ Juan Carlos Cosco, entrevistado Guadalupe Yapud. Otavalo, 23 de julio 2017.

En este caso se observa que la ruta migratoria está estrechamente ligada a la trayectoria laboral y tiene implicaciones en las relaciones familiares, pues el adolescente al separarse del núcleo familiar e iniciar su movilidad espacial, asume ciertas responsabilidades y adquiere su independencia económica. Además, busca demostrar a sus progenitores y miembros de la familia sus habilidades como emprendedor y trabajador autónomo en el mercado de las artesanías. Dada la linealidad de la trayectoria, los migrantes peruanos se movilizan al interior de su país en la búsqueda de la producción artesanal a precios más cómodos, artículos de buena calidad para ser comercializados en distintos puntos del país.

Más adelante, se desplazan hacia la frontera sur del Ecuador y finalmente llegan a Otavalo. En este colectivo se aprecia movilidad social ascendente, pues empiezan a relacionarse con la élite indígena como una forma de afianzarse en el mercado local.

En la siguiente parte, se discutirá sobre los procesos que acompañan a estas distintas movilidades espaciales, en su propósito de insertarse laboralmente en los lugares de destino.

2.- Acceso desigual y explotación en los mercados de trabajo

Sergio Costa (2012) menciona que las múltiples dimensiones de la desigualdad son altamente complejas, en el sentido que las categorizaciones sociales son interdependientes. Así entonces el acceso a los mercados de trabajo puede estar condicionado por los “regímenes de desigualdad”, cuya lógica de estratificación/redistribución es considerada como estática, dinámica o combinada (clase, género, raza, etnicidad-condición migratoria).

Además, estos regímenes se articulan a discursos políticos, científicos y populares, según los cuales los individuos o colectivos interpretan o constituyen sus propias posiciones y de las de otros; unas estructuras legales e institucionales; unos modelos de convivencia cotidiana, que van configurando sus formas de inserción laboral, su permanencia o salida de los mercados de trabajo.

El concepto de “régimen” de Costa (2012) puede aplicarse en el caso de la población migrante en la sierra norte del Ecuador como una urdimbre de discursos, instrumentos y prácticas, modelos de convivencia potentes que regulan y controlan a los sujetos y sus interacciones (Costa et.al 2015). En respuesta a ello, nos proponemos a partir de este concepto desagregar cada uno de los elementos que señala Costa para comprender las especificidades de la inserción laboral de los migrantes y la población refugiada en las ciudades intermedias y, a la vez, cómo ocurre la transición de inequidades históricas desde los sectores locales (indígenas y afroecuatorianos) hacia los grupos de interés de este estudio.

Se considera pertinente analizar brevemente cómo se encuentra estructurado el mercado de trabajo de las localidades, encontrando el nexo con relaciones de explotación laboral, precariedad y obstáculos que se presentan en el acceso al mercado de trabajo. En esta parte, se pondrá énfasis en la población refugiada, en razón que sobre este colectivo recaen mayormente estos elementos de análisis. En las siguientes subsecciones, se examinará cómo se presenta esta trama de desigualdades sociales y sus múltiples conexiones con la clase, el género, la etnia, la nacionalidad. Esto en términos de obstáculos o limitaciones para el ingreso al mercado de trabajo.

En Ibarra, se han desarrollado actividades en la mediana y pequeña industria manufacturera (13.9%) y se ha impulsado el sector agrícola (13%), pero el 23.1% de la Población Económicamente Activa (PEA) se concentra en el comercio al por mayor y menor. En contraste, Otavalo presenta un mayor volumen de trabajadores en el mercado de la industria manufacturera con el 26.6%; en segundo lugar, está la agricultura con el 21.2% y en tercero el comercio al por mayor y menor con el 17.2% (INEC 2010). Esto significa que la población local en las dos ciudades presenta altos índices de informalidad laboral.

Nos referimos como informalidad a aquellas modalidades de trabajo que tienen que ver con la inestabilidad, intermitencias, autoempleo, flexibilización laboral y autonomía económica o emprendimiento Antunes (2011). En ese sentido, el mercado de trabajo informal tanto en Ibarra como en Otavalo, se caracteriza por el desempleo, el subempleo y la precariedad

laboral. Además, esta configuración responde a las estructuras económicas de las localidades y las formas de organización del trabajo, las mismas que están controladas por grupos de comerciantes con cierta influencia y pertenecientes a estrato medio-alto que tiene el monopolio del comercio en las dos urbes.

A esto se suman los datos de la Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo (ENEMEDU 2019), en la que señala que la tasa global de participación en el mercado laboral en el Ecuador llegó al 66.5%; de los cuales la tasa de desempleo llegó al 4.6%; la tasa de empleo adecuado fue del 37.9%; el subempleo se ubicó en el 18.7%; la tasa de otro empleo no pleno fue del 27.2% y el empleo no remunerado fue de 11.0%. Estas cifras pueden ser interpretadas que más del 20% de la población se encuentra en la economía informal; sea este trabajo por horas, empleo sin contrato y sin seguridad social, trabajo temporal que va desde los 8 hasta los 19 días.

Dentro de este contexto, la población migrante de ambos países se encuentra ocupando los siguientes nichos económicos: las personas desplazadas y refugiadas están en el trabajo informal con un 19.4%; el 5.1% de los migrantes económicos desempeñan actividades de comercio y servicios y el 76% de productores de Perú están vinculados a la producción y comercialización de artesanías en Otavalo (CCI 2018).

Tabla 1. Cuadro sinóptico de la inserción laboral

| Grupo 1: Refugiados/as | Grupo 2: m. Económicos | Grupo 3:m. Perú |
|-----------------------------------|--|-----------------------------------|
| Ventas ambulantes | Elaboración y venta de perfumes artesanales | Producción y venta de artesanías. |
| Atención en peluquería | Elaboración y venta de colchones | |
| Atención en almacenes | Negocio propio (restaurante, panadería, local de celulares). | |
| Ayudante de restaurante | | |
| Faenador | | |
| Servicios de estética a domicilio | | |

| | | |
|---|--|--|
| Jornaleras en puestos de comida en el mercado | | |
| Amazonas | | |
| Estibadores | | |
| Ayudantes de costura | | |
| Oficios varios ambulantes | | |

Fuente: Cámara de Comercio de Ibarra, 2019

Entonces, lo que nos muestran los datos y la información condensada en el cuadro sinóptico, nos da pistas sobre las mayores desventajas que presentan las refugiadas y refugiados frente a los otros grupos migratorios. Además, comparten el mercado de trabajo informal y precario con los sectores populares (vendedores ambulantes, trabajadores a destajo) de Ibarra y Otavalo. Este hecho viene a complejizar las relaciones en los espacios laborales, pues no hay tal mercado laboral segmentado a modo de Piore (1987), sino que grupos locales entran en constante tensión con la población migrante por la ocupación de espacios laborales.

Es decir, la segmentación entre el sector primario y secundario del mercado laboral se difumina en el sentido que la población refugiada y una parte de migrantes no llegan al sitio de destino a ejecutar trabajos que la población receptora rechaza o van a ocupar de manera absoluta mercados de trabajo para inmigrantes (Sayad 1998; Herrera 2005 citado en Pizarro 2011), como ocurre en el caso de las migraciones sur-norte. Así se mencionó en el siguiente diálogo:

la complejidad del asunto radica en que estos trabajos precarios son disputados por migrantes y trabajadores locales, en el sentido que se abarata la mano de obra, porque sí antes se encontraban jornaleros de la localidad que cobraban 10 dólares por trabajos técnicos (reparación de una tubería de agua, por ejemplo), con la llegada de la mano de obra migrante se bajó a la mitad de precio. Además, esto provoca la expansión de la mano de obra flexible por parte de sectores productivos, lo cual es aprovechado por ciertos

empresarios, quienes buscan reducir gastos en personal y acumular ganancias (Saud 2017)²¹.

En este orden de ideas, revisaremos cómo la informalidad y precariedad compartida abonan al andamiaje de desigualdades sociales que se entretajan a las migraciones vecinas. Es decir, detrás de este escenario de tensión constante entre locales y mano de obra migrante subyacen procesos de explotación y de acceso inequitativo al mercado laboral. Es el caso de la población refugiada en Ibarra, quienes fueron desplazados forzosamente por el conflicto armado en Colombia y experimentaron una arremetida transición laboral desde su lugar natal hacia el Ecuador. Aquí tuvieron que adaptarse a nuevas condiciones laborales y realizar trabajos que no tenían que ver con su profesión. La mayoría tuvo que dedicarse a oficios temporales y someterse a procesos de explotación laboral. Como se indica en el siguiente testimonio:

Yo soy de Cartago y estaba por terminar mi tesis para graduarme de Contadora, pero todo ocurrió cuando el esposo de mi pareja nos descubrió y nos amenazó de muerte. Tuvimos que salir huyendo junto con su hija. Luego de pasar por Tulcán nos quedamos aquí en Ibarra. Yo no encontraba trabajo y tenía que salir a buscar porque me hice cargo de las dos. Entonces miré un local del centro, donde necesitaban una ayudante de peluquería... me acerqué a preguntar y luego de que el dueño me puso sus condiciones y me dijo que me iba a pagar poco... acepté. Antes que no tener nada, prefirió llevar algo para la comida. Ya tengo 5 años viviendo en Ibarra y cuento con la visa de refugiada. Sin embargo, a mi pareja y a su hija les negaron; pero con mis documentos se respaldan un poco. Al menos con lo que gano... nos mantenemos (Inés 2017)²².

En el relato, se manifiestan relaciones de desigualdad entre los propietarios/as de negocios y las personas refugiadas, quienes se ven en la necesidad de aceptar un trabajo altamente precario y en condiciones inequitativas de acceso al mercado laboral, en razón de que en este caso, la persona no es contratada por su perfil profesional, sino que se ve obligada a

²¹ Michel Saud, expresidente de la Cámara de Comercio de Ibarra, entrevistado por Guadalupe Yapud. Ibarra, 15 de julio 2017.

²² Inés, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra, 11 de abril 2017.

emplearse en el primer empleo que encuentra para su supervivencia. Las condiciones laborales constituyen relaciones de poder que ejercen los empleadores sobre las trabajadoras y se traducen en obstáculos que impiden la permanencia en el mercado de trabajo.

Las relaciones de explotación laboral también condicionan el tiempo y el derecho a actividades alternativas a lo laboral. Más aún, si los empleos implican “puertas adentro” y no son regulados. De alguna manera, las mujeres experimentan mayor “abuso de poder” sobre ellas por parte de sus patrones y patronas. Por eso, casi la totalidad de entrevistadas aseguran que se negaron por más de una vez a aceptar trabajos a tiempo completo en el servicio doméstico; ellas prefieren el empleo por horas y optan por instalar un pequeño negocio en sus domicilios o en las tardes la venta ambulante de café con empanadas. Así se aprecia en esta entrevista:

cuando salí del Valle del Cauca tuve que dejar mi negocio familiar, donde yo estaba al frente; pero tuve que salir huyendo, dejando todo. Una amiga me recomendó a una familia acomodada y reconocida aquí en Ibarra, pero me trataron como un perro. Le dicen a una que va a cuidar niños o ancianos, pero después una termina lavando, planchando, cocinando. Encima cuando se cumple el mes, le pagan la mitad. No le dan permiso para nada. Yo ya no aguanté más. Por eso me puse un puestito de madera cerca de donde vivía en El Priorato y empecé a vender empanadas con café. Al principio el dueño de casa no quería, pero le convencí. Solamente los colombianos me compraban, pero con el pasar de los días, fui ganando clientela en todo el barrio (Karina 2017)²³.

Entonces, las ventas ambulantes son actividades comunes entre la población refugiada y se constituyen en la primera alternativa cuando recién llegan a la ciudad de Ibarra o en su efecto vuelven a estas formas de vida, una vez que se decidieron dejar trabajos altamente precarizados. Como es el caso de jóvenes entre 25 y 35 años que recorren la urbe con un coche metálico para la venta de “choripapa”. Un buen porcentaje de los vendedores tienen dos o tres trabajos al día y optan por salir en las noches para evitar el control y

²³ Karina, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra, 12 de junio de 2017

experimentan mayor libertad en el ejercicio de su actividad económica. Así se aprecia en el siguiente extracto:

ya tengo 5 años recorriendo las calles con mi coche, pero antes trabajé como faenador en Cotacachi. Al mismo tiempo me hacía unas “chauchas”²⁴ pequeñas en albañilería, plomería y carpintería. Mi último trabajo fue como ayudante en un sitio de juegos de entretenimiento, donde los dueños me pagaban lo que les daba la gana. Luego ya me decidí a trabajar solo en las calles. Al inicio fui perseguido por los policías municipales, incluso me quisieron quitar mi coche, pero yo les puse una denuncia en la Defensoría del Pueblo y con ello se resolvió mi situación. Yo trato de hacer las cosas bien. Trato de evitar los escándalos, porque he venido a trabajar en lo que se pueda. Me ha tocado hacer de todo. Lo que sí siempre ando con cuidado porque no me concedieron la visa de refugiado, solamente tengo mi cédula y no quiero que me devuelvan a mi país. Nosotros con el documento de identificación que nos dan en Colombia podemos permanecer en Tulcán, Ibarra hasta el sector de Cajas. Ya de ahí para Quito y Guayaquil ya nos controlan. Por eso la mayor parte del tiempo me paso aquí en Ibarra... es una ciudad muy tranquila. En lo que se refiere a mi trabajo, el coche no es una mina de oro, pero me permite sobrevivir. Trabajar como empleado es duro porque te explotan, en cambio con tu negocio sabes que si te ganas 1 o 50 dólares y eso es para uno (Orlando 2017)²⁵.

Un aspecto a tomar en cuenta en este relato consiste en las distintas formas de persecución hacia las personas refugiadas por parte de la Policía Municipal, la misma que en atención a sus competencias, controla el orden del espacio público. Sin embargo, estas acciones recaen en abuso de autoridad y atenta contra los derechos de las personas refugiadas en el Ecuador²⁶. Un segundo elemento a resaltar y que encontramos durante el trabajo de campo hace alusión a que las personas, a quienes les negaron la visa de refugio o se encuentran en

²⁴ Son oficios que se realizan por dos o tres horas y que son por lo general en el ámbito de lo técnico.

²⁵ Orlando, entrevistado por Guadalupe Yapud. Ibarra, 6 de junio 2017.

²⁶ Convención Americana de Derechos Humanos. San José 1969. Art. 22: establece reconocimiento de otros derechos conexos con la situación de refugio, como, el debido proceso, no discriminación, libertad y seguridad, integridad, vida, libertad de expresión.

situación migratoria irregular²⁷ tienden a ser más víctimas de explotación laboral y persecución por parte de las entidades de control.

Hasta aquí hemos presentado las distintas maneras en las que la población refugiada se incorpora al mercado informal y hemos dado pistas del acceso inequitativo que tiene este grupo en su proceso de inserción laboral en la ciudad de Ibarra, la cual está matizada por relaciones de explotación laboral, puesto que cuando llegan a la ciudad confrontan condiciones estructurales de desigualdad y un mercado de trabajo informal sin garantías sociales. Esto provoca inestabilidad laboral y a su vez que la población migrante se vea en la necesidad de aceptar el pago por día entre 5 y 7 dólares por un trabajo de más de 10 horas diarias y en condiciones de hostigamiento por parte de empleadores locales y compañeras de trabajo. A eso se suma, que no existe un marco normativo que regularice la situación socio-laboral de este grupo, que salen de su país, de forma intempestiva y se insertan en estos mercados de trabajo informales.

Hay que tomar en cuenta como dice Charles Tilly (2000), que la explotación proviene de aquellos que tienen el control sobre los recursos; sin embargo, en este caso no se trata de grandes grupos de poder, sino que son medianos y pequeños comerciantes locales quienes miran a los refugiados y refugiadas como mano de obra barata; son quienes establecen relaciones de dominación y dan las pautas para la contratación; similar a lo que aún ocurre con los colectivos de indígenas y afroecuatorianos que coexisten en Ibarra. De tal modo, que podemos interpretar este hecho como el inicio de una posible rotación de desigualdades desde estos grupos excluidos y explotados de la localidad hacia la población refugiada. De igual manera, se muestra que este colectivo enfrenta barreras de tipo socio-económico que se agravan al momento de cruzar las fronteras, además la falta de vínculos o redes no les permita sobrellevar su situación de vulnerabilidad.

²⁷ Sin embargo, “en el ámbito subregional no existe una regulación específica sobre refugiados. Se intenta la creación de un sistema de regularidad laboral y documental que impida la explotación económica y social, principalmente de los migrantes irregulares e indocumentados, así como instrumentos de libre tránsito de personas” (Rivera, 2007: 38).

En el caso de los migrantes económicos de Colombia, ellos llegaron hace más de 15 años a la ciudad de Ibarra y empezaron a asentarse en sectores periféricos del comercio al por mayor y menor. Nos referimos a sectores periféricos del comercio como aquellas zonas de la ciudad que no son céntricas y donde no existe movimiento económico como en el centro de la urbe; pero los migrantes han instalado negocios como una especie “*gueto*” comercial, donde los consumidores encuentran productos que hacen alusión a la cultura colombiana: restaurantes, peluquerías, panaderías y otros. Al principio, este grupo tuvo que sortear dificultades para encontrar lugares estratégicos y desarrollar sus actividades económicas. Es el caso de Libia:

casi siempre que preguntábamos por un local comercial de arriendo en el centro de Ibarra, nos daban cualquier excusa para no arrendarnos y más cuando nos escuchaban el acento colombiano. A veces nos subían el doble y el triple del arriendo que se cobraba normalmente; como quien no quiere arrendar. Entonces pues como necesitábamos y teníamos nuestros ahorros, lo pagamos. Estuvimos en un local con nuestro negocio de colchones casi 5 años, luego ya pusimos el negocio en nuestra propia casa (Libia 2018)²⁸.

Por otra parte, los migrantes peruanos experimentan situaciones parecidas. Ellos han tenido que desplazarse fuera de la plaza de Pochos para instalar sus negocios a cambio de altos costos por arriendo de los locales comerciales, sin embargo, aceptan los valores que imponen los dueños de los almacenes porque consideran que es una oportunidad para invertir en la ciudad de Otavalo. En cierta medida, se puede mencionar que los productores peruanos llegaron con capitales económicos, pero no eran conocidos y resultaron extraños para los locales. Entonces, la ausencia de capital social también puede considerarse como una barrera para incorporarse al mercado de las artesanías. Así lo experimenta una de las comerciantes:

yo tengo 8 años vendiendo artesanías aquí en Otavalo. Arriendo un local a un lado de la plaza de Ponchos y pago 900 dólares. Realmente es costoso... antes lo pagábamos con mi esposo, pero él se regresó con mis hijos al Perú. Ahora estoy sola y no me alcanza para

²⁸ Libia, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra, 25 de febrero 2018

pagar. Entonces tengo que compartirlo con otros arrendatarios. En ocasiones, los propietarios de los locales exageran en los costos y nos dicen que si queremos bien, de lo contrario que podemos retirarnos (Trujillo 2017)²⁹.

De alguna manera, en este grupo y en el de los migrantes económicos colombianos se evidencia una segregación espacial, en cuanto al uso y aprovechamiento del suelo, el cual es limitado para estos dos colectivos, pues tienen que confrontar procesos históricos de apropiación del espacio por parte de nacionales como lo analizaremos en otro capítulo.

No obstante, existe otro tipo de obstáculos que superan la dimensión socio-económica y que afecta de distinta manera a los tres colectivos. Así lo veremos en la siguiente subsección, en la cual nos adentraremos en el cruce de las desigualdades sociales anteponiendo la espacialidad como soporte analítico y sus múltiples conexiones (clase, género, etnia, nacionalidad), mediante la indagación, en primer lugar, de los obstáculos y, en segundo lugar, del acaparamiento de oportunidades que se presentan en el mercado de trabajo tanto para migrantes económicos, refugiados/as colombianos y productores peruanos.

2.1 Obstáculos e intersección de desigualdades socio-espaciales en el mercado de trabajo informal

Consideramos insuficiente la idea de plantear la reproducción de desigualdades sociales únicamente en términos de relaciones de explotación laboral o de ingresos, más bien, apostamos a analizarlas desde la intersección de las inequidades articuladas a marcadores o categorizaciones sociales (género, clase, etnia, nacionalidad, condición migratoria) situadas en el espacio. Esto nos significa reflexionar en torno a la producción/reproducción de desigualdades sociales en el mercado de trabajo, asumido este como un espacio construido por los actores sociales. En la misma línea de análisis, nos concentramos en el acceso al mercado de trabajo informal de los tres grupos antes descritos y en las formas de exclusión,

²⁹ Rosana Trujillo, comerciante de origen peruano que cuenta con un local en las afueras de la plaza de Ponchos, entrevistada por Guadalupe Yapud. Otavalo, 15 de junio 2017.

discriminación y xenofobia, comprendidas estas como una “re-traducción espacial” de las diferencias múltiples y socio-históricas (Wacquant 2007).

El análisis geográfico, nos advierte que el espacio reproduce relaciones de género y las relaciones de género reproducen espacio. Esto implica que las relaciones son socio-espacialmente creadas y que las desigualdades de género marcan las experiencias socio-espaciales de los y las sujetas. Así en términos de Massey (2007), la condición de mujer en un sistema patriarcal puede limitar el acceso al espacio (mercado de trabajo), donde se estratifica a las mujeres para cumplir roles específicos, lo cual podría desencadenar en violencias asociadas a su espacio más íntimo como es su cuerpo.

Así, intentaremos desnaturalizar las jerarquías de género a partir de la mirada espacial y en relación con las estructuras de clase, cuestiones de etnia, nacionalidad, estatuto migratorio; al parecer esta categorización, estaría condicionando las formas de inserción laboral de los grupos migrantes y de la población refugiada en las ciudades de destino. Partimos del presupuesto que las categorías no pueden analizarse por separado, sino en conjunto, pues se refuerzan recíprocamente (Anthias 2005), profundizando prácticas y discursos de exclusión que enfrentan los y las migrantes en los espacios laborales. En atención a que, dentro de los estudios sobre interseccionalidad en contextos migratorios, se reconoce el género como una dimensión fundamental para analizar las experiencias migratorias y trayectorias laborales, reflexionaremos sobre esta categoría, pero no de manera aislada, sino en diálogo con la etnia, la clase social, la nacionalidad y la condición migratoria.

Las mujeres por su condición de mujeres migrantes/refugiadas; por su pertenencia de clase, por su origen étnico, por su nacionalidad se han incorporado, en su mayoría, al mercado de trabajo informal; en algunos casos siendo está su única opción para hacerle frente a sus necesidades de supervivencia. El enfoque interseccional nos permite comprender las múltiples opresiones que experimentan las mujeres en el campo del trabajo. Esto se traduce en la matriz de dominación (Hill Collins 1990) que visibiliza las opresiones como múltiples y constituidas mutuamente. De modo que comprendemos las desigualdades de clase, género, etnia, estatus migratorio como un “todo compacto” en el que no se prioriza una y

otra, sino que se encuentran imbricadas en un proceso de interacción arraigado en el entramado social (Yuval-Davis 2011). Esto significa que esta intersección de categorías provoca que las opresiones múltiples o privilegios se experimenten al mismo tiempo y de manera multidimensional (Rodó-de- Zárate 2016).

Las mujeres refugiadas en Ibarra experimentan esta simultaneidad de desigualdades y las múltiples opresiones en los mercados laborales. Un caso palpable de esta realidad es el de Rocío, quien expresa:

cuando me vine a Ecuador primero vine a trabajar en Imbiola (San Lorenzo). Luego mis tías me recomendaron para venirme a trabajar aquí en Ibarra y conseguí un empleo en un cybernet donde trabajaba 12 horas diarias. Luego pasé a pelar papas en un restaurante. Eran unos explotadores no me daban la comida y ni siquiera el transporte para regresarme a mi casa. Por eso yo siempre que me preguntan digo que yo he aprendido mucho de mis jefes colombianos, pero no de los ecuatorianos. Ellos no tratan bien al colombiano. Mi último jefe ecuatoriano me hacía hacer de todo y lo más duro, mientras que las empleadas más antiguas tenían privilegios... yo como era la recién llegada y era la colombiana vaya para acá... vaya para allá. Ellas también se portaban egoístas conmigo y casi se dedicaban a lo más fácil como es atender en la caja, sabían que no les iban a despedir... me hacían sentir poca cosa. La situación se pone más complicada porque los patronos piensan que una está para hacerles todo tipo de favores inclusive sexuales y ahí vienen los problemas con las esposas (Rocío 2017)³⁰.

Las múltiples opresiones vividas por las mujeres en tanto mujeres de nacionalidad colombiana y con estatus de refugiadas están atravesadas por relaciones de poder y dominación que responden a un sistema caracterizado por la perpetuación de la división sexual del trabajo y la organización jerárquica de las actividades de producción y reproducción (Stolcke 2000); espacios donde se legitiman, naturalizan y materializan prácticas de exclusión, discriminación y xenofobia. Entonces, el caso concreto de Carolina nos permite tener una lectura sobre estas formas de desigualdad que se presentan como

³⁰ Rocío, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra, 12 de julio 2017.

barreras para acceder a este mercado de trabajo que *per se* está precarizado. La nacionalidad en las refugiadas se ha convertido en un peso que llevan sobre sus hombros y es uno de los marcadores sociales que predomina en este mercado de trabajo informal.

Precisamente, la mirada espacial sobre la intersección género, nacionalidad y condición migratoria posibilita comprender las desigualdades socio-espaciales de género, las mismas que se reflejan en los modos cómo los nacionales/locales construyen representaciones sociales de las mujeres refugiadas/colombianas en función de supuestos atributos sociales y culturales que tendrían para desempeñar cierto tipo de trabajo; a la vez se han tejido discursos que reproducen estereotipos para remarcar las capacidades de las mujeres colombianas como “buenas vendedoras” y para la atención al público, atributos concedidos en virtud de su nacionalidad, edad y rasgos fenotípicos. Más aún se ha levantado una serie de mitos e imaginarios que las asocian de forma “natural” con el trabajo sexual y con el sector de promoción en ventas.

Así se pronunció Verónica:

aquí piensan que todas las colombianas somos prostitutas o que estamos dispuestas a convertirnos en sus amantes. Un día un policía jubilado quiso aprovecharse viéndome sola. Me dijo que me daba un aventón, pero empezó a querer tocarme y mirarme de una manera ofensiva. Realmente con esta situación tenemos que lidiar casi todas. A veces me ha tocado hacerme como la que no oigo, con tal de conservar el trabajo. Para completar, nos generan un problema con las esposas, quienes ya nos dan mala fama (Verónica 2017)³¹.

El caso de Verónica, se reproduce en la mayoría de mujeres entrevistadas, quienes mencionan que experimentaron situaciones de acoso sexual por parte de sus empleadores o por uno de sus compañeros de trabajo. Este tipo vivencias dan cuenta de las relaciones de poder que se ejercen sobre las mujeres refugiadas. En una entrevista con Elisa Devreese señala:

³¹ Verónica, taller Grupo de Autoayuda organizado por la Misión Scalabriniana de Ibarra, donde aplicamos la dinámica “El gráfico de mi vida”. Ibarra, agosto 2017.

en la localidad se asume como algo normal que las mujeres migrantes y refugiadas tengan que dar servicios sexuales. Muchas veces los jefes les dicen que antes de darles el trabajo quieren conocer sus “atributos”. A veces ellas son contratadas para promocionar los negocios. Hubo casos de trabajadoras en los mercados de trabajo donde ganaban tres dólares al día por gritar los productos o hacer degustar a los consumidores. Hay fuertes pugnas en los espacios públicos como son las plazas de venta, donde dos compañeras quisieron entrar a alquilar un local para venta de ropa, pero les hicieron la vida imposible y tuvieron que salir corriendo. De igual manera hay personas que han sido discriminadas incluso por el carné de refugiados. Esto les impide acceder a créditos, a la seguridad social y otros beneficios (Devreese 2018)³².

Entonces, el mercado de trabajo informal se convierte no solamente es el escenario donde se sitúa determinado hecho social, sino que es socialmente creado; es un contenedor y reproductor de desigualdades de género (MacDowel, 2002). La dimensión espacial nos invita a repensar las inequidades como formas de exclusión y discriminación hacia las mujeres colombianas/refugiadas, quienes encaran situaciones de violencia en espacios privilegiados para los hombres (empleadores, acosadores) y que configuran un mercado laboral sexualizado, generizado.

Como se aprecia en los relatos, ellas experimentan dominación/violencia desde los lugares a las que han sido relegadas, segregadas e inclusive aisladas por el hecho de ser mujeres, pertenecer a determinada nacionalidad o por contar con un estatus migratorio. Estas relaciones asimétricas de género corresponden a un sistema patriarcal predominante, donde se despliegan formas específicas de violencia que tienen que ver con la exclusión, segregación, acoso sexual/laboral, desvalorización del trabajo y sobreexplotación.

³² Elisa Devreese, ex técnica de Medios de Vida de la Misión Scalabriniana en Ibarra, entrevistada por Guadalupe Yapud, Ibarra, febrero 2018.

En palabras de Mara Viveros (2016) se evidencia un cruce de opresiones que no solamente tiene que ver con que sean pobres, sino que entran en diálogo las categorías de género, etnia, sexualidad, género, nacionalidad y estatus migratorio; cada una de las intersecciones va moldeando las relaciones de poder que los hombres blanco-mestizos ejercen sobre ellas. Pero además existen otro tipo de mecanismos de segregación y discriminación que van operando a través de las prácticas cotidianas, en las que se evidencian distinciones y distancias sociales entre nacionales y migrantes (Stefoni 2016; Correa 2016; Tijoux 2016); entre hombres y mujeres, entre migrantes y no migrantes; entre refugiados y no refugiados.

En el caso de los refugiados varones, la nacionalidad colombiana es percibida en los espacios laborales como “amenaza”, “inseguridad”, “delincuencia”, “quita trabajo”. Estos imaginarios sociales pueden ser apreciados en el siguiente testimonio:

en Colombia, yo me desempeñaba como electromecánico y tuve que salir por problemas con grupos armados. Cuando llegué aquí a Ibarra me tocó rebuscarme para sobrevivir. Vine hace tres años. Lo primero que hice fue trabajar en una carpintería, pintar fachadas de las casas. En las tardes, vendo comida en el centro de Ibarra. Aquí hay mucha discriminación. Cuando uno va por la calle, la gente se pasa de acera, porque les da miedo. Y cuando preguntamos por algún anuncio para empleo, nos escuchan el acento y nos dicen aquí no necesitamos colombianos. Las personas reaccionan así, por la fama que nos hemos ganado como colombianos (Jorman 2017)³³.

Otro caso fue el John Jairo quien relata:

Es difícil encontrar trabajo en esta ciudad. Yo no trabajo en el centro de Ibarra, prefiero los lugares alejados porque aquí me dan trabajo; arreglo chapas a domicilio, pero la gente muestra desconfianza y no me dan las chauchas. Después de tanto andar por Ibarra, tuve que irme a trabajar a San Lorenzo. Ahí las cosas son más tranquilas. Ahí nadie se mete con nadie”. Y no te miran si eres blanco o negro para darte trabajo (John Jairo 2017)³⁴.

³³ Jorman, solicitante de refugio, entrevistado por Guadalupe Yapud, Ibarra 24 de mayo 2017.

³⁴ John Jairo se autodefine como afrocolombiano, entrevistado por Guadalupe Yapud, Ibarra, 15 de septiembre 2017.

Las relaciones socio-laborales también están atravesadas por el estigma y el racismo. Los refugiados han tenido que enfrentar situaciones de discriminación y exclusión por su nacionalidad y su color de piel en una ciudad como Ibarra, donde las construcciones simbólicas sobre la blanquitud son predominantes y arraigadas en la historia de la misma, como lo apreciamos en un capítulo anterior. En términos de Peter Wade (2013), la blanquitud o como él menciona el “mestizaje” es un discurso que puede tener varios significados que van desde una postura de dominación que margina “lo indígena”, “lo negro” hasta la interpelación a estos procesos de opresión o subordinación.

Homogeneización y diferencia entran en tensión para crear espacios de hegemonía y contra-hegemonía.

Entonces desde la posición de subalternidad, el caso de John posibilita pensar la exclusión laboral que recae sobre él por su color de piel y por ser colombiano; pero también permite cuestionar este patrón de clasificación racial, a través de la filiación étnico-espacial, en el sentido que para él Ibarra se presentó como un lugar sin oportunidades laborales y donde se sintió discriminado; pero se desplaza hacia San Lorenzo, en la provincia de Esmeraldas, un espacio que muestra similitudes con su lugar natal Cali y se siente identificado, a medida que proyecta su convivencia como más llevadera. Esto implica que el espacio nos permite revertir situaciones de opresión y observar el carácter cambiante de las identidades, a partir del espacio en el que nos encontremos.



Fotografía 1. Taller con mujeres migrantes y refugiadas en Ibarra. Julio, 2017.
Fuente: Misión Scalabriniana, 2017

Las vivencias de refugiados y refugiadas en Ibarra están atravesadas por relaciones de poder y se encuentran en una situación de múltiple opresión/dominación, que se entreteteje a la, que los ubica en situaciones de vulnerabilidad. A la luz de los datos históricos recopilados y desarrollados en el capítulo anterior, podemos interpretar que sobre este grupo recae la discriminación, exclusión histórica y segregación que en el pasado experimentaban los indígenas y negros. Si bien en la actualidad, la discriminación hacia los sectores socio-culturales no se presenta de forma abierta, sino que adquiere actitudes y comportamientos distantes y con cierta “frialidad” que expresa sentidos de superioridad (Carrillo y Salgado 2002), en la población migrante/refugiada se manifiesta en forma de exclusión y xenofobia, puesto que además de constituirse como sujetos distintos en el contexto de las ciudades intermedias son “ajenos”; se convierten en los “otros de los otros” que no encajan en lo nacional/local.

2.1.1 Nación, nacionalidad y clase social

La construcción de la otredad a partir de la migración se enmarca en el Estado-Nación que es el espacio donde se legitiman y materializan las desigualdades históricas o surgen nuevas expresiones de desigualdad (Magiliano 2009). Esta afirmación nos lleva a analizar, en este apartado, cómo se manifiestan estas innovaciones que se reproducen en procesos de discriminación, exclusión y xenofobia, a través de discursos anclados en lo local/institucional y prácticas cotidianas encubiertas en las interacciones socio-laborales. Así, la articulación de las migraciones limítrofes a las desigualdades socio-históricas nos da pistas para repensar en la manera cómo se reavivan sentidos de pertenencia dentro del Estado-Nación y los modos en que se moldean viejas y renovadas expresiones de rechazo hacia extranjero en la escala local.

Las interacciones en el mercado de trabajo entre migrantes y no migrantes dan cuenta acerca de la problemática de la exclusión y xenofobia. Si bien la población refugiada confronta situaciones complejas por hecho de ser mujeres y hombres en situación de vulnerabilidad, por no contar con información y redes; los migrantes económicos colombianos en Ibarra aseguran ser perseguidos por su nacionalidad y por ello son segregados a espacios periféricos, donde instalan sus negocios.

Este grupo se encuentran inmersos en las actividades de comercio al por mayor y menor; abren negocios de venta de comida, puesto que traen consigo recursos o acumularon cierto capital económico con el apoyo de sus redes; no obstante, la discriminación y xenofobia se refleja en estos mercados de trabajo, por su nacionalidad. Son asumidos como extraños y encaran un mercado de trabajo sobresaturado por el comercio de los trabajadores autónomos de la localidad. Este hecho provoca que se desaten tensiones y disputas por la ocupación y aprovechamiento del espacio; esto a su vez desencadena en la segregación urbana de los negocios ubicados en espacios periféricos, donde intentan ponerle su marca.

Así se manifiesta Luz, quien vive en Ibarra desde hace 15 años y se instaló su propio restaurante:

aquí el colombiano tiene ganarse un puestito a pulso. Desde que llegamos a esta tierra, nos relegan por nuestra nacionalidad. Nos miran como raros. Yo puse mi negocio fuera del casco urbano y poco a poco he ido ganando clientela. Lo malo es que Ibarra es aún una ciudad que se maneja por los apellidos. Si eres de tal o cual apellido, es que eres de las mejores familias y es complicado llegar a este grupo. Si Ibarra es una ciudad tranquila...es un paraíso para criar los hijos; pero hay una aparente calma que pareciera que todo va bien, sin embargo, hay muchas cosas que deben cambiar. Aquí se ve una sociedad arraigada en sus costumbres y no dan paso al colombiano (Luz 2017)³⁵.

Otro testimonio es el de Kelly:

a mí me ha tocado hacer de todo. Pero logré ahorrar un poco de dinero y logré comprarme implementos para dar servicios de estética y belleza a domicilio. Con la ayuda de mi esposo me compré una cajita y kit de cosméticos. Al principio la gente desconfiaba mucho de mí. No me dejaban entrar a sus casas o lo hacían con recelo...creo que pensaban que me iba a llevar algo o que les iba a quitar el marido. Me lanzaban la puerta en la cara. Pero con el tiempo he ido ganando la confianza de mis clientas y ahora me llaman a mi celular cuando necesitan que les peine, maquille o tratamientos de manicure. Y son mujeres de clase alta... ellas viven por Los Ceibos, por el hotel Ajaví. Entonces pienso que con trabajo hay que demostrar que uno es bueno en lo que hace (Kelly 2017)³⁶.

Estas prácticas socioeconómicas desplegadas por los migrantes económicos en el contexto local dan cuenta sobre entornos laborales tensos que experimentan y la manera cómo son contruidos desde el prejuicio y la desconfianza en las localidades receptoras. Este grupo percibe la exclusión y discriminación a partir del énfasis en su nacionalidad. Asimismo, en el mercado del comercio se evidencian formas más disimuladas de segregación socio-ocupacional, que nos remiten a lógicas históricas de construcción de la otredad, con orígenes coloniales que se funda en el imaginario sobre la “ciudad blanca”, analizado en anteriores capítulos

³⁵ Luz, quien se asume como migrante económica, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra, 12 de mayo 2017.

³⁶ Kelly, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra, 23 de agosto 2017.

Como se mencionó anteriormente, el imaginario de ciudad para blancos se ha ido reforzando a través de prácticas institucionalizadas que excluyen a los diferentes. Precisamente este fue el motivo por el cual los indígenas fueron desplazados a las partes más alejadas de los páramos. La constitución de la ciudad de Ibarra en 1829 surge en oposición a lo “indio” (Carrillo y Salgado 2002). Ibarra formó parte del proyecto de Estado-Nación, desde el nivel local y fue liderado por los grupos hegemónicos de la ciudad, que buscó adherir a grupos subalternos sobre un principio civilizatorio basado en el mestizaje y blanqueamiento racial.

Sin embargo con el tiempo, Ibarra ha experimentado transformaciones en su composición social y cada vez se ha configurado como un lugar más diverso étnico-cultural, debido a las migraciones internas provenientes de cantones como Otavalo, Pimampiro, otros y, ahora, con los procesos migratorios intrarregionales se pensaría que esas representaciones sociales del pasado se irían desvaneciendo, pero más bien ha ido innovándose en el sentido que expresa un reciclaje de la ideología colonial (Morales 2001) que se reproduce a medida que tienen lugar las interacciones en el mercado laboral.

Esta inserción laboral de los migrantes económicos en Ibarra nos muestra un componente particular de clase, que tiende a generar nuevos procesos de estratificación social de los migrantes en la localidad; esto quiere decir, si bien los migrantes económicos han accedido a un empleo en condiciones más o menos regulares, los grupos privilegiados locales ponen en marcha otro tipo de categorización social (Mora 2009) que hace referencia al uso del espacio público y a la segregación residencial basada en la nacionalidad, a la cual se ven confrontadas las familias colombianas en Ibarra, que deben desplazarse a espacio peri-urbanos. De tal modo, en la ciudad se empieza a configurar zonas periféricas, donde se observa reasentamientos de migrantes, quienes optan por el auto-encierro y optan por mantenerse al margen de las actividades cívicas de la urbe.

Las prácticas cotidianas, como hemos visto en las interacciones entre migrantes y no migrantes, están plasmadas por situaciones de desconfianza, las mismas que esconden detrás maneras simuladas de distanciamiento social adoptadas por los comerciantes locales,

quienes conforman un grupo de poder local, adscritos a las primeras familias de mercaderes de la ciudad de Ibarra que han acumulado capital económico y social (Yépez 2015). Estas formas de relacionamiento demuestran la persistencia de desigualdades que se profundizan cuando entran en diálogo con las migraciones. También se aprecia que en lo nacional/local se ponen en marcha mecanismos de dominación, que no tienen que ver con recursos económicos, sino que hace alusión al capital social, pues los migrantes colombianos en la “patria chica” deben demostrar sus capacidades económicas para ganarse un lugar y “trabajar duro” para alcanzar cierto reconocimiento social.

2.1.2 Indicios étnico-raciales en la inserción laboral de migrantes peruanos

Las dinámicas socioeconómicas de los migrantes peruanos en la ciudad de Otavalo dan cuenta de ciertas particularidades, que en términos de Liliana Rivera Sánchez (2007) podría denominarse “circuito migratorio” en el sentido que articula información duradera sobre posibilidades de arraigo y movilidad espacial. Pero estas características no se ejecutan de manera sistemática, sino que se va construyendo en el tiempo y espacio, a través de trayectos, intersecciones y quiebres. Dentro de este marco, se considera el espacio y el tiempo en los cuales se desarrolla el circuito.

En ese sentido, podemos señalar que las migraciones peruanas en Otavalo están presentes desde hace más de tres décadas y, en esta sección, nos interesa mostrar cómo su presencia trastocó la dinámica socioeconómica e intercultural de la ciudad³⁷. Según algunos relatos, las primeras familias peruanas llegaron a Otavalo atraídos por la fama que adquirió la plaza de Pochos a nivel internacional, un lugar que concentra dinamismo económico y turístico.

El objetivo planteado por los migrantes peruanos consistía en captar al comerciante indígena otavaleño, como uno de sus principales clientes para expandir la venta de sus artesanías a nivel nacional y alcanzar los mercados globales.

³⁷ En el año 2010, un grupo de indígenas otavaleños salieron a las calles de la ciudad a protestar por la presencia de comerciantes peruanos en la plaza de Ponchos. Entre los pedidos que se hicieron a las autoridades fue que se cierren los locales comerciales de estos, para evitar que se “perjudique” a los artesanos de la localidad (La Hora, 2010).

Así se aprecia en el siguiente testimonio:

nuestro interés eran los indígenas otavaleños... queríamos conocer cómo habían logrado ser exitosos y como hacían para llevar su mercadería hacia otras partes del mundo. En ese tiempo, nosotros no teníamos el visado abierto para Europa, entonces pensamos que aquí Otavalo es un buen nicho de mercado, porque podemos proveerles de artesanías a los viajeros. Pero con el tiempo, empezaron a vernos como competencia y quisieron expulsarnos de la ciudad, bajo el pretexto de que no teníamos nuestros papeles en regla. Sin embargo, cada que querían cerrar nuestros almacenes... les mostrábamos todo y no había justificativo para sacarnos de aquí. Sabíamos que detrás de esto estaban los indígenas de poncho dorado, quienes nos querían fuera de aquí (Carlos 2017)³⁸.

De este modo, se observa que el mercado de las artesanías está salpicado por tensiones y disputas por el uso y aprovechamiento del suelo; sin embargo, podemos advertir que detrás de estas manifestaciones se entretrejen inequidades socio-históricas, en las que se entrecruzan clase, género, etnia, nacionalidad; pero se expresan de distinta manera. En este caso, se puede presuponer que existe un conflicto étnico-racial, en el que se intenta medir fuerzas en un mercado de trabajo altamente competitivo, donde se encuentran dos etnias (en su mayoría aimaras- Perú y kichwa-otavalo) con un pasado colonial (IOA 1987), que pugnan por la oferta y demanda de artesanías tanto a nivel local como internacional; pero también por alcanzar un posicionamiento en la localidad.

Este hecho hay que comprender en el contexto de las relaciones socio-laborales que se establecen entre los dos grupos étnicos y que están atravesadas por el imaginario del “perjuicio” a intereses de comerciantes indígenas de la localidad y “amenaza” a la producción local. Es decir, los productores peruanos confrontan hostilidad por su nacionalidad y porque son vistos como una “amenaza”, que dañaría y perjudicaría la producción artesanal que proviene de las comunidades indígenas de Otavalo y que es comercializada en la plaza de Ponchos. Un testimonio sobre ello:

³⁸ Carlos Guaña 32 años, propietario del almacén “Artesanías de Perú”, entrevistado por Guadalupe Yapud, Otavalo, 15 de marzo 2017.

Cuando llegué a Otavalo tenía 19 años y ya tengo 38 años. Al principio había gente otavaleña que nos recibía bien, pero después otros nos empezaron a rechazar por unos cuantos compatriotas, quienes empezaron a imitar los modelos de productos que se fabricaban aquí en Otavalo y vendían a precios más bajos. Empezaron a traer mercadería con los mismos modelos y parecían una copia de la producción local; esto enojó a los indígenas de alta jerarquía de aquí y entonces empezaron a molestarnos. Nosotros podíamos vender la mercadería más barata, porque en el Perú, la mano de obra es más barata. Pero, algunos nativos nos hicieron problema, porque pensaron que les quitábamos el mercado. Por uno pagamos todos (Pablo 2017)³⁹.

A partir de la llegada de los productores peruanos, la plaza de Ponchos empezó a mostrar diversificación de productos artesanales, que se vendía a bajo costo y que captaba la atención de los turistas; los puestos se llenaron casi del 50% de artículos de alpaca de origen peruano; lo cual empezó a incomodar a los comerciantes locales, quienes argumentaron que registraban bajas en sus ventas y que en las comunidades se empezaría a dejar de producir tejidos. Estas ideas fueron fomentadas por los comerciantes indígenas más antiguos de la plaza, quienes se asumían como herederos de antiguos obreros pertenecientes a la élite indígena colonial (Bochart 2007).

Sin embargo, las divisiones entre los mismos comerciantes indígenas no se dejaron esperar, pues había otro grupo de vendedores que veía como beneficiosa la llegada de los productores peruanos, en el sentido que adquirirían la mercadería a precios convenientes. Según indicaron algunos comerciantes locales, ellos empezaron a comprarles más a los peruanos antes que a los artesanos locales. Esto se conocía en el medio, pero nadie lo menciona abiertamente. Parecería que en estas relaciones de intercambio persiste una lógica de mercado que tiende a la acumulación capitalista y que se supone caracterizaría al comerciante indígena de la actualidad. Sumado a ello, el desarrollo de capacidades de liderazgo por parte del sector indígena, que cada vez imponía un modelo económico

³⁹ Pablo Flores, 38 años propietario del almacén “Las ruinas del Sol”, entrevistado por Guadalupe Yapud. Otavalo 11 de junio 2017.

cultural, a través del cual se autodefinen como “empresarios indígenas” que tienen la responsabilidad de promover sentidos de identidad cultural, fortalecer las relaciones de parentesco y compadrazgo y mantener activas las redes migratorias internas e internacionales, a fin de incentivar la migración internacional y el espíritu de trabajo que caracteriza al pueblo kichwa-otavalo (Sarabino 2007).

Es decir, los y las migrantes de Perú entraron a competir con un grupo de indígenas urbanos que a lo largo de su historia experimentó un proceso de empoderamiento social, económico y cultural; lo cual implicó confrontar un escenario marcado por tensiones interétnicas pasadas, pero que siguen latentes en la actualidad y que cada vez adquieren formas más encubiertas en los procesos de interacción. Sobresale un sentido de revitalización étnica del indígena urbano que se traduce en cierto “orgullo indígena” sobre sí mismo y acentúan las diferencias con el resto de grupos étnicos y los migrantes. En estas racionalidades locales comprendemos el entretejido de clase, etnia-raza, género y origen que forman el entramado de desigualdades sociales.

En sí, los migrantes peruanos experimentan la exclusión y el rechazo de los grupos indígenas de poder en Otavalo, sobre la base de nociones étnico-raciales que acentúan su nacionalidad y su origen étnico. Son considerados por los comerciantes indígenas otavalos como “inferiores” e “imitadores”, que buscan ganarse un lugar en la comercialización internacional de artesanías, pero que están bastante alejados de parecerse al prototipo de comerciante viajero y “mindalae”.

Estos sentidos de “superioridad” percibidos en los comerciantes otavalos denotan privilegios de una clase social que intenta imponerse frente a los otros migrantes, apelando al énfasis de la etnicidad como un constructo social que encierra historia y un pasado donde los primeros líderes se destacaron en grandes contiendas socioeconómicas y políticas; de manera particular en la elaboración de tejidos y casimires.

2.1.3 Género, trabajo y migraciones peruanas

En contraste, encontramos en Otavalo un grupo de mujeres migrantes de origen peruano que se autodefine, en su mayoría, como aimaras y emprendedoras. En algunos casos, ellas iniciaron su experiencia migratoria antes que sus hermanos y decidieron quedarse en esta ciudad, puesto que habían escuchado de la plaza de Ponchos y se habían propuesto alcanzar éxito y prosperidad. Su incorporación al mercado laboral (comercialización de artesanías) está matizada por cierto empoderamiento económico cultivado desde su adolescencia y por la acumulación de capital social que trajeron consigo desde Perú. Son hijas de familias de artesanos con amplia trayectoria en el Perú y de sus padres heredaron el oficio. Este elemento es importante para comprender la linealidad de su ruta migratoria y su inserción laboral en el mercado de las artesanías, la misma que se caracteriza por presentar cierta movilidad social en el lugar de destino.

Al parecer, esta movilidad social constituye el resultado de una combinación de factores que se vuelven visibles en el comercio de las artesanías. Las migrantes aprovecharon las oportunidades que les mostraba la ciudad de Otavalo y desarrollaron sus habilidades como microempresarias. Optaron por el emprendimiento en la localidad, el mismo que es asumido como cierta independencia económica; lo cual rompe con el patrón migratorio de mujeres peruanas insertadas en el servicio doméstico en Argentina o Chile⁴⁰, un elemento clave en estos flujos migratorios sur-sur, que son altamente feminizados.

Un caso particular que encontramos durante el trabajo de campo fue el de Martha. Ella tiene 42 años; estudió Artes Plásticas en la universidad, pero no concluyó su carrera. Hace 10 años abrió dos locales de artesanías en Otavalo. Ella nos relata:

siguiendo el ejemplo de mis padres y mis seis hermanos varones aprendí a elaborar artesanías. Creo que me estaba preparando... para empezar a alzar el vuelo. Cuando cumplí mi mayoría de edad me decidí salir de casa. Había escuchado hablar a mis familiares y amigos de la plaza de Ponchos, aquí en Otavalo... entonces la primera vez vine como turista a conocer el sitio, me

⁴⁰ La feminización de las migraciones con destino a Argentina o Chile se caracterizan porque las mujeres de origen indígena se emplean en el servicio doméstico “cama adentro” (Stefoni, 20908)

gustó y me dije a mí misma... aquí me quedo. Entonces aprendí lo que era necesario. Los puntos de distribución, la selección de la mercadería, la negociación con los clientes. Primero entregaba al por mayor directamente a los indígenas otavaleños; pero más tarde me instalé dos almacenes en un lugar un poco alejado del centro. Aquí llegan compradores mayoristas y minoristas de Quito, Riobamba, Napo, San Antonio de Ibarra, para adquirir los artículos al por mayor y menor (Martha 2017)⁴¹.

Martha es una mujer muy activa. Mientras conversamos, atiende los pedidos, negocia los precios con los ofertantes, recibe la mercadería que llega desde el Perú, asigna las tareas a los empleados. Es un ir y venir por la alta demanda que tiene. Los lugareños la conocen y se ha ganado la fama de ser una “mujer de negocios”. Cuando se pregunta por artesanía peruana en Otavalo, la mayoría refiere a sus almacenes. “Vaya no más, ahí le atiende la Martita”, dicen. Ella dice que a pulso de ha ganado la confianza en los bancos, donde al inicio no querían hacerle un préstamo, pero ahora le buscan para otorgarle los créditos. Viaja cada dos meses al Cuzco para traer más mercadería.

Otro caso es el Eudosia quien administra su propio negocio de compra y venta de artesanías. Ella nos cuenta:

me vine a Otavalo con unas amigas. Conocí la ciudad y me encantó. Esta ciudad es muy acogedora y los indígenas son buenos compradores. En un inicio me vine sola y sí tuve muchos problemas por eso; pero fui aprendiendo en el camino. Luego de cinco años más tarde jalé a mis hijos y esposo. Ahora estamos todos como familia aquí. Me gusta atender personalmente en mi negocio (Eudosia 2017)⁴².

Entonces, en estos casos se aprecia cierto empoderamiento económico (Deere y León 2002) que permite a la mayoría de entrevistadas desarrollar capacidades económicas, financieras y de liderazgo. Esto a su vez, posibilitó que tracen su proyecto de vida en torno a la

⁴¹ Martha de 42 años, se autodefine como aimara y es propietaria del almacén “La Tierra del Sol”, entrevistada por Guadalupe Yapud, Otavalo, 5 de julio 2017.

⁴² Eudosia Cosco 45 años, administra el almacén de artesanías, entrevistada por Guadalupe Yapud, Otavalo, 4 de septiembre 2017.

migración. Sin embargo, detrás de estos procesos también existen formas de discriminación y exclusión por su condición de mujeres, por su nacionalidad o etnia y por encontrarse solas. El hecho de viajar solas y optar por un proyecto migratorio que implica desarraigo; dejar su país y su casa, ha desencadenado en situaciones de riesgo temporal; incluso han experimentado acoso en el trayecto hacia el Ecuador. Así se aprecia:

en Tumbes, vivíamos con mi esposo e hijos, yo le ayudaba a elaborar las artesanías a él; pero no nos iba tan bien, entonces me decidí a viajar por el Ecuador para yo misma vender la bisutería. Al principio fue difícil porque te ven sola y como mujer corres muchos riesgos, pero siempre me supe defender y salir bien parada. De tanto andar me quedé en Otavalo. Aquí los otavaleños aprecian nuestras artesanías. Ya llevé 12 años aquí. Me acostumbre a estar sola, porque mi esposo pasa más en Perú, mientras yo les envío un dinerito para los chicos que están estudiando allá. No es mucho, pero me alcanza, porque además en este local que arriendo, aquí mismo vivo, entonces me ahorro. Como tengo pocas cosas no necesito un espacio tan grande (González 2017)⁴³.

Las migrantes peruanas han ido resignificando sus vivencias para desarrollar capacidades de dirección y administración de sus negocios. Dicen con firmeza que siempre ha viajado solas y no necesitaron de alguien que le acompañe o les defienda porque se han preparado para confrontar situaciones hostiles o de algún tipo de violencia. Además, en algunos casos han asumido el rol productivo y reproductivo dentro y fuera del espacio doméstico, en razón de que han sido quienes se quedaron al frente del negocio, debido a que sus esposos e hijos tuvieron que regresar a Perú por cuestiones de estudios o preparación. A partir de ese momento, se responsabilizaron por la educación de sus hijos y lo hacen mediante el envío de remesas hacia su país de origen.

No obstante, estas prácticas socioeconómicas de las mujeres migrantes peruanas hay que leerlas desde las interacciones con los sectores de la localidad. Esto implica, si bien este grupo de mujeres ha adquirido capacidades administrativas, ha acumulado relativo capital económico y ha alcanzado cierto reconocimiento, detrás de estos procesos subyace

⁴³ Rosana González 48 años, tiene un local de bisutería a un lado de la plaza de Ponchos, entrevistada por Guadalupe Yapud, Otavalo, 28 de mayo 2017.

tensiones con el grupo de comerciantes varones de la localidad, quienes dan prioridad a negociar con los migrantes varones, pues existe representaciones sociales que desvalorizan el trabajo de las mujeres, en un mercado predominantemente masculino.

Otro elemento que se visualiza es la segregación étnico-racial que tienden a remarcar rasgos socio-culturales como propios de las “peruanas” de origen aimara y sobre quienes recaen sentimientos de xenofobia, puesto que para los locales las califican como las “aparecidas”, que llegaron a quitarles trabajo en el mercado local; son excluidas a ocupar espacios por fuera del centro de la plaza de Ponchos. De igual manera, desde lo nacional/local se ha invisibilizado su participación activa en el comercio de las artesanías y se han focalizado en marcarlas como “extrañas”.

Hasta aquí hemos reflexionado en torno a las desigualdades socio-laborales entretejidas en el entramado social y como a partir de la articulación con las migraciones transfronterizas de Colombia y Perú, se han ido profundizando las desigualdades sociales, atravesadas por estructuras de poder como la clase, el género, la etnia, la nacionalidad. Esto se hizo poniendo como centro del análisis el mercado de trabajo informal en Ibarra y el comercio de las artesanías en Otavalo, en el que confluyen tanto migrantes como no migrantes. Desde una dimensión espacial y desde la perspectiva de la interseccionalidad hemos visibilizado procesos de discriminación, exclusión y xenofobia con sus antiguas y nuevas formas de presentarse en lo local.

3.- Acaparamiento de oportunidades, redes migratorias y críticas al enclave étnico

Continuando con el análisis en el mercado de trabajo de Ibarra y Otavalo, nos proponemos en esta sección discutir sobre los mecanismos de cierre social, haciendo hincapié en el “acaparamiento de oportunidades”, las redes migratorias y el enclave étnico. Mientras para unos actores sociales las redes tienden puentes para el acceso a trabajo, vivienda, protección, información privilegiada; para otros sujetos estas pueden constituirse en un obstáculo para alcanzar el acceso a los mercados de trabajo. Caben aquí inquietudes como ¿cuáles son los mecanismos de cierre o apertura que operan para la inclusión o exclusión de

los otros? ¿Cómo se establecen relaciones de jerarquía entre los actores que conforman la red?

Para ponerlo en términos de Charles Tilly (2000) se asegura que estas redes superarían el ámbito individual para sobreponer lo organizacional e institucional. Es decir, se menciona que las organizaciones tienden a establecer “categorías” o pares categoriales (negro/blanco, varón/mujer, ciudadano/extranjero), definidos como relaciones sociales, en las que quienes tienen el control del acceso a los recursos, resuelven sus problemas organizacionales basándose en distinciones categoriales. “Inadvertidamente o no, establecen sistemas de cierre, exclusión y control social.

Siguiendo a Tilly planteamos que los actores sociales que integran la red generalmente categorizan mediante dos mecanismos causales: el primero es la explotación por parte de quienes tienen el poder, los recursos y son socialmente bien relacionadas. Este grupo obtiene utilidades del esfuerzo de terceros. Este aspecto lo hemos abordado tangencialmente en el caso de la población refugiada. Más aún, lo que nos interesa es identificar el segundo mecanismo de categorización que refiere al “acaparamiento de oportunidades” que es conceptualizado por el autor como un elemento en el cual los miembros de una red ganan acceso a un recurso valioso, renovable y tendiente a la formación de un monopolio. Entonces, en lo que sigue discutiremos el rol que cumplen las redes en el acceso o no al mercado laboral.

3.1 “Apropiación” de oportunidades en el comercio de artesanías en Otavalo

A pesar de la resistencia que mostraron los comerciantes indígenas de Otavalo ante la llegada del colectivo de migrantes peruanos, estos cada vez se encuentran posicionados en la localidad. Pero este posicionamiento corresponde a la fusión de varios elementos analíticos que los encontramos en el modelo integral de Erik Olin Wright (2009), para quien las desigualdades sociales deben entenderse bajo tres ejes: el primero, se refiere a los atributos y condiciones que tendrían los productores peruanos para acceder a un mercado laboral (importación/exportación de artesanías) casi exclusivo en el que ellos se encuentran.

Esto es, las condiciones materiales como el “origen de clase”, el entorno familiar (infancia) educación, que se articulan a recursos culturales y conexiones sociales.

El segundo aspecto alude a la “apropiación de oportunidades” económicas y a la exclusión de las mismas, que como hemos visto están mediadas por las redes que cada grupo étnico ha constituido a lo largo y ancho de su historia. El autor argumenta que el problema no es quien está excluido, sino que “existan mecanismos de exclusión que sostengan los privilegios de aquellos que se encuentran en determinada clase” (Wright 2009). Esto se evidencia en las barreras que imponen los miembros más antiguos para ingresar a la red y quienes cuentan con lazos de parentesco, capital social y económico suficiente para continuar posicionados dentro del grupo. De esta manera se van perpetuando las desigualdades sociales en los mercados de trabajo.

El tercer aspecto es la explotación y dominación que ejercen los capitalistas sobre los trabajadores en el mercado de trabajo. Dentro de las redes de migrantes peruanos se establecen estos mecanismos para acumular recursos, los mismos que van desde la contratación de mano de obra barata entre sus pares o de la localidad, hasta la flexibilización del trabajo (jornadas de fines de semana), contratos sin seguro social. Estas prácticas les ha permitido cierta acumulación económica y capital social y cultural. Se trata del ejercicio del poder, que se constituyó sobre la base del comercio de artesanías en auge y en la configuración de jerarquías sociales, que los ubica como productores procedentes de grupos étnicos dominantes (Wright 2016). De tal modo que las desigualdades dan notoriedad entre quienes son comerciantes y quienes no; entre las personas que cuentan o no con redes sociales o si poseen o no atributos individuales como resultado de sus condiciones de origen.

En este análisis, resaltamos el segundo componente que refiere a la apropiación de oportunidades, pues los productores peruanos manejan información privilegiada sobre el comercio en las localidades y fijan mecanismos de cierre social que propenden a la conservación de privilegios de su clase. Esto les permite acumular, mantener contactos sobre nuevos nichos de mercado, nuevas estrategias que implementan para mejorar la

atención en los almacenes de venta. Pérez Sáinz y Mora Salas (2014) sostienen que la apropiación de oportunidades proviene por parte de quienes en un inicio estuvieron categorizados como parte de las clases subalternas, es decir comerciantes que lograron regularizarse y convertirse en trabajadores formales son, ahora, quienes crean barreras para impedir el paso a los trabajadores del sector informal o aquellos que llegan en situación de irregularidad.

3.2 Entre vínculos, redes migratorias e inserción socio-laboral

En esta sección nos interesa examinar la relación que existe entre inserción laboral y redes migratorias. Nos preguntamos ¿cuál es el papel que cumplen las redes migratorias en el ingreso a los mercados laborales? Para iniciar hay que mencionar que durante mucho tiempo la migración fue estudiada desde el enfoque socioeconómico y se omitió el aspecto cultural y simbólico. Así varios autores (Massey. Et al 1998; Zahnizer 1999; Granovetter 2000; Durand 2003 citados en Pérez 2010) señalan que la circulación constante de personas y la movilización de bienes, dinero, información, ideas y capitales simbólicos han dado lugar a la conformación de redes sociales y cadenas migratorias que han perdurado en el tiempo y han alentado los procesos migratorios. Aquí se marca el giro en las migraciones que empieza a ser analizada desde sus vínculos.

En palabras de Claudia Pedone (2010) este enfoque nos permite examinar el papel que juegan los actores sociales, las relaciones de poder verticales – migrantes con poder de acceso al mercado de trabajo o a una vivienda- y relaciones horizontales – lazos de parentesco, reciprocidad, lealtad, solidaridad-. Elementos que son evidentes en el caso de las migraciones económicas de Colombia, dentro de las cuales casi el total de entrevistados y entrevistadas señalaron que llegaron a Ibarra porque contaban con algún familiar, pariente radicado desde hace algún tiempo en la ciudad y que les “tendió la mano” para instalarse en determinado puesto de trabajo.

Cuando recién llegan, los migrantes reciben ayuda para establecerse en un lugar, mientras encuentran vivienda y les orientan para encontrar trabajo en el sector informal. Esto da cuenta de que las redes funcionan mediante vínculos” fuertes” y relaciones sociales que

pueden influir en los demás. Mediante estas redes, quienes están interesados en migrar van aprendiendo sobre las rutas, tiempos, condiciones de empleo, formas de comportamiento, peligros, riesgos. Es decir, se vuelven una fuente importante de poder e influencia entre quienes se van y los que se quedan (Pedone 2005).

De igual manera los migrantes económicos en Ibarra han establecido lazos interpersonales y conexiones entre dos o tres generaciones con relaciones de parentesco, amistad o familiaridad en origen y en destino. Se podría reflexionar retomando a Massey et al (1998) que estos primeros grupos de migrantes forjaron fuentes de empleo e identificaron nichos de mercado, que podrían llegar a ser ocupados por futuros migrantes. A pesar que estamos hablando de un 5.1% de población migrante económica en la ciudad, la relativa estabilidad económica que encuentran constituye un atractivo para que otro grupo de personas de su círculo familiar o amigos busquen migrar hacia el Ecuador y a varios países de otros continentes.

Un relato de un migrante colombiano que llegó ayudado por un conocido. Así expresa:

yo me vine a Ibarra hace 11 años con mi familia. No me he quedado en otras ciudades, llegué directamente acá. Me vine ya con trabajo a la panadería Colombia. El dueño era conocido y le dio a trabajo a mi esposa como cocinera y a mí como panadero. Aún recuerdo lo que me dijo “le voy a dar trabajo porque usted no se mete con nadie”. Aquí trabajamos como tres años y nunca pedimos alza de sueldo ni que nos aseguren, porque estamos muy agradecidos con los dueños. Además... si en algún momento uno alguna vez lo vuelvo a necesitar estoy seguro que nos van a echar la mano. Ahorramos todo el tiempo hasta que nos pusimos nuestro propio restaurante de comida típica colombiana. Aquí trabajamos todos. Mis hijas son echaditas palante... nosotros somos de arranque y nos ganamos a pulso nuestro dinero (Santos 2017)⁴⁴.

⁴⁴ Luis Santos 56 años, propietario del restaurante “Las delicias de Colombia, entrevistado por Guadalupe Yapud, Ibarra, 16 de septiembre 2017.

En el relato se pone en juego varios aspectos que caracterizan a las redes migratorias. En primer lugar, se expresa el apoyo que recibe la pareja de inmigrantes por parte de una tercera persona que ya se encuentra establecida desde hace algunos años en la ciudad de Ibarra y donde su negocio cuenta con reconocimiento local, pues se trata de una cadena de panaderías con relativo éxito en la localidad y que es conocida porque emplea únicamente mano de obra de Colombia. En segundo lugar, se evidencian relaciones basadas en la confianza y reciprocidad entre los integrantes de la red. Aquí es sustancial que tanto quienes llegan asuman un compromiso con el propietario del local, pues no exigen incremento de sueldos ni el seguro social como una muestra de agradecimiento hacia sus pares, al darles la oportunidad de trabajar. Hecho que se interpreta desde las relaciones asimétricas que se establecen entre los miembros de una red, pues por debajo de estas supuestas ayudas hay explotación laboral y por ende se acentúan las desigualdades sociales entre migrantes.

Por eso lo poco que ganan nos les permite enviar remesas a sus familias que quedaron en Colombia y no se cumple lo de “causalidad acumulativa” planteada por Massey. Et al, puesto que los entrevistados indican que los ingresos que obtienen por las actividades económicas en la localidad no son suficientes para envío de dinero a sus familiares. Lo que sí quedó claro es que este apoyo de la red es visto por los recién llegados como una forma inicial de mantenerse en el lugar de destino, puesto que luego de un tiempo y de ahorros de dinero optan por salir del negocio y emprender en uno propio.

El grueso de los entrevistados y entrevistadas dan cuenta que llegaron a Ibarra porque tenían un familiar o una persona conocida que ya estaba radicada en esta ciudad. Es el caso de Arturo Asprilla de 63 años, quien vive 15 años en Ibarra. Llegó a la ciudad con la ayuda de su hija quien se desempeña como ayudante de peluquería. Antes de iniciar su viaje él talaba y pasaba madera en el sector del río Tumaco –frontera con territorio-ecuatoriano- y su aspiración era instalar un depósito de madera en Cali. Pero por la persecución que vivió en su país tuvo que dejar su tierra natal.

Él señala:

me empezaron a extorsionar por el pase de la madera. Primero me cobraban 400 mil pesos, pero luego me subieron a 800 mil pesos. Yo estaba trabajando solamente para ellos y como les estaba adeudando mucho tuve que salir corriendo de ahí porque me amenazaron de muerte. Mi hija ya tenía aquí en Ibarra mucho tiempo y me acogió en su casa y me ayudó a buscar un puesto para vender comida. Yo ya me establecí aquí y no pienso regresar a Colombia (Asprilla 2017)⁴⁵.

Además, otro aspecto que sobresale en los relatos es que no retornan a Colombia y por eso no están interesados en adquirir propiedades en su país de origen, sino más bien ahorran para construir una casa propia en las sociedades receptoras. En este grupo también se aprecia cierta movilidad social económica, en el sentido que empezaron desde “abajo” como dicen y pese a que en un inicio ingresaron al comercio ambulante o al trabajo por jornal en las plazas o restaurantes se dio un emplazamiento hacia el trabajo independiente o autónomo.

Otro elemento de análisis dentro del concepto de red migratoria es la calidad y cantidad de información que circula para lograr el proyecto migratorio. No todas las personas acceden fácilmente a ella, porque los canales por los cuales recorre están estrechamente ligados a relaciones fuertes que prescinden de la distancia y por ello, de la frecuencia de contactos (Ramella 1995). Por lo general los agentes que integran la red conocen información sobre fuentes de trabajo y vivienda y por ello ejercen dominación sobre los otros.

Retomando las palabras de Claudia Pedone (2010) con respecto al carácter cambiante de las redes migratorias, se menciona que estas van adaptándose a la realidad que viven los y las migrantes. Por ejemplo, pueden generarse iniciativas para generar medios de vida para las mujeres migrantes, quienes asumen las normas y los estatus que rigen a la red. En los dos grupos tiene relevancia las relaciones de reciprocidad y confianza que se pone a prueba cuando se implementan los créditos. Aquí no hay plazos ni solicitan garante, pero las socias

⁴⁵ Arturo Asprilla de 69 años, comercializaba empanadas tradicionales de Colombia, entrevistado por Guadalupe Yapud, Ibarra 5 de octubre 2017.

son quienes de autoimponen los tiempos y las cuotas. Son iniciativas que están empezando, pero que desde ya existen relaciones más horizontales.

De esta manera se argumenta que las redes migratorias cumplen un papel fundamental en la trayectoria laboral de las personas que recién llegan a una sociedad de destino, en el sentido que transforman o modifica el trayecto laboral haciéndolo más lineal y con menor movilidad territorial, es decir una persona que se emplea con el apoyo de terceras personas asentadas en los lugares de destino tienen más posibilidades de cambiar la ruta, pues hay la tendencia a alcanzar cierta estabilidad laboral y movilidad social/económica y permanecer por más tiempo en un lugar de destino como es el caso de los inmigrantes de Colombia en la ciudad de Ibarra.

En sí, podemos inferir que no siempre las redes juegan un papel positivo, puesto que no están libres de contradicciones, límites, debilidades que se reflejen en el éxito o fracaso de las trayectorias laborales y migratorias. Tampoco son un sistema fijo, más bien son cambiantes e históricas y dependen de la agencialidad de los sujetos para reproducir capital social o crear mecanismos de cierre que impida el acceso a otros sujetos dentro de la red. Así se evidencia en el siguiente apartado, donde se discuten las redes como una forma de aprovechamiento de oportunidades y blindaje para potenciales integrantes.

3.2.1 Redes, *modus operandi* y exclusión entre migrantes en Ibarra

Si hay algo que caracteriza a los migrantes económicos colombianos y a los migrantes peruanos es la definición de “acaparamiento de oportunidades”, pues los dos grupos, a lo largo del tiempo han conformado redes que se han ido fortaleciendo tanto en Ibarra como en Otavalo. Cada uno de sus integrantes son parte de la red, conocen su funcionamiento, luego hacen suyo el *modus operandi* de la red en cuestión. Una vez que las redes se han consolidado en los lugares de destino, los pioneros de la red ponen en marcha prácticas de exclusión que comprendemos desde el *aprovechamiento de oportunidades*, que busca visibilizar que las ventajas o privilegios de unos pocos se derivan y son relativos a las desventajas de otros (Wright 2016).

En ese marco, ponemos en escena la experiencia de Tatiana P. quien reside hace más de 15 años en Ibarra llegó desde Cali. Pero antes de tomar la decisión de instalarse en la ciudad, ella y su esposo venían frecuentemente de paseo y un primo suyo les contó que Ibarra era una ciudad para invertir. Se dieron cuenta que aquí nadie fabricaba colchones ni camas metálicas, entonces le vino la idea de abrir una pequeña microempresa para fabricar estos productos y comercializarlos al por mayor y menor. Ella nos cuenta:

al inicio le enviamos a mi padre para que conozca la ciudad y busque tanto un local como donde vivir. Él hizo sus primeros contactos y estableció amistad con gente de aquí. Ya nos decidimos a venir y llegamos con mis dos hijos. El primero de 14 años y el segundo de 9 años. Aquí a nosotros nos pedían altas sumas de dinero por el alquiler del departamento y por eso debe ser que nunca nos subieron el arriendo y aguantamos como ocho años. Con el tiempo hicimos nuestra casa propia y ya estamos como siete años más en la ciudad. Mis hijos se han educado. El primero es médico estudió en Bogotá y mi segundo hijo es ingeniero graduado aquí en Quito. Nuestro negocio se caracteriza por entregar además de las camas y colchones todo tipo de electrodomésticos a domicilio, donde también lo cobramos como se pueda diario, semanal o mensual. Aquí no nos ha ido mal. Pese a que no hemos ejercido nuestra profesión (Ingeniero eléctrico e ingeniera eléctrica) hemos levantado este negocio con mucho esfuerzo (Tatiana 2017)⁴⁶.

Otro caso es de Luis Narváez de 45 años quien expresa:

Yo soy de Bogotá y llevo 14 años aquí en Ibarra. No puedo quejarme porque vine como una aventura a la ciudad invitado de un amigo que ya estaba por acá y poco a poco he logrado abrir dos locales de fantasías y otras chucherías. La gente de aquí compra mucho. Lo que sí tuve al principio problemas es con encontrar un sitio donde vivir. Anduve buscando un sitio tranquilo y veía que estaba un anuncio... preguntaba y me escuchaba el acento colombiano y me decían que ya estaba arrendado. Luego regresaba por el mismo lugar y seguía el letrero ahí mismo. Hasta que al fin encontré, pero a un alto costo. Me pedían el doble y hasta el triple del valor... como sí me alcanzaba les pagué. Ahí estuve por ocho años hasta

⁴⁶ Tatiana, entrevistada por Guadalupe Yapud, Ibarra, 15 de agosto de 2017.

que ya hice mi casa propia. Mis hijos también vivieron un infierno al principio porque en la escuela les gritaban “narcos” o colombianos aparecidos (Narváez 2017)⁴⁷.

Cuando se fija el aprovechamiento del “recurso valioso”, que en este caso es el acceso al mercado del comercio al por mayor y menor, la red empieza a propiciar determinadas pautas de cierre social; esto implica que no todos pueden ingresar dentro de la red y empiezan a implementarse normativa que impide su acceso a la misma. Esto se evidenció en algunas narrativas de las trayectorias laborales de personas refugiadas. Por un lado, hay quienes aseguran que sus paisanos se “ecuatorianizan”, en el sentido que les contratan como mano de obra barata y no cumplen con la normativa legal para su inserción laboral.

Por otro lado, existe un grupo de migrantes colombianos asentados en Ibarra que aseguran haber tenido experiencias negativas con sus coterráneos como les denominan y prefieren no contratarlos más.

Así lo expresa Carlos, quien contó que en su negocio han pasado más de 300 trabajadores de los cuales 200 eran colombianos y 100 de la localidad:

una como persona y humana que es... busca dar trabajo primero al colombiano por el apego, porque es su gente y quiere tenderles la mano. Además, el colombiano no tiene vergüenza para tocar las puertas y ofrecer. Somos como se dice de hacha y machete. El colombiano es para trabajar en lo que le pongan, es conversador, es metido y para este trabajo eso es lo que se necesita. Si se le dice haga esto, él lo hace y enseguida. Pero también vienen con sus mañas. A mí me robaron el carro. Esa fue una mala experiencia y por eso me dije no quiero un colombiano más en mi negocio (Carlos 2017)⁴⁸.

En estos casos y en términos de Tilly, el acaparamiento de oportunidades abre un abanico de posibilidades de interpretación en el caso de los migrantes económicos, quienes adoptan

⁴⁷ Luis Narváez, dueño de almacenes “Fantasía”, entrevistado por Guadalupe Yapud Ibarra abril 2017.

⁴⁸ Carlos Julio R. ex integrante de la Asociación de colombianos de Imbabura, entrevistado por Guadalupe Yapud, Ibarra, 15 de septiembre 2017.

mecanismos de exclusión para sus pares. Podría pensarse que las redes conformadas por migrantes facilitan la inserción laboral de sus “paisanos”; pero se observa que aquí se convierten en obstáculos para insertarse laboralmente. Se aprecia también aprovechamiento de excedente en el trabajo de quienes recién llegan a la ciudad y tienen que trabajar más de ocho horas diarias bajo procesos de irregularidad laboral.

Entonces, este mecanismo de acaparar oportunidades se expresa en la profundización de desigualdades sociales entre migrantes, pues las redes se van blindándose para evitar el acceso de terceros a la red. Asumen medidas de protección y evitan el contacto posible con quienes se convierten en los otros entre los otros. Es decir, se evidencia discriminación y exclusión al interior de la red.

3.3 Críticas al “enclave étnico” de Perú en Otavalo

Dentro de los estudios sobre redes migratorias, se ha debatido ampliamente la utilidad que proporciona el concepto de enclave étnico para explicar el comportamiento económico de los grupos de migrantes pertenecientes a una etnia y aparentemente en situación de pobreza. Se trata de un grupo poblacional que comparte una misma cultura, lengua e identidad, en el que sobresalen dinámicas internas que hacen viables y sustentables económica y socialmente empresas étnicas que han salido adelante y han perdurado a lo largo del tiempo en los países de destino. Para que sea considerado un enclave étnico se requiere la presencia de un número importante de migrantes con experiencia adquirida en los negocios del país de origen, la disponibilidad de fuentes de capital y la apertura de fuentes de trabajo (Portes y Wilson 1980).

Esto se puede proyectar en el caso de los productores peruanos, quienes se insertaron en el mercado de las artesanías hace dos o más generaciones. Los primeros migrantes llegaron en busca de nichos de mercado para los tejidos de alpaca y otros productos. Las primeras familias se asentaron y pese a los problemas que tuvieron al inicio, han seguido consecutivamente sus hijos o familiares con la actividad comercial que se desarrolla tanto en el Ecuador como en el Perú. El 99% de los artesanos con quienes conversamos tenían un

antecedente migratorio y habían recibido la ayuda de sus padres o hermanos/as mayores para instalar su negocio en Otavalo.

El enclave se concentra geográficamente en un espacio identificable, por la naturaleza de sus actividades. En sus primeras etapas, esa proximidad responde a tres factores: por la necesidad de estar cerca al mercado étnico; la segunda por la proximidad que requieren los miembros entre sí, para intercambiar información, acceso al crédito y actividades de apoyo; en tercer lugar, debido a la oferta de trabajos étnicos (Portes 1989).

Así lo narra Miguel A:

nosotros llegamos a Otavalo en el año 2002, pero mi padre ya estaba aquí unos 8 años antes. Como nosotros teníamos nuestros negocios de artesanías en el Perú optamos por ampliarnos aquí en esta ciudad que es muy parecida al Cuzco. Tenemos la ventaja que estamos concentrados en un solo lugar y somos los principales proveedores de las artesanías aquí. De todo lo que se comercializa en la plaza de Ponchos el 50% es producción peruana, que es muy apreciada por los otavaleños por ser de mejor calidad y sale a precios más cómodos, porque en nuestro país, la mano de obra y materia prima son más baratas. A diferencia de lo que ocurre. Se podría decir que nos va bastante bien ya que también damos trabajo a otras personas de aquí (Andrade 2018)⁴⁹.

Sin embargo, este marco conceptual también ha sido el foco de críticas, a las cuales nos sumamos para argumentar lo siguiente: el colectivo de peruanos sería un enclave étnico porque es un grupo que se adscribe a una etnia, una lengua y a una identidad. Se trata de un grupo que lleva más de 20 años en el mercado nacional e internacional de la producción de artesanías. Los primeros migrantes que arribaron a Otavalo, llegaron con capital económico para invertir en la localidad, generaron fuentes de trabajo entre sus familiares y conocidos; pero también han empezado a contratar empleados de la localidad. Por lo general iniciaron

⁴⁹ Miguel Andrade 59 años, se autodefine como productor, entrevistado por Guadalupe Yapud, Otavalo, 22 de octubre de 2018.

como negocios pequeños, pero atendiendo al mercado global de los migrantes indígenas otavaleños, para luego abarcar también el mercado nacional.

Se manejan con negocios familiares que son atendidos por los miembros del núcleo, aunque cuando hay alta demanda contratan mano de obra local a destajo y por jornal. Están ubicados geográficamente en un sitio estratégico donde comparten información sobre posibles nuevos mercados, nuevas estrategias de venta, intercambio de mercadería en el caso de que uno de ellos lo necesitare. Casi todos autocalifican a sus negocios como prósperos y con relativo éxito económico, debido a la aceptación que tienen las artesanías peruanas y que son altamente demandadas por su calidad y costo en el mercado local y para el envío a mercados globales.

Este auge económico del enclave étnico peruano no solamente debe comprenderse como meras transacciones comerciales, sino también como el establecimiento de relaciones de confianza, solidaridad entre los miembros de la red. De tal modo que hay una transformación en el estatus social, gracias a cierta acumulación del capital económico y social a través del tiempo (Portes 1989).

Sin embargo, estas ideas hay que matizarlas a la luz de las críticas del enclave étnico. En primer lugar, se menciona que el enclave étnico puede propiciar el individualismo, en el sentido que las migraciones es un tema de decisiones y acciones de una sola persona; además se presupone una relación de dependencia frente a sus pares que llegaron antes al lugar de destino, es decir, implicaría falta de agencia por parte de quienes recién llegan a los sitios de acogida y ausencia de iniciativas para el emprendimiento en los sitios de acogida.

Además, existe el supuesto de que el enclave étnico esconde desigualdades sociales y sobreexplotación laboral. Elementos que no se visualizaron entre migrantes peruanos; pero sí por parte de estos con indígenas de la localidad. En cuanto a las redes, estas se activan cuando un compatriota desea llegar al Ecuador y entran a operar, mediante la circulación de información sobre beneficios y facilidades de asentarse en Otavalo; pero esta información

tiene gran valía para los primeros migrantes; por eso no circula fácilmente entre los miembros del enclave. Aquí se evidencia exclusión de otros integrantes, pues la información es privilegiada y no está disponible para todos.

En segundo lugar, se cuestiona el relativo éxito económico que alcanzarían los inmigrantes, a través de la acumulación del capital social, en el sentido que se desconoce con certeza la procedencia de esta capital social y si éste se relaciona directamente con el éxito económico que lograrían los migrantes en las sociedades receptoras. En el caso de los productores peruanos cuentan con ciertas ventajas frente a los artesanos locales, en el sentido que su producción tiene acogida por los costos bajos y se encuentran posicionados en un espacio de la plaza de Ponchos; sin embargo, esto no puede considerarse como reconocimiento, pues aún existen indicios de xenofobia por parte de la población local. De igual manera, el capital social que van acumulando se empieza a levantar sobre la base de estrategias que lo veremos más adelante.

Con respecto al capital social consideramos que es uno de los elementos que más se ha desarrollado en el colectivo peruano, puesto que a eso se debe estos negocios étnicos sean sostenibles (Portes y Sensebrenner 1993; Lin 2000; Phillips & Massey 2000 citados en Pérez 2010). Existen fuertes relaciones de reciprocidad, solidaridad y confianza, en el sentido que entre las familias se intercambian mercaderías, se prestan dinero sin el pago de intereses. Todos los miembros aportan con algún recurso material o simbólico para que se consolide la empresa. El capital social implica altos niveles de confianza entre sus miembros, quienes acceden a la rotación de créditos y a los intercambios informales como mecanismos para ascender social y económicamente (Portes A. y M. Zhou 1992).

No obstante, hay que tomar en cuenta la advertencia de Portes cuando afirma que hay distinciones entre fuentes de capital social y recursos que se puedan adquirir por otras vías., como el ahorro y las alianzas. Es decir, los logros colectivos no pueden confundirse como resultado de la acumulación de capital social o fracasos colectivos con la falta de capital social. Si bien, se activa el capital social a nivel de todas las minorías que enfrentan ambientes hostiles en los sitios de recepción, pero no todos pueden denominarse como

enclaves étnicos. Consideramos que el caso peruano hay más diferencias que similitudes en cuanto a la aplicación del concepto. Por ello, nuestra interpretación se basa en las críticas al enclave étnico y lo hemos asumido con sus respectivos matices para comprender su participación en el mercado de las artesanías de Otavalo.

4.- Estrategias para el acceso y permanencia en el mercado laboral

Como se aprecia, en este estudio hemos tomado al mercado de trabajo como el locus, donde se entretejen desigualdades sociales, que articuladas a la dinámica migratoria transfronteriza complejizan los espacios laborales. Sostenemos que estas inequidades tienen origen colonial y han apartado a grupos étnico-raciales del proyecto de nación; sin embargo, en la actualidad vemos cómo estas desigualdades se desplazan hacia los y las migrantes en prácticas específicas como la discriminación, la exclusión y la xenofobia.

Frente a estas formas clásicas o renovadas de discriminación ¿qué dicen o hacen los sujetos migrantes? ¿Aceptan, se resignan o resisten a este proceso de indigenización, racialización hacia la población colombiana? Cuestiones que nos llevan a precisar algunas tácticas y juegos de poder que los y las migrantes despliegan desde sus prácticas cotidianas. Se comprende a las “tácticas” como aquellas insinuaciones fragmentadas que dependen del tiempo y que son acogidas repentinamente en ocasiones para manipular el orden establecido y “transformar los eventos en oportunidades” (De Certeau 1999).

Coincidimos con el planteamiento de Emma Cervone (1999) antes que de estrategias son “tácticas” lo que ponen en marcha los sujetos migrantes para revertir prácticas racistas o discriminatorias. Estas tácticas se reflejan en acciones que sugieren apropiamiento del territorio del otro, pero sin lograrlo del todo; es decir esperan la primera oportunidad para manipular los eventos y tornarlos a su favor.

Desde otra perspectiva James Scott (1985) confirma que la resistencia se suscita a manera de agencialidad, en la que los subordinados no reaccionan frontalmente hacia las jerarquías sociales y el poder; sino que buscan en la medida de lo posible alivianar las posibles sobrecargas del sistema, mediante las tácticas como el “eufemismo”; el aparente

sometimiento y el contubernio. En este sentido salen a flote las capacidades de los subyugados para evadir los intereses de los grupos dominantes.

No obstante, en este espacio atravesado por constantes pugnas, tensiones y disputas, los migrantes han puesto en marcha estrategias que les ha permitido acceder y mantenerse en el mercado laboral. Con ello, argumentaremos que los sujetos migrantes traen consigo o desarrollan en el territorio de acogida su capacidad para encarar los obstáculos y barreras que se presentan en el mercado laboral. Para eso, mostraremos cada una de estas estrategias por parte de los tres grupos objeto de estudio; resaltando lo más característico de cada uno.

4.1 Tendencia al ahorro y el emprendimiento para revertir las desigualdades

Una primera estrategia que se manifiesta en el colectivo de refugiados y algunos migrantes económicos es la tendencia al ahorro con el fin de acumular un pequeño capital que les permita adquirir los materiales y la materia prima para emprender en su negocio propio. De este modo se plantean un proyecto a largo plazo, que implica tener “algo propio”. En algunos casos encontrados en Ibarra combinaban más de dos o tres actividades económicas.

Las connotaciones que tienen los actores acerca del trabajo por cuenta propia van desde mayor autonomía económica, administrar su tiempo y su alimento. Estas son algunas de las expresiones:

las ventajas económicas de tener un propio negocio es que una almuerzo a la hora que es. En los restaurantes donde trabajé no podía hacerlo porque tenía que estar sirviendo a la gente que llegaba en ese momento a comer. Uno tiene que almorzar cuando ya no hay gente y eso quiere decir tipo 4 o 5 de la tarde. En su negocio propio saca un mejor ingreso. Se dedica más tiempo a la familia y puedo atender de mejor manera a mi hija. En cambio, en otra situación estaría en carreras. Hay grandes diferencias entre ser empleado y tener el negocio propio. Yo si fuera empleado no podría estar aquí sentado, sino que tendría que estar el tiempo haciendo algo... si tengo mi negocio yo puedo tomarme una cola, si quiero comer más yo lo tomo y ya... me sirvo mi jugo. En cambio, si estuviera con una patrona tendría que pedir y si ella me da bien y si no tendría que pagar o que me rebaje de mi paga. Aunque eso sí este restaurante significa trabajar muchas horas. Desde las 6h00 de la

mañana hasta las 20h00. Muchos sacrificios. Los domingos apenas se descansa y se dedican a limpiar la casa (Hurtado 2018)⁵⁰.

Estas expresiones muestran las percepciones que tienen los migrantes con respecto al trabajo informal, que les da más libertad para accionar y sería una escapatoria al sometimiento por parte de los patronos y/o empleadoras. También se asiente como una manera de ir preparando el terreno, en el cual tendrían la posibilidad de revertir el poder y pasar de dominados a dominadores. Durante el trabajo de campo, encontramos casos en los cuales las migrantes/refugiadas llegaron a insertarse laboralmente en atención al cliente, pero después de unos años lograron adquirir un negocio propio. Desde esta posición de empleadoras empezaron a revertir la discriminación de la cual fueron objeto hacia los sectores indígenas y hacia las nuevas empleadas recién contratadas.

Otra forma de hacerle frente a la discriminación múltiple ha sido el silencio y el encierro por parte de algunas mujeres refugiadas, especialmente cuando recién llegan. Prefieren mantenerse al margen de las actividades culturales de la ciudad y la provincia. Más bien las festividades son aprovechadas para la venta del café con empanadas o cualquier otra actividad que no implique visibilidad pública. Un silencio que se traduce en una especie de indiferencia o “frialdad” ante un posible maltrato en los espacios públicos.

La organización sindical o gremial de hecho es otra iniciativa que fomentan los grupos migrantes para evadir la discriminación y exclusión social. En Ibarra, se han creado organizaciones binacionales que cuentan con el auspicio de las instituciones y organizaciones no gubernamentales que trabajan el tema migratorio. A través de alianzas, se ejecutan proyectos de vivienda o actividades de fortalecimiento organizativo. Sin embargo, estos procesos no se han sostenido por la falta de articulación institucional desde las entidades que trabajan el tema de movilidad humana y a causa de las tensiones que se producen al interior de los grupos constituidos.

⁵⁰ Mesías Hurtado de 64 años, entrevistado por Guadalupe Yapud. Ibarra 3 de abril de 2018.

En el caso de los migrantes colombianos (varones) también optan por abandonar abruptamente los trabajos como una forma de confrontar la explotación y bajo el supuesto que cuando más los requieran “se botan” del oficio. Otras formas de resistencia son las denuncias que presentan los empleados y empleadas en el Ministerio de Trabajo, en contra de sus empleadores, aunque esta medida les signifique quedarse sin empleo. Otra manera de evadir la explotación consiste en que los migrantes realizan préstamos en las entidades financieras de la localidad con la garantía de sus empleadores; luego pasa un tiempo, abandonan el trabajo y se desaparecen; siendo los garantes quienes tienen que asumir la cancelación del crédito.

De hecho, lo que se interpreta es la complejidad de las relaciones sociales entre los sujetos en contextos donde se desarrollan prácticas discriminatorias de exclusión y xenofobia. Esto nos hace pensar que la movilidad de las personas configura otros escenarios y que su análisis puede develar la persistencia de las inequidades.

4.2 Relaciones de negociación y repartición del mercado de artesanías

Como se mencionó anteriormente, los productores peruanos ingresaron al mercado de las artesanías de Otavalo, en medio de muestras de rechazo por parte de la población local; sin embargo, este ambiente de hostilidad que experimentaron durante los primeros años fue transformándose en acuerdos tácitos entre artesanos peruanos y comerciantes indígenas otavaleños. A medida que las artesanías provenientes de Perú resultaban ser productos novedosos y a bajos costos, la plaza de Pochos empezó a inundarse de estos artículos, que les representaba mayores ganancias para los vendedores locales.

Es así que las artesanías peruanas fueron altamente demandadas por la mayoría de los comerciantes de la ciudad de Otavalo; pero poco se habla sobre ello. Según los productores de Perú casi el 50% de esta producción se comercializa en la plaza de Ponchos, pero casi nadie lo expresa. Existen ciertas reservas por parte de los artesanos y comerciantes indígenas de la localidad para referirse al tema o cuando mencionan lo hacen en medio de evasivas y optan por resaltar la mercadería local. Estas reacciones fueron registradas en la recopilación de información para este estudio y nos dan cuenta sobre la capacidad de

negociación que fueron adquiriendo los migrantes peruanos. “Aquí ganamos todos”, se escucha decir entre los vendedores, pues la rentabilidad que les genera esta actividad está repartida entre artesanos peruanos que venden los productos al por mayor y los vendedores indígenas que adquieren la mercadería a bajo costo.

Los migrantes peruanos implementaron estrategias para ganar terreno en el mercado, pero no se lo hacía abiertamente; es decir, los intercambios entre otavaleños y peruanos sucedían de forma paulatina y en medio de silencios en el entorno. Así se aprecia en el siguiente testimonio:

ellos llegaron a Otavalo con productos en alpaca y aquí no se fabrica en este material. Entonces su mercadería nos ayudó a que tengamos de todo, que sea variado y que los turistas sean los que elijan entre el uno y el otro. Sí... cierto es que no son nuestros, pero creo que la plaza da para todos; aunque hay algunos comerciantes que no quieren hablar sobre eso, porque señalan que nos puede perjudicar. Yo creo que esto no puede ser así, porque hay para todos (Morales 2017)⁵¹.

De esta manera y bajo lógicas de funcionamiento del mercado local, los migrantes peruanos han ido ampliando sus negocios en la zona lateral de la plaza de Ponchos y mientras se levantaba información, estaban proyectándose a viajar hacia otros países con su producción y expandirse a nivel local, nacional e internacional. Este acuerdo tácito entre las partes, se interpreta como relaciones de intercambio “pactadas” entre productores peruanos y una élite de comerciantes indígenas otavaleños; lo cual empieza a configurar un monopolio y control del comercio y exportación de artesanías, por parte de migrantes peruanos e indígenas otavaleños que cuentan con una amplia trayectoria laboral en este campo.

4.2.1 Contratación de mano de obra de la localidad

Otra estrategia que han implementado los comerciantes peruanos para mantenerse en el mercado local, consiste en la contratación de empleados y empleadas de origen indígena,

⁵¹ Luis Morales, 55 años, se autodefine como migrante kichwa-otavalo, entrevistado por Guadalupe Yapud. Otavalo 13 de agosto de 2017.

quienes laboran en la atención al público. De hecho, los almacenes de propiedad de migrantes peruanos generalmente contratan indígenas otavaleñas para que sean quienes atiendan a los turistas; convirtiendo estos empleos en sub-nichos de mercado a los cuales acuden adolescentes jóvenes y de escasos recursos económicos de la localidad.

Se trata de un sector de la población jóvenes, hombres y mujeres indígenas de aproximadamente e16, 17 y 18 años de edad que son contratados de forma ocasional para la atención de los fines de semana o cuando hay temporadas altas en las ventas. Durante la contratación enfatizan que sean mujeres otavaleñas como una forma de atraer a los turistas o jóvenes varones mestizos sin haber finalizado la educación básica; lo cual responde a mecanismos de explotación laboral que posibilita que grupos de poder conserven sus privilegios y se perpetúen las desigualdades sociales. En primera instancia, supondríamos una especie de racialización del empleo, que se inscribe en prácticas acumulativas del capitalismo y es el resultado de antiguas formas coloniales y pre-coloniales de sometimiento a las mujeres indígenas, que devela un proceso mediante el cual la diferenciación étnica, de género, raza, origen y los privilegios de clase se combinan y se articulan a nuevas estructuras sociales y económicas, donde lo étnico y cultural son utilizados para justificar y mantener las desigualdades sociales y la explotación económica hacia los “otros y otras”.

Como se aprecia, esta aparente racialización del mercado de trabajo va acompañada de un proceso de sexualización del mismo y con ello se interpreta que dentro del entramado de relaciones se sitúa la interacción de categorías sociales como “sexualidad” y “raza/etnia” que se entrelazan y se sostienen mutuamente (Wade 2008; Viveros 2016; Tijoux 2014; Tijoux y Cordova 2016; Carrére y Carrére, 2015) para acentuar la dominación. A la luz de estas reflexiones, se visibiliza esta sexualización racial del empleo, en el caso de las indígenas otavaleñas, que confrontan situaciones de violencia al ser consideradas como complementos “exóticos” de los almacenes de artesanías peruanas.

A criterio de Peter Wade (2009) la sexualización de la raza o la racialización de la sexualidad se entrecruzan. Esto es cuando se pregunta por la raza casi siempre suscita la

respuesta sexo; en ocasiones el racismo siempre presupone sexismo o ideas como que el sexo está en el corazón mismo del racismo (Bastide 1961; Hyam 1990; Balibar 1991 citados en Wade, 2009). Es decir, cuando se sexualiza a las mujeres y existe un presupuesto de raza esto deviene en relaciones jerárquicas que no son neutras; “pues son los hombres heterosexuales blanco-mestizos los que están manejando el ejercicio del poder, lo que no quiere decir que no haya complicidad de parte de las mujeres blanco-mestizas” (Wade 2009, 5-9).

Desde esta perspectiva se puede comprender que existe una discriminación hacia las mujeres indígenas que son contratadas en estos locales comerciales de propiedad de los migrantes peruanos, que se basa en prejuicios raciales asociados a características fenotípicas como el color de su piel, la forma de su cabello o aspectos culturales como propios de este grupo social.

4.3 Alianzas matrimoniales como estrategia de movilidad social

Continuando con esta línea de análisis, sostendremos que en el proceso de inserción socio-laboral de los migrantes peruanos en Otavalo tiene connotaciones, más allá de transacciones socioeconómicas. Su participación en el mercado de artesanías tuvo implicaciones étnico-culturales. Es decir, la configuración de un posible monopolio toma fuerza, a partir de las uniones matrimoniales entre comerciantes peruanos y mujeres indígenas otavaleñas, durante la última década. Cada vez más se realizan estos matrimonios bajo las costumbres y tradiciones de los kichwa-otavalos.

Este hecho puede ser considerado como resultado de las interacciones entre los dos grupos étnicos que disputaban el mercado de las artesanías y donde los migrantes peruanos implementaron ciertas tácticas para insertarse laboralmente. De tal manera, las alianzas matrimoniales tienen repercusiones en la consolidación de un patrimonio económico que se expresa en medianas y pequeñas empresas de productos artesanales y se evidencia en el estatus y posicionamiento que han ido adquiriendo estas familias binacionales en la plaza de Ponchos.

De manera particular, los productores peruanos son quienes alcanzan prestigio y estatus entre los locales, especialmente dentro de las comunidades de donde son originarias sus esposas. En este espacio son recibidos como invitados especiales y les nombran compadres⁵² de bautizo o de otros matrimonios. Para los pueblos kichwa-otavalos el compadrazgo es algo voluntario que encierra cierta ritualidad y tiene gran importancia porque crea lazos duraderos como los de cualquier otra forma de parentesco (Salovich 1986, citado en Maldonado 1999). La principal función del compadre consiste en unir a los integrantes de la comuna, de tal forma que quien tiene esta investidura forma parte de toda una red en donde la comunidad actúa. Para Masferrer et al (1984) de la misma manera que el parentesco y la familia extendida refuerza la comunidad, el compadrazgo tiene un rol fundamental en la construcción de la misma. De igual manera estos vínculos de parentesco con la élite indígena de Otavalo han ampliado las oportunidades para que los productores peruanos incursionen en la migración internacional.

Bajo esta lógica de funcionamiento de la comunidad, los migrantes peruanos son respetados y cuentan con la admiración y especialmente son sujetos de confianza y de crédito entre los hermanos, primos, parientes de su cónyuge. Ello implica relaciones de reciprocidad entre las partes. Con la ayuda mutua se obtienen recursos que son empleados en varias ocasiones para la inversión en sus respectivos negocios. No obstante, se mantiene la figura del patriarca dentro de la comunidad, pues el padre o hermano mayor de la esposa establece una relación más o menos simétrica con el nuevo integrante de la familia. Pareciera que cada uno asume su rol e identifica su lugar dentro del núcleo familiar.

Esto se evidenció en la experiencia de la familia Cosco- Perugachi que se unieron en matrimonio hace seis años. Esta pareja tiene cuatro hijos: dos mellizos varones y dos niñas de 5 y 3 años. Cuentan con almacenes en Cusco, Lima, Guancayo y Otavalo. Según narra Olga Perugachi tuvieron que pasar muchas dificultades para que sus padres acepten su

⁵² El compadrazgo es una institución trasladada de Europa que adquirió en el Nuevo Mundo una fuerza insospechada al ser asumida por la mayoría de la población, es decir, indios y mestizos campesinos, como parte de su forma de organización. (Maldonado 1999).

relación, pero con el tiempo su compañero se ganó la confianza y ahora su esposo tiene en su familia el mismo trato que cualquiera de sus hermanos. Así lo deja ver:

antes era impensable acceder a préstamos en los bancos y peor que un otavaleño te preste plata. Ahora los viajeros otavalo me hacen el pedido de la mercadería por el correo, me transfieren el dinero y yo les envío el producto (Perugachi 2017)⁵³.

Resulta interesante analizar cómo este tipo de alianzas incide en nuevas formas de organización del trabajo y en cuanto a movilidad espacial. Son los esposos, quienes se desplazan cada mes al Perú con el objetivo de administrar y controlar las ventas en una de sus sucursales de este país; mientras las esposas se quedan al frente del negocio y de las actividades de cuidado de la casa. En esta dinámica, analizamos las identidades de etnia y género, las mismas que en términos de Marisol De la Cadena (1990) estas se construyen en interacciones, de acuerdo con atributos que se reconocen y se fijan conflictivamente en la relación. Esta construcción se hace sobre la base de ideologías y condiciones materiales. Tanto el género como la etnia hacen distinciones mentales o materiales, pero enfatizan en una categoría como determinante de la otra.

Desde el plano de la ideología las nociones de ser hombre o mujer; reconocerse como “indígena” o “mestizo” serían falsas conciencias (posición marxista) o rezagos culturales (visión andinista). En contraste, en la realidad material de las interacciones, la etnicidad adquiere características volátiles, mientras que dentro de las concepciones ideológicas se asigna rigidez a las identidades. A decir De la Cadena, el punto de encuentro entre ambas es la subordinación de la realidad ideológica a las bases materiales. Esto significa que la etnicidad puede ser asumida en algunos casos como una estrategia de supervivencia o de posicionamiento.

En términos de esta autora la forma en que interactúan las rigideces y las volatilidades depende de las situaciones históricas concretas en las que suceden las relaciones

⁵³ Olga Perugachi se autodefine como indígena otavaleña, observación participante en un evento sobre costumbres peruanas-otavaleñas, Otavalo, 6 de agosto de 2017.

interétnicas. Sobre la base de estas premisas podemos apreciar en el caso de los matrimonios binacionales identificados, los hombres se autodefinen como “mestizos” y las mujeres como indígenas kichwa otavallas. Esto hace que los varones se proyecten como superiores y ejerzan dominio sobre ellas en cuanto a la toma de decisiones tanto en el espacio público como en el privado.

Sin embargo, esto cambia dependiendo de las circunstancias espacio-temporales, es decir cuando las mujeres indígenas otavalleñas se trasladan al Perú con sus familias son presentadas como mestizas por parte de sus cónyuges (no usan la vestimenta tradicional y prefieren hablar el español); pero cuando retornan a Otavalo las mujeres indígenas se comunican en su idioma; en su tierra natal asumen posiciones de liderazgo como cierto dominio sobre la administración del negocio implementado por los dos cónyuges; incluso es la esposa quien se encarga de la contratación de los empleados.

Similar situación se interpreta en los hombres migrantes quienes asumen rasgos de la identidad otavalleña cuando se desplazan a sus hogares en el Perú; pero cuando retornan a Otavalo, esta situación se modifica. Su ingreso a la plaza de Ponchos es para mostrarse como empresarios mestizos posicionados, con capacidad de negociar la mercadería. Tanto en el caso de las mujeres indígenas otavalleñas como en el de los varones de Perú, se evidencia lo que Marisol De la Cadena sostiene cierta “movilidad étnica” que está sujeta a los desplazamientos que realizan los sujetos sociales.

Con respecto a las relaciones de género se infiere una subordinación de las mujeres indígenas frente a sus esposos mestizos; similar a lo que ocurre en las relaciones matrimoniales entre indígenas y se asemeja a lo que Marisol De la Cadena sostiene con respecto a que las “mujeres son más indias” porque se encuentran en el último eslabón de las subordinaciones. En este caso las otavalleñas son quienes permanecen en los almacenes y administran de forma temporal el negocio. Si bien este espacio les otorga cierta libertad cuando su esposo se encuentra fuera del país; pero a su retorno asumen las tareas de cuidado. Mientras tanto, los esposos son quienes viajan con más frecuencia, porque como “jefes de hogar” son quienes se trasladan de forma constante en busca de los nichos

económicos, ellos son quienes adquieren la mercadería, son quienes hacen los “arreglos” para los envíos. Reafirmandose el papel de las mujeres al espacio doméstico o a las tareas subvaloradas dentro de la cadena de comercialización de las artesanías; con la ventaja que se encuentran dentro de una élite.

De hecho, las diferencias interétnicas que se articulan a las de género se expresan cuando se ejerce el poder sobre las mujeres indígenas y se las desplaza hacia el espacio doméstico y la atención al público en los locales comerciales. Esto significa que las mujeres indígenas en el mercado de venta de las artesanías siguen a la sombra de la figura masculina. Por el contrario, la subordinación no puede recaer sobre el varón “indígena urbano” puesto que representa la continuidad de las relaciones patriarcales situadas en la familia nuclear y que mantienen su jerarquización dentro y fuera de una élite. Así vemos que las migraciones se vinculan a contextos en los cuales se van transformando progresivamente las relaciones no solamente en el ámbito económico, sino también en las prácticas sociales y culturales de la cotidianidad, que trastocan las identidades de los sujetos y resignifican las diferencias interétnicas, de clase y género.

En síntesis, podemos señalar que las trayectorias laborales y rutas migratorias de la población colombiana y peruana en Ibarra y Otavalo permitieron adentrarnos en las subjetividades de los migrantes y población refugiada, en las interacciones entre migrantes y no migrantes y en las prácticas socioeconómicas, culturales y simbólicas para dar cuenta la manera cómo se acentúan las desigualdades sociales, en términos de un acceso inequitativo al mercado laboral y de procesos de segregación socio-ocupacional por parte de grupos de poder de la localidad y de algunos migrantes, quienes mediante el aprovechamiento de oportunidades y las redes crean y recrean mecanismos de cierre social y exclusión. A su vez, este marco metodológico permitió complejizar el análisis desde una perspectiva interseccional y desde la espacialidad, lo cual proporcionó indicios de la manera cómo se entrecruzan las categorías sociales de género, clase, etnia, nacionalidad y condición migratoria para entretejer estas desigualdades en los mercados de trabajo. Más aún, podemos sostener que existe un proceso de indigenización sobre la población

refugiada, que se convierte en los nuevos “otros”, “otras”, que son objeto de discriminación y exclusión social.

Capítulo 5

Producción social del espacio en el mercado Amazonas y la plaza de Ponchos hacia un acercamiento etnográfico

Las movi­lidades son prácticas socio-espaciales que en tanto metáforas y procesos están en el corazón de la vida social”, “producen y reproducen la vida social y sus formas culturales”
(Urry 2000, 4).

Introducción

Las vivencias de los migrantes están atravesadas por diversas significaciones que evocan lugares, momentos y personas con las que interactúan en distintos espacios. Como vimos en el capítulo anterior, las experiencias migratorias dan cuenta de múltiples desplazamientos territoriales en busca de inserción laboral en las ciudades de Ibarra y Otavalo, donde han confrontado discriminación, marginación, exclusión y explotación laboral por el hecho de ser mujeres, pertenecer a una determinada clase, etnia o nacionalidad; así como también por el espacio. En atención a ello y dentro del análisis multiescalar, nos proponemos en este capítulo conectar el nivel meso con el micro, a través de una etnografía desarrollada en dos sitios que son representativos en las dos ciudades intermedias: la plaza Amazonas en Ibarra y la plaza de Ponchos en Otavalo.

Estos dos lugares se caracterizan por ser espacios de participación de grupos múltiples y complejos; que en sus interacciones y formas de ocupar el espacio nos muestran la manera cómo las desigualdades sociales se desplazan desde grupos históricamente excluidos en las localidades hacia los sujetos migrantes. Por ello, asumimos el espacio como contenedor y a la vez reproductor de desigualdades sociales (Lefebvre 1991). Nos posicionamos desde la geografía crítica, la misma que considera al espacio no solamente como el escenario donde se despliegan las relaciones sociales inequitativas, sino que este es producto de estas relaciones, las determina, nos hace ser lo que somos y nos posibilita resistir.

En esta parte, el espacio se convierte en un eje transversal sobre el cual se levantan las experiencias individuales y colectivas de los sujetos que participan en su producción. Desde la mirada geográfica analizamos la complejidad de los lugares, donde confluye población altamente heterogénea y migrantes de Colombia y Perú. Nos interesa identificar en la escala micro, las prácticas socio-económicas, qué tipo de tensiones se registran en la materialidad de los espacios, cómo interactúan los sujetos con las lógicas de funcionamiento de las plazas y las maneras como se expresan las diferencias, desigualdades, jerarquías sociales y raciales. Con ello, argumentar que en estos espacios es donde se profundizan las desigualdades socio-históricas de origen colonial y se puede evidenciar el proceso de rotación de estas hacia los grupos migrantes. En este caso, ahondaremos en las interacciones de población refugiada colombiana y migrantes de Perú con los comerciantes de los dos mercados.

Para este fin, el capítulo está organizado de la siguiente manera: en una primera parte se caracterizará desde una perspectiva histórica, la distribución desigual del espacio en las dos plazas, las distintas maneras de incorporarse a estos espacios la población refugiada y los migrantes de Perú y cómo confrontan estos, la conflictividad interétnica del pasado y que sigue vigente en los dos mercados. En una segunda sección, identificaremos procesos de acumulación, apropiación y formación de monopolio del espacio en las plazas y cómo a partir de esto, paulatinamente se va propiciando segregación y exclusión, a través de la creación de obstáculos o barreras para mantenerse en él. Finalmente, se explicará cómo el espacio también se vuelve una plataforma para la resistencia y para hacerle frente a la dominación por parte de grupos de poder que históricamente han mantenido el control del espacio en las dos plazas.

1.- Distribución desigual del espacio en las dos plazas: perspectiva histórica y migraciones

Partimos de la definición sobre los mercados como espacios heterogéneos que se van transformando por las múltiples realidades y tensiones diarias: competencia entre los propios vendedores y la diferenciación del lugar, es decir el estar entre el adentro y el afuera. Para otros, son lugares socio-culturales donde los comerciantes construyen sus

identidades y tramas sociales (Tobar 2011). Conceptualizamos los mercados como espacios producto de las relaciones sociales; esferas de posibilidad de la existencia de la multiplicidad, en la que coexisten distintas trayectorias” (Massey 1999,157-158). La multiplicidad también nos invita a reflexionar acerca de las historias y especificidades del espacio que están implícitas en las prácticas materiales de los lugares.

La particularidad tanto del mercado Amazonas como la plaza de Ponchos consiste en que son sitios concurridos, donde se concentran actividades socioeconómicas que dinamizan los centros urbanos. En el caso de Ibarra, el 90% de la población refugiada es la que acude al mercado Amazonas en busca de empleo temporal o por jornadas. En Otavalo, los productores peruanos han desarrollado el comercio de artesanías de alpaca y bisutería en la plaza de Ponchos.

1.2 La plaza Amazonas: historias del “lugar” y estratificación socio-espacial

Si nos remitimos a la estructura y distribución espacial de la plaza Amazonas, se observa un proceso de estratificación socio-económica que tiene raíces históricas y que se refleja en prácticas cotidianas de segregación socio-espacial vigentes articuladas a la clase, etnia y el género. Dicha articulación se expresa en cuanto al uso del suelo, el tipo de producto que se vende y a la infraestructura. De lo que pudimos apreciar en el trabajo empírico es que existen sectores “privilegiados” que han acumulado capital económico y han mantenido su dominio sobre otros. Hay secciones que presentan ventajas como la posesión de locales de estructura metálica ubicados en áreas céntricas de la plaza y que están mayormente ocupados por grupos blanco-mestizos y cierta élite indígena.

En ese sentido, la historia del mercado Amazonas se remonta a la década de 1960, cuando la ciudad de Ibarra contaba apenas con 15 cuadras a la redonda. Los comerciantes empezaron a concentrarse en la antigua plaza San Francisco para la venta de productos agropecuarios provenientes de las zonas rurales del cantón. Este sitio comprendía una manzana de superficie que se había cerrado con malla provisional. Se encontraba entre las calles Antonio José de Sucre y Pedro Moncayo. Aquí se asentaron cerca de 200 vendedores

que salían, un gran porcentaje de los cantones aledaños como Otavalo, Antonio Ante, Urcuquí y de parroquias rurales de San Antonio de Ibarra, La Esperanza y Angochagua.

Otra cantidad de vendedores llegaba desde las provincias del Carchi, una parte del sur de Colombia y del sector de Cayambe en la provincia de Pichincha. Con el pasar de los años, el espacio iba quedando cada vez más reducido ante el crecimiento de familias dedicadas al comercio y los flujos migratorios internos e intrarregionales.

De manera particular los vínculos con los comerciantes de Ipiales, Túqueréz, Pasto y Popayán del vecino país de Colombia se remontan a épocas antiguas, inclusive desde los inicios de constitución de la Villa de San Miguel de Ibarra. Estos intercambios comerciales entre Ibarra y Colombia se registran a inicios del siglo XIX, cuando en la localidad empiezan a surgir las primeras familias dedicadas a actividades de comercio, hecho que les otorgaba cierto estatus, pues eran relacionados con grupos económicos colombianos, considerados grandes proveedores de una decena de comerciantes mayoristas de la ciudad de Ibarra llamados entonces mercaderes quienes habían alcanzado prestigio, como se señala en esta cita:

“...todos muy aceptados socialmente en la Villa, pues habían alcanzado el privilegio de ser empadronados como “nobles” y eran ellos: Próspero Arévalo, José Gallegos, Hermenegildo Hernández, Ramón Ledesma, Santiago Lugo, Mariano Mesa, Joaquín Monge, Casiano del Pozo, José Antonio Rosales y Joaquín Rosales. Casi todos eran muy estáticos en sus tiendas situadas en las dos plazas de la ciudad y en la calle del Comercio” (Morales 2013, 45).

Estas familias ibarreñas se fueron posicionando en el centro de la ciudad como los “mercaderes” que habían establecido conexiones con el comercio en Colombia. Mientras tanto en la parte suburbana de Ibarra, la plaza San Francisco se había convertido en el punto de intercambio entre vendedores de los sectores populares de Ibarra y otros comerciantes de ciudades colombianas, quienes les abastecían de productos propios de su país. Los migrantes vecinos llegaban únicamente en días de feria con el fin de comercializar carnes y patas de res, tejidos y cobijas.

Según cuenta don Antonio Rivas, oriundo de la provincia del Carchi y radicado ya 50 años en Ibarra, cuando ya no llegaban los comerciantes de Colombia, él empezó a trasladarse hasta la ciudad de Ipiales a comprar las patas de res, un ingrediente muy requerido por las vendedoras de comida quienes preparaban el “caldo de pata”, un plato típico de la localidad que tenía gran demanda entre los consumidores.

Es en el año de 1963 durante la administración municipal del ex alcalde José Tobar Tobar (1962- 1964) que inicia la primera etapa del nuevo mercado Amazonas. Obra que mediante acta constitutiva fue adjudicada a la empresa ASTRA⁵⁴ (GAD Ibarra 2017). El levantamiento de la primera fase del proyecto comprendía una superficie de 573 m² y los trabajos empezaron en los linderos de las calles Sánchez y Cifuentes y Obispo Mosquera, una zona un poco alejada del centro de la ciudad. Además, los contratistas se comprometieron a empedrar la parte exterior de la plaza cuya extensión llegaba a 2 mil m² y a levantar los muros de adobe, en lugar de muros de ladrillo. La realización de la obra duró aproximadamente un año y costó más de 2 millones de sucres para ese entonces. Tras el tiempo establecido entre los contratistas y la entidad municipal, la plaza Amazonas en su primera etapa fue inaugurada el 28 de septiembre de 1964.

Los comerciantes recuerdan con claridad la transición de la antigua plazoleta Francisco Calderón o también conocida entre los comerciantes como plaza de El Águila al nuevo mercado, pues este les ofrecía mayores comodidades espacialmente, en aquel tiempo; pero a la vez veían en el Amazonas su principal fuente de ingresos y el “lugar” donde construían social y culturalmente sus vidas. Esto se puede apreciar en las historias reconstruidas:

cuando dejamos la plaza de El Águila cada quien empezó a posicionarse de un sitio en el nuevo mercado. El Municipio era el dueño del piso y al arrendarnos, nosotros podíamos poner mesas de madera, plásticos y latas de zinc. Cada quien empezó a vender lo primero que tenían a la mano, pero luego el municipio empezó a sectorizar para organizar a los

⁵⁴ Una compañía también azucarera que tuvo auge en la década de 1960 y que entre otras cosas construían obras de infraestructura.

vendedores. Aquí este puestito ha sido el apoyo económico para mi familia, con lo que ganaba a diario he educado a mis hijos. De los cinco que tuve, dos hijitas siquiera estudiaron, los otros tres se quedaron aquí mismo. No he amasado fortunas, pero me ha servido para salir adelante. Aquí he deja o mi juventud (Quilumba 2017)⁵⁵.

En estas expresiones se puede apreciar la importancia del mercado como generador de medios de vida y sostenimiento para las familias, pero también nos lleva a reflexionar el cómo las personas le otorgan al lugar un valor social y de identidad puesto que es ahí donde han permanecido la mayor parte de sus vidas. De manera especial cuando se manifiesta que en este sitio quedaron los mejores años de vida de una persona.

Poco a poco el mercado se convirtió en un lugar céntrico y cobró importancia para la ciudad, pues era el principal eje dinamizador de la economía local. A su alrededor instalaron negocios en las viviendas asentadas a su alrededor, restaurantes, hostales, farmacias. Los conductores y transportistas de carga fundaron compañías y cooperativas de taxis, camionetas y buses en las calles aledañas al centro comercial. En el año de 1970 se unieron los arrieros quienes estaban organizados en el Sindicato de Carretas Marañón constituida en 1953 por 63 socios (El Telégrafo 2010)⁵⁶.

Este medio de transporte se convirtió en una alternativa popular por sus costos accesibles; aunque con el pasar del tiempo empezó a ser reemplazado por los coches metálicos que ingresaron al interior de la plaza Amazonas, para prestar un servicio directamente a los compradores. Las carretas “Marañón” presentaba esta desventaja porque era imposible ingresar al centro de comercio, dado que ello implicaba el ingreso de los caballos a los interiores del mercado. Hasta 1990, las carretas tenían acogida entre los compradores, pero han ido desapareciendo, pues la mayoría de arrieros dejaron el oficio y otros murieron. De los tres que aún trabajan en el centro de comercio está don Bienvenido Domingo Mercado Mina (81 años) quien narra su experiencia en la plaza:

⁵⁵ Adolfo Quilumba, presidente de la Asociación de comerciantes Libertad del mercado Amazonas, entrevistado por Guadalupe Yapud. Ibarra, 12 septiembre de 2017.

⁵⁶ Reseña histórica publicada en el Telégrafo, 23 de agosto de 2010.

Yo me vine de allá de San Lorenzo... ya hace 40 años acá a Ibarra a probar suerte. Me cansé de ser jornalero y me compré la carreta en 35 mil sucres. Antes había bastante trabajo. Nosotros salíamos desde las 05H00 de la mañana hasta las 19h00. Ahora casi nadie utiliza, el trabajo está escaso, pero yo seguiré aquí hasta que me muera. Junto a mi Colorado (Caballo que tiene 15 años de vida) seguiré en este oficio (Mercado 2017)⁵⁷.

Los comerciantes también se organizaron en la primera asociación del comercio minorista denominada “Libertad”, la cual cuenta con 48 años de funcionamiento y reúne a más de 1.500 vendedores y vendedoras, quienes con el aporte de 1 dólar (en la actualidad) acceden a servicios de salud, apoyo en caso de enfermedad y fallecimiento. Sin embargo, el principal requisito es que el afiliado debe tener puesto fijo, ser oriundo de la localidad y contar con una amplia trayectoria en el comercio minorista. No pueden formar parte de ella vendedores informales o personas de otros países. Este mismo patrón organizativo sigue la mayoría de las asociaciones que se desprendieron de la organización fundadora. La finalidad es fortalecer los lazos de solidaridad entre sus miembros y blindar el ingreso a la agrupación a otras personas que no son propios del sitio.

La cercanía con la estación del Ferrocarril posibilitó el intercambio comercial con productores del cantón San Lorenzo provincia de Esmeraldas, quienes traían frutas del trópico para la venta. Con la expansión del área económica se registró un crecimiento desmedido de vendedores ambulantes que empezaron a ocupar las calles. Este hecho hizo que este sector comercial crezca desorganizadamente y sin planificación futura (Guevara 2010). Frente a ello las autoridades construyeron los mercados “La Playa” y “La Bahía” para ubicar a los comerciantes informales que ocupaban las calles Alfredo Pérez Guerrero y Obispo Mosquera.

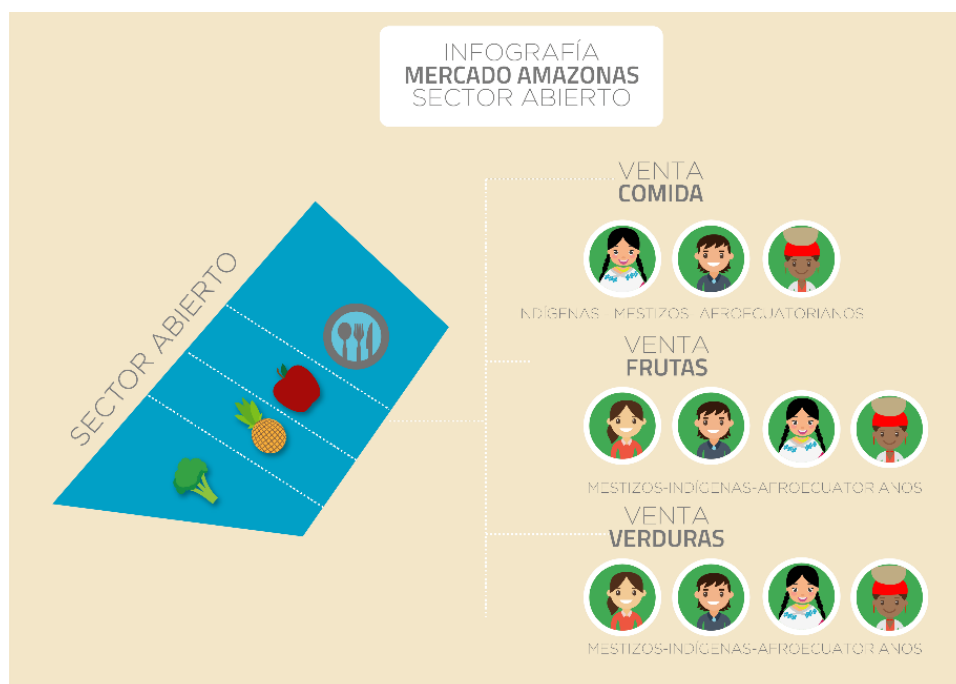
Otro hecho que marcó la ampliación del sector comercial, fue la construcción del terminal terrestre, la misma que fue inaugurada el 17 de enero de 2004 con el fin de organizar el

⁵⁷ Don Bienvenido Mercado es uno de los tres arrieros que quedan en Ibarra, entrevistado por Guadalupe Yapud, Ibarra 12 de septiembre 2017.

tránsito en la ciudad y determinar un sitio para las cooperativas de transporte interprovincial que conectaban a Imbabura con las provincias de Carchi, Pichincha, Esmeraldas, Sucumbíos, Latacunga y Chimborazo (El Norte 2012). A la vez Ibarra se convertía en una ciudad moderna con la edificación de cadenas comerciales como el Supermaxi, almacenes Tía y Gran AKI. Además del funcionamiento de entidades financieras como cooperativas de ahorro y crédito y bancos privados.

En la época actual y con 54 años de vida el mercado Amazonas acoge a más de 3.000 comerciantes que se encuentran distribuidos espacialmente por el tipo de producto de venta. Desde el Municipio se sectorizó con el fin de que haya una organización interna y se mantenga el orden en las ventas.

Ilustración 4. Sectorización del Mercado Amazonas: Sector Abierto



Fuente: Comisaría Municipal de Ibarra, 2018

En la gráfica se puede apreciar que la distribución espacial del espacio está categorizada de acuerdo con los ingresos que poseen los comerciantes y el tipo de producto que expenden; pero también según la etnia a la cual se adscriben. La población mestiza, en su mayoría,

comercializa productos asociados a un nivel económico medianamente alto, a la limpieza, al orden, a la calidad de los artículos y a la utilización de mano de obra, pues cuentan con personal de apoyo en sus negocios. Además, su mercadería representa una alta inversión y a esto se debe los costos de los enseres. Aquí se encuentran familias como propietarias de los locales que cuentan con capitales económicos entre los 10.000 y 20.000 dólares (CAHAM 2018).

En el caso del grupo indígena oriundo del cantón Otavalo; ellos llegaron desde que empezó a construirse el mercado nuevo. Se encuentran asentados en una parte lateral del centro de expendio y están clasificados por dos tipos de productos de comercialización: el primero es la venta de cárnicos y el segundo es la comercialización de sacos con detalles de la cultura otavaleña. El sector cerrado de carnes es conocido por ser ocupado por familias de la élite indígena otavaleña radicada en la avenida principal de la ciudad de Ibarra, una zona con grandes locales comerciales que ostenta poder económico y replican las fiestas indígenas en la urbe.

El segundo tipo de producto tiene que ver con la venta de prendas de vestir; ellos se encuentran ubicados en la calle Sánchez y Cifuentes y provienen de la comunidad La Compañía del cantón Otavalo. En un inicio, los locales eran puestos de madera y plásticos, pero gracias a las gestiones de la Asociación “28 de Septiembre” en la actualidad ostentan locales con estructura metálica. Según narra María Padilla ellos fueron los pioneros en la venta de sacos que traían desde sus localidades y que tuvieron acogida en Ibarra. “Eran conocidas las familias otavaleñas Castañeda, Velásquez, Andrango, Morales. Algunos ya se han muerto, pero los demás seguimos aquí” expresa. De estas familias han surgido grupos de músicos y danzantes otavalos de reconocida trayectoria nacional e internacional.

En contraste, se encuentran los sectores Abierto y El Triángulo que están ocupados por comerciantes que expenden, en su mayoría, frutas, verduras, comida, jugos, quesos y pequeños enseres de aseo. Sus puestos son fabricados de madera y techos zinc, los mismos que han sido cambiados en varias ocasiones por su notable deterioro. Esta población, según la Administración de Mercados llega a cerca de 1.500 vendedores y vendedoras. De

acuerdo con los datos de la Cooperativa de Ahorro y Crédito Amazonas (CAHAM) este grupo presenta una variedad en cuanto a la tenencia de su capital; hay algunos que cuentan desde 1.500, 1.200, 500 hasta quienes no llegan ni a los 100 dólares. Los precios de sus productos están establecidos entre 1 y 2 dólares. Es decir, sus ingresos son relativamente bajos, lo que les clasifica socialmente dentro de los sectores populares.

Ilustración 5. Sectorización mercado Amazonas: Sector El Triángulo



Fuente: Comisaría Municipal de Ibarra, 2018

Tanto en el sector Abierto como en El Triángulo se observa una gran diversidad étnica y confluencia geográfica urbana y rural. Aquí encontramos a hombres y mujeres de los sectores populares, indígenas que comercializan cebollas, chochos y frutas; las comerciantes provenientes de las comunidades negras del Valle del Chota también se encuentran asentadas por casi todo el sector con la venta de productos tropicales como papayas, pepinos, tomates y otros. Los grupos de indígenas y poblaciones negras han constituido “nichos étnicos” al interior del mercado, a medida que fueron llegando de los cantones vecinos, se instalaron en espacios periféricos y en las calles aledañas al mercado.

Adicionalmente, existe una cantidad de población flotante de vendedores informales que recorren la parte interna y externa del Amazonas. Son vendedores que no tienen un puesto fijo y deambulan con sus ventas por todo el mercado. Desde el inicio, se han constituido en el blanco de la persecución de la policía municipal y de sanciones económicas por obstruir los espacios públicos. Su capital económico es mínimo y algunos de ellos se ven obligados a vender su fuerza de trabajo en la carga y descarga de mercadería y en actividades económicas por jornal.

1.3 Plaza de Ponchos un espacio histórico y simbólico

La plaza de Ponchos constituye un espacio socialmente producido, a través de su historia. Aquí, se han reproducido relaciones sociales, económicas, culturales que han ido modificando el espacio a lo largo del tiempo. Estas transformaciones giraron en torno a las actividades comerciales y artesanales desarrolladas en su mayoría por el sector indígena. Según consta en los archivos del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA), el comercio ya existía desde tiempos milenarios, antes de la colonia, pero se fortaleció cuando Otavalo fue ascendida a corregimiento, luego a villa y posteriormente a ciudad. Las actividades comerciales se caracterizaban por ser esporádicas y no situadas en espacios determinados, sino que deambulaba por lugares no ocupados y sin propiedad definida. Se trataba de “ferias” que se iban tomando los espacios del Valle del Amanecer a partir de la década de 1950.

En un inicio, los puntos de localización de la feria eran sitios emblemáticos y de mayor concentración de la población como: el parque Bolívar, posteriormente el parque González Suárez, que en la actualidad se transformaron en sitios ornamentales de la urbe. Años más tarde, las ferias se tomaron la plaza “24 de Mayo” y finalmente se constituyó en la plaza Centenario o plaza de Ponchos (San Félix 1988), pero se realizaba únicamente los días sábados desde la 05h00 hasta las 09h00. Las narrativas en torno a los orígenes del intercambio comercial hacen referencia a los constantes movimientos que hacían los indígenas desde sus comunidades para “bajar” a la ciudad. Así lo expresa el siguiente extracto:

Para los indios de la serranía, el día llega antes de que se haya ido la obscuridad. A luz de las estrellas salen de sus hogares al pie del Imbabura, cargan sus pesados fardos y comienzan su viaje hacia el mercado en el fondo del Valle. Sábado de mañana. Los senderos que conducen a Otavalo están llenos de gente, viejas y jóvenes, que avanzan a prisa, con sus pies desnudos, moviéndose silenciosamente sobre los polvorientos campos. Por todas partes hay filas de indios agobiados bajo el peso de su carga, vienen de todas las direcciones de su mundo circundado de montañas. Desciende por los senderos que desembocan en veredas, de éstas convergen hacia los caminos, que confluyen en Otavalo como arroyos, hasta que sus calles se convierten en ríos interminables de ponchos azul marinos, rojos y listados en oro, verde y turquesa (Buitrón y Collier 2007).

En esta parte se construye a un sujeto indígena que se mueve de un lugar a otro y los esfuerzos que tiene que hacer para ser parte de las ferias en la ciudad, donde también confluye población blanco-mestiza. La movilidad es asignada al “indio” como una cualidad innata y heredada de sus antepasados (Maldonado, 2001). La dinámica de intercambio en este espacio tiene etapas que estaban definidas en los inicios de funcionamiento de la plaza Centenaria o de Ponchos y que son evidentes en el texto que sigue:

Durante la semana, los indios –hombres, mujeres y niños- trabajan industriosamente en sus propios hogares preparando los artículos para el mercado del sábado. Cada comunidad tiene algo especial para vender. Ponchos pesados de lana que protegen contra el intenso frío de los Andes. Chales de pesada lana para las mujeres de los valles andinos. Telas de lana de muchas variedades, fajas tejidas, cobijas. Telas de algodón que usan todos los indios. Cuerdas hechas con la fibra de la cabuya. Esteras y aventadores hechos con la totora de los lagos. Canastos y sombreros hechos con tira de zuro. Ollas de barro para cocinar y otros diversos utensilios de cocina. Verduras, cereales, maíz, frijoles, habas. Gallinas y huevos. Sal, pan, carne y manteca. Los blancos también traen sus artículos para comerciar. Toda tentación se ofrece para atraer los sueres de los frugales indios [...] Cada indio ha colocado sus ponchos en una manta extendida en el suelo y detrás de ellos se mantienen en pie, esperando pacientemente a los compradores... A la luz de la mañana, la plaza es una explosión de color, un dibujo sin forma que llena la plaza como una marea. Ponchos rojos, morados, azules, mezclados con chales magenta... Pero pronto, después de las ocho de la

mañana la mayor parte de las compras han sido hechas y los tratos cerrados, y el mar de sombreros comienza a diluirse regándose por las muchas calles del pueblo. Ahora ya se pueden distinguir las filas rectas de los vendedores y sus puestos [...] los vendedores cuentan su dinero. Un perro husmea buscando alimento. La feria se ha terminado (Buitrón y Collier 2007).

En el fragmento podemos identificar tres momentos previos que dieron lugar a la consolidación de la plaza Centenaria. El primero consiste en la fase de producción y economía doméstica que se desarrollaba en las comunidades; el segundo momento eran las ventas mismas que se realizaban en el sitio, es decir el intercambio como tal donde interactuaban grupos mestizos e indígenas y el tercer paso era el cierre de las ventas con el conteo de las ganancias obtenidas durante la jornada. Cabe resaltar que el espacio era una mezcla de colores y de identidades que confluían en la plaza; en este tiempo aún no estaban delimitados los lugares, pues esta era una de las particularidades del Otavalo de antaño.

Además, al principio la plaza tenía varios usos: espacios para prácticas deportivas, juegos infantiles y un área para biblioteca (Schartz 2007 citado en Maldonado 2016).

Es a partir del año 1972, cuando inician los primeros trabajos de adecentamiento del lugar extendiéndose a más de una manzana. Su diseño estuvo a cargo de la arquitecta Tony Zwolo de Holanda, quien también cooperó en su construcción. La obra contó con el auspicio del gobierno de Holanda en coordinación con el IOA. Desde su primera intervención técnica, la plaza es definida como una zona para la venta de artesanías elaboradas en su mayoría por la población indígena de las comunidades aledañas. Este hecho implicó el traslado del parque infantil y estuvo destinado a “tejidos, telas, curiosidades turísticas, objetos de supuesta antigüedad arqueológica, como a la venta de alimentos y comidas preparadas” (San Félix 1988, 146).

Don Rafael Yacelga, uno de los fundadores de la plaza de Ponchos relata esta parte de la historia:

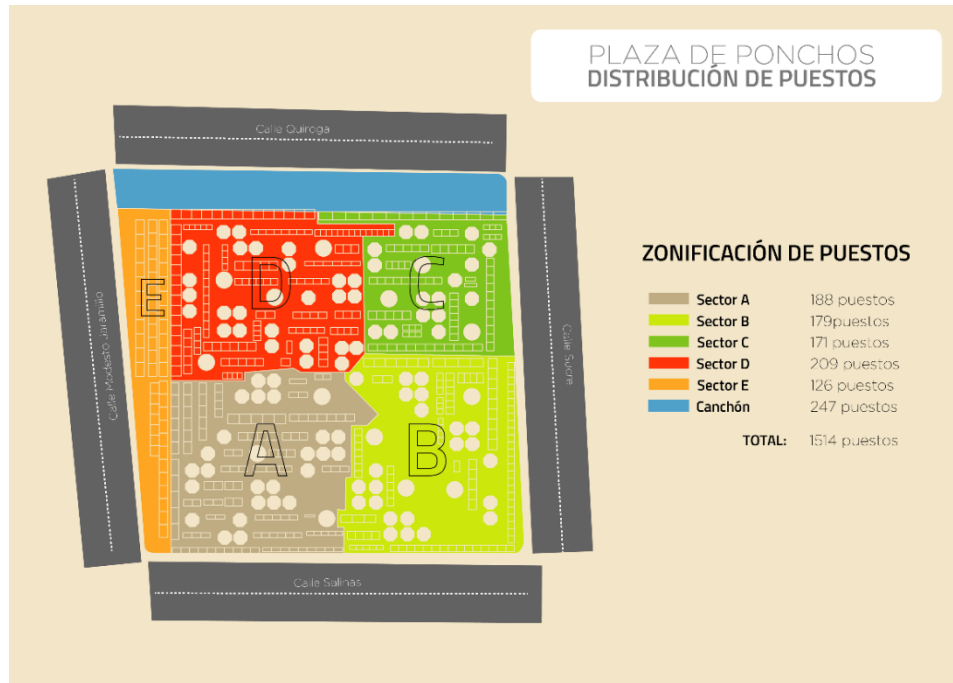
Creo que les dio pena vernos en el suelo con nuestros tejidos, lanas, telas en medio del frío o el solazo. Por eso nos ayudó a construir este mercado y también las kallambas⁵⁸, que hasta ahora permanecen y donde ahora colocamos nuestras artesanías. En un inicio la feria era solamente los sábados desde las 05:00 hasta las 08:30 máximo las 09:00. Pero con el tiempo, los dirigentes nos dimos cuenta que había harta gente que preguntaba, entonces optamos por hacer también los miércoles y ahora ya salimos de lunes a domingo desde las 08:00 hasta las 18.00 (Yacelga 2018)⁵⁹.

En las expresiones de Rafael se aprecia cierto empoderamiento y apropiamiento de la plaza que la considera como su espacio simbólico, donde se guarda celosamente la historia del indígena otavaleño. Con la ampliación de la jornada a todos los días de la semana y con una infraestructura específica para el comercio predominantemente artesanal, la plaza de Ponchos se posicionó en la ciudad y hasta el momento conserva el diseño implementado en la década de 1970. En la actualidad cuenta con 6.200 metros cuadrados distribuidos en 1514 puestos, que se sectorizan de la siguiente manera:

⁵⁸ Término utilizado por los indígenas otavaleños para designar los puestos con carpas de plástico de la Plaza de Ponchos y significa hongos.

⁵⁹ Rafael Yacelga, uno de los fundadores de la plaza de Ponchos, entrevistado por Guadalupe Yapud Otavalo 12 de agosto de 2017.

Ilustración 6. Sectorización Plaza de Ponchos Otavalo



Fuente: Comisaría Municipal de Otavalo, 2018

La distribución geográfica del mercado centenario como también se le conoce presenta tres modalidades de uso del suelo: módulos (90 puestos), redondeles (14 puestos) y puestos de piso (1.410). En total son 1514 puestos, que se encuentran a su vez sectorizados en A, B, C, D, E y en el canchón (Maldonado 2016). Al recorrer la plaza se puede observar una variedad de trabajos artesanales que se comercializan como: tejidos y prendas de vestir bordadas; tapices y cuadros de pintura en Tigua provenientes de la provincia de Cotopaxi, lanzas de madera de Chonta de Napo, sombreros de paja toquilla de Manabí, las shigras (bolsos) de Chimborazo, bisutería y tejidos en alpaca de Perú. Adicionalmente, las ventas ambulantes de artículos, productos de limpieza, aguas curativas, comida forman parte de la cotidianidad del sitio.

Entonces, los mercados forman parte de la historia de las ciudades y han concentrado el comercio al por mayor y menor de una variedad de productos y artículos. Son puntos de confluencia masiva de habitantes que salen desde las comunidades hacia las ciudades. Su distribución espacial corresponde a procesos de estratificación asociada al poder económico y articulada al género, la etnia, el origen y la nacionalidad. Frente a este proceso de

categorización socio-espacial, identificaremos, en la próxima sección, cómo se han ido configurando los espacios para los migrantes limítrofes en las dos plazas.

1.4 Espacios segregados para población refugiada colombiana y migrantes peruanos

En este bloque identificaremos la incorporación de la población refugiada colombiana en el mercado Amazonas y los migrantes de Perú en la plaza de Ponchos. Hay que señalar que hemos tomado el caso de la población refugiada en el Amazonas, porque casi la totalidad de este grupo de interés, se encuentra en este centro de comercio y algunas personas prefirieron omitir sus nombres debido a que estaban en proceso de adquirir el estatus de refugiado y a otras personas se les había negado este documento. No obstante, los migrantes peruanos muestran ciertas ventajas en el acceso al mercado de Ponchos, debido a que traen consigo capital económico que les permite invertir en negocios de artesanías y abrir almacenes en la parte lateral de la plaza; pero esto no les ha significado estar exentos de procesos segregación socio-espacial y discriminación.

Por un lado, los refugiados y refugiadas en el mercado Amazonas se han insertado en trabajos de segundo orden como son: ayudantes de cocina, promotoras de ventas en los puestos estibadores y ventas ambulantes que también son actividades que realizan los comerciantes informales de la localidad. Esto implica que el espacio se convierte en un contenedor de relaciones de tensión y disputa entre migrantes y no migrantes.

En la siguiente gráfica, se puede apreciar la distribución inequitativa del espacio en el mercado Amazonas. Se muestran quienes ocupan espacios internos y externos.

Ilustración 7. Población refugiada colombiana en el mercado Amazonas



Fuente: Comisaría Municipal de Otavalo, 2018

Ilustración 8. Migrantes peruanos en la periferia de la plaza de Ponchos



Fuente: Comisaría Municipal de Otavalo, 2018

Si bien los comerciantes indígenas se encuentran en el centro de la plaza de Ponchos, los migrantes peruanos se han instalado estratégicamente en los alrededores de la misma. A lo largo de la calle Modesto Jaramillo podemos observar almacenes de grandes dimensiones con productos artesanales de Perú y Ecuador. Los artesanos migrantes aseguran que pagan entre 400 y 500 dólares por local. No obstante, consideran que la inversión que hacen tiene su rentabilidad a través del alto índice de ventas que registran en el mercado artesanal.

La distribución espacial en los mercados nos muestra las categorizaciones sociales que forman parte del devenir histórico tanto de Ibarra y Otavalo. Más allá de este hecho, nos proponemos en la siguiente subsección analizar cómo están segregados los espacios tanto para las mujeres refugiadas en el Amazonas como para los productores peruanos en el mercado de Ponchos.

1.4.1 Segregación espacial y explotación laboral en el mercado Amazonas

En esta parte, reflexionaremos sobre las experiencias de la población refugiada en el mercado Amazonas, donde han sido segregadas a trabajos altamente precarios y dentro de los oficios de este centro de comercio, ocupan el último escalón. Partimos de los sentidos que las trabajadoras otorgan a los lugares y a sus conexiones del espacio con lazos afectivos o no afectivos que construyen en la cotidianidad (Buttimer y Seamonn 1980; Pred 1984; Eyles 1985 Agnew 1987; Haeblerle 1988; citados en Mendoza 2012).

Cabe aquí unas preguntas ¿Qué significados o sentidos tiene el espacio para quienes han construido sus vidas laborales desde distintas movibilidades? ¿Cómo experimentan la espacialidad y a partir de esta dimensión cómo encaran la discriminación y exclusión en el mercado Amazonas? Así, la espacialidad permite examinar las formas en que los procesos sociales, económicos, culturales y simbólicos crean, producen y transforman no sólo los lugares de convivencia, sino las relaciones sociales que allí cohabitan.

En varios testimonios recopilados en la etapa de trabajo de campo, pudimos advertir varias circunstancias que les tocó experimentar a las mujeres refugiadas en sus sitios de trabajo.

Angélica recuerda estas vivencias:

aquí trabajo porque no me queda de otra, tengo que llevar el sustento a la casa. Aquí paso casi 10 horas diarias, pero no es mi espacio, porque me siento explotada porque casi todo el día tengo que lavar tripas de pollo, levantar cubetas pesadas y atender con mi mejor sonrisa a los compradores... muchos de ellos me miran de pies a cabeza... encima la dueña no me considera y cada vez aumenta más tarea... Cuando no vende bien, me dice que no tiene para pagarme o me da la mitad de lo que me corresponde. Lo que es peor (con lágrimas en los ojos) cuando se pierde algo me acusa de que me he robado y al final del día me lo descuenta. A veces me he sentido humillada porque tengo que alejarme del sitio donde está la caja del dinero... la dueña piensa que le voy a robar y por eso siempre me envía al lavadero. Recuerdo los días en mi país donde tenía mi negocio propio... era pequeño, pero ahí nos dábamos la vuelta (Angélica 2017)⁶⁰.

Otra modalidad de trabajo es la promoción de las ventas en los puestos. Aquí las mujeres refugiadas se ubican en las afueras de los kioskos para “enganchar” a la clientela. Entre los requisitos exigidos para ser contratadas están: la edad máxima de 25 años y de buena presencia para la promoción de productos o servicios. Por lo general, las ventas son entre las 07h00 hasta las 14h00, pero la jornada se extiende hasta las 17h30, debido a que ellas son las responsables de cerrar el negocio y de la limpieza del puesto. El lugar de trabajo para este grupo les significa su principal fuente de ingresos, aunque sea un empleo precario, mal pagado y la mayoría de las veces tengan que “fregar lo que otros ensucian”.

⁶⁰ Angélica, entrevistada por Guadalupe Yapud. mercado Amazonas de Ibarra, 22 de mayo de 2017.



Fotografía 2. Las mujeres refugiadas laboran hasta 10 horas diarias en este centro de comercio.
Fuente: Administración de Mercados de Ibarra, 2018

En esta parte, se aprecia cómo los lugares se asocian a distintas emociones de los sujetos, quienes experimentan incertidumbre, el enojo, la nostalgia evocada tanto en origen como en destino. En este caso, las percepciones que se tiene sobre el lugar generan aspectos negativos para las refugiadas. Se observa además que el espacio es construido desde la negación del mismo como “ajeno” y como la única posibilidad de sostenimiento del hogar. Se denota también una historia marcada por la vulneración de derechos laborales; distancias y alejamientos entre los cuerpos y los objetos que configuran los lugares “prohibidos” (MacDowell 2002) y a los que como mujeres y hombres en situación de refugio no tienen acceso y más bien son percibidas/os como “amenaza” “desconfianza”; elementos que toman forma dentro de las prácticas cotidianas y en las relaciones de poder que se ejercen dentro y fuera del Amazonas.

Otro caso es el de Tiberio, quien expresa:

estoy aquí en el mercado cerca de 5 años. Me negaron la visa, pero no tengo a donde ir, entonces me quedé aquí. Trabajo desde las 6 de la mañana hasta las 2 de la tarde cargando y descargando cosas, que me piden los comerciantes. Nos pagan 0,25 o 0,50 centavos. Es

duro, al inicio, porque aquí casi nadie quiere hacerte llevar sus cosas, porque les da desconfianza que nos vamos a ir robando. Pero yo ya estoy bastante tiempo (Tiberio 2018)⁶¹.

Dentro de la población refugiada, existe un mínimo número de trabajadoras que lograron subarrendar temporalmente kioscos para comercializar granos o pequeños artículos. Para cumplir con este objetivo han tenido que pasar 10 o más años hasta ganarse la “voluntad” de los propietarios o propietarias de los puestos, quienes han optado por descansar dos o tres días y el resto de la semana alquilan su lugar de trabajo. Es el caso de Graciliana H., quien tras 15 años de permanecer en el centro de comercio logró subarrendar un puesto de madera al interior del Amazonas para comercializar granos, pero no le fue tan bien. Optó por cambiar de producto en el mismo local y adquirió una cocina de carbón para expender carnes asadas.

A partir de este momento, empezaron los problemas por el lugar que ocupaba. Las vecinas de la localidad le reclamaban que se excedía del metro y medio asignado por el Municipio de Ibarra. El humo que se esparcía por el sector fue otro de los reclamos. “Fuera de aquí colombiana aparecida” le gritaron en varias ocasiones. Las disputas no cesaron hasta que Graciliana⁶² tuvo que devolver su puesto de madera y regresar a la informalidad con la venta de agua con limón en las calles. En este entorno conoció a personas que la emplearon en el sector de “Jugos y Comidas”, donde ella gana un jornal por sus actividades diarias. Pasa de lunes a domingo y trabaja entre 10 y 12 horas al día.

En el caso de Graciliana el espacio se crea, transforma y se deshace debido a que se a presenta como un escenario conflictivo, donde hay barreras y restricciones, dada su condición de migrante y por su nacionalidad. Este ejemplo nos deja ver que las mujeres refugiadas experimentan distintas movilidades que van cambiando su forma de producir los

⁶¹ Tiberio de 27 años, solicitante de refugio, entrevistado por Guadalupe Yapud Ibarra 7 de febrero 2018.

⁶² Graciliana de 67 años lleva ya casi 15 años en Ibarra. Ella llegó como refugiada y luego ya se quedó como residente. Su trabajo siempre ha girado en torno al mercado Amazonas. Entrevistada por Guadalupe Yapud. 26 de marzo 2018.

espacios. Algunas veces están en el “adentro” otras en el “afuera” o en la “clandestinidad”. En un tiempo cuentan con un espacio fijo donde pueden generar recursos y reproducir sus vidas; pero a la vez se ven obligadas a desplazarse hacia otros lugares, donde se transforman sus relaciones sociales. Por el espacio se vuelven comerciantes formales o informales; “legales” o “ilegales”.

Adicionalmente, existe un buen porcentaje de refugiados/as o solicitantes de refugio que se desplazan y recorren las calles aledañas al mercado Amazonas con la venta de comida típica de su país. Para este grupo, las calles forman parte de sus vidas; aunque estos espacios les signifiquen exclusión, discriminación; pero a la vez les otorga cierta libertad y les ofrece la posibilidad de administrar su tiempo. Esas fueron las expresiones de Mery, refugiada que ya lleva 6 años en la ciudad de Ibarra.

yo con mis torticas me voy de aquí para allá... me recorro todo el mercado y a los compradores les gusta lo que vendo... muy a la madrugada me levanto a elaborar las tortas de naranja, chocolate... es muy sacrificado salir desde muy temprano de la casa, pero cuando se tiene que trabajar hay que hacerlo. A pesar que en un inicio me trataron mal, el mercado me ha salvado de algunas... en los sitios donde más vendo es en el sector abierto y la gente que visita el mercado es la que más apoya... lo bueno de tener mi pequeño negocio es que aquí salgo cuando yo quiero... si hay que hacerle la lucha porque los policías municipales te molestan un poco... pero a la final nos dejan porque no estamos en el mismo sitio... Tuve la suerte de encontrarme con personas que me prestaron un poco de dinero y con ello empecé con mi negocio... primer haciendo pocas raciones... para probar suerte... Sin embargo, también hemos recibido insultos porque no nos quieren adentro... sino que permanezcamos aquí afuera. Nos acusan de que no pagamos impuestos... ni arriendo de los locales, pero eso a mí no me importa... he aprendido hacerme dura para sobrevivir. Imagínese que me detenga por lo que me dicen... yo tengo que llevar el pan a mi casa. (Mery 2018)⁶³.

⁶³ Mery comerciante ambulante e integrante del grupo de Autoahorro de la Misión Scalabriniana, observación participante, Ibarra 12 de mayo de 2018.

En relación a las ventas ambulantes por parte de la población refugiada, se observa que existe una división social del espacio acompañada por medidas coercitivas y la aplicación de políticas segregacionistas que provienen del Estado (Duhau 2013) o los gobiernos locales. De modo que el Municipio de Ibarra interviene en la organización de los espacios públicos, el orden de los sectores aledaños a la plaza Amazonas desde un enfoque de seguridad y control. Para lo cual ha delimitado lugares de “libre acceso” o “restringidos” al interior o exterior del mercado.

De esta manera, la población refugiada es excluida de espacios privilegiados y son discriminadas por su nacionalidad y condición migratoria. A su vez, la recopilación de información nos da una lectura sobre la complejidad del espacio, en cuanto existen comerciantes que poseen condiciones de propietarios y se ubican en el “adentro” y hay quienes usan el espacio desde los márgenes o desde la periferia y son desplazados hacia el “afuera”, donde son construidos como “peligro y amenaza” para los demás. Sin embargo, ellos y ellas se construyen sobre la base de mayores libertades para desplazarse y utilizar el tiempo como mejor les conviene. Se visualiza además las constantes tensiones entre los unos y los otros que se disputan el espacio; una segregación del espacio que se articula a otro tipo de exclusiones que tienen que ver con el origen nacional y la condición migratoria.

1.4.2 Segregación pactada del espacio en la plaza de Ponchos

En contraste, encontramos en el grupo de migrantes peruanos particularidades que están asociadas a estrategias étnico-culturales que implementó este colectivo para ir ganando espacio en la plaza de Ponchos. Sin embargo, han tenido que confrontar un proceso de revitalización étnica por parte del pueblo kichwa-otavalo, el mismo que ha ido construyendo su identidad a partir de la plaza de Ponchos, como sitio cultural y simbólico. Entonces partiremos por contextualizar históricamente este proceso para ir matizando la presencia de los productores peruanos en el lugar.

Como podemos apreciar la plaza de Pochos es un espacio donde confluyen aspectos sociales, culturales y económicos con gran valor material y simbólico para el pueblo kichwa otavalo, cuyos sentidos están relacionados con prácticas económicas basadas en el

intercambio y desarrolladas desde la época prehispánica en toda la sierra norte del Ecuador (Rivera, 1988). Estas actividades económicas que tienen su origen en los obrajes y el comercio de la economía colonial han despuntado la acumulación de capital económico y social de una buena parte de familias indígenas (Guerrero 1991; Caillavet 1980; Ortiz 2009).

Como lo señalan estos autores desde los tiempos coloniales los indígenas otavaleños fueron incorporados como fuerza laboral tanto a la producción agrícola como a la textil, dos campos económicos en los cuales mostraron sus habilidades intrínsecas tanto para el cultivo de la tierra como para la elaboración de los tejidos, pero sobretodo gozaban de un prestigio trabajado sobre la base de una larga tradición comercial, enraizada en su historia pre-colonial (Korovin 2002).

Tanya Korovin (2002) relata que durante los siglos XVI y XVII, la corona española había construido los principales obrajes en lo que hoy es la ciudad de Otavalo y otro más grande ubicado en Peguche. Bajo la modalidad de la mita, los obrajes producían textiles para la comercialización en lo que actualmente es Perú y Colombia. Posteriormente varios de estos obrajes fueron comprados por los hacendados, quienes llegaron a reemplazar a los españoles y se convirtieron en los explotadores de la mano de obra de los indígenas. Así, la producción textil empezó a bajar por diversas causas como el precio bajo de las telas, epidemias y políticas proteccionistas de España.

Estas fueron las causas por las cuales para el siglo XX, los obrajes desaparecieron completamente, sin que ello implique la eliminación de la actividad textil en Otavalo. Algunos trabajadores indígenas consiguieron los telares de pedal y empezaron a fabricar las telas que producían en los antiguos obrajes. También aprovecharon rutas comerciales entre algunos países andinos para iniciar su comercialización.

Segundo Moreno. Y (1981) sostiene que las relaciones de solidaridad y parentesco de la comunidad indígena otavaleña establecieron mecanismos de acceso a las fábricas, pero también empezaron a desarrollar nuevas formas de subsistencia económica en el sector

rural como son los telares manuales, en el que se tejían mantas, sobrecamas y sacos. También se desarrollaron otras actividades artesanales como la alfarería, que tuvo gran demanda entre los comuneros, quienes empezaron a conformar unidades domésticas y centros de producción con diferentes especializaciones. De este modo, la alfarería que era propia del sector de Peguche se extendió por otras zonas y se fue ampliando entre las familias otavaleñas (Lamas 1985). La idea consistía en que eran capaces de desarrollar otras actividades artesanales y presentar diversidad en la producción y comercialización artesanal. Además, estas iniciativas se enmarcan dentro del principio de la “comunidad”, que implica la “no competencia” entre pares.

Como podemos observar este espacio forma parte de la cultura y la identidad de los pueblos kichwa otavalo. Es aquí donde se encuentran los cimientos del sujeto indígena comerciante/artesano “mindalae”. Según Toa Maldonado (2016) el mercado Centenario es un símbolo para el pueblo indígena de Otavalo por un proceso de apropiación del espacio, identidad y apego al lugar. La apropiación del espacio en el sentido que fueron los primeros indígenas en tomar posición sobre esta zona. La identidad sobre el lugar que evoca el pasaje histórico de la figura de Rosa Lema, representando al pueblo kichwa otavalo a nivel internacional y al imaginario del comerciante viajero “mindalae” insertado en una economía cultural (D’Amico 2014). El “apego al lugar” que connota familiaridad, cercanía, oportunidad, reencuentro en un punto geográfico (Maldonado 2016).

Otro elemento en este análisis enfoca a la plaza de Ponchos como un símbolo para los otavaleños el paso del indígena de las zonas rurales hacia la ciudad. Para Maldonado (2016) la presencia del habitante kichwa otavalo en la ciudad ocurre durante la década de 1940 (Schwartz, 2009 citado en Maldonado 2016), pese a que el indígena había sido un residente histórico de Otavalo, es a partir de 1940 que se visibiliza su presencia en la ciudad. Esto responde a la predominancia de nociones territoriales hegemónicas superpuestas a través del tiempo que han marcado las diferencias sociales, en el sentido de clasificar el suelo para determinadas funciones y para la restricción o condicionamiento de otras prácticas sociales. De ahí que se menciona la existencia de lugares permitidos y prohibidos que habían sido interiorizados por los indígenas.

Sobre la base de este proceso de revitalización étnica y empoderamiento del comerciante indígena otavaleño, podemos señalar la presencia de los migrantes de Perú, quienes intensificaron sus flujos durante los últimos 30 años. Su centro de actividades económicas fue y sigue siendo la plaza de Ponchos. Un lugar constituido como un atractivo económico comparable al que vivió en una época el Cuzco, en el Perú. La mayoría de las familias migrantes peruanas asentadas en Otavalo afirman que se desplazaron hacia el Ecuador motivados por el mercado artesanal, visto como un nicho económico y un potencial con ventajas económicas y, además, reconocido internacionalmente. Así se evidencia en el siguiente testimonio:

yo vine a Ecuador por aventurarme. Un amigo me dijo que había un mercado artesanal donde se vende bien. Entonces me animé. Primero llegué a probar como estaban las cosas aquí y me di cuenta que no había lo que nosotros producimos... o sí había, pero era un poco más caro entonces empecé a buscar clientes que quisieran la mercadería a precios más bajos. Fueron casi 15 días que estuve en Otavalo hasta que traje los sacos y los comerciantes otavaleños les gustó. No sabía en qué lugar quedarme y alquilé un cuartito y opté por viajar cada semana a Lima, para traer más mercadería que me solicitaban... así empezó a circular entre nosotros el rumor que en Ecuador había un gran mercado... seguimos aumentando más y más productos para comercializar (Flores 2018)⁶⁴.

En esta parte del relato podemos apreciar la manera cómo los productores de Perú consideran un lugar “apropiado” desde la comparación de ventajas económicas tanto para ellos por el aumento de sus ventas; pero también para los comerciantes de la localidad, para quienes resulta conveniente dados sus costos bajos y la calidad de la materia prima con la que trabajan los artesanos de Perú. Sin embargo, en el año 2006 ingresan flujos masivos de productores y comerciantes de Perú con el fin de comercializar las artesanías, que a su criterio eran de mejor calidad, con modelos innovadores y a mitad de precio. Este hecho generó malestar y descontento por parte de los comerciantes locales, quienes pedían su salida.

⁶⁴ Agustín Flores, artesano productor peruano radicado en Otavalo, entrevistado por Guadalupe Yapud, Otavalo, 26 de abril de 2017.

De esta manera, la plaza de Ponchos se convirtió en un espacio de tensiones entre la población migrante y este grupo de vendedores que rechazaba la presencia del colectivo migrante, por considerarlos una “amenaza” a la producción local y llegaban a “dañar” el mercado de artesanías por la diferencia en los costos. La confrontación entre los dos grupos étnicos se hizo evidente en la provincia de Imbabura (La Hora 2006). Uno de los dirigentes menciona:

Nosotros estábamos inundados de peruanos. Algunos llegaban se instalaban y ni siquiera tenían papeles. En el pasado les hicimos incautar la mercadería porque queríamos que hagan las cosas de forma legal. Además, ellos vendían más barato y esto perjudicaba la producción local y por ende a nuestros comerciantes de la plaza de Ponchos. Si usted recorre las principales comunidades indígenas de Otavalo se iba a dar cuenta que los telares estaban cerrados. Este lugar fue construido para dar cabida a los artesanos y ahora a los comerciantes de la localidad. Este espacio es nuestro y así lo hemos defendido siempre. La gente ya no produce las artesanías como antes porque sale costoso, entonces lo que hacemos es compras directamente en las pequeñas industrias de tejido que aún funcionan en algunas comunidades” (Lema 2017)⁶⁵.

En este extracto se manifiestan expresiones localistas desde los comerciantes indígenas, en las que sobresalen concepciones culturales y simbólicas sobre el “lugar”, las mismas que están arraigadas en los indígenas otavaleños, para quienes la plaza es algo propio. Esto hace que miren a los migrantes peruanos como “ajenos” y sobresalten señas de xenofobia. Se avivan sentimientos de la “comunidad imaginada”. No obstante, estas fisuras entre los dos grupos étnicos fueron superadas, a través de lo que hemos denominado segregación pactada e implícita del espacio, entre migrantes y no migrantes. en el que salen ganando todos, puesto que hay un predominio de las utilidades por el uso y aprovechamiento del espacio.

Así se aprecia:

⁶⁵ Antonio Lema, presidente de la Unión de Artesanos y Comerciantes del Mercado Centenario (UNAIMCO), entrevistado por Guadalupe Yapud. Otavalo 6 de julio de 2017.

nosotros pagamos altas sumas de dinero por estar ubicados en este lugar. Si usted se fija en este sector casi todos los almacenes están arrendados por nosotros, porque aquí nadie les pagaba lo que nosotros sí. Pero hemos aprovechado el espacio dividiéndole el piso en dos partes. La una nos sirve como local y la otra parte ahí vivimos con nuestras familias. Esto nos permite estar al pendiente tanto de las ventas que hacemos como de los hijos, de la familia que tampoco hay que descuidarse. Aquí mismo preparamos la comida... mi mujer cada que puede entra a controlar si los pequeños están haciendo sus tareas. No somos muchos y estamos cómodos. Además, la zona ya es conocida por los compradores que no son solamente de la plaza, sino de otras partes del Ecuador. Vienen de Cuenca, Riobamba, Guayaquil (Pablo 2017)⁶⁶.

Esta segregación pactada del espacio inadvertidamente o no fue una de las estrategias implementada por el colectivo de migrantes, quienes diversificaron la producción local, mediante la variedad de artículos que son expendidos en el mercado de forma reservada. Sin embargo, estos acuerdos casi clandestinos propiciaron la división entre comerciantes otavaleños, pues hay quienes aceptan la presencia de los productores peruanos siempre y cuando se ubiquen en las partes aledañas a la plaza de Ponchos.

Pero existe otro grupo de vendedores que rechaza el expendio de artesanía peruana en la plaza. Pese a estas fracturas sociales, el colectivo peruano se fue progresivamente instalando en los alrededores del mercado artesanal. En la actualidad, cuentan con locales de productos artesanales tanto de Perú como de algunas provincias centrales y amazónicas del Ecuador. Por otro lado, los migrantes aprovechan su ingreso al lugar para tejer redes locales y se proyectan como comerciantes mayoristas, quienes abastecen de artículos a las vendedoras del mercado artesanal; aunque que este tema sea un secreto a voces en el medio.

⁶⁶ Pablo Guaña, productor peruano, entrevista personal, Otavalo 16 de agosto de 2017.



Fotografía 3. La plaza de Ponchos se muestra cada más amplia y diversificada.
Fuente: Federación de Artesanos del mercado de Ponchos, 2018

Por otra parte, para los migrantes la plaza de Ponchos como tal es percibida como parte del *modus operandi* de las redes para sostenerse en el nicho económico y alcanzar otros mercados a nivel nacional e internacional. Sus sitios de trabajo presentan el carácter funcional del espacio que sirve tanto para las tareas productivas como las reproductivas. Pero a la vez un proceso de re-significación del lugar que se auto-asignaron y que lo experimentan como el “hogar” donde se reproduce la vida y como un área en común donde se reencuentran con sus pares y con sus tradiciones. Así lo señala una artesana de Perú:

tratamos en lo posible de reavivar en este lugar nuestras costumbres. Arreglamos los locales con elementos distintivos de nuestra cultura. El Ekeko⁶⁷ está siempre en nuestras vidas... a él le pedimos prosperidad, salud y por eso está ubicado en un sitio visible de los almacenes. También nos organizamos para traer sazonadores para la comida peruana, aunque tiene algo parecido a la de aquí... la sazón es todo para nosotros. Cocinamos en estofado de carne, el ají colorado, el cuy con maní y ají. Cada que se puede hacemos la pachamanca que consiste

⁶⁷ Según las creencias andinas es el Dios de la abundancia, la fecundidad y la alegría. Es un ícono de la religiosidad tanto en Perú como en Bolivia.

en cocinar los alimentos debajo de la tierra, colocamos la leña con piedras para la preparación, así de esta manera se mantienen los alimentos nutritivos. Solamente en ocasiones especiales la hacemos... para fiestas nacionales como el día de la Patria que es el 28 de julio o para los cumpleaños. Cada vez que viajamos al Perú traemos la maca, que es parecido al maíz. Aquí lo preparamos con leche. Es una bebida nutritiva para los niños. Así cositas que se puede replicar, pese a la distancia. Lo que sí se extraña son las polladas de las tardes... eso hacemos poco porque la mayor parte del tiempo pasamos trabajando y nos encerramos en nuestras casas (Quispe 2018)⁶⁸.

Las familias peruanas reproducen también en el espacio prácticas socioculturales que refieren a formas de interacción con lo simbólico, los recuerdos y la nostalgia de su terruño. Por eso se afirma que las vidas migrantes no solamente se movilizan, sino que transportan consigo objetos, memoria sobre costumbres que las replican en los sitios de destino. Es decir, hay un proceso de re-creación de vivencias específicas y momentos que tienen que ver con figuras, objetos y costumbres.

Hasta aquí hemos examinado las dinámicas socio-económicas y culturales de las dos plazas y hemos identificado el proceso de inserción socio-laboral de la población refugiada en el Amazonas y de los migrantes peruanos en la plaza de Ponchos; al tiempo que hemos dado indicios de cómo se reproducen las desigualdades sociales en el espacio y cómo podrían recaer sobre los grupos migrantes, en prácticas discriminatorias y excluyentes. En la siguiente sección nos interesa profundizar cómo el espacio se configura como un contenedor de pasadas y presentes disputas interétnicas y cómo estas se remueven frente a los grupos migratorios.

1.5 El espacio como contenedor de viejos conflictos interétnicos y nuevas formas de alteridad en las dos plazas

Una característica similar que encontramos tanto en el mercado Amazonas como en la plaza de Pochos consiste en que son espacios, donde han tenido lugar conflictos interétnicos del pasado y que en el presente adquieren otras formas de desigualdad. Este

⁶⁸ Teresa Quispe, se autodefine como aimara, entrevista personal, Otavalo, 9 de septiembre de 2018.

hecho, al parecer responde a lo que Massey (2005) señala sobre la movilidad del espacio y la no neutralidad del mismo, en el sentido que es aquí donde se despliegan relaciones sociales que no necesariamente están fijadas o establecidas, sino que son el resultado de interacciones diarias y de conexiones que están por construirse.

Así, en las dos plazas persisten tensiones socio-históricas que caracterizan a los grupos étnico-raciales coexistentes en los dos lugares y que muestran maneras particulares de encarar la presencia de los migrantes transfronterizos en las localidades. Es decir, existe una especie de remoción de un pasado conflictivo que se desplaza hacia los migrantes peruanos y las mujeres refugiadas en formas de segregación espacial, discriminación, exclusión y xenofobia; elementos clave para comprender las inequidades desde lo microsocioal. En este apartado, nos centraremos en mirar cómo los migrantes peruanos y las mujeres refugiadas colombianas confrontan espacios conflictivos y de constante tensión histórica entre grupos sociales. De tal modo que exploramos sus subjetividades en relación con el espacio.

1.5.1 Migrantes peruanos entre el cierre y la apertura de los espacios

El ganarse un lugar en los alrededores de la plaza de Ponchos les ha significado a los productores de Perú confrontar situaciones de discriminación y xenofobia, puesto que han sido excluidos y segregados espacialmente a sitios periféricos por su nacionalidad y por su condición de migrantes. En más de una ocasión, su presencia fue el blanco de ataques y de persecuciones por parte de grupos de poder que operan en el mercado artesanal. Se trata de una élite indígena que en el pasado experimentó un proceso de apropiación cultural y simbólica de la plaza de Ponchos.

Es decir, existe un proceso apropiación del espacio desde y para los indígenas quienes han proyectado su identidad cultural en referencia a este lugar. Esto implicó el despliegue de constantes tensiones y disputas por el mercado Centenario, en primera instancia, con la población mestiza y en la actualidad con los migrantes. Haciendo una retrospectiva, señalaremos que la situación conflictiva entre indígenas y mestizos se intensificó hace más o menos 20 años, cuando al comercio de la plaza de Ponchos se unió la venta de la feria de

los sábados desarrollada en la ciudad. Según señalan algunos vendedores indígenas los comerciantes mestizos de Ibarra, Antonio Ante y Cotacachi se enteraron del sitio y “fueron apareciendo” para instalarse en las calles céntricas de Otavalo.

El primer conflicto entre la población indígena y mestiza se registró durante la década de 1990, cuando una parte del mercado artesanal era utilizado por un grupo de deportistas para practicar la pelota de mano, pero con el pasar del tiempo, los artesanos miraron la posibilidad de ampliarse debido a la alta demanda de actividades comerciales en la plaza. Es así que con el apoyo de la UNAIMCO solicitaron al Municipio de Otavalo la concesión del área para dividirlo en metros cuadrados y adjudicarlos a los comerciantes indígenas. Este hecho causó malestar entre los deportistas, en su mayoría mestizos y quienes tradicionalmente venían practicando el deporte.

Así lo señala Tarquino Mediavilla, quien desde los 16 años practicaba la pelota de mano en 100 metros de superficie (100 m. de largo x 8 m. de ancho):

este lugar se había convertido en el principal atractivo para jóvenes y adultos que llegaban al sitio con el fin de armar una ronda o apostar por uno de sus equipos favoritos. Por más de 20 años se llevaron a cabo campeonatos de pelota de mano con los mejores deportistas. La municipalidad en atención al pedido de las asociaciones de vendedores reubicó la cancha en la parte sur de la ciudad, sin contar con la misma acogida que había tenido. “Nos quitaron este espacio para entregar a más vendedores... como los comerciantes indígenas son más unidos nos mandaron sacando de aquí. Y a raíz de esto fue desapareciendo la actividad deportiva”. El lugar estaba ocupado en su mayoría por jugadores y vendedoras de comida adscritos a la etnia mestiza, que acudieron a las instancias legales para defender su espacio, sin que les devolvieran la cancha (Mediavilla 2018)⁶⁹.

Otra tensión evidente refiere a la monopolización de los puestos, los mismos que se encuentran en manos de pocas familias indígenas, quienes tienen el dominio sobre el suelo y cuyos dirigentes son los encargados de perpetuar la concesión de kioscos a familiares,

⁶⁹ Tarquino Mediavilla, ex dirigente barrial, entrevistado por Guadalupe Yapud, Otavalo 7 de mayo de 2018.

amigos o conocidos de la misma comunidad. También existen otras formas de acumulación del espacio mediante la concesión, arrendamiento o empréstito de un puesto a una comerciante indígena y las barreras-restricciones que son impuestas a comerciantes mestizos. A criterio de Toa Maldonado (2016), el grupo indígena permite el alquiler temporal a comerciantes mestizos únicamente cuando se trata de ventas eventuales y en las zonas periféricas de la plaza de Ponchos. El interior del espacio está centralizado únicamente para las familias del pueblo kichwa-otavalo.

Es más, este grupo de comerciantes expresaron abiertamente su rechazo por las ventas ambulantes y señalaron que ya no hay más espacio para nuevos vendedores y “menos para personas de otro país. Estamos saturados y hay exceso de comerciantes”, son expresiones comunes entre la población local. Cabe resaltar que estos conflictos interétnicos se acentuaron precisamente cuando la plaza de Ponchos se consolidó como el centro del auge económico y artesanal de la provincia de Imbabura.

Para la mayoría de lugareños, la situación se complicó con la llegada de los productores peruanos, a quienes se les imputaba la baja de las ventas y competencia desleal. Si al inicio los intercambios comerciales con este grupo se hacían de forma casi secreta, después se volvieron más visibles con la apertura de almacenes artesanales que rodearon la plaza y se convirtieron en el centro de la atención de los turistas nacionales e internacionales. Las constantes disputas y tensiones empezaron a salirse de control, cuando en el año 2010 tuvieron lugar confrontaciones y persecución hacia los migrantes; marchas y protestas lideradas por grupos de poder local fueron la tónica durante casi seis meses. Estas medidas colectivas de los vendedores indígenas locales contaron con el respaldo de instituciones responsables de la organización y control del espacio público. Estos hechos tuvieron connotaciones de rechazo y xenofobia hacia los migrantes peruanos por el hecho de ser “ajenos” a la plaza. Pero de manera particular, por convertirse en una amenaza a intereses de ciertos comerciantes indígenas.

Sin embargo, los comerciantes de Perú han ido resignificando su “estar” en la plaza de Ponchos, a través de la acumulación de capital económico que se ha generado por el

comercio de las artesanías, las mismas que son expuestas en el sitio para su venta a los visitantes y turistas. No obstante, entre los propios migrantes hay distintas percepciones y concepciones sobre el espacio que ocupan. Para algunos migrantes, la plaza se ha configurado como un sitio de tránsito y de contacto con los migrantes kichwa- otavalo, quienes son sus principales clientes. Precisamente, la élite indígena se ha convertido en el segmento de mercado al que quieren llegar los productores. Esto a su vez, propicia que los comerciantes peruanos empiecen a trazar nuevas rutas y que intercalen desplazamientos hacia mercados globales y mercados nacionales, tal como los migrantes otavaleños lo han realizado históricamente.

Esta dinamización socioeconómica y cultural puede ser leída desde el argumento de Lefebvre (1991) acerca de la producción de las relaciones sociales en el espacio y de la producción del espacio por las relaciones sociales. Se advierten distintas maneras que los sujetos perciben, conciben y viven el espacio. Pero en el caso de las migraciones peruanas, se evidencian ciertas especificidades que tienen que ver con procesos de discriminación étnico-racial que no son analizados por Lefebvre y que constituyen la complejidad del espacio; en tanto está atravesado por conflictos interétnicos entre indígenas y mestizos, que no terminan por resolverse; es más asumen innovadas formas y se prolongan hacia los nuevos otros, acentuando su nacionalidad y remarcando las distancias sociales en el mercado artesanal.

1.5.2 Superposición de desigualdades socio-espaciales en el caso de la población refugiada en el mercado Amazonas

Para comprender cómo se reproducen las desigualdades socio-históricas en el espacio socialmente producido y la manera cómo se superponen desde los sectores indígenas y negros hacia la población refugiada en el mercado Amazonas de Ibarra, examinaremos el entramado de inequidades que han persistido en esta plaza y cómo se articulan al fenómeno migratorio. Para lo cual, se identificarán las conexiones que existe entre las disputas interétnicas que han existido en el mercado con la emergencia de la población refugiada en este sitio.

Hay que tomar en cuenta que en el mercado Amazonas se ha configurado una categorización social y étnico-racial de los puestos de trabajo, que responde a una matriz socio-histórica de inequidades, donde grupos de indígenas y afroimbabureños han sido discriminados y excluidos de espacios privilegiados. Estas desigualdades socio-espaciales se evidencian en la sectorización operativa y normada por parte del Municipio de Ibarra; pero también hay una estratificación basada en la ubicación, el tipo de producto y la categorización étnico-racial, a través de la cual las mujeres indígenas y negras se encuentran en determinados espacios segregados.

Esta categorización social y étnico-racial de la ocupación del espacio en la plaza constituye la génesis de las constantes tensiones y disputas entre comerciantes mestizos, por un lado, e indígenas y afroimbabureños, por otro lado. Las interacciones conflictivas entre estos grupos sociales se visualizan, a través de prácticas cotidianas localizadas en el mercado Amazonas, donde se establecen relaciones interétnicas e inequitativas, en el sentido que están mediadas por formas encubiertas de discriminación y racismo expresadas en comportamientos y representaciones sobre lo “negro” y lo “indígena”, dos grupos que se mantienen al margen de ciertos privilegios asignados al grupo blanco-mestizo y zonas periféricas de la plaza.

En las interacciones diarias entre comerciantes se percibe una supremacía blanco-mestiza que ejerce su poder sobre estos grupos subordinados a través de actitudes condescendientes simuladas mediante un trato “distante o indiferente” (Carrillo y Salgado 2002). De tal forma que la discriminación étnico-racial tiende a valorar positivamente los negocios del grupo blanco- mestizo y a subvalorar el trabajo de los comerciantes por su etnia, su condición de vendedores informales y sus bajos niveles de ingresos.

El racismo en la plaza Amazonas es un caso que puede explicarse en términos de Peter Wade (2013), quien sostiene que la idea de raza está asociada a una historia del colonialismo que no solamente nos devela procesos de dominación que persisten en las estructuras de poder, sino que hay una *simultaneidad* que implica la interpenetración de procesos de inclusión y exclusión que dificulta distinguirlos. Si bien el racismo es un

discurso que se circunscribe en lo nacional, también posibilita repensar a la raza como una categoría de análisis para su reivindicación.

Si proyectamos esta idea en el caso de la población refugiada colombiana en el mercado Amazonas, mencionaremos que hay un proceso de racialización sobre este grupo, que se vuelve visible a partir de su presencia en la plaza, en el sentido que llegaron porque huían de la violencia que vivían en su país y, para la mayoría, las ventas ambulantes por los alrededores del mercado Amazonas representaba su única opción de trabajo. Aquí este grupo, empezó a compartir el espacio con vendedores y vendedoras informales de la localidad, quienes se adscriben como indígenas y negras y se encuentran concentradas en las partes periféricas y marginales del centro de comercio. Estas comunidades han sido construidas como los “otros” y las “otras”, sobre la base de prejuicios y estereotipos que denotan racismo y discriminación que se inscriben en las formas de relacionamiento en el diario vivir. Estos tratos racistas y discriminatorios se trasladan hacia la población refugiada, mediante muestras de subvaloración de su trabajo, prejuicios raciales y rasgos fenotípicos y culturales, sobre los cuales son construidos los y las refugiadas, quienes además son discriminadas por su nacionalidad y estatus migratorio.

Existen niveles de percepción negativa sobre las mujeres refugiadas y sobre trabajadores colombianos; similar a lo que ocurre con los grupos étnicos de la localidad, dentro de los cuales los indígenas se encuentran en una posición intermedia, mientras que la población negra es el “último otro”. Más aún, la población refugiada viene a convertirse en “los otros de los otros”, son quienes confrontan prácticas que se ponían en marcha contra grupos históricamente excluidos del pasado y ahora cobran fuerza mediante formas de marginación material y simbólica del espacio. Para este grupo, el espacio *vivido*, *percibido* y *concebido* se muestra conflictivo y atravesado por constantes tensiones con los vendedores y vendedoras mestizas de la localidad.

Así, observamos la conexión entre la población refugiada y las comunidades indígenas y afroecuatorianas, pues, así como estas han sido relegadas de espacios marginales y han sido el foco de la discriminación y exclusión, ahora son también las mujeres refugiadas, quienes

experimentan estos procesos de segregación socio-espacial. Se pueden interpretar como un proceso de indigenización de este colectivo, en el sentido que reciben similares tratos que los sujetos indígenas que laboran en el centro de comercio. Esta plaza representa para ellas el principal obstáculo para insertarse laboralmente en la ciudad, por los niveles de tensión que han experimentado con las propietarias de los negocios y la constante persecución por parte del control institucional.

No obstante, las partes aledañas se han convertido en su principal fuente de ingresos, donde se sienten en familia porque se reencuentran con sus coterráneos. Estas nuevas formas discriminatorias y de exclusión hacia los otros se manifiestan en discursos cotidianos de rechazo que hacen alusión al apropiamiento de los lugares, en este caso del mercado Amazonas. Así se evidencia en el siguiente relato:

El mercado Amazonas se hizo para la ciudad, para nadie más. Ya no caben uno más... ni los vendedores ambulantes de aquí, peor los colombianos o venezolanos... los colombianos empezaron a llegar hace 20 años y todo fue desde la dolarización... ellos vinieron pensando que van a ganar más, como en otros países... pero lo que han hecho es venir a quitar el trabajo a ecuatorianos y en el mercado lo que hacen es vender las cosas a mitad de precio y les hacen la competencia a los nuestros. O a veces se venden por un plato de comida. Deben dar las gracias que la gente de Ibarra somos acogedores y no ser malagradecidos...yo aquí no les permito hacer ningún trabajo complicado porque eso no pueden... mejor les pongo a promocionar el negocio y verá cómo llegan los clientes.... (Marina 2017)⁷⁰.

Entonces, los conflictos espaciales suelen estar asociados a prejuicios étnico- raciales, xenofobia y exclusión de los otros, quienes resultan “extraños” a su entorno e invasores o invasoras de su espacio. Bajo el justificativo de que no hay más espacio se han generado mecanismos de bloqueo y cierre social que igualmente tienen raíces en las lógicas de funcionamiento y organización del espacio por parte de grupos de poder que operan en los dos mercados.

⁷⁰ Marina Villarreal, ex presidenta de la Asociación del comercio minorista en el mercado Amazonas, entrevistada por Guadalupe Yapud, Ibarra 16 de julio 2017.

Existen construcciones sociales basadas en la xenofobia y en características culturales como propias para la realización de tal o cual trabajo.

En el mercado Amazonas, para un colombiano es bastante complicado que le concedan un puesto, siempre se va a dar prioridad a los más antiguos. Los comerciantes locales se quejan de que el comercio se reactiva en las afueras del mercado Amazonas y las ventas bajan al interior del centro de expendio... Como es conocido a nivel mundial, el colombiano no tiene buena fama. Siempre le catalogan como una persona problemática, hay la viveza criolla. Y vienen de todo, hay quienes si vienen a trabajar... pero siempre cuando hay delincuencia siempre está un colombiano, por eso hay que apartarse de ellos. Algo que sí se puede aprender de ellos es en las ventas, ellos son bastantes buenos y es conocida, la forma de atender al cliente (Rolando 2018)⁷¹.

En estas expresiones se legitiman los constructos sociales sobre la *colombianidad* basada en estereotipos y criterios xenofóbicos. Los comerciantes de la localidad perciben a los migrantes como una “amenaza” a sus intereses; son construidos a partir de prejuicios que estigmatizan sobre la base de generalizaciones.

Retomando lo que señala Wade (2013) los sujetos experimentan esta simultaneidad en tanto, la inclusión como la exclusión son realidades vividas y se balancean de acuerdo al contexto. Esto quiere decir que los migrantes/refugiados se encuentran en medio de procesos de exclusión, pero existe la posibilidad de incluirse de distintas maneras; a nuestro modo de ver, serían las estrategias de resistencia que ponen en marcha para evadir la opresión/dominación.

2. Procesos de acumulación y monopolización del espacio

En esta línea de análisis sobre el espacio y cómo se reproducen las desigualdades en este, pretendemos en lo que sigue, explicar cómo los comerciantes de las localidades

⁷¹ Rolando Jara, presidente de la agrupación Unión y Progreso del mercado Amazonas, entrevistado por Guadalupe Yapud. Ibarra 4 de febrero 2018.

implementan mecanismos de cierre, para impedir que los y las “extrañas” acceden a las plazas. Para ello, retomamos a Henri Lefebvre (1974) en su texto del “*Derecho a la Ciudad*”, quien menciona que el espacio fue creado como un valor de uso y en su forma social y natural. A partir de la emergencia del capitalismo, se impuso el valor de cambio y el espacio se convierte en una mercancía que se puede comprar y vender. También, genera plusvalía para quienes tienen el poder y control sobre este espacio.

Este hecho nos lleva a fijarnos en uno de los componentes principales del espacio, que es el suelo o el espacio físico como una mercancía que según David Harvey (2007) no es una mercancía normal, sino que cobra significado en el hecho de que no puede trasladarse de un lugar a otro como el azúcar o los autos. Es decir, tiene una localización fija sujeta al monopolio, a la propiedad privada y al almacenamiento de bienes.

Desde esta mercantilización del espacio físico (Harvey 2007), los sujetos construyen su existencia desde la ocupación del espacio; las personas no pueden trabajar sin ocupar un lugar y sin hacer uso de los objetos materiales localizados en ese lugar. “Es imposible prescindir de una cierta cantidad de estas mercancías y eso crea fuertes condicionamientos sobre las mismas” (Harvey 2007, 164). Estas ideas proyectadas sobre nuestros grupos de estudio, muestran procesos de acumulación y monopolización del espacio en los mercados de venta, que agravan las inequidades y se convierten en obstáculos y barreras tanto para migrantes peruanos como para la población refugiada. Para ello, caracterizaremos esta acumulación y formación de monopolio del espacio tanto en el mercado Amazonas como la plaza de Ponchos; posteriormente se conectará con la temática migratoria.

2.1 Los espacios se heredan en el mercado Amazonas

Desde la economía política, el espacio “plaza Amazonas” es un medio de producción donde confluyen redes de intercambios, flujos de materias primas, diferentes fuerzas productivas. Pero a la vez este mercado es un objeto de consumo en el sentido que cuando los comerciantes se apropian con sus ventas y los compradores lo visitan, ellos están consumiendo espacio. De igual manera, en el mercado Amazonas se han dado históricamente una multiplicidad de usos del espacio-suelo como una mercancía

intercambiable y con tendencia a la conformación de monopolios que mantienen el dominio sobre el uso del suelo. Familias que han consolidado medianamente su patrimonio económico y han heredado los puestos de trabajo a sus hijos, hijas y otros familiares.

Según consta en las actas municipales los comerciantes tienen la posibilidad de concesionar el espacio dejado por uno de los miembros familiares a otros de su misma parentela, porque se entiende que no hay un negociado entre las partes. El caso más común es que las madres por su avanzada edad o por alguna enfermedad entregan los puestos de venta a sus hijas primogénitas, siempre que así lo quieran. El problema se presenta cuando hay más de dos descendientes que también reclaman a sus padres un sitio de trabajo, entonces inicia la búsqueda de posibles puestos para ser adquiridos bajo la aparente figura de concesión, pero que en realidad son vendidos por valores que van desde USD 2000 hasta USD 5000.

Zoila Rueda, una comerciante de 52 años, nos cuenta que cuando hubo el traslado del antiguo al nuevo mercado, su madre aprovechó la oportunidad para conseguir puestos para sus dos hermanas mayores, pero ella como era aún niña le dejó como ayudante en su mismo kiosko. Sin embargo, cuando tenía 16 años se casó y su madre le heredó el lugar para vender jugos. De su matrimonio tuvo tres hijas, a quienes no les pudo beneficiar con lugares de trabajo porque contaba con el único espacio que le había dejado su progenitora, pero sí les compró los kioskos:

ellas no quisieron estudiar y también se casaron a la edad en que yo me casé. Entonces había que ayudarles porque la vida se pone difícil ya con hijos. Tuve que andar por casi todo el mercado averiguando si alguna de las compañeras va a dejar su puesto. Aquí todas nos conocemos y enseguida me ofrecieron, les hice que cada una, saque préstamos para comprar los puestos (Rueda 2018)⁷².

Otro caso es el de la familia Lechón-Chiza del sector Cerrado de carnes, ellos fueron los pioneros de la matanza de ovejas y cerdos y posterior venta de la carne desde la plazoleta

⁷² Zoila Rueda es una de las pioneras del mercado Amazonas, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra 23 de mayo de 2018.

El Águila. Su hija mayor de 54 años relata que ella estuvo junto a ellos en el mercado desde los 11 años. “Aquí se criaron mis hijos y el puesto que me dejaron mis padres ha sido mi fuente de trabajo y con esto he educado a mis hijos que aún están en el colegio. Mis padres no me dieron la educación completa, pero me dieron la escuela y me enseñaron a firmar. Unas dos hermanas compraron locales en otros sectores y otras se fueron a España, yo me quedé con este puesto donde se vende carne de chanco, borrego y las menudencias”, explicó.

Como se puede apreciar el espacio heredado tiene alto significado económico para quienes viven de él y constituye la base de su reproducción social. De igual manera, se manifiesta un espíritu de cuerpo entre las vendedoras para que los puestos se queden en manos de las familias que tienen el poder económico, mediante el manejo cauteloso de la información sobre la disponibilidad de los lugares de venta. También hay casos en los que una misma familia cuenta con dos o más puestos de venta con distintos tipos de productos o que están localizados en otros sectores de la misma plaza.

Esto nos permite interpretar que en el centro de comercio se encuentra arraigado un proceso de acumulación y monopolización del uso del suelo, pues apenas un 15% de núcleos familiares mantienen su dominio sobre los espacios en este centro de comercio. Pese a que el Municipio de Ibarra es el único propietario del suelo y de acuerdo con la normativa está prohibido la “negociación de los puestos” (Acta GAD Ibarra 2007), los vendedores le han dado una variedad de usos tendientes a la obtención de ganancias: alquiler temporal, subarriendo, préstamo parcial, cesión de los derechos de uso del suelo a cambio de un valor económico, que por lo general se mantiene en reserva.

Esta acumulación del espacio proviene del grupo de comerciantes que tienen 30, 40 y 50 años de antigüedad en el Amazonas. Ellos han monopolizado la concesión de puestos de venta, respaldándose en las asociaciones que han fundado en cada uno de los sectores. Ejercen su dominio sobre quienes no están dentro de las agrupaciones y sobre vendedores ambulantes que necesitan un lugar de trabajo. Son grupos de familias que manejan información sobre las vacantes, los costos y comisiones. Las autoridades administrativas

del mercado aseguran que existen denuncias sobre venta y reventa de puestos, pero no se sigue el proceso legal, porque existe un acuerdo tácito entre la persona que comercializa el sitio de trabajo y quien lo adquiere. Así nos explica un funcionario municipal:

salen beneficiados tanto el comprador como el vendedor porque hay quienes pagan altas sumas de dinero por contar con un local propio y hay quienes conceden sus derechos y acciones como una forma de recibir su jubilación. Ya casi cuando llegan a la tercera edad. Pero como esto se hace en la clandestinidad, no se hablan de nombres, el que sale perjudicado es el Municipio (Enríquez 2018)⁷³.

Pero existen otros ejemplos que constan en el estatuto de la “Asociación Libertad”, el mismo indica que en el caso de enfermedad del titular son los familiares quienes asumen la posta del sitio de trabajo.” Si el socio fallece y sus familiares no desean el puesto, la organización toma dominio de la concesión” (Art. 45. Estatuto Asociación Libertad). Los dirigentes hacen un estudio minucioso para declararle vacante y concesionarle a otra persona que haya solicitado.

El requisito que debe cumplir el aspirante es encontrarse en lista de espera por algunos años y cumplir con las demandas que le habilitan como vendedor de la localidad y que cuenten con los recursos económicos suficientes para adquirir el negocio. De modo que los mecanismos para la sucesión de los puestos se encuentran reglamentados y constituyen los principales condicionamientos del valor de uso/ valor de cambio del espacio físico, lo cual constituye la base para la reproducción social y el establecimiento de relaciones sociales, económicas y jerarquizadas entre los actores del espacio.

Es innegable que dentro de la plaza Amazonas operan mecanismos de acumulación económica y barreras para impedir el ingreso de otros a los círculos de poder conformados sobre la base de relaciones de parentesco y con factores estructurales que demarcan las desigualdades socio-espaciales vinculadas a la distribución territorial, el uso suelo,

⁷³ Alberto Enríquez, ex administrador de mercados de la ciudad de Ibarra, entrevistado por Guadalupe Yapud Ibarra 16 de julio de 2018.

infraestructura. Estos procedimientos posibilitan la transferencia de los puestos, conformación de redes que legitiman permanencia temporal o definitiva en el centro de comercio y las restricciones normadas para evitar el acceso de los “otros” a espacios fijos y cerrados como son los mercados.

2.2 Apropiación y lógicas de organización del espacio en la plaza de Ponchos

En el caso del mercado de Ponchos en Otavalo, la acumulación y monopolización del espacio se materializa sobre la base de representaciones culturales y simbólicas que tiene el lugar para los indígenas kichwa-otavalos. Desde la ocupación del terreno donde se construyó la plaza, los indígenas empezaron a darle sentido a este lugar como algo “propio”. La mayoría recuerda cuando bajaban de las comunidades a comercializar lo que producían en sus hogares, de manera particular los tejidos que habían recibido como herencia de sus antepasados. Pero con la intervención que se hizo durante la década de 1970, se fortaleció el proceso de apropiación, identidad y continuidad histórica de los otavalos. Las primeras lógicas de organización del espacio se pueden observar en el siguiente extracto:

En la fila siguiente a la de ponchos hay telas de lana similares a los casimires ingleses. Son hiladas y tejidas a mano y se las vende a la población blanca de las grandes ciudades – Quito, Bogotá y aún la lejana Caracas- En la misma fila están los chales que usan las mujeres blancas y mestizas de los pueblos, exactamente como lo hicieron sus antepasados españoles. En otra fila están los rectángulos de bayeta azul marina o negra que las mujeres andinas usan a manera faldas o como chales [...] Más adelante está la fila de lana que los comerciantes indígenas han traído de las haciendas de los valles cercanos; más allá están los aventadores tejidos por los indios de las cercanías del Lago San Pablo. Luego están los platos de barro, ollas para cocinar, cántaros para agua y platos grandes y planos para tostar el maíz, hechos por mestizos y unos pocos indios de la parcialidad de Peguche. A un lado de lado de la feria, a la sombra de altas palmeras, se vende pan integral hecho por los indios, junto con unas pocas cebollas y repollo y otros alimentos ya preparados (IOA 1998 36).

En esta parte de la narrativa se aprecia la manera en que se organizaban las ventas en la feria de la plaza de Ponchos y las relaciones interétnicas entre indígenas y mestizos basadas en el intercambio comercial. Otro aspecto a resaltar consiste en que desde sus inicios la plaza de Ponchos ha sido un punto geográfico de confluencia de población andina que llegaba desde Colombia y Venezuela en busca de la compra de los mejores tejidos. Se nota también la variedad de actividades artesanales a las que se dedicaba el sector indígena en sus unidades domésticas. Sin embargo, para aquel tiempo aún no existía una definición del uso del suelo de la plaza de Ponchos.

A partir de la década de 1980, los indígenas asumen el liderazgo y empiezan a organizar el espacio, bajo el argumento de que la institucionalidad poco o nada hacía para mantener el orden. Para ello se crearon las primeras organizaciones de comerciantes kichwas: Unión de Artesanos Indígenas del Mercado Centenario del cantón Otavalo (UNAIMCO), la organización de Vendedores Permanentes de la plaza de Ponchos y otras asociaciones que se agruparon por la procedencia de las comunidades y por el tipo de producto de venta.

Precisamente fueron los primeros indígenas de la localidad, quienes impulsaron la distribución de la plaza que permanece hasta la actualidad. A medida que se sumaban los comerciantes indígenas a la adjudicación de puestos, otros grupos étnicos como los mestizos reclamaban un sitio para colocar sus artículos. Frente a ello, los dirigentes indígenas apoyados por las instituciones se vieron en la necesidad de delimitar otras áreas y zonas. Así se evidencia en el siguiente testimonio:

Para nosotros la plaza de Ponchos es nuestra historia misma. Aquí (señalando con la mano al lugar) no había nadie. Todo era botado. El piso era de tierra, nadie quería dar un sucre por estos terrenos... incluso había un capitán Castro que iba ofreciendo de casa en casa la venta de los puestos y nadie quiso... entonces fuimos nosotros los artesanos otavaleños, que nos hicimos cargo, porque este lugar estaba destinado para los artesanos y no compradores o intermediarios. Fueron nuestros abuelos los pioneros de que se mejore la plaza y por eso

sintieron el derecho de adueñarse de los pisos. Familias enteras cogieron puestos cada uno (Castañeda 2017)⁷⁴.

Siguiendo con el análisis, el testimonio nos deja ver que se legitima la concesión de los locales a una mayoría indígena con los justificativos del primer momento de la llegada al sitio. En la actualidad la plaza cuenta con alrededor del 96 por ciento de puestos fijos concesionados a comerciantes indígenas y el 10% que son puestos de piso o que tienen sus carpas en los alrededores del sitio, adjudicados a la población mestiza y grupos étnicos de otras provincias. La frecuencia –temporal o permanente- con la que salían los comerciantes dio como resultado una estratificación de quienes se ubican en el “adentro” y quienes en el “afuera” de la plaza. Además, se identificaron los vendedores que salen únicamente los días sábados a ubicarse con su mercadería a lo largo y ancho de la feria de la ciudad; y por último está la población flotante que realizan ventas informales y que llegan de casi todas las provincias del país y de otros territorios.

Además de la sectorización de los puestos dentro de la plaza, se han definido áreas de uso exclusivo del suelo donde únicamente expenden artículos fabricados como bolsos, tejidos mantelería por artesanos otavaleños. En esta parte, se ubican únicamente los días miércoles; el resto de días de la semana, la misma zona es ocupada por vendedoras indígenas de comida típica. El Municipio de Otavalo entrega una matrícula que es renovada cada año y que tiene un valor de 23 dólares anuales y 43 centavos diarios para quienes son permanentes; para los comerciantes que salen únicamente los sábados es el mismo procedimiento, pero el cobro es por el día que participa en la feria.

Estos mecanismos de organización del espacio han permitido demarcar el uso y aprovechamiento del suelo del mercado centenario conformándose dos modalidades de uso: el comercio permanente y la “feria sabatina”, que tomó fuerza durante la década de 1990 y que hoy constituye el principal atractivo para el turismo nacional e internacional.

⁷⁴ Alberto Castañeda, uno de los primeros dirigentes de la UNAIMCO, entrevistado por Guadalupe Yapud Otavalo, 27 de octubre 2017.

Un elemento adicional, que se advierte en el mercado artesanal consiste en el traspaso de ventajas en el uso de suelo, el mismo que se basa en relaciones de compadrazgo y reciprocidad. Es decir, se concesionan los puestos entre familias indígenas que mantienen vínculos de parentesco.

Según señala José Santillán:

todos los que estamos aquí dentro de la plaza no somos competencia. Aquí somos tíos, tías, parientes, vecinos que nos colaboramos unos a otros... cuando se nos acaba los sacos, o ponchos el tío o tía me presta y luego yo le devuelvo o le pago a lo que nos cuesta al por menor...sin ganarnos nada porque somos familia. Aquí este puestito que tenemos es de mi esposa. Cuando fue la distribución de los puestos la hermana mayor de ella había separado como seis puestos para todas sus hermanas. Por eso cuando yo me casé, ella ya tenía el puesto (Santillán 2017)⁷⁵.

Esto nos muestra que la adjudicación de puestos se basa en relaciones de familiaridad y con tendencia al monopolio del espacio por determinados grupos de poder local. Otra manera es la asignación de turnos para los días de comercio. Cada familia tiene asignado un día específico para cada uno de sus hijos/ hijas o parientes más cercanos que deseen salir a la venta y contar con un ingreso ocasional. En este mismo sentido la mayoría de familias que trabajan en la plaza, aseguran que tienen a sus hijos/hijas en colegios y universidades del país. Este hecho implica que hay un tema de ascenso social y posición económica que cada vez ha ido mejorando.

Si bien no se trata de prácticas económicas colectivas, los vendedores kichwas otavalos reconocen que estos “favores” recibidos por sus pares han mejorado sus ingresos, debido a que se presenta la posibilidad de ahorrar dinero y viajar fuera del país. Además de acceder a la educación y servicios de salud en el sector privado.

⁷⁵ José Santillán, comerciante autodefinido como kichwa-otavalo. Entrevistado por Guadalupe Yapud, Otavalo 8 de octubre de 2017.

Existen otras formas de compadrazgo que tienen vigencia en la actualidad y que inciden en la ocupación del espacio. Una de ellas es la fusión ocasional de los puestos. Es decir, cuando un vendedor no sale a trabajar por unos días, el vecino puede ampliar su puesto de 1.5 mts a 3 mts, y ocuparlo con su mercadería. Cuando los beneficiados también se ausentan ponen a disponibilidad su espacio. Esta es una forma de garantizar la propiedad del local y evitar el peligro de que sea declarado “vacante”. Además, cuando el comerciante viaja dos o tres meses el puesto queda a disposición de los vecinos, sin pago alguno por la ocupación del espacio; solamente debe cubrirse los cobros que realiza el Municipio y que está reglamentado.

Estas prácticas han sido legitimadas por la UNAIMCO, organización que se responsabilizó directamente de la sectorización del mercado artesanal. Según Antonio Lema, presidente de la UNAIMCO, los mejores puestos constituyen los redondeles y fueron entregados a los comerciantes indígenas más antiguos. En el caso de enfermedad o fallecimiento el puesto pasa a manos de sus parientes más cercanos. “No es que hemos heredado los puestos, sino que con el tiempo nos hemos ganado el derecho de propiedad de los locales”, expresó.

Cabe resaltar que la UNAIMCO también fue creada con la finalidad de defender los derechos de los comerciantes desde la proyección de comunidad, pues antes el Municipio de Otavalo había establecido cobros exagerados y sin mejoras en el espacio. Desde esta organización se canalizan las aspiraciones de los comerciantes indígenas desde los lazos de reciprocidad étnica.

Las relaciones sociales y económicas que se establecen al interior de la plaza de Ponchos entre conocidos y familiares han generado mecanismos de movilidad social, que no han sido determinantes para el éxito económico de los habitantes kichwa otavalos; pero sí han coadyuvado a este logro. Se puede señalar también que la mayoría de comerciantes en el mercado artesanal ha alcanzado cierto ascenso económico y algunos comerciantes indígenas están posicionados en el espacio. Además del sistema de reciprocidad étnica, se aprecia que un gran porcentaje de vendedores cuenta con una trayectoria migratoria en la región andina y en la esfera global, que les ha permitido acumular capital económico, social

y cultural (Kyle 2001). De este modo ha tenido lugar la conformación de una “élite indígena urbana” que se encuentra vinculada social y económicamente al mercado Centenario.

2.3 Lógicas de acumulación del espacio y migraciones limítrofes en Ibarra y Otavalo

Las lógicas de acumulación y organización del espacio en los mercados de las dos ciudades, pueden ser leídas como obstáculos y barreras que se les presenta a los grupos migrantes para acceder a un puesto de trabajo en estos lugares. Los comerciantes y las comerciantes son propietarias de los locales y son quienes realizan acciones para impedir el acceso de la población migrante a las organizaciones, asociaciones y otras formas de agremiación. Establecen marcos jurídicos que regulan los ingresos de nuevos socios; exigen requisitos para los aspirantes, quienes deben demostrar que son oriundos de la localidad, que cuentan con lazos familiares al interior del centro de expendio, la no tenencia de puesto alguno en anteriores años; pero sobretodo que cuentan con los medios económicos suficientes para la concesión del uso de suelo.

En términos de Charles Tilly, en estos procesos de acumulación del espacio se pone de manifiesto mecanismos de cierre social, a través de los cuales los grupos de personas con poder económico en estos lugares intentan resolver sus problemas sobre la base de distinciones categoriales: hombre/mujer; migrante/no migrante; propio/ajeno. Estos mecanismos hacen referencia a cada una de las acciones excluyentes que tienen las organizaciones del comercio mayorista o minorista para impedir el acceso al espacio y a los lugares “formales” tanto a los vendedores ambulantes como a los comerciantes migrantes que llegan a la ciudad.

Este hecho muestra la exclusión de personas que vienen de otros países, de otras partes del país o del cantón, quienes desde siempre han buscado un puesto en el mercado; pero que al no contar con los requisitos exigidos por las asociaciones tienden a vender de forma ambulante en los alrededores de la plaza. Estos mecanismos de cierre a los “otros” y “otras” en las organizaciones del comercio minorista son replicados en los otros mercados de las

dos ciudades, donde también además de las normas de control y regulación se despliegan prácticas cotidianas de marginación hacia la población migrante y refugiada.

En ese sentido, la población local guarda celosamente que se cumpla la normativa y desde sus espacios asumen prácticas de cierre como no contratar mano de obra migrante; y cuando se lo lleva a cabo es con fines de explotación laboral y de forma esporádica. Entonces, acceder a un puesto de trabajo aquí es impensable para los dos grupos y por ello prefieren el comercio informal y las ventas ambulantes.

En sí, la categoría de espacio permite discutir en torno a estos procesos de segregación socio-espacial; a la vez centrarnos en los dos mercados anteriormente descritos como identidades espaciales, donde se entretujan procesos históricos de apropiación y desalojo entre quienes son considerados como “propios” y los “otros”. Además, las plazas Amazonas en Ibarra y de Ponchos en Otavalo son lugares que han sido naturalizadas como “lugares” propios en el tiempo/espacio articulado a lo nacional. Esto se pudo evidenciar en la manera como se ha dividido socialmente el espacio y el proceso de acumulación que genera su uso y ocupación del suelo. Esta fragmentación del espacio genera divisiones sociales y se crean las condiciones para la monopolización del espacio.

3.- Género, migraciones e interseccionalidad en los mercados de las localidades

Una característica de los mercados Amazonas en Ibarra y de Ponchos en Otavalo consiste en que un buen porcentaje de comerciantes son mujeres. En estos espacios, las vendedoras locales otorgan sentidos a las plazas, en tanto que su sitio de trabajo se convierte en su principal fuente de ingresos y han construido sus vidas a partir de las interacciones diarias. Este sitio de expendio también se convierte en un medio de subsistencia para las mujeres refugiadas y migrantes que se insertan en diferentes oficios, como lo hemos mencionado anteriormente. Existen casos en los cuales, la inserción laboral en los mercados es su única opción para la sostenibilidad de la vida.

En ese sentido, en este bloque caracterizaremos, en primer lugar, la dinámica local en cada una de las plazas en relación al posicionamiento que han tenido las mujeres de las

localidades y la adquisición de poder económico en los mercados. En segundo lugar, examinaremos cómo las vidas migrantes en estas plazas no solamente se encuentran condicionadas por factores socioeconómicos, sino desde la interseccionalidad, explicaremos las conexiones de género, clase, etnia, nacionalidad y condición migratoria.

Esto a su vez, se relacionará con las experiencias de las vendedoras de la localidad, para comprender cómo se reproducen patrones de violencia de un colectivo a otro.

En este orden de ideas y desde la espacialidad, denominamos a los sujetos migrantes como geografías migrantes y las asumimos como aquellas vidas que experimentan de diferentes maneras y en distintos tiempos, los lugares/espacios, los mismos que los van transformando a medida que van construyendo sus identidades y sus proyectos de vida (Sánchez y Arango 2016), mediante las interacciones sociales y sus estrategias de resistencia. Junto con las geografías migrantes se mueven objetos, sensaciones, recuerdos y símbolos que van adquiriendo sentido durante el trayecto migratorio.

La movilidad no es una acción que ocurre porque sí, los movimientos de las personas hay que entenderlos como procesos que tienen distintas manifestaciones y que impactan tanto en sus países de origen o en destino. Argumentaremos la manera como las vidas migrantes se insertan en localidades donde históricamente sucedían y sigue dándose actos de segregación, exclusión y discriminación por parte de quienes han acumulado poder económico en los mercados. Para ello, creemos necesario contextualizar las experiencias que viven las mujeres comerciantes (indígenas, afroimbabureñas y mestizas) tanto en la plaza Amazonas como en el mercado de Ponchos, con el fin de determinar el escenario que encuentran las mujeres migrantes y refugiadas que se insertan laboralmente en los mercados; al tiempo de analizar las conexiones de discriminación y opresión múltiple que viven cada una de ellas en estos espacios.

3.1 “El Amazonas”: ¿poder económico de las mujeres?

La plaza Amazonas es un espacio feminizado en el sentido que son las mujeres quienes valoran sus puestos de trabajo como principal fuente de ingresos y asumen la

responsabilidad de sacar adelante a sus familias. Por cada 10 mujeres comerciantes existe un hombre como vendedor en los puestos. La cantidad se duplica cuando se aprecia además que son las hijas de las comerciantes quienes ayudan en las tareas de limpieza y atención a la clientela. En la mayoría de los casos, son madres solteras que han optado por un kiosko heredado o “conseguido” por sus progenitoras, y en otros, son mujeres que contrajeron matrimonio a temprana edad, lo cual les obligó a emplazarse al mercado como única alternativa económica. Estas prácticas de adjudicación de los puestos vienen de varias generaciones anteriores y se reproduce diariamente en el entorno. Así lo expresa una comerciante:

Yo me acuerdo cuando desde el mercado viejo...cuando los indios de arriba de La Esperanza bajaban cargados el hielo en la paja. Yo siempre le acompañaba a mi mamá y nos sentábamos en el suelo a vender pepinos, las cañas que traían del ingenio azucarero de San José de Urcuquí. Un año no más me fui a la escuela y de ahí ya no, más mejor me dediqué al mercado. Yo guambrita me salgo casando con un viejo de 39 años y tuve 10 hijos. Me maltrataba era malo y celoso. Yo no podía salir a la calle y siempre que venía del mercado me insultaba. Él trabajaba lejos solamente venía cada tres meses y cuando llegaba no me ayudaba. Solita me dejaba que cargue los aguacates, los limones para la venta. Yo venía desde Natabuela, San Antonio, La Florida a pie y cargada los bultos al mercado. En ese tiempo yo jovencita no me importaba, pero eso hizo que me duelan mis brazos. Lo que si de aquí hemos comido todos y mis hijas ya son adultas. Ahora ya estoy vieja y enferma. Pero peor si me quedo en la casa... me he de enfermar más (Mediavilla 2017)⁷⁶.

Las palabras de Matilde, adscrita al pueblo indígena Natabuela, dejan apreciar una cercanía con su madre a quien le agradecía por haberle enseñado a trabajar, aunque no le había alcanzado a educar. Otro aspecto que resalta es que el mercado para ella le significa un espacio de violencia intrafamiliar, debido al maltrato verbal y físico por parte de su cónyuge cuando salía a la venta, eso no impidió que se sintiera más independiente y lo demostraba cuando debía llevar su producto para el comercio. Para ella, esta práctica diaria

⁷⁶ Matilde Mediavilla se autoidentifica como indígena del pueblo Natabuela, comerciante fundadora de la plaza Amazonas, entrevistada por Guadalupe Yapud, Ibarra 26 de septiembre de 2017.

le demostraba que sí podía hacerlo sola. Este hecho se asocia a su juventud y a las recompensas que obtuvo por los sacrificios que hizo para el sostenimiento de su familia.

En contraste con esta realidad hay ejemplos en los cuales las mujeres alcanzaron ciertos niveles de movilidad social como es el caso de Marlene, quien se autodenomina como negra proveniente del Valle del Chota:

Mi mamá lavaba ropa ajena y le conversaron que podía salir a vender aquí en el mercado. Y como ella estaba cansada, le dolían las manos dejó este oficio. Yo... tendría unos 14 años y trabajaba en una casa de empleada doméstica. Pero luego ya me embaracé... no tenía el apoyo del papá del “guagua” y salí de la casa, opté por acompañarle a mi mamá. Desde ahí ya son 36 años que llevó aquí vendiendo frutas que traemos del Valle del Chota. A pesar que siempre me han perseguido por ser negra... yo me he salido con la mía. Y ocupo una parte de las veredas del mercado para acabar de vender mis frutas. Este puesto ha sido mi marido, de aquí le eduqué a mi hijo. Él ahora ya se graduó de tecnólogo marino y trabaja en la Base Naval. Si ahora no tengo que atenderle a él porque ya no está, pero me ocupo de mis cosas... asisto a la organización a la cual pertenezco y me he dedicado más a Dios. Yo me he ganado el prestigio como dirigente porque fui tres veces reelecta como presidenta, no me quejo, no me ha ido mal. Tengo el agradecimiento de la gente y me he entregado a mis hermanos de la iglesia (Marlene 2018)⁷⁷.

En este relato, se aprecia el valor social y simbólico que tiene para Marlene su puesto de frutas, pues a partir de esta tenencia, ella percibe que fue disminuyendo la dependencia económica que desarrolló hacia su madre y le dio un sentido al hecho de que el mercado cumplía el papel de “proveedor” y gestor de la educación de su hijo. Se evidencia claramente acumulación de capital social, gracias a su trabajo organizativo y a las redes conformadas por más de 3 décadas en el Amazonas. Otra situación que se manifiesta es la transformación de un oficio “duro” y común en el sector popular como es el lavado de ropa hacia la venta en un sitio fijo, que les daba mayor estatus e independencia económica. Sin embargo, naturaliza el doble rol que debe cumplir: lo productivo y reproductivo. También

⁷⁷ Marlene Padilla se autodefine como “negra”. Se desempeñaba como presidenta de la Asociación “26 de Abril” del mercado Amazonas, entrevistada por Guadalupe Yapud, Ibarra 28 de julio de 2018.

se visualiza el sentido de movilidad social que le otorga al espacio “mercado” cuando se refiere a que su hijo posee otra ocupación y se encuentra fuera de la plaza.

El relato de doña Imelda Chiza, una mujer indígena otavaleña radicada en Ibarra y que ha permanecido en la plaza por más de 50 años hace referencia a un capítulo de su vida en este centro de comercio. Cuenta que sus padres eran de Peguche, pero se vinieron a vivir a Ibarra y se quedaron por las posibilidades económicas que les ofrecía la ciudad. Ella nació en esta comunidad y conserva el atuendo indígena como una muestra de respeto y memoria a sus progenitores:

Nosotros con el Segundo... mi marido que ya murió... empezamos a vender cabezas de borrego, menudo y carne de puerco. Pero en un inicio comprábamos los animales al “ojo” (en pie) y pagábamos para que nos den faenando; después ya mi esposo mataba él mismo las reses y los chanchos. Yo siempre le acompañaba desde las 4 de la mañana a buscar las mejores cabezas para vender las carnes más buenas. Teníamos planchas donde colocábamos para la venta. Pero solamente mi marido podía comprar y vender. El mismo cobraba no permitía que yo me meta en esto y nunca me hizo coger un sucre... me decía que voy a robarme la plata y le voy a dejar... que me voy ir con otro. Era bravo me pegaba, por eso yo no reconocía los billetes. Harto sufrí por eso... (Imelda 2018)⁷⁸.

En esta narración se observa la manera en la que Imelda experimentaba violencia por parte de su compañero y las restricciones en la administración del dinero, pese a que ella era su “ayudante” en la comercialización de las carnes. Hay una estructura patriarcal que inicia con la forma cómo la educaron sus padres que naturaliza la subordinación hacia su cónyuge. En esta parte puede interpretarse el significado que tenía el mercado para Imelda, en el sentido que por un lado le permitía cierta libertad al momento de salir a las ventas de las carnes; pero por otro se reafirmaba el poder que ejercía sobre ella su cónyuge, puesto que le asignaba actividades menores dentro del negocio y le impedía la tenencia del dinero por el temor que ella alcance cierta independencia.

⁷⁸ Imelda Chiza de autodefine como kichwa-otavala, fundadora del mercado Amazonas, entrevistada por Guadalupe Yapud. Ibarra 15 de julio 2018.

Los tres casos presentados pueden ser explicados desde varias aristas. En primer lugar, reconocemos que existe cierto empoderamiento e independencia económica alcanzada por algunas mujeres en el mercado Amazonas; lo cual en términos de Kate Young (1991) es un proceso de alteración radical de las estructuras que reproducen la posición subordinada de las mujeres. Esto hace referencia a las maneras cómo las mujeres ganan poder y lo canalizan para obtener autonomía y el control sobre sus vidas (Deere y León 2002). Sin embargo, este no es un factor común en todos los casos encontrados, ni tampoco significa que las mujeres se encuentren exentas de otro tipo de opresiones que tienen que ver con cuestiones culturales y “naturalizadas” como propias de un grupo étnico.

En segundo lugar, el mercado podría representar para las mujeres un espacio para evadir la violencia que experimentan en el espacio doméstico, pero esto es cuestionable a medida que existe un proceso de racialización sobre las vendedoras ambulantes indígenas y negras que son violentadas por no contar con un puesto fijo y son perseguidas bajo el supuesto de que “alteran” el orden y la organización del uso del suelo. De igual forma, se advierte ciertos clasismos por parte de comerciantes mestizas que prefieren la indiferencia a establecer tratos con este grupo étnico-racial, a quienes se las considera como “inferiores”.

En tercer lugar, el mercado Amazonas puede representar una fuente de ingresos para las mujeres y sus familias de quienes se responsabilizan; pero también implica la doble jornada que cumple en este sitio y sus domicilios. Es decir, existe continuidad en el tema de desigualdades de género en cuanto al trabajo productivo y reproductivo; es decir, las comerciantes cumplen extenuantes jornadas de trabajo en el mercado y deben llegar a sus hogares a seguir con las tareas de cuidado. Todo ello, se enmarca en un sistema patriarcal, en el que persiste la subordinación de las mujeres relaciones de poder establecidas históricamente en la dinámica del mercado Amazonas.

3.2 Las mujeres indígenas y su posicionamiento en el mercado de Ponchos

En el caso de la plaza de Ponchos, las mujeres indígenas están posicionadas en este lugar desde tiempos antiquísimos y son herederas de antiguas generaciones. Existen varios

estudios que indican la estrecha relación entre género y las actividades de comercio desde antes de la colonia (Lvrin 1985; Levinsky 1987; Silberblatt 1990 citados en Poloni (1992)). Según narra Jacques Poloni (1992) el sistema colonial se caracterizaba por acaparar la mayor parte de mano de obra indígena y en ese sentido eran los varones quienes eran vinculados a los obrajes y las mitas; mientras que las mujeres indígenas a espacios domésticos y comunitarios, pero eran las que más tiempo tenía para la realización de actividades de comercio, con el fin de ayudar a pagar los tributos impuestos por la corona española a las unidades domésticas.

Rosario Coronel Feijó (2015) señala que las mujeres indígenas eran buenas comerciantes y excelentes negociadoras con el poder colonial; inclusive se constituyeron como “cacicas indígenas” en la Audiencia de Quito. Estas mujeres pertenecían a una élite indígena del siglo XVIII y habían heredado las cualidades de liderazgo de sus progenitores. En este grupo femenino sobresalieron habilidades y capacidad para jugar con el derecho español y la tradición indígena.

Siguiendo con esta línea de análisis y en términos de Toa Maldonado (2016), diremos que la participación de las mujeres kichwa otavalas han sido destacada en la plaza de Ponchos, pues ellas han sido las protagonistas en el proceso de territorialización del mercado artesanal, en el sentido que son las mujeres indígenas quienes se han apropiado simbólica y culturalmente del espacio. Son ellas quienes fungen como titulares de los puestos y tienen el dominio económico en cada uno de los negocios y en las finanzas familiares.

De igual manera, en la dinámica de funcionamiento de la plaza quien lidera la organización del espacio son las mujeres, pues ellas conocen cómo se expone la mercadería, los costos de los artículos (de ellas depende que se suba o baje el costo de la prenda) y la atención al turista. Varias historias de mujeres se tejen en la plaza de Ponchos. Una de ellas es la de María Y. quien relata su experiencia en el mercado artesanal:

Yo vine aquí cuando tenía 12 años, siempre le acompañaba a mi hermana Erlinda. Siempre le veía cómo ella trabajaba día y noche... porque aquí nosotras empezamos a las 4 de la

mañana, vendemos y nos vamos a las 20h00... alzando las carpas, los tubos que pesan mucho, pero cuando el marido de mi hermana está de viaje nos ayuda el cargador, pero nosotros también cargamos los bultos. Aquí en las kallambas hemos criado a nuestros hijos que cuando son pequeños pasan de mano en mano...por los puestos de las tías, primas o vecinas que están siempre dispuestas. Todas nos damos la mano en la crianza y a veces en la comida. Aquí en la plaza nuestros hijos aprenden nuestra lengua y valoran nuestra vestimenta (María 2017)⁷⁹.

En la narrativa se expresan dos elementos: por un lado, el trabajo productivo/reproductivo que se encuentra centralizado en el mercado artesanal (espacio público) y rompe con la asignación histórica acerca de que las mujeres indígenas han estado limitadas al espacio doméstico o al comunitario. Por otro lado, se aprecia cierto liderazgo en las actividades de comercio, pero se mantienen a la sombra como “acompañantes de sus cónyuges” cuando ellos retornan de los viajes y retoman su papel dentro de la plaza de Ponchos. Además, se remarca el papel de reproductoras de la cultura y la etnia otavala, a partir de su relación con el espacio.

Otra historia es la de “La Chiquilla” así se conoce a María Tránsito P. una mujer indígena otavaleña quien durante 20 años ha tomado posición de una las esquinas de la plaza, para la venta del tradicional mote. Ella no tiene una kallamba para trabajar en el día, por eso comercializa en las noches. Inicia sus labores a las 19h00 hasta las 23h00. Los clientes le esperan hasta media hora antes en una larga fila. Según sus creencias, la primera venta tiene que ser a un cliente-hombre, pues este es el secreto para el éxito en las ventas. Ella es admirada por sus compradores quienes comentan que del pequeño puesto “La Chiquilla” ha educado a sus hijos en las mejores universidades del país.

En este personaje se aprecia el liderazgo que asume dentro de su espacio y es una de las comerciantes que cuenta con la confianza de los compradores. Alrededor de ella se

⁷⁹ María Yacelga, comerciante kichwa-otavala, entrevistada por Guadalupe Yapud, Otavalo, 12 de mayo de 2017.

encuentran empleados, estibadores que llevan su mercadería y los conductores que son los responsables de llevarla de retorno a su casa.

En contraste encontramos a Luz Clemencia Rodríguez Bautista de 82 años, una comerciante mestiza que ha pasado casi la mitad de su vida en el mercado artesanal con relativo éxito en su negocio. Ella elabora ollas, tiestos de barro para comercializarlas en la plaza. Sale todos los días con los artículos a un espacio pequeño de 1.5 metros que le fue asignado hace más de 40 años. Según relata el puesto lo obtuvo con mucho esfuerzo y gracias a las gestiones de sus padres. No ha logrado “hacer fortuna” como lo dice; pero es su única fuente de ingresos por eso es puntual y persistente en las salidas. “Ellos quieren quitarme este pedacito porque quieren extenderse como elástico y acaparar todo”, dice.

En los dos casos encontramos que existen algunas diferencias sobre un mismo lugar. Mientras para una comerciante el espacio le representa éxito económico y capital social, para otra, es un lugar pequeño donde no ha logrado el reconocimiento. Para la comerciante mestiza el espacio puede representar violencia, porque vive en la constante incertidumbre de que en algún momento sea desalojada del lugar. Ella desde su experiencia narra la segregación espacial a la que han sido objeto y asume su etnicidad como el blanco para la represión, por parte de quienes no son mestizos. De este modo se evidencian, una vez más, los conflictos interétnicos que se generan a partir de la ocupación del espacio.

Hasta aquí hemos caracterizado el posicionamiento de las mujeres comerciantes de las localidades, quienes han alcanzado cierta acumulación económica en las plazas y presentan una multiplicidad de experiencias en cuanto a discriminación y desigualdades de género. En el siguiente segmento, examinaremos desde la mirada interseccional, los entrecruces de género, clase, raza/etnia, nacionalidad condición migratoria en relación a las experiencias de las mujeres comerciantes de las localidades y, a su vez, en comparación con las vivencias de mujeres migrantes de Perú y refugiadas colombianas, para determinar la simultaneidad y multiplicidad de las inequidades y producción espacial de desigualdades sociales.

3.3 Múltiples opresiones y experiencias de comerciantes informales, mujeres migrantes y refugiadas

En esta sección, conectaremos las experiencias de las vendedoras locales con las vivencias de las mujeres refugiadas y las migrantes peruanas, a través del análisis de los distintos sistemas de opresión y privilegios asociados al género, la clase, la etnia, la nacionalidad y la condición migratoria experimentados por mujeres que participan en los mercados Amazonas en Ibarra y la plaza de Ponchos en Otavalo. Se tomarán los puntos más relevantes de las descripciones anteriores sobre la situación de las mujeres indígenas y afroecuatorianas para ponerlas en diálogo y hacer visible múltiples discriminaciones que las mujeres perciben en su vida cotidiana y cómo cada una de ellas presentan sus particularidades.

Para la reflexión es importante tomar en cuenta que existen diversidades y diferencias entre las mujeres, inclusive aquellas pertenecientes a una misma etnia, clase o condición migratoria. Cada una experimenta de distinta manera la dominación y violencia persistente en un sistema patriarcal y heteronormativo. Existe un buen porcentaje de mujeres indígenas en los mercados de Ibarra y Otavalo que han adquirido cierta independencia económica (ver testimonios), mediante la acumulación de activos que van desde contar con un puesto de trabajo propio, una libreta de ahorros, hasta haber adquirido una vivienda propia y además contar con un relativo reconocimiento de los demás. En ellas se percibe un empoderamiento en construcción, pero a diario confrontan situaciones de opresión en el espacio doméstico y miran al mercado como una forma de escape a situaciones de violencia.

Dentro de este grupo, se encuentran también las vendedoras indígenas informales, quienes no cuentan con independencia económica y ocupan las calles aledañas al centro de comercio. Ellas son quienes han sido objeto de persecución y casi siempre son arrebatadas sus pertenencias y el producto de la venta. Junto a ellas, se encuentran las mujeres afroecuatorianas del Valle del Chota, quienes se autodefinen como negras como una forma re-significar su raza y su lugar en el mercado Amazonas, el mismo que se caracteriza por la constante confrontación con inspectores de control de uso de suelo. Ellas, se han instalado

en la calle Obispo Mosquera del mercado Amazonas, donde expenden frutas del Valle del Chota. Constantemente son desalojadas por los inspectores de policía; pero ellas nuevamente se instalan.

Así se expresa Mariana:

nosotras somos bien unidas. Sí se meten con una... se meten con todas. Aquí hemos venido a vender y no nos moverán. Ellos no se dan cuenta que adentro, donde nos pusieron no se vende nada... porque ni gente pasa por ahí. Además, tenemos junto a nosotras el botadero de basura... que somos nosotras para que nos traten así... porque somos negras piensan que nos pueden botar donde les da la gana (Mariana 2018)⁸⁰.

El testimonio es elocuente para comprender lo que Wade (2013) menciona con respecto al racismo como una multiplicidad de significados que pueden derivarse “desde arriba”, es decir en forma de discursos oficiales sobre nacionalidad que privilegia la *blanquitud/mestizaje* y suprime o marginaliza la *negritud o indigenidad*; a su vez pueden provenir de discursos “desde abajo”, es decir desde la posición de los subalternos/as que cuestionan la categoría de raza de origen colonial. Entonces, en este caso existen relaciones de poder y jerarquías raciales, en las que hombres mestizos representando el control y persecución, subordinan o pretenden subordinar a las mujeres afroecuatorianas en el contexto del comercio en el Amazonas. Pero también, las mujeres han reivindicado su posición de opresión y han resignificado la *negritud* como un mecanismo de defensa para evadir la violencia.

Esta situación se replica en el caso de las mujeres refugiadas en el mercado Amazonas, quienes al igual que las vendedoras ambulantes indígenas como las comerciantes negras confrontan a diario prácticas racistas y excluyentes que van desde la segregación espacial, que las deja fuera de la plaza; esto acompañado de concepciones y prejuicios que asocian lo “indígena”, “negro” y “extranjero” con el desorden, la informalidad, lo “sucio” “lo raro”.

⁸⁰ Mariana Aguas, comerciante con más de 16 años en el mercado Amazonas, observación participante, Ibarra 9 de mayo de 2018.

En estos procesos de exclusión están estrechamente relacionados con jerarquías raciales, de género, etnia, nacionalidad, que se materializan en las vivencias de las mujeres diversas que confluyen en el mercado. Dentro de estas prácticas, se identifican también ciertos clasismos por parte de comerciantes mestizas y comerciantes mestizos, quienes asumen el rol de empleadoras/es, ejercen poder y promueven la persistencia de las desigualdades, mediante las redes que monopolizan el espacio. Todo ello, sumado a un sistema patriarcal que busca oprimirlas y subordinarlas complejizan las relaciones en el centro de comercio.

El racismo y la discriminación también alcanza a las mujeres de origen peruano, quienes confrontan situaciones de discriminación por parte de comerciantes indígenas otavaleños, quienes prefieren negociar con los migrantes peruanos (varones), antes que con las mujeres. Este hecho se interpreta como una escasa valoración social de su trabajo y sentidos de “superioridad” frente a la capacidad de liderazgo que han asumido algunas microempresarias de Perú en Otavalo. En comparación con las experiencias de las mujeres indígenas comerciantes (ver testimonios) que se han tomado la plaza de Ponchos, las migrantes peruanas muestran ciertas desventajas que hacen relación a su origen y condición migratoria; más aún cuando las vendedoras indígenas otavaleñas han logrado cierto empoderamiento, a través de un proceso de revitalización étnica que fue analizada en anteriores secciones.

Entonces, podemos inferir dos ideas. La primera es que la espacialidad nos permite mirar espacios de acogida diversos y más complejos, en tanto los y las migrantes se insertan dentro de una matriz de discriminación y exclusión que tiene raíces coloniales; pero que se extiende hacia la población refugiada y migrante como los “otros”, “otras” y ajenos al lugar. Se evidencia que en estos mercados se entretujan relaciones sociales más complejas que tienen lugar en el espacio y que, a su vez, estas interacciones producen espacio y por ende desigualdades sociales, económicas, simbólicas que desde esta mirada geográfica y desde la interseccionalidad, nos posibilita desentrañar el entrecruce de inequidades de género, clase, etnia, nacionalidad.

La segunda idea es que no se trata de espacios neutros, sino que existen jerarquías de poder (clase, género, etnia/raza, nacionalidad, condición migratoria) que subordinan y oprimen a las mujeres en sus diversidades: indígenas, negras, refugiadas y migrantes; a la vez esta mirada espacio/interseccionalidad nos ofrece reflexionar sobre la posibilidad de la resistencia para desnaturalizar las estructuras de género, clase, etnia; para repensar los espacios en términos de justicia y equidad. (Geografía Crítica 2018) De ahí que se presentan formas de resistencia a través de tácticas que vienen a revertir la violencia y otorga sentidos de libertad a los sujetos. Las mismas que serán analizadas en el siguiente apartado.

4.- El espacio también es para resistir

Las situaciones de opresión y violencia estructural que experimentan la población refugiada y migrante en las plazas Amazonas y de Ponchos no les impide reaccionar y poner en marcha su capacidad de agencia. Desde su posición de subalternidad despliegan un abanico de estrategias que les permite resistir desde los márgenes. Como ya lo habíamos planteado en otro capítulo de este trabajo, antes que estrategias, las y los migrantes asumen tácticas o juegos de poder para alterar el orden establecido y el blindaje de los espacios en las plazas de venta. Frente a estas formas de discriminación y exclusión por parte de comerciantes del Amazonas, de manera particular del grupo mestizo (hombres-mujeres con cierto poder económico), las mujeres en posición de subalternidad confrontan de acuerdo a las circunstancias que les toca vivir. Podría pensarse que dentro de este proceso de indigenización existen débiles encarnados en los sujetos migrantes y los fuertes en los comerciantes de la localidad.

Sin embargo, podemos replantearnos este hecho cuando “los débiles pueden llegar a redefinir las relaciones de fuerza existentes [...] y dejar por un momento de ser débiles” (De Certau 1999). Bajo este supuesto, comprendemos que algunas mujeres migrantes/refugiadas se han ganado la confianza de las propietarias de los puestos, quienes les entregan la administración temporal de los negocios y por unas horas sienten que el lugar de trabajo les pertenece. Esto además les permite organizar las ventas, encargarse de las compras para la preparación de la comida y contratar estibadores indígenas de la

localidad con quienes se muestran como dueñas de los locales y ejercen un micropoder temporal.

Otra táctica es dejar abandonados los puestos en medio de las ventas, lo cual implica estar ubicadas fuera del lugar. Es decir, es una forma de evadir la explotación de 10 y 12 horas diarias de trabajo a las que son sometidas por parte de sus patronas. Este tiempo en el que dejan los negocios, suelen salir a conversar con otras empleadas del mercado, se van a la peluquería o simplemente se pasean por toda la plaza para distraerse. Al momento de ser descubiertas, tienden a burlar el poder bajo los justificativos de que salen a promocionar el producto que se comercializa. En esta parte también se aprecia que los y las migrantes producen su espacio desde sus subjetividades y van re-significándolo a medida que ponen en marcha estos juegos de poder.

El contar con varios oficios es otra táctica identificada en la plaza, pues no solamente tienen un solo trabajo, sino que los tres primeros días de la semana laboran en unos y el resto de los días en otros kioscos. Esto permite mayor movilidad de un lugar a otro. Es el caso de Consuelo H⁸¹. que tiene tres oficios: el primero lo realiza en el puesto de los jugos, otros dos días labora lavando platos en el sector de comidas y el fin de semana desgrana choclos en la sección de las verduras. Según las migrantes, el contar con dos o tres actividades en la semana en el mercado les garantiza el llevar los alimentos a sus casas. Les otorga cierta libertad frente a sus patronas.

La negación al alimento y no aceptar la comida que expenden en el negocio. Ellas prefieren llevar su propio alimento y menaje, para evitar cualquier tipo de compromiso con los dueños y según dicen por cuestiones higiénicas. El silencio y la indiferencia también se asumen de forma temporal y cuando tienen que sortear situaciones discriminatorias que hacen referencia a su origen, prefieren aislarse. Estas estrategias de las mujeres refugiadas y migrantes se conectan a las experiencias las mujeres indígenas y afroecuatorianas en los

⁸¹ Consuelo. H pasa de lunes a domingo en el mercado Amazonas, entrevistada por Guadalupe Yapud, Ibarra 5 de marzo de 2017.

mercados, quienes frente a las relaciones de dominación establecen mecanismos de negociación, pues como colectivos subalternos no se plantean una impugnación a los actos racistas y discriminatorios, sino que ponen en marcha “juegos tácticos” que les permite establecer una interacción con el otro” (Carrillo y Salgado 2002, 92).

En el caso de las comerciantes negras del Valle del Chota apelan al imaginario de agresividad y temor sobre los cuales se las ha construido para defender su espacio de venta y para imponer un trato más igualitario y de respeto. Para ellas el espacio puede significar amenaza, violencia, peligro, inseguridad; sin embargo, su forma de hacerle frente a esto es mostrándose fuertes y pese a las prohibiciones de salir a vender en las aceras públicas, ellas lo hacen las veces que sean necesarias y toman las medidas preventivas. Bajo la consigna “Cuando le atacan a una, nos atacan a todas”, han mantenido su posicionamiento en el centro de comercio.

Por el contrario, los y las vendedoras indígenas informales se muestran bajo los imaginarios de “sumisión y pobreza” y entran en un juego de poder mediante el cual burlan continuamente a la autoridad. Se cambian de un lugar a otro momentáneamente, pero al final regresan al sitio restringido para la venta. El principal mecanismo que emplean consiste en que mientras se encuentran frente al control municipal, hablan en kichwa para evitar ser descubiertas y continuar con su estrategia de supervivencia en el centro de expendio. Sin embargo, una diferencia con las mujeres refugiadas colombianas consiste en que ellas han sido construidas desde el imaginario de “accesibles sexualmente”; lo cual les ha convertido en blanco de acoso por parte de sus patrones. Esta situación es confrontada a través del silencio, la indiferencia hasta cierto punto; pero en la mayoría de las veces, se ven obligadas a abandonar sus trabajos para evitar complicaciones.

Por otra parte, los vendedores informales de origen colombiano se encuentran en las afueras de la plaza Amazonas y confrontan la persecución y control municipal con cambios rotativos del espacio. En unas ocasiones se ubican al norte, otras veces en el sur o el oriente del centro de comercio. Además, cuando ya se posicionan de una de las esquinas y para no

perder la clientela permiten que salgan a vender familiares o conocidos. Este hecho también es una táctica para no ser identificados por los policías municipales.

Otra estrategia de resistencia consiste en la conformación de asociaciones que han empezado a conformarse en los alrededores del mercado. Es decir, ante la negación para ser aceptados en los gremios tradicionales de la plaza han tomado la iniciativa de conformar grupos de vendedores ambulantes o comerciantes que se van posicionando en una parte del mercado Amazonas, y de manera paulatina, van generando espacios que los comerciantes locales no han alcanzado a cubrir. Un ejemplo de ello es la Asociación de comerciantes de Colombia ubicados frente al parque Monseñor Leónidas Proaño, que se encuentra a pocos metros de distancia del Amazonas.

Este conjunto de tácticas descritas pueden interpretarse como relaciones de dominación negociadas momentáneamente que permite por unos instantes dejar la posición de subalternidad e inclusive ejercer ciertos micropoderes, pero no se puede hablar de un proceso de reestructuración de las relaciones de poder imperantes en la localidad, donde existe un proceso de estigmatización por la clase, el género, la etnia, el origen nacional y el estatus migratorio tanto a los sujetos migrantes como una mayoría de población indígena, negra y pertenecientes a los sectores populares de la localidad.

En definitiva, recapitulamos este apartado poniendo énfasis en el proceso de desplazamiento de las desigualdades sociales desde grupos históricamente excluidos hacia los grupos migrantes. A partir de la mirada etnográfica de dos plazas de comercio, hemos identificado relaciones de desigualdad entre población migrante y no migrante. Por un lado, el mercado Amazonas y el mercado de Ponchos de Otavalo presentan similitudes en cuanto a su constitución histórica, sus dinámicas socioeconómicas y culturales y en relación a los conflictos interétnicos que tienen origen en una matriz de dominación histórica colonial. Por otro lado, la incorporación de los migrantes y la población refugiada tiene especificidades en cada uno de estos espacios.

En el mercado Amazonas de Ibarra, se evidencia un proceso de racialización/indigenización de las mujeres refugiadas, quienes al igual que las mujeres indígenas y afroecuatorianas de las localidades, reciben tratos discriminatorios y racistas. El espacio se presenta para este grupo de mujeres de origen colombiano se presenta conflictivo y connota violencia, acoso sexual y hostigamiento. En el mercado de Ponchos de Otavalo, por el contrario, encontramos un grupo de mujeres peruanas con cierto empoderamiento que confrontan un mercado de las artesanías masculinizado. Este aspecto es compartido por las comerciantes indígenas de la localidad, quienes muestran cierta independencia económica frente a sus parejas; pero esto es relativo, pues tienen que lidiar con un sistema capitalista y patriarcal que antepone la acumulación económica y remarca las desigualdades sociales de género.

Con ello, queremos mostrar el carácter multidimensional de las desigualdades sociales, en estos espacios, las mismas que se articulan a estructuras de poder como el género, la clase, la etnia/raza y la condición migratoria.

Capítulo 6

Conclusiones

A medida que hemos reconstruido los relatos y las vivencias de los migrantes y la población refugiada en Ibarra y Otavalo, la pregunta que guía esta investigación ha estado presente y hace referencia a la manera cómo se profundizan las desigualdades socio-espaciales en los mercados de trabajo de las dos ciudades; a su vez la manera cómo las migraciones colombianas y peruanas se articulan a una trama histórica de inequidades de raíces coloniales.

La perspectiva multiescalar permitió centralizar el estudio en los niveles macro en el que se sitúan las ciudades intermedias como marco general de la investigación; el nivel meso, en el que se ahondó sobre las trayectorias laborales y rutas migratorias en los mercados de trabajo y en el nivel micro, en el que se analizaron las interacciones socioeconómicas, culturales y simbólicas entre migrantes y no migrantes en los mercados Amazonas de Ibarra y la plaza de Ponchos en Otavalo.

A manera de primer hallazgo, podemos señalar que en las ciudades intermedias se va configurando un patrón migratorio que nos permite observar cómo van evolucionando las migraciones intrarregionales entre países del Sur. Más aún, si nos ubicamos en ciudades consideradas semi-periféricas, donde aparentemente pasa desapercibido el fenómeno migratorio. Ante ello, evidenciamos que las ciudades medianas presentan especificidades para encarar las migraciones, las mismas que apelan a un sentido localista y recuperación de su memoria histórica como fundamento para la construcción de alteridades. Así, los migrantes y población refugiada son construidos como diferentes y ajenos, a partir de la reafirmación de identidades locales. Esto provoca la remarcación de las desigualdades sociales, que se expresan en formas de discriminación, segregación ocupacional, exclusión y xenofobia, problemáticas que encuentran los grupos migrantes en su proceso de inserción laboral y en las plazas Amazonas en Ibarra y de Ponchos en Otavalo.

En estas ciudades, se aprecia un desplazamiento de desigualdades socio-históricas que recaen sobre los migrantes. Esto nos lleva a inferir que las diferencias se reproducen en el espacio y en el tiempo. Así sostenemos que las mujeres refugiadas son, en alguna medida, indigenizadas, en el sentido que son construidas a partir de este constructo social de “lo indígena”, que no se apega a las pautas de lo nacional/local. Sobre los migrantes se han construido representaciones sociales asociadas a la disminución de plazas de trabajo, la delincuencia, la pobreza, todos imaginarios que estereotipan al migrante como una “amenaza” a las identidades locales.

Las trayectorias laborales determinan la ruta migratoria tanto para colombianos/refugiados como para peruanos. Mientras los primeros realizan múltiples desplazamientos por la alta precariedad laboral, los segundos, en cambio, presentan itinerarios más lineales porque cuentan con redes que se tejieron en el pasado y llegan a insertarse en el mercado de las artesanías.

A través de la mirada espacial, asumimos que los mercados de trabajo, son lugares donde se materializan estas inequidades, en el sentido que los migrantes y refugiados tienen un acceso desigual y un trato discriminatorio en el momento de insertarse laboralmente. Se ven obligados/as a aceptar trabajos precarios, donde predomina la sobreexplotación laboral, pues para algunos casos, los empleos mal pagados se convierten en la única opción de sobrevivencia. Las relaciones socio-laborales que se establecen en estos espacios están atravesadas por el estigma, el prejuicio y el racismo. La fuerza laboral migrante tiende a ser relegada a oficios bajo concepciones socioculturales asociadas a su figura, color de piel, a su nacionalidad, a su etnia.

Se comprende que estos espacios son producidos socialmente y que establecen y condicionan las relaciones sociales entre quienes ocupan y consumen el espacio. Se retoma la perspectiva de la geografía crítica para enfatizar las opresiones y subordinaciones que viven las mujeres en los contextos laborales y para repensar salidas a las estructuras y jerarquías de género que naturalizan las desigualdades sociales. A partir de la perspectiva interseccional, evidenciamos los cruces que están detrás de la trama de desigualdades

sociales. En los dos casos, existe un componente de género que se articula a la clase, la etnia, la nacionalidad y la condición migratoria.

Las diferencias encontradas en el acceso laboral de las mujeres migrantes y refugiadas en Ibarra y Otavalo aluden a que el colectivo de Colombia, de manera particular quienes salen desplazadas de sus lugares de origen, llegan a Ibarra sin papeles, sin recursos y sin redes.

Esto complejizan los espacios laborales. En el caso de las migrantes peruanas traen consigo cierto capital económico y social que les permite invertir en el mercado de las artesanías. Sin embargo, el peso de la nacionalidad y la condición migratoria tiene similares dimensiones para los dos grupos de mujeres, quienes han sido discriminadas y segregadas de espacios de privilegiados. Esto nos proporciona pistas para afirmar que las mujeres experimentan múltiples opresiones, en su inserción socio-laboral.

En las plazas Amazonas de Ibarra y de Ponchos en Otavalo encontramos procesos de acumulación y monopolización del espacio que tienen carácter histórico. Este hecho influye en que estos espacios se encuentren casi por completo blindados y sean inaccesibles para la fuerza laboral migrante. Aquí, los puestos de trabajo son heredados y su propiedad pasa de generación en generación, con el fin de evitar que sean otros u otras, quienes los ocupen. Además, el espacio es controvertido porque existen procesos de apropiación social, cultural y simbólica, por parte de los habitantes de las localidades.

Estas formas de apropiación social de los lugares se han ido fortaleciendo desde la institucionalidad donde circulan narrativas que convocan a la “ibarreñidad” o a los otavaleños como una cultura sarance. También se han consolidado a partir de ciertas prácticas culturales cotidianas, pues los indígenas y afroimbabureños son racializados en los sitios de trabajo. Esta racialización es trasladada a la población refugiada, quienes experimentan discriminación y exclusión.

Un segundo hallazgo consiste en la identificación de redes migratorias para la progresiva inserción laboral de los migrantes y población refugiada tanto en Ibarra y Otavalo. Estas

redes se fueron construyendo a lo largo de la historia de las migraciones colombianas y peruanas hacia el Ecuador. Se establecieron para prestar apoyo a quienes recién llegan a la ciudad. En el caso de los productores peruanos, estas redes están consolidadas en Otavalo y se conforman con parientes y conocidos de las familias migrantes.

Por estas redes circula información sobre nuevos nichos económicos, posibilidades de empleo, facilidades para el acceso a la vivienda. En algunos casos de refugiados, las redes han sido apalancamiento para el desarrollo de cierta movilidad social. Es decir, en un inicio se insertan en trabajos precarios, pero con el tiempo adquieren experiencia para emprender por sí solos. Al interior de este grupo, se nota que esta es una aspiración para dejar la dependencia con sus primeros empleadores, quienes les ayudaron al llegar. Además, trabajan en familia arduamente para conseguir este objetivo. Localizamos algunos casos exitosos que habían logrado emprender en base a sacrificios y ahorro; pero la mayoría se mantenía en la informalidad. Sin embargo, este factor de movilidad social no les permite a las familias colombianas enviar remesas a su país, sino únicamente mejorar en algo sus condiciones de vida en la sociedad receptora.

En ocasiones, las redes también pueden convertirse en barreras para acceder al mercado laboral. Así, se evidenció en el caso de los migrantes económicos colombianos y peruanos, quienes las fortalecieron, a través de un trabajo continuo en las localidades. Sin embargo, para nuevos migrantes o población refugiada estas redes representan el primer obstáculo para su inserción laboral, debido a que quienes están al interior de la red acumularon un recurso valioso, que en este caso es un trabajo estable o un emprendimiento. Esto hace que empiezan a blindarse, a través de mecanismos de cierre social para impedir que ingresen otros.

Estos espacios también se convierten en fuentes de discriminación entre migrantes, pues a partir de experiencias negativas se generaliza al común de los trabajadores y se estigmatiza. Esto se traduce en distanciamiento social que adoptan los migrantes con cierto capital económico acumulado, frente a la población recién llegada. En términos de Tilly, estos mecanismos tienen que ver con el acaparamiento de oportunidades, que permite que

quienes alcanzaron privilegios, estos se mantengan o se deriven de las desventajas de los otros.

Develamos que el caso de los migrantes peruanos no está ligado al concepto de enclave étnico. Se trata de un grupo con similares características que han desarrollado ciertas capacidades para interactuar y negociar en la ciudad de destino; pero no han logrado éxito económico comparable al de un enclave étnico. De igual manera, al interior de sus redes se localizan relaciones de desigualdad y no se han consolidado los vínculos, mediante los principios de reciprocidad.

Otra crítica que compartimos sobre el enclave étnico hace referencia a que no siempre el capital social, puede ser sinónimo de éxito económico de los migrantes; ni los fracasos pueden ser asumidos como ausencia de capital social. Consideramos que la situación es aún más compleja, porque puede ocurrir que el capital social sea adquirido de forma individual o por otras vías como son las estrategias interétnicas, que parecerían clave para comprender la progresiva vinculación de los productores peruanos al comercio y exportación de las artesanías en Otavalo. Una de ellas son las alianzas matrimoniales halladas entre migrantes peruanos y mujeres indígenas otavaleñas localizadas en Otavalo.

El tercer hallazgo de este estudio se encuentra en que los grupos subordinados (migrantes/refugiados, indígenas y afroecuatorianos) le hacen frente al racismo, la discriminación y la exclusión, a través de estrategias que ponen en marcha en los espacios. Es decir, hay un proceso de reversión que tiene mucha similitud con lo que Wade (2005) señala con respecto a que la dominación y marginación generan posibilidades de cuestionar y reaccionar frente a la exclusión.

Varias tácticas y juegos de poder fueron encontradas en las interacciones entre la población refugiada y los no migrantes. Entre ellas están la ocupación y desocupación de los espacios como una muestra de evadir la dominación. La constante movilidad de los sujetos migrantes dentro y fuera de sus sitios de trabajo, lo cual les permite percibir cierta

independencia y libertad. La rotación de un oficio a otro, para evitar compromisos con los propietarios y propietarias de los puestos.

El silencio y la simulación también forman parte de estas estrategias, en el sentido que son asumidas para mitigar la explotación y la violencia que experimentan. Existen circunstancias en que las mujeres refugiadas se ven forzadas a prestar los mejores servicios; aunque atraviesen por momentos difíciles con sus clientes. La complicidad entre compañeras también es una característica identificada entre las refugiadas, quienes intercambian información sobre quienes son “buenas o malas” empleadoras.

En definitiva, la espacialidad posibilita comprender la producción de desigualdades sociales en el contexto de las ciudades intermedias y cómo estas se articulan a las migraciones transfronterizas. Precisamente, esta articulación se concreta o materializa en el proceso de inserción socio-laboral de los migrantes y población refugiada, quienes acceden a mercados de trabajo salpicados por la alta precariedad, informalidad; más aún caracterizados por procesos de discriminación, exclusión y racismo que proviene de una matriz socio-histórica sobre la cual los pobladores han construido identidades locales y en relación a los otros. Estas ideas segregacionistas, excluyentes y discriminatorias recaen sobre los colectivos de migrantes, profundizando así las desigualdades sociales tanto en Ibarra y Otavalo.

Con respecto a las limitaciones que presenta la investigación son varias. En primer lugar, las migraciones venezolanas en Imbabura no fueron abordadas, por razones de tiempo y planificación de la etapa de trabajo de campo de este estudio. Sin embargo, considero que se dejan pistas para comprender como los imbabureños estamos construyendo al sujeto migrante. A partir de los casos de ajusticiamiento indígena a migrantes venezolanos en Peguche y de feminicidio en Ibarra, se visualizan sentimientos de xenofobia “contenida”, que los pobladores locales, expresaron en las calles de la ciudad. Considero que una investigación sobre esta problemática abonaría a comprender, aún más, las desigualdades sociales en la provincia.

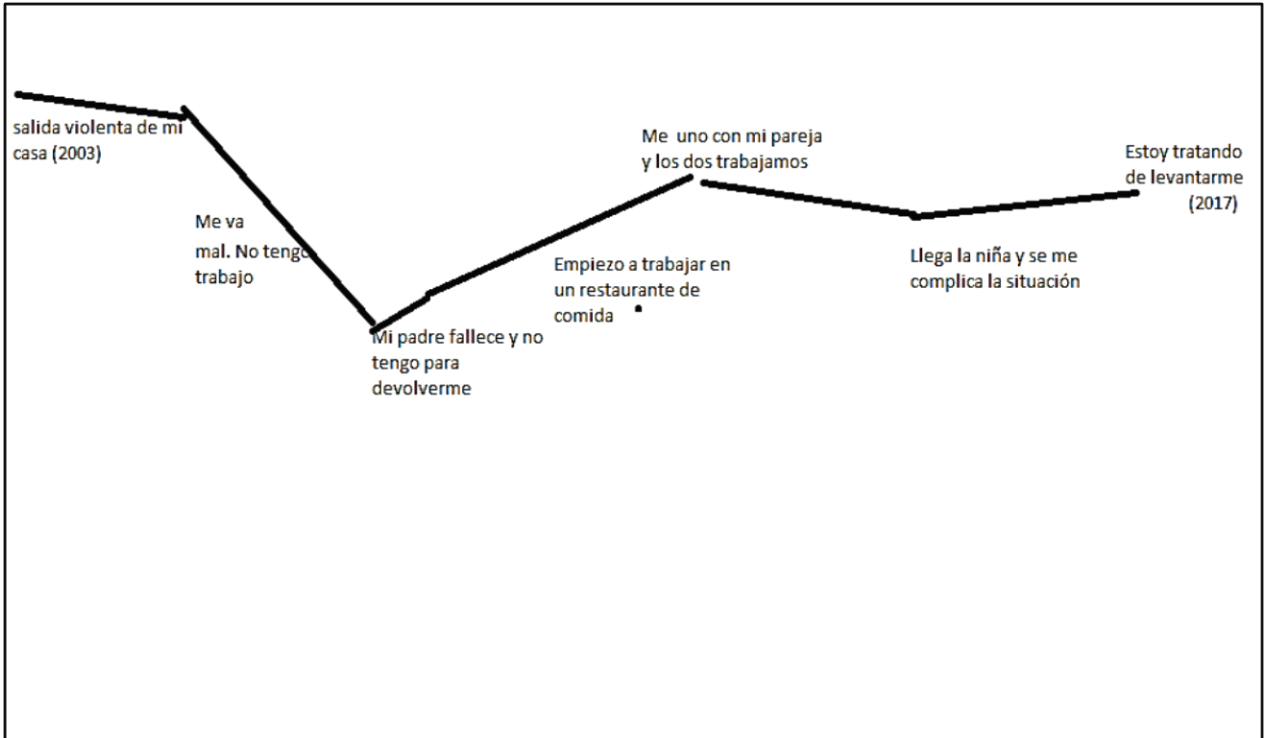
En segundo lugar, otra limitación del estudio consiste en el análisis de las migraciones internas que son fundamentales para comprender este patrón migratorio en construcción. Desplazar la mirada hacia estos movimientos internos campo-ciudad; rural-urbano; cantonal-capital provincia en las ciudades intermedias constituiría un aporte a la comprensión de cómo se redistribuye espacialmente la población y qué efectos sociales, económicos y culturales se estarían produciendo en las ciudades. A su vez, cómo se conectan con movimientos internacionales.

El estudio se preguntó sobre cómo se profundizan las desigualdades sociales desde el espacio y la interseccionalidad. Estas dos categorías conceptuales le dieron un giro a la investigación en el sentido que mostró el entrettejido de las inequidades sociales y puso en diálogo a la clase, el género, la etnia, la nacionalidad en los espacios producidos socialmente. Sin embargo, queda pendiente examinar en mayor profundidad el espacio en relación a las estructuras sistemáticas del poder y el Estado. Una indagación en este sentido interpelará el papel que juegan las instituciones en el espacio global y frente a la crisis humanitaria y migratoria registrada en los países intrarregionales.

Si bien el estudio se concentró en la complejidad de los espacios en ciudades intermedias como Ibarra y Otavalo desde las migraciones intrarregionales, nos preguntamos qué sucede en las denominadas grandes ciudades donde se concentran los poderes políticos y económicos. ¿Qué pasa con las migraciones transfronterizas en los mercados laborales de las ciudades con gran concentración poblacional o en provincias más cercanas a la frontera? ¿Cómo se expresan estas inequidades en estos lugares?

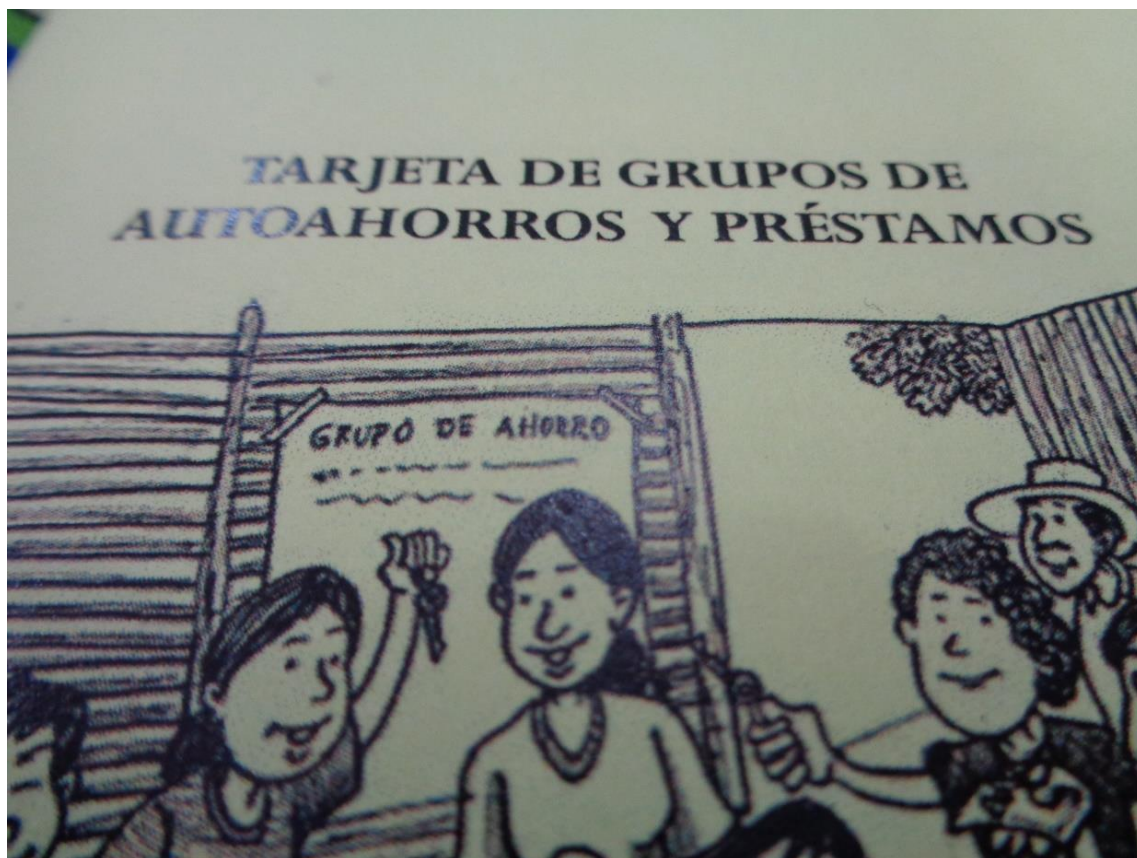
Anexos

Anexo 1. Las mujeres refugiadas perciben sus vivencias a partir de sus rutas migratorias



Fuente: Misión Scalabriniana, 2017

Anexo 2. Los grupos de Autoahorro son alternativas para las mujeres en el contexto de las migraciones y en condiciones de vulnerabilidad.



Fuente: Caja de Autoahorro de mujeres refugiadas en Ibarra, 2018.

Lista de referencias

- Abal, Paula. 2007. Notas sobre la noción de resistencia en Michel Certau. Kairos. Revista en temas sociales. Publicación de la Universidad Nacional de San Luis- Argentina.
- Acosta González, Elaine. 2013. Mujeres migrantes cuidadoras en flujos migratorios sur-sur y sur-norte: expectativas, experiencias y valoraciones. *Polis (Santiago)*, 12(35), 35-62. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682013000200003>
- Álvarez, Soledad. 2012. Estado del arte de los estudios migratorios en el Ecuador. Flacso-Ecuador.
- Ataide, Soraya. 2015. Trayectorias, redes migratorias y procesos identitarios en la conformación del mercado de trabajo agrícola destinado a bolivianos. Estudio en dos municipios del este salteño. Flacso-Argentina.
- Antolín, J. 2010. Comunidades asiáticas en España: Movilidad transnacional en un territorio de frontera. *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*, (92), 15-37. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/25822759>
- Anthias, Floya. 2005. Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia tranlocalizacional. Cátedra de Sociología Oxford Brookes University.
- Anthias, Floya. 2012. Transnational Mobilities, Migration Research and Intersectionality *Nordic Journal of Migration Research* 2(2).102-110. <https://journal-njmr.org/articles/abstract/10.2478/v10202-011-0032-y/>
- Antunes R. 2011. La nueva morfología del trabajo en Brasil. Reestructuración y precariedad en *Revista Nueva Sociedad*. N° 232. Marzo-abril.
- Anzaldúa, Gloria. 2004. “Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan”; en *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Editorial Traficantes de Sueños, Madrid, pp: 71-80.
- Ariza Marina. 2014. Migration and Family in Mexican research: a recent appraisal. *Migraciones Internacionales* 7 (4).
- Arias, Ricardo. 1998. Los sucesos del 9 de abril de 1948 como legitimadores de la violencia oficial. *Historia Crítica*. N° 17. Universidad de Los Andes. Bogotá-Colombia.
- Ataide, S. 2015. “Trayectorias, redes migratorias y procesos identitarios, en la conformación del mercado de trabajo agrícola destinado a bolivianos. Estudio en

- dos municipios del este salteño (1960-2013)” Tesis de maestría. Lugar: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede Argentina. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Sociales Agrarios. Publicada.
- Abramo Laís. 2004 ¿inserción laboral de las mujeres en américa latina: una fuerza de trabajo secundaria? *revista Estudios Feministas*. Florianópolis, v. 12, n. 2, p. 224.
- Beltrán, Antolín. 2010. Comunidades asiáticas en España: movilidad transnacional en un territorio de frontera. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*. N° 92.
- Benavides, Gina. 2015. Mujeres inmigrantes en Ecuador. Corporación Editora Nacional. Universidad Andina Simón Bolívar, Quito-Ecuador.
- Berroeta Torres, Héctor, & Vidal Moranta, Tomeu. 2012. La noción de espacio público y la configuración de la ciudad: fundamentos para los relatos de pérdida, civilidad y disputa. *Polis (Santiago)*, 11(31), 57-80. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682012000100004>
- Bologna, Eduardo. 2010. Migraciones entre países del sur: Los cambio y las continuidades en los flujos limítrofes a Argentina. En *Migraciones Internacionales*. Vol.5 N° 3.
- Bonilla, Mauricio y Gómez Sonia. 2015. Conflicto espacial, exclusión y espacio público. Urbe. Revista Brasileira de Gestión Urbana.
- Borchart de Moreno, C. 2007. El corregimiento de Otavalo: territorio y producción textil (1535-1808). Quito: Universidad de Otavalo.
- Bourdieu, Pierre. 1993. La Miseria del Mundo. Arena Política y Social.
- Buitrón, Aníbal & Salisbury de Buitrón, Bárbara. 2007. [1945] “Indios, blancos y mestizos en Otavalo, Ecuador”, re-publicado en *Ecuador Debate*, # 70, 2007, CAAP, Quito.
- Buitrón, A., & Collier, J. 2015. El Valle del Amanecer. Otavalo: editorial Pendoneros (IOA).
- Burte, Himanshu. 2003. The space of challenge: Reflections upon the relationship between public space and social conflict in contemporary Mumbai. In) *Visible Cities. Spaces of Hope, Spaces of Citizenship*.
- Burneo, Cristina. 2014. Más allá de las fronteras: la población colombiana en su proceso de integración urbana en la ciudad de Quito. Contexto y Antecedentes. ACNUR.
- Blanco, Mercedes. 2011. El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. Revista Latinoamericana de Población, Vol. 5 N° 8. Buenos Aires-Argentina.

- Braig, Marianne. Et al. 2015. Desigualdades sociales e interdependencias globales en América Latina: una valoración provisional. *Revista Mexicana de Ciencias Sociales y Políticas de la UNAM. Nueva Época*. Año LX Num. 23.
- Bruno, Sebastián. F. 2008. Inserción laboral de los migrantes paraguayos en Buenos Aires. Una revisión de categorías: desde el nicho laboral a la plusvalía étnica. Publicado en: *Población y Desarrollo* N° 36. P. 35-57.
- Bruno, Sebastián. F. 2009. Inserción laboral de migrantes paraguayos en áreas urbanas de Argentina. (O cómo las diferencias se transforman en desigualdades). Grupo de Estudios Sociales sobre Paraguay Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires ADEPO – Asociación Paraguaya de Estudios de Población.
- Caillavet, Chantal. 1980. Etnia del Norte. Etnohistoria e historia del Ecuador. Ed. Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA). Lima-Perú.
<https://books.openedition.org/ifea/2869?lang=es>
- Cachón, Lorenzo. 2003. *Intinerarios laborales de los inmigrantes. Mercado de trabajo y trayectorias sociales.*
- Caggiano, Sergio. 2014. Inmigrantes en la ciudad de Buenos Aires: demarcaciones y recorridos. *Desarrollo Económico*, vol. 54, N° 212
- Caggiano, Sergio y Segura Ramiro. 2013. Migración, fronteras y desplazamientos en la ciudad. Dinámicas de alteridad en Buenos Aires. *Rev. Estudios Sociales* N° 48. Bogotá-Colombia.
- Camacho, Gloria. 2005. *Mujeres al borde: Refugiadas colombianas en el Ecuador*. Unifem Quito- Ecuador.
- Campos Cortés, Georgina Isabel, & Brenna Becerril, Jorge Eduardo. 2015. Repensando el espacio público social como un bien común urbano. *Argumentos (México, D.F.)*, 28(77), 157-177. Recuperado en 30 de abril de 2020, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952015000100008&lng=es&tlng=es.
- Carlos. A. F.A. 2014. La ciudad como privación y la reapropiación de lo urbano como ejercicio de la ciudadanía. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. N° 493.

- Carrillo, Ricardo y Salgado, Samyr. 2002. Racismo y vida cotidiana en una ciudad de la Sierra ecuatoriana. Ediciones Abya Yala. Escuela de Antropología Aplicada. UPS. Quito.
- Carrillo, Ana. 2012. Comerciantes de fantasías: el Estado ecuatoriano ante la inmigración china a Quito. En Ramírez, Jacques Ed. Ciudad, Estado, inmigrantes y política, Ecuador 1890- 1950. Ediciones IAEN.
- Carrión, F y Pinto, J.P. 2019. Producción y organización espacial de viejas y ‘nuevas’ desigualdades en Quito. *R. Andamios*. Volumen 16, número 39, enero-abril, 2019, pp. 101-125
- Carrión, Fernando. 1986. Ciudades intermedias y poder local en el Ecuador: una aproximación analítica. Editorial El Conejo. Quito- Ecuador.
- Carrión, Fernando. 1987. El proceso urbano en el Ecuador. Ed. Instituto Latinoamericano de Ciencias Sociales. Quito-Ecuador.
- Carrión, Fernando. 2012. La centralidad histórica: entre el nacionalismo del pasado (monumento) y el sentido social del hoy (centro vivo). *Flacso Andes. Revista Digital*. Quito- Ecuador.
- Cazorla, Jorge. 2010. La fundación de Ibarra. Versión paleográfica del libro amarillo. Ed. Academia Ecuatoriana de la Lengua Española.
- Ceja Cárdenas, Ireri. 2015. Migraciones haitianas en la región andina. (Dossier central). *Andina Migrante*, 19: 2-13. Flacso-Ecuador.
- Conejo, Mario.1997. “Los migrantes modelan una nueva ciudad: el caso de Otavalo” (entrevista realizada por Luis Fernando Tocagón), en VV.AA., *Identidad indígena en las ciudades*, Fundación Hanns Seidel, Quito.
- Coronel, Feijó. 2015. Cacicas indígenas en la Audiencia de Quito, siglo XVIII: las redes ocultas del poder. En *Procesos Revista Ecuatoriana de Historia*. N° 42 p. 9-37.
- Coronel, Valeria. 2009. Estrategias para la ciudadanización del campesinado indígena, partidos políticos y reforma territorial en el Ecuador (1925-1944). Flacso- Ecuador.
- Correa, Ahmed. 2013. Del Caribe a la Mitad del Mundo. Inserción laboral y producción de espacios. Migración cubana en el Ecuador. Repositorio Tesis. Flacso-Ecuador.
- Costa, Sergio. 2011. Perspectivas y políticas sobre racismo y afrodescendencia en América Latina. Ed. Universidad de Berlín- Alemania.

https://www.academia.edu/38843124/Perspectivas_y_pol%C3%ADticas_sobre_racismo_y_afrodescendencia_en_Am%C3%A9rica_Latina

- Costa, Sergio. 2011. Researching Entangled Inequalities in Latin America The Role of Historical, Social, and Transregional Interdependencies. *desiguALdades.net Working*.
- Costa, Sergio. 2012. "Asimetrías, Diferencias, interdependencias: Regímenes de desigualdad en América Latina", mimeo. Argentina.
- Cruz, Santiago. 2011. Diagnóstico de población en Movilidad Humana de la zona 1. Documento del Gobierno Provincial de Imbabura. Ibarra- Ecuador
- Cervone, Emma. «Racismo y vida cotidiana: las tácticas de la defensa étnica», en Emma Cervone y Fredy Rivera (edits.), Ecuador racista: imágenes e identidades, Quito, Flacso-Ecuador, 1999.
- Castells, Manuel. 2003. La era de la información: economía, sociedad y cultura. La sociedad en red. Alianza Editorial.
- Castles, Stephen. 1993. Globalización y Migración: algunas contradicciones urgentes. En *Racism in Multicultural Australia*.
- Courtis, Corina y Pacecca María Inés. 2010. Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *En papeles de población*. Vol. 16 N°63. UNAM- México.
- Crenshaw, Kimberle 1989 y 2011 "Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics," *University of Chicago Legal Forum*: Vol. 1989.
- Crenshaw, Kimberly. 2015. "Kimberlé Crenshaw Discusses Intersectional Feminism". En, *Lafayette College*. [Acceso el 4 de febrero, 2017].
(https://www.youtube.com/watch?v=ROWquxC_Gxc)
- Cruz, Santiago. 2011. Informe sobre Movilidad Humana en Otavalo. Cuadernos de trabajo de campo.
- De la torre Luz M. y Sandoval P. C. 2004. La reciprocidad en el mundo andino. El caso del pueblo otavalo. Abya yala Ildis, Quito. Ecuador.
- De Certau, Michel. 1999. La invención de lo cotidiano. Universidad Iberoamericana. México DF.

- Doeringer, Peter B. y Michel J. Piore. 1983. El paro y el Mercado dual de trabajo. Comp. Toharia Luis, en El mercado de trabajo: teoría y aplicaciones. Alianza Universidad Textos.
- De la Cadena, Marisol. 1990. Las mujeres son más indias. Etnicidad y género en una comunidad de El Cuzco. *Revista ISIS Internacional*. Ediciones de las Mujeres N° 16. Santiago de Chile.
- D´Amico, Linda. 2014. Etnicidad y Globalización: las otavaleñas en casa y en el mundo. Quito: Abya Yala.
- Deere, Diana y León Magdalena. 2002. Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina. *Facultad de Ciencias Sociales y Humanas* de la Universidad Nacional de Colombia.
- Di Masso, A. 2009. *Public space in conflict: place meaning as contested interaction and ideological action*. Tesis doctoral no publicada. Barcelona-España.
- Domenech, Eduardo. 2009. La visión estatal de las migraciones en la Argentina reciente. De la retórica de la exclusión a la retórica de la inclusión.
<https://www.aacademica.org/eduardo.domenech/34>
- Duhau, Emilio. 2013. La división social del espacio metropolitano. Una propuesta de análisis. *Revista Nueva Sociedad*. N 234.
- Eguiguren, María Mercedes. 2015. Circuitos migratorios, jerarquías espaciales y modernidad periférica. Cañar y Loja, 1960-1990. Tesis doctoral. Quito-Ecuador.
- Featherstone, Mike. 1995. Localismo, globalismo e identidad cultural. Biblioteca virtual de Ciencias Sociales: www.cholonautas.edu.pe
- Falcón, María del Carmen, León Bologna, Eduardo, Migración sur-sur: factores relacionales e inserción segmentada de la población boliviana y peruana en la ciudad de Córdoba, Argentina. *Estudios Demográficos y Urbanos* [en línea] 2016, 31 (Septiembre-Diciembre): [Fecha de consulta: 12 de octubre de 2016] Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31247006005>
- Flores, Juan. 2019. Las artesanías peruanas en Otavalo. Ed. En diario La Hora
- Freidin, Betina. 1996. Trayectorias laborales, conceptos y valores sobre el trabajo de mujeres migrantes pobres. Instituto Gino Germani. Universidad de Buenos Aires.

- Freidenberg, Judith N. et. al. 2016. Inserción espacial de los migrantes y desigualdades sociales. Publifadecs, Mendoza-Argentina. En Trpin, V. Ciarallo Comp. Migraciones internacionales contemporáneas: procesos, desigualdades y tensiones.
- García Abad, Rocío. (2003. Un estado de la cuestión de las teorías de las migraciones *Historia Contemporánea* 26, 329-351.
- García Oramas, María José, Ruiz Pimentel, Susana y Ruiz Vallejo, Sara. 2011. “Las que se quedan: Género, Migración y Control social”, *Amerique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*.
- Geografía Crítica. 2018. Geografiando para la resistencia. Los feminismos como práctica espacial. *Cartilla N° 3*. Quito-Ecuador.
- Gregorio Gil, Carmen. 2014. Tensiones conceptuales en la relación entre género y migraciones. Reflexiones desde la etnografía y la crítica feminista. *Papers*. 97/3. P. 569-590.
- Guizardi M. y Garcés, A. 2013. Circuitos migrantes. Itinerarios y formación de redes migratorias entre Perú, Bolivia, Chile y Argentina en el norte grande chileno. *Papeles de población*, 19(78), 65-11
- Guerrero, Andres. 1991. Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria. *Revista de Ciencias Sociales Iconos* de Flacso sede Ecuador.
- Guerrero, Andrés.1994. Los oligarcas del cacao. Editorial Conejo, primera edición. Quito-Ecuador.
- Guber, Rosana. 2004. El trabajo de campo como instancia reflexiva del conocimiento". En *El Salvaje Metropolitano*. Paidós, Buenos Aires. pp.83-97.
- Granovetter, M. 1973. The strength of weak ties. *American Journal of Sociology*, 78, 13-60
- Granovetter, M. S. 1983. ‘The strength of weak ties: a network theory revisited’, *Sociology Theory*, vol. 1, pp. 201–233.
- Greene, Shane. 2010. Entre lo indio, lo negro y lo incaico: la jerarquía espacial de la diferencia multicultural en el Perú. En *Tabula Rasa* No 12 p. 111-146. Bogotá-Colombia.

- Greene M., Soler F., 2004, "Santiago: de un proceso acelerado de crecimiento a uno de transformaciones", in: De Mattos C. et al. (eds.), *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?*, Santiago, Ediciones SUR/EURE Libros, 47-84.
- Grimson, Alejandro. 2014. Políticas para la justicia cultural. En Grimson, Alejandro compilador, *Culturas políticas y políticas culturales*. Ediciones Ból Cono Sur.
- Haesbaert, Rogério. 2011. El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad, Siglo XXI, México, 328 pp., ISBN: 978-607-0308-1
- Harvey, David. 1973. *Social Justice and the City*. Arnold: London
- Harvey, David. 2004. "El nuevo imperialismo": acumulación por desposesión. Red de Bibliotecas virtuales Clacso. Buenos Aires-Argentina.
- Harvey, David. 2007. *Urbanismo y desigualdad social*. Ed. Siglo XXI. 7 edición. Madrid-España.
- Harvey, David. 2012. La geografía como oportunidad política de resistencia y construcción de alternativas. *Rev. Geografías Espacios*. Vol. 2, N° 4, 9-22.
- Hayes, Matthew. 2013. "Una nueva migración económica: el arbitraje geográfico de los jubilados estadounidenses hacia los países andinos (Dossier central)". *Andina Migrante*, Boletín del Sistema de Información sobre Migraciones Andinas - FLACSO Sede Ecuador No. 15: 2-13
- Herrera, Gioconda y Nuberg Sorensen, Nina. 2017. Migraciones internacionales en América Latina: miradas críticas a la producción de un campo de conocimientos. *Revista de Ciencias Sociales Iconos*. N° 58. Flacso-Ecuador.
- Herrera, et al. 2011. *Perfil migratorio Ecuador 2011*. Organización Internacional de las Migraciones. Quito-Ecuador.
- Herrera, Gioconda. 2012. "Género y migración internacional en la experiencia latinoamericana. De la visibilización del campo a una presencia selectiva." En *Revista Política y Sociedad*, Universidad Complutense de Madrid, Vol, 49, No. 1 (2012). Pg. 35-46.
- Hernández, M y Gómez, S. 2015. Conflicto espacial, exclusión y espacio público en la centralidad urbana de Xalapa, Veracruz. *Urbe. Revista Brasileña (Brazilian Journal Urban Management)*. Pp 281-294.

- Herrera, Fernando et. .al. 2005. Redes que comunican y redes que enclaustran: evidencia de tres circuitos contrastantes. Segundo Coloquio Internacional sobre Migración y Desarrollo: migración, transnacionalismo y transformación social, Morelos, México
- Hill Collins, Patricia. 1990. *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Boston: Unwin Hyman.
- Hooks, Bell. 1981. *El feminismo es para todo el mundo*. Ed. Traficante de Sueños. Nueva York, South End Press.
- Hooks, Bell. 1984[2004]. *Mujeres Negras: Dar forma a la teoría feminista*. En, *Otras inapropiables*. Traficantes de sueños: Madrid –España.
- Ibarra, Hernán. 2003. “Neoindigenismo e indianismo”, en *Llacta*, accesible en: <http://www.llacta.org/notic/030615b.htm>
- Instituto Otavaleño de Antropología. 1973. *Monografía sobre la ciudad de Otavalo*. Pub. Pendoneros.
- Instituto Otavaleño de Antropología. 1998. *Monografía sobre la ciudad de Otavalo*. Pub. Pendoneros.
- Iñiguez y Rivera. 2013. *Análisis del proceso de inserción en el mercado informal de la población peruana en la ciudad de Cuenca en el año 2013*. Universidad de Cuenca-Ecuador.
- Jaramillo, Víctor Hugo. 2009. *Visión panorámica de la artesanía textil en Otavalo*. Revista *Sarance* N° 6. Ed. Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) Otavalo-Ecuador
- Kingman, Eduardo. 2003. *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*. Ed. Flacso-Ecuador.
- Kingman, Eduardo. 2009. *Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica*. *Quaderns* N° 25, pp. 47-69. ISSN 0211-5557. Flacso-Ecuador.
- Kyle, David. 2001. “La diáspora del comercio otavaleño: capital social y empresa transnacional. En: *Ecuador Debate*. Fugas Migratorias, Quito: CAAP, (no. 54, diciembre 2001): pp. 85-110. ISSN: 1012-1498.
- Korovkin, Tanya. 2002. *Comunidades indígenas, economía de mercado y democracia en Lamas*, Viviana. 1985. *La alfarería tradicional utilitaria en el área de Otavalo y sus intermediaciones*. *Sarance*. N° 10 Instituto de Antropología de Otavalo. Otavalo-Ecuador.

- Lara Flores, Sara María. 2010. Movilidad y migración de familias jornaleras: una mirada a través de las genealogías. En *Empiria*. Revista de Metodologías de las Ciencias Sociales. N° 19.
- Larrañaga, Mercedes. 2002. Análisis teóricos de la desigualdad. Universidad Complutense de Madrid.
- Larrea, Carlos. 1986. Crecimiento urbano y dinámica de las ciudades intermedias en el Ecuador. (1950-1982). En Carrión et al. *Ciudades en Conflicto. Poder local, participación popular y planificación en las ciudades intermedias de América Latina*. Editorial El Conejo, Quito-Ecuador.
- Lefebvre, Henri. 1974[1991]. La producción del espacio. Trad. E.M. Gutiérrez. Swing Libros: Madrid.
- Larreategui, Paulina. 2007. Políticas públicas sobre refugio en el Ecuador. En coord. por Pilar Riaño-Alcalá; Marta Inés Villa Martínez. Migración forzada de colombianos: Colombia, Ecuador y Canadá. Corporación Región UBC, Flacso-Ecuador.
- Leifsen, Esben. 1980. Concepciones mestizas del indígena urbano en Otavalo. Ed. *Revista Sarance* N° 25. Instituto Otavaleño de Antropología. Procedencia original Instituto de Antropología social de la Universidad de Oslo, Noruega.
- Leifsen, Esben. 2006. Concepciones mestizas del indígena urbano en Otavalo. En: *Sarance Revista del Instituto Otavaleño de Antropología*. [Otavalo], Ecuador: IOA-UO, (no. 25, diciembre 2006): pp. 108-133
- León Bologna, Eduardo. 2010. Migraciones entre países del sur: Los cambios y las continuidades en los flujos limítrofes hacia Argentina. *Migraciones internacionales*, 5(3), 175-209. Recuperado en 11 de octubre de 2016, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-89062010000100006&lng=es&tlng=es.
- Lube Guizardi, Menara y Garcés Alejandro. 2012. Mujeres peruanas en las regiones del norte de Chile: Apuntes preliminares para la investigación. *En Estudios Atacameños*. N° 44. Pp. 5-34.
- Lugones. M. 2005. Multiculturalismo radical y feminismos de mujeres de color. *RIFP*, 25 (2005), pp. 61-75.

- Manguashca, Juan. 1994. Historia y región en el Ecuador: 1830-1930. Ed. Corporación Editora Nacional. Quito- Ecuador.
- Madero Cabib, Ignacio, & Mora del Valle, Claudia. 2011. Capital Social e Inclusión Laboral: una aproximación a las trayectorias de ascendencia laboral de migrantes Peruanos en Chile. *Polis (Santiago)*, 10(29), 147-163. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682011000200007>
- Magliano, M. J. 2009. Migración, género y desigualdad social. La migración de mujeres bolivianas hacia Argentina. *Estudos Feministas*, 349-367.
- Magliano, M. J. 2015. Varones peruanos en Argentina y trayectorias laborales en costura. Masculinidades, roles de género y organización del trabajo en contextos migratorios. En *Javeriana* N° 81.
- Magliano, M. J, Perissinotti, María. V, Zenklusen, Denise. 2013. Mujeres bolivianas y peruanas en la migración hacia Argentina: especificidades de las trayectorias laborales en el servicio doméstico remunerado en Córdoba. En *Anuario Americanista Europeo*. N° 11. Pp. 71- 91.
- Maldonado, Toa 2016. Producción de territorios: entre la multifuncionalidad y multiterritorialidad en la plaza de Ponchos de Otavalo. Flacso-Ecuador.
- Maldonado, Gina. 2001. Pasado y presente de los mindales y emigrantes otavalos. *Iconos* N° 14. Flacso-Ecuador.
- Maldonado, Gina. 2009. Comerciantes y viajeros. De la imagen etnoarqueológica de lo indígena al imaginario del Kichwa-otavalo universal. Ed. Abya Yala. Quito-Ecuador.
- Mallimaci, Ana Inés. "Localizando el sentido de las desigualdades. Inclusiones y exclusiones de los/as bolivianos/as en Ushuaia". In: KARASIK, Gabriela. *Migraciones internacionales. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*. Buenos Aires: CICCUS, 2013, p. 87-106.
- Márquez, D., Rodríguez, R., De Almeida Rezende, D., Soares, W., & Vélez, J. (2013). La circularidad de los "brasiguayos" en las fronteras de Paraguay y Brasil. *Estudios Sociológicos*, 31(93), 865-898. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/23622274>

- Masferrer, et al 1984 “El compadrazgo entre los totonacas de la sierra”, en América Indígena, vol. XLIV, núm. 2, pp. 375-403, Instituto Indigenista Interamericano (México).
- Massey, Douglas S. et al. 1998. Teorías sobre la migración internacional: una reseña y una evaluación. En *Population and Development Review* 19 No 3.
- Massey, Doreen. 1984. *Spatial Divisions of Labour*. Macmillan: London.
- ___ 1990[1991]. *The Political Place of Locality Studies*. *Environment and Planning A*, Vol.23, pp. 267-281
- ___ 1994. *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- ___ 2005. *For Space*. Sage: London
- ___ 2011. “IV Seminario Atlántico de Pensamiento. Espacio y Sociedad: Experimentos en la espacialidad del poder y democracia”.
(<https://www.youtube.com/watch?v=uBWWm-NINow>), [Acceso: 14 de septiembre, 2016].
- ___ 2007 Geometrías del poder y conceptualización del espacio. Conferencia dictada en la Universidad de Venezuela. <https://ecumenico.org/geometrias-del-poder-y-la-conceptualizacion-del-es/>
- ___ 2012. *Un sentido global del lugar*. Traducido del inglés por Abel Albert y Nuria Benach. Editorial Icaria, Barcelona-España.
- 2013. *Doreen Massey on Space_ Social Science Bites*. Sage.
(<https://www.youtube.com/watch?v=Quj4tjbTPxw>) [Aceso: 7 septiembre, 2016].
- Mauro, Amalia et. al. 1999. *Trayectorias laborales de mujeres. Cambios generacionales en el mercado de trabajo*. Centro de estudios de la Mujer -CEM. Santiago, Chile.
- Mendoza, G. y Moncayo, L. 2012. *Estudio iconográfico de la cultura otavaleña en su manifestación grafica textil*. Tesis de graduación. Escuela Politécnica del Litoral (Espol).
- Mera, Gabriela. 2016. *Pensando las desigualdades y fronteras urbanas a partir del caso de los paraguayos en la ciudad de Buenos Aires*. En Trpin, V. Ciarallo Comp. *Migraciones internacionales contemporáneas: procesos, desigualdades y tensiones*.
- Micheletti, Stefano. 2016. *Inmigración en la ciudad intermedia agraria. El caso de Talca*. Jour. Universidad Católica del Maule.

- Moncada, Raúl. 2015. Comunicación y sentidos culturales de productores y comerciantes de mercancías musicales en Otavalo, Ecuador y en el Alto, Bolivia. Ed. Flacso-Ecuador. <http://hdl.handle.net/10469/8055>
- Molano, Frank. 2016. El derecho a la ciudad: de Henri Lefebvre a los análisis sobre la ciudad capitalista contemporánea. *Revista Folios*.
- Molina, Camilo. 2010. El registro ampliado: implicaciones solidarias del refugio en el Ecuador. Boletín de Coyuntura del Sistema de Información sobre Migraciones Andinas - SIMA No.2 Flacso-Ecuador.
- Molina, Andrea. 2015. Migración calificada de españoles al Ecuador. Tesina de especialización, Flacso-Ecuador.
- Montenegro, Diego. 2019. Ciudades intermedias y su importancia en la creación de oportunidades para la población migrante en América Latina y el Caribe. Boletín IICA. <https://www.iica.int/es/visiones-iica/ciudades-intermedias-y-su-importancia-en-la-creacion-de-oportunidades-para-la>
- Mora, Claudia. 2009. Estratificación social y migración intrarregional: algunas caracterizaciones de la experiencia migratoria en Latinoamérica. *Universum (Talca)*, 24(1), 128-143. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762009000100008>
- Morales, Juan Carlos. 2006. La historia de la Esquina del Coco. Ed. Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador. Quito-Ecuador.
- Morales, Juan Carlos. 2017. La fiesta del Solsticio en Imbabura. Ed. Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador. Quito-Ecuador.
- Morales, Roberto. 2001. La historia de Ibarra. Diario la Verdad. Ed. Ediciones del Norte.
- Morales et al. 2009. Monografía de Ibarra. Tomo VIII. Ed. Sociedad Cultural Amigos de Ibarra. CCE-Imbabura.
- Moreno, Segundo Y. 1981. El "Formulario de las ordenanzas de indios": una regulación de las relaciones laborales en las haciendas y obrajes del Quito colonial y republicano. Ed. IOA. Centro de Estudios Pendoneros. Otavalo-Ecuador.
- Moreno, Segundo. 1989. La historia de los Carangues en Imbabura. Ed. Casa de la Cultura de Imbabura. Ecuador.

- McDowell, Linda. 1992. "Doing feminism, feminists and research methods in human geography". En, *Transactions of the Institute of British Geographers*, 17. Pp. 399-416
- _____. 2002. *Gender, Identity and Place*. Polity: Cambridge.
- Moore, Henrietta. 1991. *Antropología y Feminismo*. Cátedra: Madrid
- Morokvasic, Mirjana. 1984 Birds of Passage are also Women_ International Migration Review, Vol. 18, No. 4, Special Issue: Women in Migration(Winter, 1984), pp. 886-907Published by: The Center for Migration Studies of New York.
- Morokvasic, Mirjana. 2007. Migración, género y empoderamiento. En: Lenz, Ilse; Ullrich, Charlotte; Fersch, Barbara (eds.): *Gender Orders Unbound. Globalisation, Restructuring and Reciprocity [Género, atar los cabos sueltos. Globalización, reestructuración y reciprocidad]*. Barbara Budrich Publishers. Opladen; Farmington Hills: pp. 69-67.
- Muñiz, Leticia. 2012. Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje. *Revista latinoamericana de metodología de las ciencias sociales*. Vol. 2, N° 1, 36-65.
- Nunura, Juan. 1983. La inserción de los migrantes en el mercado de trabajo urbano: el caso de Lima Metropolitana, Dirección General de Empleo, Ministerio de Trabajo y Promoción Social (OIT/FNUAP), Lima, 1983.
- Navarrete, Bernardo. 2007. "La quinta oleada migratoria" de peruanos a Chile: los residentes legales. *Revista Enfoques*. N°7. Segundo semestre.
- Narváez, Edwin. 2006. La fiesta del Yamor. Crónica de un testigo. Sarance- Ensayos locales Instituto Otavalei\o de Antropología - Universidad de Otavalo.
- Nira Yuval-Davis. 2011. "Power, Intersectionality and the Politics of Belonging." FREIA – Feminist Research Center in Aalborg Aalborg University Denmark FREIA Working Paper Series. Working paper no. 75.
- Nightingale, Andrea, J. 2011. "Bounding difference: interseccionalidad and the material products of gender, caste, class and environment in Nepal. En, *Geoforum* (42)2. Pp. 153-162
- OIM. 2012. El impacto de las migraciones en Argentina. Cuadernos de trabajo de las migraciones N° 2.

- Ortega, Hernando. 2006. Ibarra: contexto general. Taller de memoria con migrantes y refugiados. Ibarra- Ecuador.
- Ortega, Hernando. 2007. El caso de Ibarra. En En coord. por Pilar Riaño-Alcalá; Marta Inés Villa Martínez. Migración forzada de colombianos: Colombia, Ecuador y Canadá. Corporación Región UBC, Flacso-Ecuador.
- Ortiz, Santiago. 2009 ¿Comuneros Kichwas o Ciudadanos ecuatorianos? La ciudadanía étnica y los derechos políticos de los indígenas de Otavalo y Cotacachi, 1990 – 2009. FLACSO-ECUADOR. Quito. en América Latina”. *Revista mexicana de sociología*, n. 71.
- Pedone, Claudia. 2005. “Tú siempre jalas a los tuyos”. Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España. En Herrera et al. Ed. *La migración ecuatoriana transnacionalismo, redes e identidades*. Flacso- Ecuador Quito.
- Pedone, Claudia. 2010. Cadenas y redes migratorias: propuesta metodológica para el análisis diacrónico-temporal de los procesos migratorios. *Empiria*. Revista de Metodología de Ciencias Sociales. N.o 19, enero-junio, 2010, pp. 101-132.
- Pérez Sainz, Juan Pablo y Mora Salas, Minor.2014. “Excedente económico y persistencia de las desigualdades
- Poloni Jacques. 1992. Mujeres indígenas y economía urbana: el caso de Cuenca durante la colonia. Publicación digital IFEA 5 de enero de 2016. Working Paper Series. Working paper no. 75.
http://www.bdigital.unal.edu.co/51072/8/9586161730_P4.PDF
- Pérez García, Yulianela. 2015. Migración y trabajo entre las regiones del sur desde la perspectiva global. Un análisis del flujo de cubanos hacia Angola. Clacso.
- Piore, Michael. 1983. *Birds of passage: migrant labor in industrial societies*. New York: Cambridge University Press.
- Piore, Michel. 1984. *Birds of passage*. Cambridge University Press. “Notas para una teoría de la estratificación del mercado de trabajo. En L. Toharia. El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones. Madrid Alianza. P. 193- 221
- Portes, Alejandro, and Leif Jensen. "The Enclave and the Entrants: Patterns of Ethnic Enterprise in Miami before and after Mariel." *American Sociological Review* 54.6 (1989): 929-49. Web.

- Portes, A. y K. Wilson. 1980. "Immigrants enclaves: An analysis of the labor market experiences of Cubans in Miami", *American Journal Sociology*, n° 86, pp. 295-319.
- Portes, A. y M. Zhou. 1992. "En route vers les sommets: perspectives sur la question des minorités ethniques", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 8, n° 1, pp. 171-192. [doi:10.3406/remi.1992.1602](https://doi.org/10.3406/remi.1992.1602)
- Portes, Alejandro y Leif Jensen. 1987. ¿What's an ethnic enclave? The case for conceptual clarity, *American Sociological Review*, 52: 768-771.
- Portes, a. y Manning, r. d. 2008. "The immigrant enclave: theory and empirical examples", in D. B. Grusky (ed.), *Social stratification: class, race, and gencer in sociological perspective*, Boulder, CO, Westview Press.
- Pizarro, Cynthia. 2006. Espacios socioculturales "bolivianos" transurbanos en el Area Metropolitana de Buenos Aires En: Maronese, Leticia (ed.), *Buenos Aires Boliviana. Migración, construcciones identitarias y memoria: 37-52*. Ministerio de Cultura, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Pizarro, Cynthia. 2007. Inmigración y Discriminación en el lugar de trabajo. El caso del mercado frutihortícola de la colectividad boliviana de Escobar. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Buenos Aires Argentina.
- Pizarro, Cynthia. 2009. Discurso racializante y segmentación étnico-nacional del mercado laboral: bolivianos en un cortadero de ladrillos de Córdoba Argentina. Ponencia presentada en el VI Congreso de la Sociología del Trabajo. México.
- Pizarro, Cynthia y Trpin, Verónica. 2010. Trabajadores frutícolas y hortícolas en la Argentina. Una aproximación socio-antropológica a las prácticas de reproducción y de resistencia de las condiciones laborales. *En Ruris. Vol. 4 N°2*.
- Pizarro, Cynthia. 2011 "Sufriendo y resistiendo la segregación laboral: experiencias de inmigrantes bolivianos que trabajan en el sector hortícola de la región metropolitana de la ciudad de Córdoba". En Pizarro, Cynthia (coord.) 2011. *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate: 335-358*. Buenos Aires. Editorial CiCCUS.
- Pizarro, Cynthia. 2013. La bolivianidad en disputa. (des)marcaciones de etnicidad en contextos migratorios1 En: Karasik, Gabriela A. (coord.). 2013. *Migraciones*

- internacionales*. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea. Editorial CICCUS. Buenos Aires.
- Pizarro, Cynthia. 2016. Intersection of Inequalities: Migratory Trajectories, Labor Experiences and Family Life of Bolivian Women in the Outskirts of Buenos Aires and Cordoba Cities. En: Pizarro, Cynthia (ed.) 2016. *Bolivian Labor Immigrants` Experiences in Argentina*: 51-66. Maryland. Lexington Books. ISBN 978-1-4985-1416-3.
- Pizarro, Cynthia. 2016. La disponibilidad de trabajadores paraguayos y la expansión de la producción forestal del Delta Inferior del río Paraná. En Trpin y Ciarallo (Comp.) *Migraciones Contemporáneas: procesos, desigualdades y tensiones*.
- Radcliffe, Sarah A. 2015. *Dilemmas of Difference: Indigenous women and the limits of postcolonial development policy*. Duke University Press: USA.
- Radcliffe, S. y Westgood, S. 1999. *Remaking the nation: place, identity and politics in Latin American*. Londres: Routledge.
- Ramírez, Jacques. 2013. La política migratoria en Ecuador. Rupturas, tensiones, continuidades y desafíos. Ed. IAEN Quito-Ecuador.
- Ramón G y V. H Torres. 2004. *Frontera norte del Ecuador. Desafío de gobernabilidad*. Ediciones Abya Yala. Quito-Ecuador.
- Ramos, Patricia. 2010. «Boletín SIMA.» *Migración peruana a Ecuador: ¿ en espera de una regulación definitiva?* Quito : Flacsoandes.
- Ramella, L. 1995. «Por un uso fuerte del concepto red en los estudios migratorios», en *Inmigración y redes sociales en la Argentina Moderna*, Buenos Aires, CEMLA-IEHS, pp. 9-21.
- Ramírez Arcos, Fernando. 2016. *Espacio y poder*. Universidad Nacional de Colombia. Ed. Boletina N° 5. Escuela de Estudios de Género. Bogotá-Colombia.
- Ramón, Galo y Torres, Víctor Hugo. 2004. *El desarrollo local en el Ecuador: historia, actores y métodos*. Abya-Yala: COMUNIDEC. Quito-Ecuador.
- Reygadas, Luis. 2004. “Más allá de la clase, la etnia y el género: acciones frente a diversas formas de desigualdad en América Latina”. *Alteridades*, vol. 14, núm. 28, julio-diciembre, 2004, pp. 91-106 Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa Distrito Federal, México.

- Reygadas, Luis. 2015. "The Symbolic dimension of inequalities", desigualdades.net, *Working Paper Series No. 78*, Berlin: desiguALdades.net international Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Riesco Sanz, Alberto. 2003. *Enclaves y economías étnicas desde la perspectiva de las relaciones salariales*. Cuadernos de Relaciones Laborales, 21 (2). pp. 103-125. ISSN 1131-8635.
- Rivera, Freddy. 1999. "Las aristas del Racismo"; en Emma Cervone y Freddy Rivera; Ecuador racista. Ecuador: FLACSO.
- Rivera, Freddy. 2007. "El refugio colombiano en el Ecuador". En: Freddy Rivera et al. *Migración forzada de colombianos. Colombia, Ecuador y Canadá*. Medellín Corporación Región.
- Rivera-Sánchez, Liliana. 2007. Los trayectos internos e internacionales en la dinámica de circuitos migratorios transnacionales. Pub. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Riaño Pilar y Martha Villa. 2008. "Las fronteras del no reconocimiento. Los colombianos en situación de refugio en Ecuador". En Poniendo tierra de por medio. Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Canadá. Medellín: Corporación Región, UBC. Pp 222-278
- Rocheleau, Dianne. 2016. Redes, raíces y territorios en acaparamientos verdes y resistencias en Chiapas, México. *Revista de Estudios Rurales*. Vol. 3, N° 6. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/alter-nativa/article/view/10348>
- Roberti, María Eugenia. 2012. "El enfoque biográfico en el análisis social: Una aproximación a los aspectos teórico-metodológicos de los estudios con trayectorias laborales" Tesis de grado. Universidad Nacional de La Plata. Argentina.
- Rodó-de-Zárate, María. 2014. "Developing geographies of intersectionality with relief maps: reflections from youth research in Manresa, Catalonia". En, *Gender, Place and Culture* Vol. 21(8). Pp. 925-944.
- Roth, Julia. 2013. "Entangled Inequalities as Interseccionalities: Towards an epistemic sensibilization." En, *desiguALdades.net Working Paper Series*, No. 43. Berlin: Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.

- Rodríguez, Jorge, & Arriagada, Camilo. (2004). Segregación Residencial en la Ciudad Latinoamericana. *EURE (Santiago)*, 30(89), 05-24.
- Rodríguez, Lourdes. 2000. Ibarra: concertar esfuerzos para el desarrollo local, Foro Ibarra 2000, Centro de Investigaciones Ciudad de Quito, 1994.
- Ruiz Balzola, Andrea. 2015. "Tejedores de mapas: una familia kichwa-otavalo en la migración transoceánica. Flacso- Ecuador. Universidad Iberoamericana. Quito-Ecuador.
- Ruiz Marta Cecilia. 2010. La migración transfronteriza y comercio sexual en el Ecuador: condiciones de trabajo y las percepciones de las mujeres migrantes. Flacso Ecuador.
- Ribas Mateos. 2005. La feminización de las migraciones desde una perspectiva filipina *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* No. 68. En Migraciones y Relaciones Internacionales entre España y Asia: Los casos de Filipinas, Pakistán y China, pp. 67-87
- Rodríguez Chávez, E. 2000. Migración, comunidad y adaptación de los cubanos en Estados Unidos. *Estudios Latinoamericanos*, 7(12-13), 221-236.
- Rosas, Carolina. 2012. De nuevo bajo el mismo techo...Desafíos y reconfiguraciones en los procesos de reunificación de parejas migrantes.
- Saint-Geours, Yves. 1994. La Sierra centro y norte (1830-1925). En Historia y región: 1830-1930. Corporación Editora Nacional. Proyecto Flacso- Cerlac. Quito-Ecuador.
- Said, E. W. [1993] 1996a. *Cultura e imperialismo*, Barcelona: Anagrama.
- Salazar, Santiago. 2017. Siguiendo el patrón latinoamericano. De país receptor a emisor de emigrantes: un caso de venezolanos en Ecuador. *Revista Polisemia* No. 24, 87.
- Salovich, Michael 1986 "Persona y política en las culturas mexicanas. Otra perspectiva de organización social", en C. Kendall, J. Hawkins y L. Bossen (comps.), *La herencia de la conquista, treinta años después*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 186-210.
- Salomon, F. 1980. Los señores étnicos de Quito en la época de los incas. Otavalo - Ecuador. Retrieved from file:///C:/Users/Mp/Downloads/LFLACSO-03- Salomon.
- Salomon, F. 2011. Los señores étnicos de Quito en la época de los incas. La economía política de los señores norandinos. Casa editorial Instituto Metropolitano de Patrimonio / Universidad Andina Simón Bolívar. 2da edición. Quito-Ecuador.

- Santacruz, Lucy. 2013. Las expectativas de futuro de la población migrante colombiana en las ciudades de Ibarra, Lago Agrio y Sucumbíos. Flacso- ACNUR.
- San Félix, Alvaro. 1988. Monografía de Otavalo. Volumen 1. Ed. Instituto Otavaleño de Antropología (IOA). Procedencia original: Universidad de Virginia, U. S.A
- Sánchez, Luis y Arango Cindi. 2016. Geografías de la movilidad. Perspectivas desde Colombia. Universidad de Los Andes, Bogotá-Colombia.
- Santana, Roberto. 1995. Ciudadanos en la etnicidad. Los indios en la política o la política de los indios, Abya-Yala, Quito.
- Sarabino, Zoila. 2007. El proceso de constitución de las élites indígenas en la ciudad de Otavalo. Flacso-Ecuador. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/100>
- Segura, Ramiro. 2014. El espacio urbano y la (re) producción de desigualdades sociales
Desacoples entre distribución del ingreso y patrones de urbanización en ciudades latinoamericanas
- Stolcke, Verena. 2000 ¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad... y la naturaleza para la sociedad? *En Política y Cultura* No 14 Universidad Autónoma Metropolitana de México. P 25-60.
- Serrano, Alfredo. 2013. Análisis de condiciones de vida, el mercado laboral y los medios de producción e inversión pública. Senplades. Cuaderno de Trabajo N° 3.
- Stefano Micheletti. 2016. La inmigración en la ciudad intermedia: el caso de Talca Chile. Rumbos. TS. X N° 14.
- Szasz, I. 1994. Migración y relaciones sociales de género: aportes de la perspectiva antropológica. *Estudios demográficos y urbanos*, 129-150.
- Scott, Joan. 1988. Gender and the Politics of History. Columbia University Press: New York.
- _____. 2011. “Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?”. En, *La manzana de la discordia*, Vol. 6, N.1. Pp. 95-101
- Scott, James C. 1985. *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*. New Haven: Yale University Press.
- Sollova Vera y Vaca Norma. 1999. Enfoques teórico-metodológicos sobre el trabajo femenino. *En Papeles de Población* N° 20. Pp 69-88

- Soja, Edward W. 1980. "The Social-Spatial dialectic". *Annals of the Association of American Geographers* 70 (2), pp:207-225.
- Soja, E. *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Trad. Hendel y Cifuentes. Madrid: Traficantes de Sueños. 2008. 594 p.
- Stefoni, Carolina. 2002. *Mujeres inmigrantes peruanas en Chile*. En *Papeles de Población* Vol. 8 N° 33. UNAM México.
- Shinji Hirai. 2012. "Sigue los símbolos del terruño": etnografía multilocal y migración transnacional. Colegio de la Frontera Norte. México.
- Schteingart, Martha. 2001. *La división social del espacio en las ciudades*. Perfiles latinoamericanos, N° 19 Flacso-México.
- Tapia, Marcela. 2010. *Inmigración boliviana en España: Un caso para la comprensión de la migración internacional con perspectiva de género*. *Tinkazos*, 13(28), 109-127.
- Tijoux, María. 2019. *El problema es el racismo, no los inmigrantes*. Observatorio Género y Equidad. <https://oge.cl/category/recursos-para-la-accion/>
- Tilly, Charles. 2000. *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 302p. Capítulo 1, 2.
- Tobar, Ximena. 2011. *Tejiendo identidades a través de los saberes y prácticas medicinales en los mercados urbanos de Quito*. Pub. Universidad Politécnica Salesiana.
- Torres, Víctor Hugo. 2018. *Hegemonías y subalternidades en el Distrito Metropolitano de Quito*. Universidad Andina Simón Bolívar, Quito-Ecuador.
- Urry, John. 2000. *Sociology beyond societies: Mobilities for the twenty-first century* (London: Routledge)
- Valle, Alex. 2017. *Breve análisis histórico de la inmigración al Ecuador*. Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN). Quito-Ecuador.
- Valentine, Gill. 2007. "Theorizing and researching intersectionality: A challenge for feminist geography". En, *The Professional Geographer* 59(1). Pp. 10-21.
- Vega, Cristina et. al 2016. *Circularidad migratoria entre Ecuador y España. Transformación educativa y estrategias de movilidad*. *Migraciones* N° 39, 183-210.
- Velásquez Sosa, M. 2012 *¿Cómo entender el territorio?* (Primera ed.). Guatemala, Guatemala: Editorial Cara Parens.

- Velásquez, Verónica. 2012. Tejiendo y destejiendo lazos fronterizos. La inmigración colombiana hacia el Ecuador. En Ramírez, Jacques Ed. Ciudad, Estado, inmigrantes y política, Ecuador 1890- 1950. Ediciones IAEN.
- Vergara, Nelson. 2009. Complejidad, espacio, tiempo e interpretación. Notas para la hermenéutica del espacio. Alpha. Rev. Ciencias Sociales.
- Viteri, Maria Amelia. 2015. Cultural Imaginaries in the Residential Migration to Cotacachi. *Journal of Latin American Geography*, 14, n° 1: 120-138
- Viveros Vigoya, Mara. 2009. “La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual”. En, *Revista Latinoamericana Estudios de Familia* 1, 63-81.
- Viveros, Mara. 2016. La Interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Revista Debate* de la Universidad Autónoma de México (Unam). Vol. 52.
- Wade, Peter. 2008. Race in Latin America. Páginas 177-192. En Poole, Deborah (ed). 2008. *A companion to Latin American anthropology*. Oxford, UK: Blackwell Publishing. 2008. xiii, 544 páginas.
- Wacquant, Löic. 2007. La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada. Ciencias Sociales Unisinos. Brasil.
- Wade, Peter. 2009. “Debates contemporáneos sobre raza/etnicidad, género y sexualidad”
- Wade, Peter. 2013. Racismo, democracia racial, mestizaje y relaciones sexo/género. *Tabula Rasa*, N° 18. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Bogotá-Colombia.
- Wright, Eric Olin. 2009. “Comprender la clase”. En, *New Left Review* 60. Pp. 98-112.
- Wright, Eric Olin. 2016. La clase importa. Artículo publicado en “Sin permiso”.
<https://www.sinpermiso.info/textos/la-clase-importa>
- Yépez, Fausto. 2015. Historia del comercio de Ibarra. En Monografía de Ibarra, pub. Club Amigos por Ibarra. Ibarra-Ecuador.
- Young, Kate. 1991. Reflexiones sobre cómo enfrentar las necesidades de las mujeres. En GUZMÁN et alli (eds.). *Una nueva mirada: género en el desarrollo*. Lima: Flora Tristán/ Entre Mujeres.
- Zabalo, P., & Mesa, M. Alternativas Sur Génesis y desafíos de las migraciones internacionales. *Perspectivas desde el Sur* 1. Centro de Investigación para la Paz.

- Zapata Galindo, Martha. El paradigma de la interseccionalidad en América Latina. onencia leída en el Lateinamerika-Institut, Freie Universität Berlin, November 17.
- Zaragocín, Sofía. 2016. "Interseccionalidad constituida en el espacio". En, Especialidades Feministas. Escuela de Estudios de Género, Boletín Anual 5. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- Zhou, Min. 1992. Revisiting ethnic entrepreneurship. Convergencies, controversies and conceptual advancements. In Portes and Wind. Chapter 8.

Documentos institucionales

- SENPLADES (2010) Agenda zonal de las provincias de Imbabura, Carchi, Esmeraldas y Sucumbíos
- SENPLADES (2015). Agenda zonal de las provincias de Imbabura, Carchi, Esmeraldas y Sucumbíos. Proyecciones 2013-2017.
- Archivo de la Unión de Artesanos Indígenas de Otavalo (UNAIMCO)
- Archivo de documentos de creación del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) Otavalo-Ecuador.
- Agenda Territorial Imbabura (2010)
- INEC 2010. Censo Población y Vivienda.
- Archivos: Taller memoria Ibarra 2006, del Municipio de Ibarra.
- Diagnóstico sobre la población en Movilidad Humana de la zona 1 (2013) Gobierno Provincial de Imbabura.
- Encuesta de Manufactura 2007
- Catastro Municipal del Gobierno Municipal de Ibarra (2016)
- Cámara de Turismo de Otavalo (2010)
- Video documental sobre la migración peruana en la ciudad de Cuenca 2013
<https://www.youtube.com/watch?v=flyVVDaRQ8GU>
- El comercio: 15/06/2010
- La Hora: 23/05/2003